

JOSÉ LUIS MUÑOZ

LA
PÉRDIDA
DEL
PARAÍSO

-III-
CARIBE

*La trilogía
del Descubrimiento de América*



Tras el desastre del Fuerte Navidad, en el que fueron masacrados todos los suyos, Marín de Urtubia considera rotos los puentes que le unen a España y vaga sin rumbo por las selvas de la Hispaniola en compañía de sus amada Canayma. La soledad y la dureza del entorno le mueven a integrarse en la tribu a la que pertenece ella, los taínos. Con su nuevo pueblo deberá hacer frente a las terribles incursiones de los indios caribes, que practican la antropofagia, y conocerá las prácticas de la Isla de las Mujeres, gobernada por amazonas que organizan ceremonias de apareamiento con sus vecinos caníbales. Un día, tan temido como deseado, Marín contempla el regreso de las naves de Colón y debe decidir de qué parte está. Con esta nueva aventura culmina *La pérdida del paraíso*, la gran trilogía sobre el Descubrimiento de América.



José Luis Muñoz

Caribe

La pérdida del paraíso - 3

ePub r1.0

3L1M4514513.04.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Caribe*
José Luis Muñoz, 2002
Retoque de cubierta: Titivillus
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Tania, Raúl y Marc

Capítulo 1

No recordaba tanto dolor desde que era un arrapiezo y debía confesar sus muchos pecados en voz alta ante el adusto monje que lo miraba fijamente a los ojos y parecía ver todas sus interioridades mientras con voz cavernosa lo animaba a abrir su corazón y lo llamaba hijo. Dolor de pecados que nada eran al lado de los presentes, menudencias dignas de una sonrisa frente a la gravedad de los delitos recientes. Lo que sentía era mucho peor que un mal físico que se podía calmar con las artes de un galeno. Le dolía el alma. Y ese dolor, implacable, constante como una carcoma, lo perseguía durante las mañanas brumosas, lo mantenía en vela durante las largas noches que dormía al raso, retumbaba en su cerebro como si mil puñales lo hirieran.

Marín de Urtubia, vasco del valle de Leizarán, escribano y poeta, náufrago de la *Santa María*, huido del fuerte Navidad, prófugo en la isla de la Hispaniola o Haití, se lamentaba constantemente por el hecho de haber sobrevivido y por la forma en que había tenido de hacerlo. Si pudiera, si no fuera cristiano, se habría dado muerte al instante, se habría ejecutado colgándose de una de esas altivas y cimbreantes palmeras que el viento fuerte, como presagio de las tempestades que anidaban en su alma, agitaba y cuyas ramas combadas, como desgarrados brazos, parecían señalarlo. Juez, verdugo y víctima al mismo tiempo. Se había convertido en un proscrito en tierra de nadie, en un enemigo claramente identificable en territorio hostil, sin más compañía que una pobre coja y la pesada carga que llevaba en su vientre, una muchacha más testaruda que hermosa, reacia a abandonarlo por mucho que él, con lucidez, le advirtiera de los muchos sinsabores y peligros que le esperaban a su lado. Cuando, mediante palabras y gestos, más por gestos y miradas, la conminaba a abandonarlo, la infinita tristeza hacía presa de su rostro demacrado y grandes lágrimas recorrían mejillas desgastadas que habían perdido su brillo inicial. Maldijo, en aquellos momentos, el del valle de Leizarán el saberse enamorado y maldijo ese sentimiento que le ataba de forma irracional a una muchacha cuyo cuerpo había dejado de ser dulce tentación para sus deseos y se había convertido en instrumento de la procreación, en morada de lo que llevaba dentro. Y, sin embargo, la amaba, por poco que quedara en ella de la lasciva Canayma recién llegada al fuerte Navidad, que promiscuamente se les entregaba buscando la semilla de aquellos dos hombres que diera lugar al fruto que llevaba en su vientre.

En aquel vientre, que se hinchaba de forma progresiva, cuyo contrapeso acentuaba su cojera y volvía a la taina más torpe en sus andares, anidaba un dudoso fruto cuya maduración lo aterrorizaba. La incertidumbre sobre su no deseada paternidad le resultaba humillante. ¿Era suyo o del fenecido Juan de la Plaza, como venganza por su traición? ¡Si la fina capa del vientre fuera transparente! ¡Si ese abombado hogar fuera cristal! Su lado egoísta le había tentado, durante las primeras noches de dormir al raso —que para él fueron insoportables duermevelas mirando el cielo estrellado y los perfiles amenazadores de la selva, sobresaltándose por el más mínimo crujido, la vista siempre en guardia y la mano aferrada con fuerza al pomo de su espada como única esperanza de supervivencia—, a huir y dejarla, a ella y a su pesada carga, pero en seguida desechara la idea. Ya tenía que penar con su carga de traición para añadir una nueva felonía a la lista de sus pecados.

Durante los primeros días de marchas inagotables, abriendo sendas por las selvas, sin más guía que la intuición y el olfato —sentido que se le había sensibilizado de forma notable desde que llegara a esas islas perdidas de los caminos del Señor —huyendo del enemigo intangible e invisible que anidaba en las selvas, su trayecto no tuvo más rumbo que el alejamiento de aquella costa, maldita por la muerte de los suyos, que mediar distancia de los efluvios de podredumbre que aún emanaban del fuerte Navidad, cuyos fantasmas y ruinas humeantes lo visitaban con puntualidad por las noches mientras Canayma dormía plácidamente entre sus brazos, confiada en su vigilancia. Cruzaron valles angostos, se internaron por desfiladeros que discurrían vertiginosamente junto a cauces feroces de ríos de aguas negras que parecían

llamarlos, por las rutas más difíciles, por las veredas más inaccesibles jamás holladas por pie, para rehuir cualquier contacto humano que les habría sido letal. Volvió a ser Marín de Urtubia el campesino montaraz y fuerte de su Vasconia natal, el mozalbete que se abrió paso entre breñas y no cejaba hasta coronar la cima de la montaña que se había propuesto conquistar e inventaba un camino por donde nadie había pasado antes. La tierra de la isla era más blanda, más húmeda y traidora, atrapaba los pies, los barnizaba de barro e insectos que trepaban por las piernas y se alojaban entre los pliegues de su piel, la floresta era más espesa, una tupida barrera verde de hojas a veces traicioneras que supuraban veneno en vez de savia, las montañas más suaves, pechos verdes de amazonas con los picos limados de rocas y boscosos pezones. Durante todas aquellas mañanas, tardes y noches de marchas forzadas, cruzando la isla de parte a parte, sin ser muy consciente de ello, pues muchas veces se le antojaba que tras todo un día de andar volvían a estar en el mismo lugar que al inicio, que no hacían otra cosa que dar vueltas y más vueltas sobre sí mismos, sin progresar, renegaba Marín en su fuero interno de Camani y de su amistad, que le había sido, a la sazón, más maldición que ayuda. ¿Por qué intentó salvarlo y, sobre todo, para qué? ¿No habría sido más cómodo y rápido fenecer con la espada en la mano, una muerte limpia y honorable, que vagar como un condenado apestando por ese infierno verde de selvas inextricables, obligado a vivir sin ganas de ello para, inevitablemente, sufrir muerte lenta? ¿Tenía lógica sobrevivir en aquel paraíso hostil que las circunstancias habían convertido ya en infierno? ¿No resultaba ese vagar incierto, sufriendo penalidades, luchando para sobrevivir de forma mísera, la tortura que es la antesala de la muerte?

No les faltaba alimento. En eso, el infierno era generoso con ellos, la naturaleza no quería matarlos de inanición. La sabiduría de Canayma le indicaba qué fruto debía coger y cuál desechar. Si ella confiaba en su fortaleza para llevarla en pos de sí y defenderla, él se plegaba a sus dictámenes sobre lo que podía comer. Frutos de sana apariencia, que colgaban de árboles de espeso ramaje, los arrojaba una vez arrancados tras ver cómo la muchacha taina agitaba la cabeza, alarmada, y le señalaba, en cambio, redondas pelotas oscuras de piel áspera como la lija que debía cercenar con el cuchillo para comprobar la exquisitez de su oculta pulpa. En las pozas de los ríos, donde el agua negra se remansaba, capturaban los pescados a puñados, y la provisión de carne que sus cuerpos necesitaban la sacaban de los muchos lagartos, más pequeños que las iguanas, que no eran tan ágiles como para esconderse en la espesura o cobijarse en las hendiduras del terreno. Esperaban a la noche para cocinarlos y buscaban para ello oquedades en las rocas, no parando hasta encontrarlas. En ellas, en un suelo más o menos seco y con ramas que Marín partía a golpes de espada o recolectaba del suelo, Canayma alimentaba el fuego con infinita paciencia, rotando una y otra vez entre sus manos, hasta desollárselas, el delgado palo que incrustaba en el tronco más seco hasta que éste, tras una eternidad, humeaba y Marín avivaba con los soplos de sus pulmones hasta ver crecer la llama. Entonces, alrededor de ese nimio fuego, asaban las carnes de los repugnantes animales que habían capturado por la mañana, se calentaban las manos, se miraban a la cara y terminaban riéndose de su aspecto.

La taina había perdido buena parte de sus encantos tras días de fatigosa marcha. Cerúleas ojeras circunvalaban sus, antaño, hermosísimos ojos rasgados, la piel había perdido tersura y elasticidad, los pechos se habían dilatado y le habían crecido en ellos, como grandes manchas oscuras, los pezones, devorándolos con saña, preparándolos para su nueva función; sólo sus labios conservaban el frescor de antaño y en ellos saciaba Marín de Urtubia su sed, daba rienda suelta al amor que le despertaba la muchacha. Los besaba con una ternura ausente de deseo mientras acariciaba sus cabellos llenos de briznas vegetales y expurgaba de ellos los muchos parásitos que anidaban en sus raíces y los hacía estallar entre sus uñas. No mejor aspecto debía de tener él. De tanto en tanto se miraba reflejado en la bruñida hoja de su espada y él mismo se

asustaba de su aspecto de bárbaro montaraz: cabello aleonado, que se le enganchaba entre las ramas de los árboles que circundaban las agrestes veredas que abrían, barba hirsuta que le llegaba hasta mitad del pecho, la camisola raída y manchada de barro de un mendigo, las botas destrozadas por cuya punta asomaban los renegridos dedos de sus pies ulcerados. ¿No sería más higiénico ir desnudo? Mas ¿de dónde colgar espada y cuchillo?

—¿Adónde nos dirigimos?

La llama zigzagueante alumbraba el rostro de su amada mientras pesados insectos nocturnos, llamados por ella, revoloteaban a su alrededor. No eran los hermosos cocuyos que le habían deslumbrado al llegar a la isla con sus pequeñas y mágicas luces, sino mariposas con alas de calavera y tronco blando recubierto de polvo que aleteaban tan pesadamente junto a la llama que terminaban cayendo a ella. La vio cansada, más avejentada, menos niña, pero igualmente hermosa. Las plantas de los pies le sangraban copiosamente y tenía cortes de ramas en los muslos, en los brazos, en los pechos. Su pequeña salvaje se agotaba y él no podía darle una respuesta a su pregunta. ¿Adónde iban? ¡Si él lo supiera!

—Al otro lado de la isla —aventuró, pese a que se sabía perdido en aquel laberinto de valles y montañas inabarcables que le ofrecían dimensiones del territorio sorprendentes incluso para él. ¿Isla o continente? ¿Dónde estaba el mar? No lo olía ya. Hacía días que el olor a salitre había desaparecido del horizonte y sólo flotaba el perfume de aquella selva omnipresente y exuberante que los envolvía y ocultaba en su seno.

Aquella noche rezó. Había recuperado tan piadosa como olvidada costumbre cuando perdió a los suyos y se lo impuso como penitencia. Rezando, hablando con Dios, le volvía el lenguaje de su civilización, y cerrando los ojos se podía ver a sí mismo hincado de rodillas en un helado suelo de piedra, desnudo, con los brazos en cruz, ante un rústico Cristo de madera carcomida y cara despintada a quien trataba de parecerse. Los pensamientos impuros lo habían animado a pedir las disciplinas y que luego, tras el castigo, la sal cubriera sus heridas, martirizándolo un poco más, mientras la sangre rodaba por su cuerpo, se deslizaba por las losas santas del suelo bajo el que reposaban monjes, abates, mártires en su eterno descanso. Rezando largas oraciones, que creía olvidadas por su poco uso durante todos esos años, rememoraba en las largas noches de insomnio, con la espalda contra el tronco de un árbol, la cabeza de Canayma sobre la almohada de sus piernas y la espada desnuda al alcance de la mano, su etapa de novicio, cuando fue ilustrado en los latines en los conventos, se dedicó a copiar con pulcra letra agigantada canciones sacras en los facistoles y los tristes paisajes entrevistos a través de las rejas de las ventanas de su celda lo conducían a la poesía. En voz baja, como un enloquecido peregrino, recitaba padrenuestros, avemarías, credos y yo pecadores, maravillándose de lo vivos que habían quedado en su memoria, y se extasiaba con el sonido de sus palabras susurradas, que más le parecían música. Y así consumía las largas horas de la noche el escribano, en rezar y tratar de conciliarse con los fantasmas de los agraviados que, con puntualidad, acudían a reprocharle su conducta y se alineaban frente a él con sus heridas, mudos retadores a los que era imposible vencer.

—Perdón, perdón, perdón —sollozó.

Canayma despertó a medianoche, sobresaltada. En sus labios, un fruncimiento de dolor mientras se llevaba las manos al vientre. Inquirió el de Leizarán por su causa. La taina, deslizando la palma de la mano por su rostro hirsuto, lo tranquilizó.

—El niño. Ya me da patadas. ¿Lo quieres sentir?

Dejó guiar su mano, aterrorizado, hacia el vientre tenso. Lo tocó con prevención. Posó su palma con delicadeza impropia. Algo vivo se movía allí dentro anunciando una pronta salida. Luego hizo algo que se le antojó irracional, de lo que avergonzadamente se arrepintió: lo besó. Y durmió.

Por fin se había dormido, tras resistirse, él, que se creía incapaz de conciliar el sueño, y fue

consciente de ello cuando despertó por un sordo ruido, monótono, reacio a integrarse en la pesadilla en la que estaba inmerso. Flotaba en el mar, asido al madero desprendido de una embarcación naufragada que debía llevarlo de regreso a Castilla, y los clavos le herían las manos en el continuo vaivén del oleaje; combatía la violencia de las olas mientras el agua de la lluvia, gorgoteante, arreciaba y le acribillaba el rostro. Rezaba por su pronta muerte, pero los brazos, en rebelión a su cerebro, no cejaban en abrazarse con desesperación a aquel trozo de madera podrida, hinchada por el agua, tabla de salvación. Buscó desesperadamente a Canayma a su alrededor; no la encontró. El agua que caía sobre su cara lo despertó y lo tranquilizó el hecho de que su cuerpo no se balanceara, la ausencia de olor de mar, la presencia, en cambio, del perfume de hierba húmeda. Agua que entraba en sus ojos entreabiertos, que empapaba su barba hirsuta y pegaba la camisola a su pecho como segunda y húmeda piel. Giró la cabeza y vio a su amada que también, en aquellos momentos, abría los ojos. La lluvia torrencial los había despertado, anegándolos, haciéndoles ver lo liviana que era la protección del árbol al que se habían arrimado, la insuficiencia de su copa como techumbre. Se abría el cielo negro por una desgarradura y por ella vertía su pesada carga de agua, se aliviaba vaciándose con furor. Llovía con tanta fuerza que el paisaje se diluía tras la cortina líquida, que la hierba que colmaba el valle, ya anegado, flotaba suelta de la tierra, como jirones verdes de una cabellera arrancada a la fuerza. Cogió Marín a Canayma de la mano y la llevó consigo, arrastrándola. Soplaba también el viento y la lluvia les azotaba la cara, implacable, aplanando sus cabellos sobre sus cabezas, dificultando su progresión. No era la lluvia suave y constante del norte de Castilla, que regaba campos y montañas, la que bendecían los campesinos, sino una lluvia feroz, furiosa, descabalgada por algún dios pagano molesto de su presencia por aquellas tierras, azote de agua. Vagaron por la selva en busca de cobijo, enfangados hasta media pierna mientras el aguacero arreciaba y nuevas rachas de viento combaban, inmisericordes, las altivas palmeras y arrojaban al suelo, como balas de lombardas, los duros cocos convertidos en peligrosos proyectiles, que no se partían al caer sobre el suelo, sino que se hundían en el agua cenagosa. Se desató una tormenta tropical, tan bello como magnífico espectáculo si no fuera porque, lejos de admirarlo, Marín y Canayma lo sufrían. Rasgaban el cielo ceniciento, como cañonazos de naves invisibles que surcaran los cielos, rayos que inmediatamente rompían en truenos, restallaban sus rugidos cada vez más cerca y amenazadores mientras el hombre y la mujer corrían por entre un bosque que ansiaban que fuera más tupido para cobijarlos de la furia de los elementos.

—No puedo más.

—Debemos seguir.

—¿Adónde?

Estaba embarrada, como una estatua de fango, vestida su desnudez con tierra y agua, pieza tierna de alfarería de rotundos volúmenes, una máscara su rostro en el que apenas la boca tenía vida. La tormenta estaba cerca y los rayos ya caían tan próximos que se oía cómo segaban los árboles, el bramido que hacían los altivos troncos al derrumbarse, el incienso de sus hojas alcanzadas por las llamas esparciéndose por la gran catedral de la selva. Canayma se refugió en sus brazos, temblorosa, y la sintió tan próxima como si de su propio cuerpo se tratara.

—No te asustes. Pasará. No son los dioses; es este infernal tiempo que tenéis en la isla. —Y con la mano sobre su cabeza, trataba de calmarla acariciándola.

La lluvia torrencial seguía y no parecía que fuera a parar en todo el día. La oscuridad sumía la mañana en noche. Los montes habían desaparecido, engullidos por las nubes. El valle por el que avanzaban era una laguna inundada en cuyo fondo de barro sus pies se hundían. La llevaba sujeta del brazo, con fuerza, como si temiera perderla si la soltaba, que la tierra la engullera, que la corriente de agua la arrastrara. Nunca se había sentido tan protector con ella. Razón

tenía Juan de la Plaza, su amigo, cuando le decía lo pequeña que era, el ridículo que habría hecho de llevarla de regreso a Castilla con él. La cabeza de Canayma le llegaba a mitad del pecho y sus manos diminutas se perdían entre las suyas, resbalando entre sus dedos.

Arribaron a un monte. Se erguía solitario, en medio del valle, como un peñasco extraño, ausente de vegetación, pura roca caída del cielo, y en su base encontraron la oquedad en donde resguardarse hasta que transcurriera la tormenta. Era un habitáculo pequeño, apenas una madriguera, un agujero angosto por el que se deslizaron en silencio y a oscuras, arrastrándose uno tras otro hasta topar con un pronto final. No les faltaba el aire y era un lugar seco que hedía a los excrementos del animal ausente dueño de la guarida. Fuera llovía, tronaba, el viento ululaba y la cortina de agua cubría la entrada y les negaba toda visión. Sentía Marín sobre su cabeza los pies embarrados de su amada y notaba su afiebrado temblor.

—¿Tienes frío?

Presintió que asentía con la cabeza. Pero no podía moverse para auxiliarla. Esperar, esperar a que el cielo descargara toda su rabia y, mientras tanto, en el silencio y la oscuridad de la oquedad, adormecido por el olor a fango y a cuerpos cansados, preguntarse de nuevo lo cómodo que habría sido morir con los suyos en el fuerte Navidad, lo mucho que costaba vivir, cuando la vida era una sucesión de obstáculos, y maldecir su instinto de supervivencia que lo impelía a vencerlos.

Dejó de llover cuando ya tenían los miembros entumecidos por la inmovilidad. Salieron entonces arrastrándose de nuevo hacia el exterior. La tierra se apresuraba a engullir su ración de agua, las ramas de los árboles brillaban como adornadas por los miles de estrellas que eran las gotas de lluvia prendidas de sus ramas, acariciadas por los tímidos rayos del primer sol del día. El aspecto de Canayma era deplorable; la más abyecta mendiga sería princesa a su lado en las actuales circunstancias. Su hermoso cabello era ahora el de la terrible Gorgona. Intentó adecentarla sin demasiado éxito. Se arrancó la camisola e hizo con ella una esponja, que mojó en agua limpia que encontró, y con ella fue aclarando primero su cara, luego su cuerpo. La liberó casi por completo del barro con infinita paciencia, se sintió Marín escultor convirtiendo lo tosco en bello mientras conseguía aflorar el delicado color tostado de su piel bajo los costrones de tierra que se resquebrajaban.

—Ahora vuelves a ser mi hermosa Canayma —dijo, tras quedar exhausto por su trabajo, contemplando su obra de embellecimiento—. Pero voy a llevarte con los tuyos. Es de locos que sigas conmigo. No puedes tener aquí a ese niño.

A Marín le sobrecogió la claridad de su respuesta y se avergonzó, acto seguido, de su mezquindad.

—Antes, mátame. —Y señaló con determinación el cuchillo que colgaba de su cintura.

Aquella noche, cuando se detuvieron a dormir, Canayma lo invitó a poseerla y, como Marín no se decidiera a tomarla, la indígena taina supo encender su deseo reptando por el cuerpo desnudo del hombre, liberándolo con la lengua del cieno apelmazado que cubría su piel. Marín, rendido, se dejó amar por ella y la taina robó nueva simiente al hombre blanco, aunque esta vez inútilmente.

Al día siguiente salió el sol como si nunca antes hubiera llovido e inundó de luz la selva, y levantó nubes de su manto húmedo. Esa sucesión ilógica de tempestades precedidas y seguidas de días de calma, tan propias del trópico, sumían a Marín en el más completo desconcierto. Intentó medir, sin éxito, el lugar en donde se encontraban, recordar, para ello, los días que llevaban caminando. ¿Una semana? Ignoraba en qué parte de la isla se hallaban, pero de lo que no cabía duda era de que se habían internado mucho en su interior, de que el mar quedaba lejano. ¿Hacia dónde?

—Canayma, debemos seguir.

La taina dormía con una placidez inusitada, ciñendo su propio cuerpo. Abrió los ojos cuando

una mano áspera, encallecida y grande se posó en su mejilla y miró al hombre blanco y medio desnudo que la observaba de cerca. Se alzó torpemente y se abrazó a él, colgándose de su cuello mientras su boca buscaba posarse sobre sus labios. Sabía del deleite que los blancos obtenían de esa extraña costumbre, incomprensible para ellos, que designaban con el nombre de besar y a ello se aplicaba para contentarle restregando su boca contra la suya.

—No tenemos tiempo para juegos —dijo con cierta hosquedad Marín, desprendiéndose de sus brazos—. Debemos seguir.

—No te gusto. No te excita mi cuerpo por la carga que lleva dentro. —Había en las palabras de la taina un deje de rabia por el ser que crecía en su vientre.

—Me gustas y te quiero. —El vasco palmeó suavemente sus nalgas—. Pero ése no es el problema. Debemos llegar a algún sitio. Debemos asentarnos en alguna parte.

—Aquí.

—¿Aquí? —Miró Marín a su alrededor—. Es un valle amplio, seguro que tu gente lo recorre a menudo. No hay donde esconderse.

Se pusieron a andar en dirección norte, hacia unas lejanas montañas que cerraban por un extremo el valle. La tierra estaba húmeda, encharcada, se hundía bajo sus pisadas, los agotaba. Tuvieron hambre, pero esta vez no encontraron nada que llevarse a la boca. Los animales parecían haber huido, los lagartos se habían ahogado con el diluvio del día anterior. Las escasas aves revoloteaban a gran altura en los cielos, observándolos. Ni la fruta que colgaba de los árboles era la adecuada.

—¡No!

Marín tenía en la mano un fruto ovalado de piel peluda, de considerable tamaño.

—¿Por qué no? —Se mostraba reacio a arrojarlo. Ansiaba hincar el diente en una pulpa que se le antojaba jugosa tras aquella burda vestimenta.

—Tú mismo.

Dudó. Había visto en el rostro de la taina una sonrisa juguetona, una expresión de niña traviesa encantadora de quien hace una broma. ¿Tan malo era el fruto que tenía en sus manos? Tomó el cuchillo y lo hirió con su punta. Se resistía el fruto a desvelar sus encantos, los guardaba celosamente, lo que, en la naturaleza de aquella isla, sólo podía indicar lo apetecible que era. No era blando su caparazón, como su naturaleza peluda parecía indicar, sino extraordinariamente duro, como la coraza de la nuez. A punto estuvo, clavando la punta del cuchillo, de cortarse los dedos. Finalmente, el fruto crujió entre sus manos y dejó escapar de su interior un aire hediondo de putrefacción que hizo que Marín lo arrojara lejos de sí. Canayma reía, como nunca la había visto, y se sujetaba el vientre con ambas manos para mejor hacerlo. Le habría pegado una buena azotaina, le habría enrojecido las nalgas con las manos tras ponerla sobre sus rodillas.

Siguieron andando hasta que tropezaron con un río infranqueable que cruzaba su camino rugiendo. Marín observó su sentido. El río se deslizaba en dirección opuesta a la de donde procedían. Siguiéndolo, se dijo, llegarían al mar, a la otra costa. Intentaron vadearlo. Era profundo, de aguas oscuras que no dejaban entrever su fondo, se deslizaba de forma tan abrupta que se formaba espuma sobre su superficie. Él quizá podría franquearlo, no le daban miedo las corrientes, aún estaba fuerte, tenía resistencia y se consideraba buen nadador, pero no quería arriesgar la vida de ella. Canayma miraba el rugiente río con indisimulado pavor y lo miraba a él como implorándole que no la obligara a vadearlo.

—Lo seguiremos hasta encontrar un lugar poco profundo para cruzarlo. El río nos llevará al mar, será nuestro camino. ¿No hacen puentes tu gente?

—¿Qué son puentes?

—Deberíamos aprovechar la ocasión y bañarnos.

Dejó las armas en la orilla, se desprendió de sus pocas ropas y se lanzó desnudo a sus aguas.

Estaban frías. Se sumergió bajo ellas y surgió unos metros más allá. Canayma lo observaba sin poder disimular el temor que le causaban sus evoluciones, el que abruptamente desapareciera tragado por el río y caprichosamente emergiera.

—Ven. Te ayudaré a entrar. Te sacaré.

Hubo de luchar con ella para convencerla de que en la orilla no le sucedería nada. Lloraba llena de temor e intentaba desasirse, sin éxito, de los fuertes brazos que la arrastraban hacia el río. Se sentó finalmente Canayma sobre los cantos rodados por entre los que discurría un palmo de agua cristalina. Tiritaba y toda la piel de su cuerpo se erizaba mientras Marín de Urtubia le lavaba con delicadeza el cuerpo, desde los pies a la cabeza, y arrojaba, con el cuenco de sus manos, el agua sobre sus cabellos y devolvía a éstos el sedoso tacto natural que habían perdido.

—Ahora sí que estás tan hermosa como antes. —Y premió con un beso su afirmación.

Siguieron la ribera durante buena parte de la mañana. Una arboleda espesa crecía en las orillas, los árboles hundían sus ramas en la corriente, desafiaban su curso abrupto. En un recodo del río se dieron de bruces con un poblado asentado en su orilla. Estaban sus casas tan integradas entre los árboles que no las vieron hasta que prácticamente ya estaban encima. Marín se detuvo en seco e impuso silencio a Canayma mientras dudaba si avanzar o huir. Era un poblado pequeño de apenas diez cabañas que debía de estar habitado por no más de una veintena de taínos, una de aquellas aldeas perdidas en los confines de la isla que quedaban fuera del área de influencia de los caciques. Les llegó, plenamente identificable, el aroma de un asado de carne. Permanecieron quietos, fundidos entre las ramas y observaron, aguzando la vista. Los indígenas habían cazado un manatí y lo asaban a fuego lento, ensartado en un gran palo que iban girando, y la sabrosa grasa se deslizaba del cuerpo al fuego crepitante, que se alimentaba con ella y producía grandes llamaradas. Los contó Marín. Menos de los que preveía, muchos niños, muchas mujeres, algunos ancianos, unos pocos jóvenes de aspecto pacífico que no supondrían amenaza alguna. Marín y Canayma estaban exhaustos, tenían hambre y la tentación de aquel gran cerdo acuático era lo suficientemente considerable como para despreciar los riesgos que entrañaba dejarse ver.

—Vamos.

Desenvainó la espada y, precedido por ella, avanzó hacia las primeras cabañas seguido de Canayma, que literalmente le pisaba los talones. Se aventurarían, aun a riesgo de ser prendidos. Oyó un murmullo de asombro que procedía de los indígenas. Marín entró en el poblado, seguido de la taina, con la espada desenvainada y mirando con ferocidad a los nativos. Paró el manatí de dar vueltas sobre el fuego mientras las mujeres cogían en brazos a sus pequeños, los ancianos huían y los jóvenes dudaban entre hacerle frente o emprender la retirada. Debía de ser su aspecto lo suficientemente terrible como para que los cuatro hombres en edad de defenderse optaran por un lento retroceso, dándole siempre la cara.

—Diles que no teman; diles que no voy a hacerles daño, que sólo queremos su comida.

Pero los hombres se apartaron, atemorizados por su presencia, como si hubieran visto a un ser monstruoso. Marín cortó con su espada un buen trozo de la carne del manatí que, inmóvil sobre la hoguera, se estaba carbonizando. Lo devoró allí mismo, se tiznó los dedos con su piel chamuscada, se untó los labios de grasa y sangre, aspiró el sabroso gusto de su carne y ofreció otro trozo, pinchado en la punta de su cuchillo, a Canayma.

Más tranquilos al ver cuáles eran sus intenciones, los indígenas de aquel poblado los observaron con curiosidad e incluso uno de ellos, más osado, intentó hablar con Canayma.

—¿Qué te dice?

—Quieren saber quién eres tú y si tuyo es el fruto que llevo en mi vientre.

—No contestes. Haz ver que no lo has entendido. Vámonos.

Emprendieron la retirada sin perder de vista a los asombrados taínos. Se internaron de nuevo

en la selva, aunque sin perder el curso del río. Marín se sintió aliviado al comprobar que en muchos rincones de esa gran isla de Haití no sabían nada de la suerte que había corrido el fuerte Navidad y ni siquiera sabían de la llegada del hombre blanco en sus barcos. Tan descoordinados debían de estar como los reinos de taifas. Caminaron, con las energías que les habían dado las asaduras de manatí que habían devorado, hasta bien entrada la noche, e hicieron entonces un alto en un calvero de la selva no muy lejos del río, pues en el silencio nocturno les llegaba diáfano su constante rumor. Marín se tendió sobre un lecho de hojas secas y ramas cortadas de árboles y pronto sintió, cobijándose entre sus brazos, el cuerpo grávido de la taina, su respiración, la textura suave de su piel, el perfume de su carne.

—Sobreviviremos —dijo en voz alta, con optimismo, acariciando la cabeza que reposaba sobre su pecho y mirando el techo de estrellas que sobre ellos levitaba—. Los tres. Construiremos una cabaña en un lugar recóndito, junto al mar, nuestro escondrijo, al que nadie sino nosotros podrá llegar. Tendremos una canoa a nuestra disposición. Pescaremos; seremos pueblo de pescadores. Tú, Canayma, mi reina, me darás más hijos, cada año uno, varones fuertes, también alguna hembra. Formaremos nuestra propia aldea, nuestro propio reino, nuestro ejército de guerreros de cabellos rubios y lacios y pieles cobrizas, de ojos rasgados y azules, la nueva raza mestiza que será dueña de esta isla. Y yo seré su cacique.

—Te daré cientos de hijos en cuanto dé a luz a éste. Te serviré hasta mi muerte.

El brillo de la sinceridad gravitaba en sus ojos rasgados. La luna la envolvía, la bañaba en su luz. Su piel tenía una tonalidad preciosa, plateada ahora que estaba limpia, sus cabellos enmarcaban con delicadeza su rostro. Se acordó Marín de cuando Canayma se cubrió todo el cuerpo con polvo de cocuyo y, brillando como una escultura de oro, se le entregó. La quería irracionalmente y más ahora que la veía desvalida, que había perdido buena parte de su hermosura por ese ser anónimo que llevaba en su vientre y chupaba de su vida, que el deseo había dejado paso a la ternura. Deslizó su dedo por su frente amplia, ligeramente abombada, dibujó su pequeña nariz, tan opuesta a la suya, rozó sus labios húmedos y se detuvo en su barbilla.

—Te quiero, mi pequeña salvaje —dijo, más para sí que para ella, mientras sus ojos se humedecían—. No te dejaré nunca.

Despierto, sintió cómo ella caía en el sueño. Despierto, oyó el latido de su corazón y el del que habitaba sus entrañas.

Capítulo 2

Caminaron durante todo el día sin descubrir más poblados ni más indígenas a la redonda. Aquel territorio, la parte del interior de la isla de Haití, era sin duda una zona despoblada; sus habitantes se concentraban en los aldeaños de las costas, huyendo de la escasa hospitalidad de sus florestas. Un sol implacable lucía en el cielo, introducía sus rayos entre las copas de los árboles de la tupida selva, evaporaba la humedad del suelo creando fantasmagóricas nieblas. Caminaban en silencio, muy despacio, atentos a los ruidos que les llegaban de vez en cuando de las copas de los árboles, los de los grupos de monos que, curiosos, seguían el progreso de aquella extraña y desnivelada pareja por su recóndito reino.

Canayma se detuvo a descansar. Lo hizo sobre una roca desnuda que, en medio de un barrizal cubierto de hierba larga, le servía de banco. Marín volvió sobre sus pasos. La muchacha respiraba con cierta dificultad y miraba a su amado con expresión de pedirle perdón por las molestias que le estaba causando.

—¿Hasta dónde iremos?

No lo sabía. Confiaba que, en cuanto llegaran al lugar idóneo, su instinto se lo revelara para plantar en él una cabaña, el ansiado hogar en el que reposar después de tantos días de vagabundeo. Navegaba por los mares verdes de aquella isla sin más objetivo que alcanzar el océano por el otro lado de la costa, pero temía haberse desviado y caminado en círculos. No era en aquellos momentos, para su desgracia, el señor Colón, el Almirante, capaz de guiarse por las noches mediante la mera observación de las estrellas. Cuando desaparecía el sol, mientras su amada dormía plácidamente confiando por entero en él, observaba el cielo oscuro y trataba de que las estrellas le desvelaran alguno de sus secretos, sin éxito. No distinguía en aquel cielo limpio de la isla la estrella polar que le marcaba el norte, sólo Marte, rojizo, se le revelaba de forma inútil para el curso de su viaje. Seguiría el río, aquel curso de agua caprichoso que se iba ensanchando a medida que descendía, revelándole su lento camino hacia el mar.

La selva se hacía cada vez más tupida y la espesura de las copas, que formaban un compacto techo vegetal por entre el cual ya no se filtraba la luz del sol, sumía todo el paisaje en un aire de desolación y misterio. Andaban en silencio, cogidos de la mano, atentos a su alrededor, a la sorpresa que les podía deparar el suelo o los troncos de los árboles. De las ramas colgaban enormes y retorcidas lianas como serpientes, de sus troncos crecían llamativas flores de desagradable perfume, por los suelos se arrastraban columnas de gigantescas hormigas que desaparecían en los conos de sus nidos camuflados de hojarasca. Una serpiente delgada, blanca, reptó con rapidez antes de que su pie la pisara; un lagarto de cresta irregular y ojos saltones trepó, veloz, por un árbol antes de que el tajo de su espada lo partiera. Los reflejos le fallaban al vasco. El silencio del lugar se vio, repentinamente, roto por el croar insistente de ranas que, a juzgar por el estruendo que producían, debían de ser gigantescas, del tamaño de puños. Poco a poco el suelo, traicionero, se fue convirtiendo en un fangal en el que los pies chapoteaban y la tierra, cada vez más reblandecida, los fue chupando, haciéndolos suyos. Era ya tarde para desandar lo andado y buscar otro camino. El río ya no se oía, lo habían perdido, atentos como estaban en la infernal selva de obstáculos que se abría ante ellos. Los insectos y las arañas les picaban sin piedad en cuanto hacían un alto en el camino para descansar; pronto sus cuerpos estuvieron tan cubiertos de picotazos y ronchones que ya no los sintieron, y los insectos revoloteaban a su alrededor, se posaban en sus bocas, en sus narices, en sus ojos, con endiablada osadía. Marín optó por desprenderse del resto de sus ropas y dejar sólo el cinto abrazando su cintura, del que pendía la vaina de su espada y su puñal. Desnudo, con su virilidad al descubierto, se sintió vulnerable, pero la escasa ropa hecha jirones que hasta entonces lo cubría había dejado de tener sentido, era un estorbo más.

—Te cubriré de barro —le dijo Canayma.

—¿Más barro? ¿No tenemos suficiente con el que pisan nuestros pies?

—De este modo no te picarán los insectos.

Se dejó hacer. Las pequeñas manos de la taina tomaron puñados de fango del suelo y lo extendieron por el torso, la espalda, las piernas, las nalgas y las ingles del castellano. Sólo la barba y el pelo quedaron a salvo de tal unción. Y cuando acabó, Canayma cubrió con barro su pecho, vientre y piernas y pidió a Marín que completara su obra extendiéndolo por su espalda y sus nalgas. Como fantasmas de fango, continuaron la marcha por el embarrado territorio, libres ya, mediante esa coraza blanda que poco a poco se secaba, de las molestas picaduras de los insectos; mas con el fango del suelo que iba sobre sus cuerpos, como una segunda piel, iban también docenas de repugnantes larvas blancas que los recorrían de pies a cabeza y les daban un aspecto de cuerpos en putrefacción que se movían por el paisaje como fantasmas.

No hablaron. Atentos a sobrepasar los múltiples obstáculos que ponía en su camino la selva, las palabras habían huido de sus labios. No miraban más que el suelo; el suelo que, una por una, capturó las botas del castellano, su último vestigio de civilización, y las engulló para siempre. Maldijo el percance Marín, luchando inútilmente por recuperarlas, mientras escuchaba la risa franca de la taina, una nota de alegría que aliviaba la tensión. Ahora andaba descalzo, como ella, como todos los indios de aquellas selvas, y sentía en las plantas de los pies la vida de aquella tierra que hervía con inusitada virulencia, que gorgoteaba, se hundía, le abrazaba los tobillos, como un ser vivo más. En comparación con aquella desbordante vitalidad, los paisajes verdes y húmedos de su norte vasco se le antojaban minerales, muertos. Aquella naturaleza no había sido domeñada aún por el hombre, tardaría siglos en serlo, y era tan poderosa como para devorar a los intrusos como había ido devorando hasta sus cimientos el maltrecho fuerte Navidad. La tierra, en esos momentos así lo sentía Marín, era un dios más, con vida, que los agredía, a quien deberían aplacar con algún tipo de sacrificio para que les dejara salir indemnes de su tramposo territorio.

Caminar, siempre andar, como una condena, sin rumbo, como estuvieron navegando con las tres naves desde que dejaron atrás las Canarias hacia aquel territorio desconocido. De tarde en tarde, el vasco se detenía a esperar a que Canayma lo alcanzara. Aunque acostumbrada a aquel paisaje y a la terrible humedad que no les dejaba espacio para respirar, la muchacha sufría los efectos de su avanzado embarazo y su cojera. No hablaban, sólo cruzaban entre ellos miradas de desesperación. Perdidos en un inmenso pantano, que no parecía tener fin, se abrazaban a los troncos, a las lianas, a las sobresalientes raíces de los árboles para no ser engullidos en alguna de las ciénagas que seguramente habría.

Recordó Marín a Domingo *el Negro* y cómo fue salvado *in extremis* de perecer engullido en una de esas monstruosas pozas de barro por un impasible Camani. ¿De qué le sirvió sobrevivir a aquella trampa de la naturaleza si semanas más tarde fue despachado por los suyos en oscuras circunstancias que nunca sabría? ¿De qué le estaba sirviendo a él sobrevivir a la masacre del fuerte Navidad si aquella ciénaga sin límites lo absorbía?, se preguntaba Marín. ¿Cuánto tiempo lograría sobrevivir a la agresiva naturaleza, que lo trataba como a un extraño?

Debían tener mucho cuidado al pisar, observar el terreno, estudiar su coloración, si crecían arbustos en esa tierra grisácea o sólo leves capas de musgos traicioneros. Andaban, por ello, con una extraordinaria lentitud, midiendo los pasos. Marín había cortado con su espada una fuerte rama, que utilizaba como cayado, y con el extremo de ella tanteaba el terreno por si el suelo de barro les tendía una trampa mortal.

Maldijo una y otra vez la muerte que lo llevó a un calabozo de Sevilla y su decisión de embarcarse hacia el Nuevo Mundo, maldijo, sobre todo, su errada decisión de no embarcar con el Almirante en su viaje de vuelta y acompañar a la hermosa princesa Gualana a la corte de Castilla. La habría convertido en su amante, la habría bautizado, o convertido en su puta, vivir de ella. Su cuerpo holgando en las camas de la corte, entregando placer por puñados de maravedíes, y él recitando poemas por las tabernuchas, escribiendo cartas en los soportales de

las catedrales para los iletrados, componiendo poemas de amor para recitar bajo la ventana de amadas que sabían de la falsedad de los versos. ¡Cómo ansiaba en aquellos momentos la vulgaridad de una vida cómoda frente a la aventura incesante que era caminar por el territorio virgen! Soñaba con un paraíso de hogazas de pan crujiente, de buen vino, recio y áspero al gazzate, de hermosas mozas de buenos pechos bamboleantes bajo sus blusas y nalgas en donde posar la mano, de aromas de carne de cerdo dorándose en el fuego chisporroteante de los hogares, todo ello frente al infierno de un paisaje húmedo que se le metía hasta el tuétano y la mano de una infeliz indígena agotada por el cansancio y hundida hasta media pierna en el fango, su desvalida cojita, por la que debía velar.

La escasa luz que se filtraba por entre las altas copas de los árboles decrecía, lo que indicaba que el sol debía de estar próximo a su ocaso. Con la angustia de quedarse a pasar la noche en tan infecto e insalubre lugar, Marín de Urtubia aceleró el paso tirando del brazo de Canayma con fuerza y ésta, pese a su agotamiento, ni una sola queja opuso. Quiso la naturaleza premiar su desesperado esfuerzo y, cuando las tinieblas ya casi eran totales y a duras penas se distinguían los troncos de los árboles, sus sobresalientes raíces y las muchas y parásitas plantas que crecían de sus ramas, el suelo fue endureciéndose, escupió paulatinamente el agua que lo empapaba como un secante, y se convirtió en estable pradera de tupida hierba que los hizo a ambos suspirar de alivio.

Estaban hambrientos por el agotamiento de aquella jornada interminable que no les había dado un instante de respiro, pero no tenían nada que llevarse a la boca como no fueran las larvas repugnantes que hozaban entre el barro de sus cuerpos y amenazaban con invadir boca, oídos y narices. Se derrumbaron literalmente, jadeando, hasta recuperar el resuello. Y, en silencio, oyeron sus respiraciones fundiéndose con el murmullo sordo de la selva, ese bramido que en un día ya lejano, cuando avistaron aquellas costas, había asombrado al vasco, lo había llenado de la inquietud hacia lo desconocido y certificó lo novedoso del Nuevo Mundo que descubrían. Era la sinfonía de las ranas enfurecidas en sus charcas, llamando a sus hembras para aparearse, del canto de las aves nocturnas, atentas a hacerse con sus presas entre los durmientes moradores de la selva, de misteriosos insectos que revoloteaban entre las ramas de los árboles, el aleteo lúgubre de los enormes vampiros.

Marín, intentando penetrar con la mirada, sin éxito, la tupida techumbre vegetal, comprendió que no podían seguir por más tiempo así, viviendo como alimañas en la selva, y que urgía establecerse en algún lugar. El mar, buscaba el mar como el más valioso tesoro, daría por él todo el oro que tuviera, buena parte de su sangre.

Esa noche, el cansancio lo rindió, lo hizo olvidarse de los peligros de la selva, lo hundió en las profundidades del sueño y, para compensarlo, lo colocó entre los brazos cálidos y amorosos de la Mascarpone, sin duda la más sensual y hermosa ramera que satisfizo su deseo. Se untaba la italiana la piel con ungüentos perfumados y perfilaba sus gruesos labios y sus generosos pezones con color carmín, para que los amantes concentraran en ellos sus caricias y besos. Modelo de pintores por la rotundidad de sus formas, fue por esa misma virtud placer de sus muchos amantes venales. Decían de ella que cobraba por compromiso, que hacía el amor por mero gozo y que amaba, más allá del ayuntamiento carnal, a los hombres que pasaban por las sábanas de su lecho, que por un orificio de la pared observaba antes a sus pretendientes y si eran de su agrado entraba a satisfacerlos y, si no, era otra de las pupilas la que se encargaba de hacerlo. El sueño reprodujo su cuarto, su tálamo, la palangana de agua tibia en donde aseaba a sus amantes antes de la lid amorosa, pasando una esponja empapada de agua por donde el macho se manifestaba de forma brutal por su caricia. Tuvo la visión de sus doradas guedejas que, coquetamente, descubrían la nuca, la carnosa espalda que formaba un triángulo perfecto decreciendo hacia sus caderas, las espléndidas esferas brillantes de sus nalgas, sus recios muslos abriéndose y difundiendo al aire el perfume oculto y cautivador de su sexo en celo. La

estuvo cabalgando hasta la extenuación en aquel húmedo paraje y en el más violento de sus éxtasis, abrazado a sus caderas, a punto de verter el licor ardiente de su deseo en el cáliz que se abría entre sus torneadas piernas; el intenso placer insatisfecho lo despertó. Rompía el barro y lo que iba a ser placer se tornaba en súbito dolor. Maldijo la idea de Canayma de embarrarlo también allí. Reinaba una oscuridad absoluta y la selva había enmudecido. Las ranas habían dejado de croar, saciadas en sus apareamientos, y las aves nocturnas habían culminado con éxito sus expediciones de rapiña sobre pequeños roedores que descansaban para siempre en sus estómagos. Sólo la respiración entrecortada de Canayma, a su lado, le advertía de la presencia de vida a su alrededor. Su vista tardó en acostumbrarse, y cuando distinguió su flanco desnudo y sus redondas y embarradas nalgas sintió la punzada irrefrenable del deseo. La hizo suya sin despertarla, ciñó sus caderas con sus brazos, la cabalgó con delectación una y otra vez y, sin salir de ella, abrazado a su cintura, cayó de nuevo en el sueño, esta vez plácido, profundo. Marín y Canayma eran dos estatuas de arcilla íntimamente abrazadas a las que los tímidos rayos del sol despertaron.

Capítulo 3

No más cenagales. Parecía que habían superado una prueba y estaban inmersos en la siguiente. Caminaban en zigzag, abriendo Marín camino con su espada, tronchando a diestro y siniestro matojos, ramas bajas de árboles que amenazaban sus rostros, atisbando al mismo tiempo si algún ser vivo, desconcertado por su presencia, se dejaba atrapar. Los seguían los monos, pero desde lo alto de las copas, y Marín, sin arco ni flechas, se sentía incapaz de perseguirlos y darles caza.

Canayma se detuvo a media mañana, cuando las fuerzas le flojeaban y parecía a punto de desvanecerse de hambre, ante un gigantesco hormiguero. Se elevaba entre dos árboles, tenía más de un palmo de altura y un gran orificio en su centro, por donde salían gigantescos guerreros negros armados con temibles pinzas que acarreaban las hojas de la selva.

—Hunde la espada.

—¿Estás loca? ¿No pretenderás comer esta porquería?

—En el interior hay larvas blancas muy dulces.

—¿Vas a comer larvas?

—Voy a comer larvas. Y tú deberías hacer lo mismo.

Siguió sus instrucciones con repugnancia. Hundió la espada en el orificio que culminaba aquel cono volcánico y desmoronó la montaña de tierra. Surgieron las hormigas a miles, en desbandada, feroces, chocando unas con otras, pasaron bajo sus piernas, algunas subieron por ellas, hincaron sus pinzas en su embarrada carne, tuvieron que deshacerse de ellas a manotazos. Contempló entonces cómo Canayma, sin temor, removía con sus manos los restos del hormiguero, apartaba la tierra, sin miedo a las picaduras de sus habitantes, y descubría pequeñas y rechonchas larvas blancas sin pies, que se retorcían de un modo repugnante. Cogió un puñado de ellas y sin un asomo de duda las engulló. Estuvo a punto de vomitar Marín, una arcada seca, puesto que nada llenaba su estómago, al ver cómo las mandíbulas de su amante masticaban con evidente delectación aquel puñado de gusanos vivos que trataban de huir de entre sus labios; los labios que tantas veces había besado, los labios adorables que despertaban su deseo y ternura se convertían en un hocico salvaje devorando un manjar desagradable.

—Come. Te gustarán.

¡Cómo iba a comer aquella bazofia! Ya comió, a regañadientes, los cientos de gorgojos que devoraban los garbanzos en el viaje de ida a esas islas. Contempló cómo ella se agachaba de nuevo, hundía la mano en aquella madriguera abandonada de la que seguían saliendo obreras y guerreros y se llevaba a la boca nuevas porciones de ese manjar blanco que hervía en su palma. Si iba a quedarse en esa selva, si tenía intención de sobrevivir, quizá debería comportarse como ella. Tenía hambre, el estómago le dolía, y Canayma insistía una y otra vez, con amorosa solicitud, en que compartiera aquel maná. Quizá si pensara que eran otra cosa, que las tomara por hinchados granos de arroz, que eliminara sus movimientos convulsos, sus cabezas negruzcas, pudiera comerlas. La mano de Canayma se aproximó a su boca con el repugnante condumio. La miró a los ojos. Estaba hermosísima la taina, una expresión de dulzura difícil de describir en sus bellos ojos rasgados, mientras sus dedos rozaban unos labios reacios a abrirse. Se decidió. Abrió la boca, casi mordió la pequeña mano de la muchacha, sorbió su repugnante contenido, lo tragó de inmediato, sin masticarlo, casi ahogándose al hacerlo, mientras una arcada se rebelaba por devolver lo que comía tan a disgusto.

—Debes masticar. Es dulce.

Quizá debería hacerlo. Su amada lo hacía. Las larvas blancas morían decapitadas entre sus dientes, sus labios se humedecían con su jugo. Tomó la segunda ración de su mano. Sintió en su paladar, vivos, la media docena de repulsivos bichos, luchando desesperadamente por huir. Hizo presa de ellos con los dientes. Estallaron como uvas maduras. Y Canayma no mentía: la sangre de aquellos repugnantes insectos era singularmente dulce. Si conseguía desechar de su

mente su repugnante aspecto, podría afirmar, incluso, que eran exquisitos. Se sentaron entonces ambos, junto al desmoronado hormiguero, y dieron cuenta con avidez, sin piedad, de los cientos de larvas blancas que aún quedaban, el rebaño lácteo de aquellas aguerridas hormigas de feroces pinzas derrotadas por el hambre de los intrusos.

—Pues no era tan asqueroso. Lo admito. No más que los caracoles que comemos en nuestras tierras. Pero en Castilla, eso sí, las viandas son muy superiores a las que se dan en estos parajes. Se cuecen las alubias, con buen chorizo, se echa en el rojizo caldo algo de vino, se sala, y es un plato envidiable para las noches de invierno. O las maravillosas lentejas, causantes, y con razón, de la venta de una primogenitura en la Biblia.

Andaba Canayma a su lado, escuchándolo, mas sin comprender palabra. ¿De qué hablaba el castellano? Poco importaba si le regalaba con el timbre fuerte de su voz, con esas erres tronantes que tanto le había gustado oír cuando estuvo con el hombre blanco por primera vez, cuando un brusco Juan de la Plaza la hizo suya sin contemplaciones y deslizó en su oído palabras desconocidas, de carácter soez, que sin embargo excitaron sus sentidos. Ahora, aquel hombre extraño, alto, fuerte, de cabello rubio y ojos azules, de sexo poderoso que encendía admiración y deseo en las mujeres de las aldeas, era más suyo desde que había comido de su mano aquella vianda blanca. Canayma se sentía importante y útil después de haberlo alimentado.

El día era uno de los más hermosos y despejados desde que habían emprendido la huida del fuerte Navidad. Veían el cielo por fin, cuando la selva se aclaró y un valle verde se abrió ante sus ojos. Pero ni rastro del río que habían seguido, que había desaparecido tragado por la tierra. Tropezaron con una cadena montañosa y ascendieron a uno de sus montes, el más suave de ellos. Ejerció Marín la astucia innata en su lucha por la naturaleza, el instinto que le hacía prever cuál sería el camino más rápido y menos fatigoso que llevara a la cumbre. Se abrieron paso por entre matorrales enanos, plagados de espinos, ante los que el barro que cubría sus cuerpos fue incapaz de defenderlos. Marín se detenía a menudo para que Canayma descansara, y proseguía luego con redoblada energía previendo que desde la cima de aquel monte tendría una buena visión de su entorno. Y así fue. Unos cientos de metros y el valle que habían dejado, la selva que habían cruzado, eran hermosas manchas verdes de distintas tonalidades, colores de la paleta del pintor divino que permitía que contemplaran su cuadro. Un trecho de plantas espinosas, contra las que el vasco se empleó a fondo, decapitándolas con su espada, abriendo un camino que no lacerara los muslos de su amante, librándola de peligros hacia su vientre gestante, y la cima fue suya. Se sintió conquistador Marín mientras corría a coronar su punto más alto e inundaba sus pulmones de aire fresco y puro, sin la humedad de las tierras bajas. Y efectivamente vio el mar, pero lejano aún, una mancha azul imprecisa por las nubes, que le hizo deducir que debían de encontrarse en el centro de la isla.

—El mar. —Y repitió la palabra varias veces, se llenó la boca de ella mientras abrazaba a Canayma, que llegaba a donde estaba.

—*Bagua.*

—¿Cuántas jornadas? Tres, quizá cuatro, si no damos con la ruta exacta.

Antes de descender el monte se grabó Marín en su mente el mapa de lo que había visto, memorizó algunas de las referencias más visibles y características del terreno para no perderse y dejar de avanzar como los meandros de un río: un tupido bosque de palmeras de tronco blanco, un cañaveral de juncos, una extraña roca con aspecto de gigante, una tierra rojiza que parecía un cultivo abandonado.

Anduvieron aquella tarde hasta que les faltó la luz. Entonces dieron con un lugar mágico que Marín creyó que la divina providencia había puesto en su camino. En una vaguada entre dos montes, cerca de un río de escaso caudal y aguas límpidas, quizá un afluente del que perdieron el rastro, un terreno reducido, despejado, fronterizo con bosques, parecía el lugar que había

estado buscando para asentarse. Recorrió Marín aquel territorio del que tomaba posesión como animal marcando sus límites. Tan convencido estuvo de que aquella porción de terreno seco, soleado, bien protegido y escondido de la vista de intrusos, con empalizadas naturales que eran los bosques que lo delimitaban, era la tierra prometida que andaban buscando, que decidió no seguir buscando el mar.

—Nos quedaremos aquí —dijo a una Canayma que no entendía su excitación—. Nuestra cabaña, nuestro hogar. Tenemos todo lo que podemos desear. Madera para construirla, agua próxima para beber, seguramente animales que irán a beber en su curso y podremos cazar.

—¿Y *bagua*?

—Prefiero esto a *bagua* —fueron sus últimas palabras mientras se tendía en el suelo y se aprestaba a dormir—. Construiremos aquí nuestro hogar.

Bien podría decir Marín de Urtubia que la necesidad obraba milagros. De la noche a la mañana, en cuanto tomó la determinación de que aquel espacio de tierra, más o menos limpio de vegetación, que medía insistentemente con sus pasos, como si quisiera inventariar su posesión en algún registro, sería su territorio vital, se afanó en desmochar los árboles de sus alrededores, les robó sus corpulentas ramas en lucha titánica con ellos. Más útil le habría sido un hacha, pensaba para sus adentros, mientras la emprendía a estocadas con los mudos gigantes vegetales de su entorno. Un hermoso cañaveral le ofreció el material idóneo para armar las paredes de lo que sería su hogar, mas la espada resbalaba con frecuencia en sus pulidos tallos y parecía burlarse de su esfuerzo, esquivando sus golpes.

—Os maldigo, junco bellaco. ¡Puto tronco! —renegaba, furioso, como si otorgara conciencia de ser vivo a quien se resistía a ser cercenado. Sudaba a chorros. El sudor empapaba su torso en tensión, corría por los brazos que descargaban golpes secos en las huecas cañas remisas a sucumbir; golpes y más golpes que levantaban nubes de astillas mientras la taina, sentada, con aire indolente, como ausente, observaba el esfuerzo de su amado y hasta parecía cansarse ella misma de sólo mirarlo. Se detuvo desfallecido el vasco cuando una veintena de cañas, de similar tamaño, poco más altas que él, descansaron alineadas en el suelo como el trofeo de un día de montería. Luego, afilándolas con el cuchillo por uno de sus extremos, las fue clavando en un suelo que se dejaba perforar sin resistencia y abría sus entrañas de barro, y sólo cuando lo hizo con la última de ellas se dio cuenta de lo insuficiente que eran, que puestas una al lado de otra, atadas con bejucos, las cuerdas del Nuevo Mundo que pendían generosamente de las ramas de sus árboles, apenas daban para una pared y poco más. Siguió talando cañas con denuedo, sin apenas detenerse, hasta que el cansancio, el calor y el hambre lo derribaron de una manotada, como un espantajo. Cayó al suelo, desplomado, jadeando. Durante un buen rato sus costillas se agitaron con tanta violencia que parecía que fueran a rasgar su piel, y su boca, abierta, boqueó angustiosamente mientras su mano aflojaba el pomo de la espada. Parecía fácil armar una simple cabaña, pero la naturaleza no daba nada gratis. Canayma se acercó al hombre vencido, alertada por su aspecto, vertió agua fría, que llevó en el cuenco de un coco abierto, sobre su cuerpo ardiente, mojó sus labios, y dióle de beber de sus manos.

—Debo seguir.

Si algo caracterizaba a Marín de Urtubia, aparte de su carácter soñador, era su voluntad de hierro. Nada lo detenía en cuanto se fijaba una meta. Y habíasele metido en la cabeza que aquella noche dormirían bajo techado. Veinte cañas más aparecieron alineadas en la tierra, las cogió a puñados, las clavó a continuación de las que ya formaban pared y media de la tosca vivienda, con fuerza las sujetó con bejucos, seguido por la mirada complaciente de Canayma, que empezaba a experimentar un agradable placer al ver cómo su hombre preparaba el nido que iba a compartir con ella. A media tarde, la planta estaba construida, la empalizada tosca de las paredes sólo dejaba abierto el hueco estrecho de lo que sería la entrada. Atacó Marín, convertido en improvisado arquitecto, el techo. Más cañas cruzando a lo largo, por el aire, la

cabaña, sustentándose en las rudimentarias paredes, imbricándose en las cañas que formaban el muro, más nudos de bejucos sobre ellas, abrazándolas tan fuertemente que se desollaba las manos en ello, hasta juntarlas tanto que el agua no pudiera pasar por ellas.

No paraba. El cielo perdía su claridad y él, sobre sus fuerzas, aceleró su actividad. No le dolían los músculos, engrasados en su propio sudor, ni le dolían las diminutas astillas que se le habían ido clavando en la piel a lo largo de su febril trabajo, ni los cortes en sus manos de tanto apretar nudos. Empezó, en una lucha titánica contra el tiempo de aquel día que se le acababa, la techumbre de la vivienda. Buscó las palmeras, el sabio árbol que la proporcionaba, se alejó espada en mano del lugar, trotó hasta dar con unas pocas que se erguían altivas entre vegetación ajena. Ni eran hermosas ni muy frondosas, pero servían a sus fines sus pomposas ramas mecidas por el viento, que le abanicaban. Debía encaramarse por su liso tronco hasta su copa. No tenía la agilidad de los taínos para hacerlo, ni la habilidad de los monos que en las copas, jugueteando con los sabrosos cocos, parecían burlarse de ese aprendiz de simio tan cubierto de pelo como estaban ellos. Abrazó el primer tronco, se aupó unos pocos metros, resbaló luego por él, desollándose brazos y pecho, golpeándose con fuerza en la nuca al caer de espaldas al suelo cuando su cuerpo se precipitó en tierra. La emprendió con mucha más rabia. No cejar, vencer, ése era su lema. Pero cuando cayó de nuevo, y esta vez más dolorosamente y desde más alto, se detuvo a reflexionar. Se golpeó la frente con furia por no habersele ocurrido antes la idea. Ató varios bejucos, unos a otros, con fuerza para que no se desprendieran, formó un lazo en su extremo y lo lanzó con furia las ramas más fuertes y altas del cocotero. No acertó al primer intento, ni al segundo, ni al tercero, pero al cuarto se vieron cumplidos sus anhelos: la cuerda colgaba hasta el suelo, prendida de una ancha rama capaz de aguantar su peso. Sacó fuerzas de su cansancio y trepó con brío por ella, sin descanso, una y otra vez, impulsándose con los pies que, de vez en cuando, tocaban el tronco, saltó su cuerpo, balanceándose, hasta alcanzar la cima. Entonces sí, huyeron despavoridos los macacos que hasta entonces se habían estado riendo de sus piruetas, lo hicieron en desbandada, ruidosos, saltando a los árboles cercanos, perdiéndose, al poco, por la selva. Marín miró hacia el suelo desde las alturas y no sintió vértigo. Ni por un momento pasó por su cabeza la posibilidad de caer y desnucarse. Sentado a horcajadas sobre una de las anchas ramas de la palmera, la emprendió a golpes de espada terribles hasta que la sajó por completo, y una honda satisfacción tuvo cuando la vio caer con estruendo al suelo; lo mismo hizo con la vecina, y con la que estaba a su lado, y así sucesivamente, hasta mutilar por completo al altivo árbol, dejarlo sin copa, desnudo, sin posibilidad de regenerarse. Y entonces descendió, con rapidez, por los bejucos entrelazados, cargó sobre sus espaldas cuatro de aquellas corpulentas ramas de duras, largas y delgadas hojas, las arrastró tras de sí por la floresta hasta llegar a donde esperaba la cabaña.

—Ayúdame.

Quería que Canayma participara, aunque sólo fuera simbólicamente, en su construcción. Lo ayudó la taina, cojeando, a cubrir con las espléndidas hojas de palma la techumbre, amontonaron varias de ellas, hasta dar al techo el aislamiento y la contundencia adecuados. Y sólo entonces Marín se detuvo a descansar, a admirar su obra, orgulloso como el más prestigioso arquitecto catedralicio, cuando ya la luz le hurtaba el placer de la visión de su casa. Aquella choza que una tormenta derribaría sin esfuerzo, de la que el viento se llevaría volando su techo, que no soportaría el embate de cualquier caballo, la patada vigorosa de un hombre, era su hogar, su territorio, y se sentía especialmente dichoso por ello, lleno de orgullo.

La noche llegó. Pero aquella vez fue distinta de las otras. Marín tomó a Canayma con solemnidad del brazo, pasó su enorme mano herida por múltiples rasguños por su hombro y la invitó a entrar en su interior. No veían el cielo dentro del habitáculo, que olía a naturaleza, a savia derramada, tan lleno de insectos como lo estuviera su exterior; reinaba en él, eso sí, una conciliadora oscuridad que invitaba al sueño. Mullida hierba, como una alfombra, cubría el

suelo. Y sobre ella se tendió Marín, y Canayma lo hizo a su lado en silencio.

—¿Te gusta? ¿Es confortable nuestra cabaña?

Calló la india. El hombre blanco era sin duda mejor amante y guerrero que constructor: quedaban intersticios entre las cañas por donde se colaba el aire y entraban los insectos, ni la techumbre estaba lo suficientemente tupida como para velar la luz del sol por la mañana y no era su aspecto el de resistir un simple aguacero. Calló sus críticas por no herirlo, se abrazó con fuerza a él, besó su pecho hirsuto, escuchó con arrobó el batir del corazón del guerrero bajo el fuerte caparazón de sus costillas y lo fundió con el que llevaba en sus entrañas.

—Aquí tendrás a tu hijo —dijo con determinación Marín de Urtubia, vasco, literato, ahora convertido en arquitecto.

Capítulo 4

Era absolutamente necesario que Marín cazara. La carne era lo más difícil de conseguir, entre otras cosas porque sus artilugios de guerra, su espada y su cuchillo, poco útiles eran en la tarea de perseguir y derribar animales, porque los animales, con excepción de los ágiles macacos que abundaban, no se dejaban atrapar fácilmente por el hombre blanco.

En aquellos momentos, el literato Marín de Urtubia, el poeta de tabernas, el escribano de cantorales eclesiásticos, se sentía profundamente primitivo y salvaje en la tierra de acogida. Debía convertirse en hombre cazador y recolector de frutos, volver al más primitivo estrato de la sociedad humana para sobrevivir. Y de él, de su fortaleza, de su agilidad, dependía la vida de quien todo lo compartía con él y había escogido el camino del destierro por solidarizarse con su destino. Debía cazar para ella, puesto que se debilitaba. Canayma, tumbada la mayor parte del tiempo en el suelo, apenas salía de la cabaña que había construido Marín, y éste, desesperado, todas las mañanas se internaba en la selva a la búsqueda de sabrosa carne que llevarse a la boca, lo que, de momento, no era más que una quimera que activaba los jugos gástricos de su estómago.

Durante los primeros días, sus infructuosas expediciones de caza lo desalentaron. Se movía con torpeza, hacía ruido, y la presunta pieza, en cuanto la aventaba, levantaba el vuelo, se alejaba a la carrera, frustrando sus expectativas. Había grandes roedores, más gruesos que conejos, que solían habitar las márgenes del río, cuya carne recordaba Marín haber probado y haberse saciado con ella, pero eran astutos y rápidos, huían en cuanto su pie tronchaba una rama, en cuanto se aprestaba, tras instantes de inmóvil espera durante los que el animal también aguardaba sin pestañear, a lanzarse sobre ellos. Ni el largo brazo armado con la espada lograba hacer presa en aquellos animales, tan pequeños como ágiles en reflejos, que desaparecían en la alta vegetación que crecía en las orillas. Tampoco había en aquella zona las vulgares iguanas, tan comunes en otras partes de la isla de Haití, sino lagartos pequeños, repugnantes, de piel verde, que una vez cazados apenas daban para un bocado, ranas de muchos y repulsivos aspectos, insectos en tan variada como aborrecible gama. Sintióse miserable, profundamente desgraciado, Marín cuando, tras muchos intentos infructuosos de hacerse con una pieza de carne, el hambre lo llevó a optar por devorar insectos tal como hacían los taínos. Al lado de las inmundicias que se acostumbró a comer en esos días de caza aciaga —arañas, saltamontes, escarabajos panzudos—, las larvas blancas de los hormigueros eran exquisito manjar.

Un día, lanzando su cuchillo con rabia, consiguió ensartar en él una de aquellas gruesas ratas de agua que tan esquivas le eran. Corrió el animal renqueante, herido de muerte, dejando tras de sí un visible rastro de sangre por la hierba, reacio a rendirse, Marín anduvo persiguiéndolo a través de las altas hierbas que lo ocultaban a sus miradas, diole caza finalmente, pero hubo de sufrir en la mano que lo atrapó por el cuello, la mordedura inmisericorde de su boca, dientes afilados que hicieron brotar de su piel herida un chorro de sangre. No lo soltó, refrenó el impulso a abrir los dedos, sino que apretó con violencia el cuello hasta truncarlo, y desmadejada, con su herida en carne viva, llevó aquella rata repugnante a su amada. No estaba Canayma, débil, enfermiza y pálida, en disposición de encender fuego, por lo que fue él el encargado de hacerlo. El tiempo que estuvo frotando el delgado palo en el orificio del madero fue considerable, sus manos se desollaron haciéndolo rotar constantemente y, cuando ya desesperaba, se rendía, sintiéndose un inútil por su torpeza, una chispa brotó de improviso y Marín, desnudo, con la melena y la barba larga y desgreñada, se arrodilló, como adorando esa chispa, le insufló aire suavemente, acercó combustible seco, consiguió la primera y pequeña llama, que temblaba, que amenazaba con apagarse ella sola, la abrazó con las palmas de las manos haciendo con ellas un muro protector, aunque con ello se quemara, y siguió soplando constantemente, una y otra vez, hasta que la llama se hizo considerable y parecía no estar dispuesta a morir. Se le saltaron las lágrimas de emoción a la luz del resplandor del fuego que

había creado y aclaraba la negrura de la noche. Sintió, en el fondo de su corazón, que eso, el fuego, era su dios, y le estuvo infinitamente agradecido mientras desollaba con el cuchillo la rata de agua, la ensartaba en un palo que metió por la boca y sacó por el culo, y la estuvo girando sobre el fuego. Aquella carne chamuscada, tierna, oleosa y sanguinolenta se la ofreció Marín a la taina como si fuera un pajarillo. Sostuvo a la pálida muchacha entre sus brazos y le introdujo la carne de aquel animal, en pequeñas porciones, en la boca, con sus dedos. Aquella noche Canayma resucitó, sonrió, miró con ojos de profundo agradecimiento al hombre blanco que se sacrificaba por ella y guardaba ayuno por alimentarla.

Días más tarde, Marín intentó la difícil caza del mono. Había muchos, más que verlos los oía, estaban por todas partes, saltando por todas las copas, mas muy pocas veces bajaban de las alturas para hacerse con algún coco maduro y partido que hubiera caído de las palmeras. Pacientemente se pasó toda una mañana buscando la ocasión. Ese día aprendió que la máxima virtud del cazador no es la fuerza, ni la rapidez de los movimientos, sino la paciencia, el ser capaz de esperar el tiempo necesario para que la pieza de caza se sitúe en tal posición que sea segura su captura y aprovechar ese único instante que luego no se dará.

Estuvo quieto, de rodillas, una eternidad, ante un jugoso coco abierto que ya era pasto de toda clase de insectos, que exhalaba un profundo olor dulzón de podredumbre. No se movió, ni respiró, ni se rascó cuando algún insecto, sabedor de su inmovilidad, aprovechó para coserlo a picotazos, ni se secó el molesto sudor que le cegaba los ojos. No se movió ni para orinar. Lo hizo en esa postura, expelió el oscuro y apestoso pis sobre la hierba sin hacer una sola mueca de satisfacción. Un grupo de monos bajó de un árbol. Debían de haberlo estado vigilando y quizá pensaron que aquella estatua de pelo y carne, que no se había movido en tanto tiempo, era un cuerpo muerto. Bajó primero uno, el más grande y fuerte, lo hicieron luego un par de hembras, con las crías colgando del pecho, más tarde tres individuos jóvenes e inexpertos, y en uno de ellos se fijó Marín. El coco abierto era demasiado goloso para el grupo de monos. Uno lo cogió, el otro se lo arrebató, el coco voló un instante, cayó muy cerca de donde él se encontraba. Contuvo la respiración esperando que algún miembro más osado se atreviera a cogerlo. ¿A qué distancia estaba de su brazo? A ninguna. Alargaba el brazo y podía coger perfectamente el coco. Se acercaron dos miembros del grupo, dos de los jóvenes inexpertos, mientras el jefe de la manada observaba en la distancia, al parecer no muy convencido de que aquel extraño ser estuviera muerto. Los tuvo, por fin, a su alcance, a los dos. Como cuando se abalanzó sobre el centinela caribe y lo desnucó sin que pudiera resistirse ni dar la voz de alarma, Marín dio un salto imprevisto. Uno huyó, pero el otro cayó en sus garras y de un simple puñetazo acalló sus alaridos de terror mientras el resto de la manada subía a galope por el tronco. Lo había cazado por sorpresa, pero sabía que su hazaña ya no se repetiría, que los macacos ya sabían sus intenciones y habían aprendido sus artimañas. Con la preciada captura volvió a la cabaña. Canayma cuidaba el fuego y dio pequeños gritos de alegría, sosteniéndose con ambas manos el vientre grávido, al ver lo que llevaba bajo el brazo su cazador. Aún sintió Marín una punzada desagradable cuando con el cuchillo, serrándola, separó la cabeza, demasiado humana, del tronco. Volvió a tener la incómoda sensación de que había asesinado a un niño y eso lo conmovió. Abrió a golpes el cráneo duro del animal, extrajo sus sesos untosos, diolos a Canayma, que los devoró crudos y se relamió luego con la lengua para manifestar la exquisitez del manjar. Luego lo asaron en el fuego, lo desmembraron, le abrieron las entrañas, se pelearon por sus despojos, por sus serpenteantes tripas, su pequeño hígado, sus diminutos riñones. El hambre no hacía distinciones y en aquellos momentos, sentados alrededor del fuego, de noche, relamiendo ambos los huesos pelados del infortunado simio, a Marín no le resultaron tan repugnantes, si pensaba en ello, las costumbres gastronómicas de los caníbales caribes.

No cazó más monos, porque ya no se dejaron, enmudecían en cuanto lo veían, saltaban silenciosos de rama en rama hasta perderse fuera de los confines de su territorio, pero sí cazó

días más tarde un torpe guajolote, de pluma negra, papada roja, volar tan torpe que lo atrapó con las manos y luego, cogiéndolo por las patas, lo llevó hasta la cabaña haciendo caso omiso de su escandalosa y ridícula queja. Mejor carne la del ave, tan parecida al pollo que no se notaba diferencia comiéndola. Un lujo comer semejante manjar en tan apartado lugar de la civilización, sobre todo teniendo en cuenta lo difícil que era hacerse con un buen pollo, de no robarlo en la austera y pobre Castilla.

A medida que crecía la experiencia como cazador, mayores eran los resultados que obtenía Marín. De la caza de monos desistió cuando, en una de sus persecuciones, cayó de la copa de un árbol y sintió cómo se le quebraban las costillas cuando dio con el cuerpo en tierra y un negro moratón se extendió por debajo de su tetilla izquierda. No podía con ellos a no ser que les tendiera trampas. También le fue mal cuando intentó cazar un ave de vistoso plumaje que saltaba de rama en rama en cortos vuelos; cuando ya la creía agotada, el animal cruzó el río y se perdió para siempre. El río le proporcionaba pequeños pescados, pero no era fácil hacerse con ellos como no armara una red por lo escurridizos de sus cuerpos, que escapaban cuando ya creía tenerlos entre sus manos, y a eso se dedicó en días posteriores, a tejerla con la ayuda de los imprescindibles bejucos, a hacerla tupida y grande, y cuando la probó se felicitó de su éxito. Tuvieron pescado para un par de días, carnes blancas desagradables, colmadas de afiladas espinas con las que fabricar puntas de lanza, y sabor a barro.

Durante todos aquellos días no osó Marín tomar a su mujer. Su estado le impedía usarla. Mas no por ello, el vasco, en cuanto reponía fuerzas comiendo y luego descansando, dejaba de sentir un devorador apetito carnal que le nublabá el cerebro y en sus sueños veía a su amada Canayma sin el vientre que tanto la afeaba, hermosa y radiante, con sus hermosos pechos bamboleantes y los recios muslos. Sueños que se desvanecían en cuanto abría los ojos.

Parecía apiadarse Canayma de su febril estado de ansiedad carnal. Lo observaba y le apenaba verlo excitado y sin poder saciar su ardor. Si otra mujer se hubiera prestado a hacerlo, no lo habría impedido, es más, la habría animado a copularlo hasta saciarlo. Pero no había mujeres, poblados a la redonda, no había más seres vivos que los irracionales. Intentó satisfacerlo de otro modo y tuvo la virtud de despertar del sueño, en plena actividad, a su amado Marín. Borró el vasco de un plumazo el primer impulso de desalojar la cabeza de Canayma de entre sus muslos, dejó que siguiera obrando mientras se tendía de nuevo, abría los brazos rendido al placer y eyaculaba copiosamente el deseo almacenado durante tantos días.

Pasaron lentamente los días con cierta rutina, sin novedades dignas. Seguía la vida en ese pequeño paraíso particular al abrigo de extraños, sin más vecinos que monos prudentes, tras el último contratiempo, y ruidosas aves de encendidos plumajes que ponían notas de color en los árboles. En ese tiempo, en el que reinó una bonanza climática —apenas llovió lo justo por la noche, ni hizo un calor sofocante—, Marín se convirtió en un experto cazador y hábil encendedor de fuego: frotando piedras y arrimando ramas secas a la incipiente llama, que cada vez tardaba menos en salir, tal como había visto hacer a los taínos. En aquella porción de selva desbrozada, junto al río, el aroma de la carne asada era casi perpetuo. Iguanas, guajolotes, fruta, los gusanos dulces de los hormigueros, raíces de manioca pasaban por las llamas de la hoguera y mutaban sus sabores gracias al fuego.

El literato había pasado la tarde, tras una buena jornada de caza — los huesos desnudos de carne de un par de guajolotes eran buena muestra de ello—, despiojando la cabeza de Canayma. Con un rudimentario rastrillo de púas cardaba sus hermosos cabellos, desenredándolos, y metía luego sus manos en ellos para arrancar de su cuero cabelludo los molestos parásitos, que reventaba entre sus uñas. Le había dejado de nuevo un cabello hermoso y sano, lacio y negro, como no era común en Castilla, cuyas mujeres solían tenerlo oscuro, pero nunca de ese bonito color azabache, y crespo, como las moras. Y sentado en cuclillas, junto al fuego, que alimentaba con pequeños brezos cuando amenazaba con

extinguirse, dedicaba las calurosas horas del mediodía a contemplar a su amada. Dormía Canayma más de lo común desde que estaba embarazada, mostrábase menos activa, más apagada y cansada con aquella vida que había echado raíces en su vientre y que lentamente chupaba de la suya. Su cuerpo se balanceaba en una hamaca que ella misma había tejido trenzando bejucos hábilmente. El abombamiento de su cuerpo indicaba que el momento del parto estaba próximo y quizá fuera sólo cuestión de semanas. Llegaba la curvatura del vientre por debajo de sus pechos y sabíase la indígena con aquel aspecto lo poco apetecible que era a los ojos de su compañero, circunstancia que le causaba tormento. Cuando, por indicación suya, el vasco colocaba su mano sobre su vientre, éste percibía la pataleta de quien bregaba ya por salir del encierro. ¿Chico o chica? Chico, se diría, por la contundencia de sus patadas. ¿Con su rostro o con el de Juan de la Plaza?, se preguntaba con cierta inquietud, incapaz de mantener durante mucho tiempo la palma de su mano sobre aquella piel tensa como la de un tambor que había devorado el ombligo y se le antojaba que fuera a romperse en cualquier momento.

Durante las últimas semanas, Canayma había engordado de forma monstruosa y Marín observaba con inquietud aquel vientre próximo a explotar. La escasa estatura de la india contribuía a acentuar su aspecto de deformidad. Quizá el fruto que llevaba en su vientre, en consonancia con los que habían depositado en él su semilla, era demasiado grande para tan reducido recipiente. Esta idea, y otras, atormentaban en solitario a Marín, que se resistía a compartir sus inquietudes con la muchacha. ¿Estaban capacitadas las diminutas indígenas para engendrar hijos de los enormes castellanos? ¿Podían sus naturalezas echar al mundo vástagos de mayores dimensiones que los que engendraban cuando se apareaban con los suyos?

Canayma dormía, pero no lo hacía con placidez. Tumbada en su hamaca, en la entrada de su cabaña, más que dormir se hallaba sumida en un profundo sopor y el sudor perlaba su frente. Respiraba de forma entrecortada y ruidosa, ella, que tan suave era en el dormir, y periódicas muecas, fruto de una pesadilla, ensombrecían su cara.

Pensaba Marín en el momento del parto y le aterrorizaba su sola idea. ¿Qué sabía él de mujeres? ¿Qué debía hacerse? En su Vascongadas natal, los animales de corral parían sin esfuerzo y las criaturas recién llegadas a la vida demostraban sus aptitudes para ello, pero sabía que los cachorros humanos eran infinitamente más torpes, que sin ayuda eran incapaces de sobrevivir. Su hijo; pronunciar la palabra y sufrir ya una enorme responsabilidad no buscada en la selva hostil en la que a duras penas sobrevivían. El fruto del placer y de la promiscuidad pedía su parcela en el mundo, su derecho a la vida. O puede que ni siquiera llevara su sangre y debiera cuidarlo como castigo póstumo por su infamia.

¿Cuántos hijos habría engendrado ya sin saberlo? ¿En cuántos vientres de hermosas indígenas anidaban muchachos bizarros en cuyos rostros y cuerpos se delataría el mestizaje? Indios de ojos azules, corpulentos, con el cabello rubio, que serían tenidos por semidioses en cuanto las hembras que los llevaban en su seno los expulsaran al mundo.

Él, que casi no temía ya nada desde que viera los maderos del fuerte Navidad arder por sus cuatro costados y oliera el ambiente a muerte que lo estuvo persiguiendo hasta bien entrado en la isla, lloró en silencio por ese niño que iba a nacer y que, antes de verlo, empezaba a detestar. ¿Qué satisfacción podía darle un pequeño que en todo iba a depender de ellos? Y cuando Canayma, reparando en sus ojos húmedos de lágrimas le preguntó qué le ocurría, Marín le contestó que no se preocupara, que las lágrimas eran el agua de la lluvia que corría por sus mejillas.

—Si no hay nubes. Si no llueve.

Poco dormía por las noches, atento al sordo gorgoteo de la respiración de Canayma. Acercaba su oído a su boca y escuchaba el rumor del aire aspirado, olfateaba su aliento, besaba su boca entreabierta para cerciorarse de que había vida dentro. No le gustaba aquel ruido que hacía al

respirar. Muerto de cansancio, harto de oírla, optaba por salir de la cabaña y echarse al raso cuando no llovía. Veía las estrellas entre las copas de los árboles, se sentía mecido por la sinfonía de extraños y amenazadores rumores que generaba la selva. Trataba de distinguir de aquel confuso barullo el croar de alguna rana, el ulular de algún búho. Apoyaba la espalda contra el muro de cañas atadas con bejucos, que tanto esfuerzo le costó construir, y en la duermevela que precedía al sueño sintió nostalgia del mundo que había dejado a tantas millas de distancia. Pensó en padre —rudo, seco, violento, un par de oscuras cejas y unos ojos pequeños cuya intención era imposible discernir, unos labios finos que sólo dejaban escapar monosílabos, un cuello de toro que sustentaba la cabeza, unos brazos hechos para el arado—, en la determinación que tomó, aconsejado por el padre Jacinto, de cederlo al convento en donde lo alimentarían e instruirían, en lo beneficioso que resultó, a la postre, una decisión sin duda abrazada bajo el egoísmo, ya que el pequeño Marín poco entusiasmo tenía hacia las labores del campo, era el benjamín de sus dos hermanos, el soñador que escapaba de noche para pasar veladas junto a los muros de los cementerios, para vencer su miedo exorcizando espíritus que salían de sus tumbas, el pusilánime que lloraba de horror cuando sus hermanos mayores mataban de un pescozón a un conejo y lo despellejaban antes de que su corazón hubiera dejado de latir. Pensó en *ama*, una hermosa mujer del norte de ojos azules y cabellos pajizos, la bondad personificada que le protegía bajo su falda de los frecuentes ataques de ira de su padre, el perfume agradable de un cuerpo limpio. Y en sus dos hermanos mayores, que se reían de su afeminamiento porque detestaba el hedor de las boñigas de vaca, porque se le revolvió el estómago cada vez que tenía que entrar en la porqueriza a limpiar los excrementos de los cerdos. Veía sus caras y se extrañaba de recordarlas tan vivamente después de tantos años de ausencia. Cuando marchó de casa para estudiar latines y ser fraile, una buena profesión que garantizaba techo, comida e instrucción, dejó de pertenecer a su familia. Nadie lloró en la despedida, salvo *ama*. Lo estrechó contra sus pechos ante la mirada adusta de padre el día que, en un modesto carruaje, el padre Jacinto fue a hacerse cargo de él. Lo defraudó, defraudó a la Santa Iglesia, saliéndose de ella tras comer la sopa boba, instruirse en latines y vagar de monasterio en monasterio, defraudó luego a doña Leonor, a Colón, a su amigo Juan de la Plaza.

—En paz descansas, extremeño.

Resopló como un caballo al que su jinete hincó las espuelas con saña en los ijares. El mismo dolor, y también en la boca, en la comisura, como si el fantasmagórico jinete le hubiera puesto el bocal y tirara con fuerza de él. Cayó en profunda somnolencia mientras su cabeza se abatía sobre su pecho. El fuego se apagó sin que lo advirtiera, y un enorme lagarto merodeó a su alrededor, un animal de muchos palmos de largo, casi tanto como él hacía de alto, de piel rugosa y dura como una coraza, de labios protuberantes e irregular y afilada dentadura que asomaba por una boca picuda que parecía estar siempre sonriendo. No lo vio, porque no despertó, y quizá eso lo salvó. El saurio gigante coleaba un rato, husmeaba entre las cenizas del fuego hasta hacerse con un trozo de carne quemada, con unos intestinos que habían desechado los humanos por su relleno de heces, volvió luego a su charca, despacio, con una torpeza engañosa que no cuadraba con su virtual ferocidad. Algo que pareció una risa alertó a Marín, que abrió los ojos. Las nubes que ocultaban las estrellas no lo dejaban ver más que el cercano río, más oscuro y espeso, y los círculos concéntricos que se formaban alrededor del cuerpo que había desaparecido en él. Tomó la espada como precaución, y no la soltó cuando una nueva embestida del sueño dio cuenta de él. Luchó contra el cansancio, imaginando que los taínos de Cuacanagari, Caonabó y Guarionex podían estar al acecho y él aprovechaba su descuido para descerebrarlos con sus mazas, que un grupo de caribes hambrientos ansiaban hacerse con sus carnes. Finalmente lo derrotó la fatiga.

Sueña con cosas profanas, una fiesta hedonística: un buen cuenco de vino, espeso al gazzate,

que le calienta la cabeza y le suelta la lengua; un asado de cordero que chorrea grasa en el plato de loza; y los brazos delicados de Leonor con su pulsera de oro, con su delgado anillo de plata abrazando el dedo delgado de uña cuidada. Ve su piel pálida y su rostro delicado de doncella reflejado en un cáliz de plata que el vino colma, los labios encarnados que besan la copa, huele hasta la fragancia de su carne mientras recorre su piel con ósculos imaginarios. Ve a su primera ramera y el terror que le produjo la rotundidad de sus formas en cuanto se abrió la blusa, su risa impúdica, la mirada extraviada, la greñuda cabeza que se abatía entre sus piernas. Ve la punta de su acero hincándose en el pecho de don Juan de Reynal en mala hora, su cuerpo trastabillando por el resbaladizo adoquinado de una estrecha y oscura calle de Sevilla, la estocada de gracia en los riñones que lo llevó a las puertas del cadalso y la sangre manchando su camisa, adornando el brillante filo de la espada. Ve a Marín de Urtubia sufriendo las consecuencias de una violenta borrachera en un figón miserable, despertando junto a una manceba pelirroja cuyo rostro aparece surcado por la cuchillada de un cliente despechado. Ve los muslos de seda de la Mascarpone y aspira el efluviio salvaje que exhala su entrepierna gloriosa, refugio de artistas, guerreros, aventureros y demás gente de mal vivir. Una vida en pendiente que ha ido del convento al pecado pasando por la poesía profana y licenciosa, la que vende en las plazas a tanto el verso para encender la pasión de las amadas, una pluma alocada que es ducha en caligrafía, que dibuja grandes caracteres en los cantorales, para que los semianalfabetos monjes no duden de las letras de las canciones, y también le sirve para hacer poesías de lupanar cosquilleando versos con pluma de ganso en glúteos solemnes que se agitan con risa espasmódica, el más sublime pergamino, texto con vida de sangre bajo los caracteres de tinta que no se extinguirán sino tras muchos lavados.

Cuando lo sacuden por los hombros echa mano a la espada y hace el gesto brusco de levantarse y ponerse en guardia. No se dio cuenta, hasta instantes después, de que Canayma había sido quien lo había despertado. La diminuta y coja india lo miraba sorprendida y señalaba luego el embarrado suelo. Se restregó los ojos Marín de Urtubia y fijó su vidriosa mirada en el cielo, en donde ya despuntaba la aurora, y luego advirtió una extraña y amplia huella de un cuerpo que había salido del río y vuelto a él tras extraño itinerario alrededor de su cabaña. Aquello era lo que llamaba poderosamente la atención de la taina.

—¿Qué es?

Canayma ladeó la cabeza y se mostró eufórica mientras seguía el rastro del gran lagarto.

—*Caimán*.

—¿*Caimán*? ¿Y eso qué es? ¿Es algo bueno para que andes tan alegre?

Dormir a la intemperie le había reblandecido los huesos, puede que el cerebro. Desde luego, su piel había sido pasto de toda clase de insectos. Picaduras, rojas como frambuesas, duras como garbanzos, en brazos, piernas y pies, por todo el vestido de su piel, la desazón por el veneno inoculado que el mucho rascar no hacía otra cosa que extender sus malsanos efectos. Ya no recordaba que iba desnudo, que sólo un sucio trapajo, más por preservar que por pudor, cubría mínimamente sus vergüenzas, y le servía para que reposara en él el talabarte del que pendía espada y puñal. Estiró los miembros en cuanto se puso en pie, guardó la espada en su vaina, se acercó al río, siguiendo intrigado la huella de ese cuerpo voluminoso que se había arrastrado por las inmediaciones de su cabaña mientras él dormía. Sin duda era el mayor lagarto que existía en aquella isla, mayor que la iguana, a juzgar por el perímetro de sus enormes pezuñas impresas en la tierra, un monstruoso dragón que podría haberlos devorado.

—Mi hijo —y Canayma, con los tobillos metidos en el agua, se tocó el vientre— será fuerte como caimán.

Se restregó los ojos con fuerza Marín mientras sollozaba. Había visto a Canayma sin vientre entrando en el río, desaparecer en su corriente, salir luego de las aguas andando con el pequeño niño que llevaba en sus entrañas.

—Sal del agua —le dijo, arrastrándola a la orilla.

De la ferocidad del caimán pudo darse cuenta en los días siguientes, cuando el fantasmal lagarto se hizo corpóreo. Saurio y humano se convirtieron en vecinos respetuosos que se observaban a prudente distancia. La primera vez que Marín lo vio estuvo a punto de confundirlo con un gran leño que flotaba en el río, pero le llamó la atención su inmovilidad, el que no siguiera el curso de la corriente. Ese hecho lo avisó del peligro que corría si, como era su intención, se internaba en el curso del río en busca de presas para comer. Observándolo con más detenimiento, con curiosidad no exenta de respeto, reparó en sus ojos inmóviles, dos curvas protuberancias que sobresalían del agua y que oteaban todo a su alrededor imperceptiblemente. Intentó, a la vista de la superficie que sobresalía del agua, evaluar sus dimensiones y un escalofrío de espanto lo sacudió de pies a cabeza cuando dicho cálculo le dijo que el extraño y feo animal de impresionante aspecto debía de hacer dos veces su cuerpo como mínimo. Estuvo observándolo, desde la orilla, sin quitarle la vista de encima durante una eternidad, y el enorme lagarto, el más grande que imaginarse pudiera, un verdadero monstruo que parecía surgido de las leyendas que poblaban los territorios de ultramar y tanto espanto causaban a los navegantes, no se movió una sola vez, no pestañeó, ni respiró. Tal era su inmovilidad y durante tanto tiempo la mantuvo que Marín de Urtubia llegó a creer que el animal había muerto o que su imaginación convertía un podrido tronco varado en el río en tan descomunal fiera.

Un ave acuática se posó aleteando en la superficie del río. No era un pato, pero lo parecía, aunque su plumaje era negro y su pico largo, de un extraño color amarillo muy vivo. Con imprudencia, o ignorancia, dirigió sus pasos hacia donde parecía dormir el gigantesco depredador. Marín contuvo la respiración y esperó. La desaprensiva ave picoteaba restos vegetales del manso curso de agua y se aproximaba a aquel tronco que veía varado en medio de la corriente; se acercó tanto a él que Marín creyó que iba a salir del agua y pasearse por la inmóvil espalda del caimán. Y entonces el monstruo despertó; con una agilidad y rapidez de reflejos que dejaron boquiabierto al vasco, golpeó con la cola al ave hasta dejarla aturdida en el agua y luego abrió sus dantescas fauces y la engulló entera, sin miramientos.

Pudo ver Marín, en esos instantes, las formidables armas del caimán, su doble hilera de dientes picudos e increíblemente mal dispuestos sobre sus mandíbulas que no encajaban al cerrarlas, su pálida y repulsiva garganta blanquecina, la forzada sonrisa de su boca cuando se cerró con sordo rumor sobre la presa, que ni exhalar pudo un quejido.

Aquel caimán solitario se convirtió en su peligroso vecino, en el disputador de la caza que podía encontrar por los alrededores del río. Desde aquel momento, Marín espació más sus baños en sus quietas aguas, lanzó sus redes de pesca con gran precaución, durmió siempre con un ojo abierto y atento al menor rumor nocturno, con la espada empuñada. Pero la bestia no importunó a sus humanos vecinos, tenía bastante con lo que conseguía cazar armándose de paciencia y con su engañosa apariencia. Un día fue un mono que bajó del árbol y fue a lavarse la cara en la orilla quien no vio cómo el inmóvil tronco se deslizaba a gran velocidad hacia él y sus mandíbulas se cerraban con brutalidad sobre su cuerpo, despedazándolo antes de que pudiera dar el más mínimo grito; otro día fue una gorda hutía la que cayó en sus fauces.

Sentado a prudente distancia, Marín estudiaba a su competidor y aprendía de él. Dos cazadores en tan exiguo espacio quizá eran demasiados para las escasas presas de aquel territorio. Dos días sin nada que llevarse a la boca, salvo los repugnantes gusanos dulces de los hormigueros y algún lagarto desprevenido al que Marín conseguía decapitar de un tajo de su espada fueron suficientes para que el vasco se replanteara que quizá era el momento de ampliar su territorio de caza y buscar nuevos horizontes. Así se lo dijo a Canayma, le explicó que seguiría durante toda la mañana el curso del río y le advirtió encarecidamente que no se acercara, bajo ningún concepto, a la orilla, donde reinaba el poco amistoso caimán, señor de las aguas turbias. Asintió

la india con gestos, mientras Marín se despedía de ella y se alejaba trotando por la selva. El río sería su referencia. No dejarlo nunca, bajo ningún concepto, para no extraviarse. En determinados momentos, el agua se remansaba tanto que formaba profundas pozas transparentes que le permitían distinguir el fondo y lo invitaban al baño. No cayó en la tentación, a pesar de que sudaba, de que el cuerpo le picaba por casi todas las partes, de que el calor lo agobiaba. El curso del río, cuando ya llevaba media jornada andando sin que advirtiera presas de valor, se estrechaba y las aguas se volvían profundas, adquirían un tenebroso tono oscuro, se agitaban en concéntricos remolinos; el río se encajonaba entre las paredes de un desfiladero y la marcha se hacía más lenta. Debía cuidarse Marín, avanzando por el borde del abismo acuático, de donde ponía las plantas de sus pies desnudos que ya se habían endurecido tras haberse llagado durante los primeros días. Ahora sus pies eran insensibles a picaduras, a las ponzañas de las plantas espinosas, a los aguijones de los insectos que aplastaba.

Se detuvo, desalentado. Descansó durante un buen rato. Guardó silencio; no más ruido que el estrambótico cantar de un pájaro oculto entre el ramaje, no más movimiento que el de una ave silenciosa, de amplia envergadura, que cruzó el río aleteando majestuosamente y se perdió entre los árboles. Avanzó, más lentamente, por un territorio que cambiaba y se abría. Se sintió, mientras lo hacía, sin ataduras, particularmente libre, y pensó en Canayma y en lo que llevaba en su seno como una pesada carga. Podía alejarse infinitamente de la cabaña, podía perderse definitivamente por la floresta, dejar a su espalda el río e internarse por los bosques de abigarradas especies que se abrían mirara hacia donde mirara. Por un momento cruzó la mente del vasco la idea de abandonarla. Nadie sabía de su existencia, de su historia, nadie iba a reprocharle lo que hiciera o dejara de hacer, nadie iba a perseguirlo por ello, juzgarlo ni condenarlo, a nadie debía dar cuenta sino a su conciencia. Y ahí, al llegar al final de su reflexión, estaba el quid de la cuestión. Abandonarlos a su suerte, a ella y a quien con ella iba, no iba a dejarle conciliar el sueño por las noches, como no se lo dejaba conciliar su cobarde huida del fuerte Navidad. Siguió andando, pero ya con la idea del regreso, de volver sobre sus pasos, avistar la cabaña y abrazarla. Volvería con presas ensangrentadas colgando del talabarte, junto a la espada y el cuchillo. Pero aquella selva, a medida que avanzaba y se ensanchaba, parecía reacia a rendirle su tributo, los animales; si los había, lo veían y lo olían con antelación y se fundían en la vegetación.

No los vio. Ni ellos lo vieron. Se detuvo en seco cuando ya era demasiado tarde para huir o emboscarse. Un grupo de cuatro indios, una partida de caza de alguna aldea cercana que merodeaba por aquella selva, se dio de bruces con él. Se miraron fijamente a pocos pasos de distancia. Había una relativa sorpresa en los rasgados ojos de los indígenas, como si alguien les hubiera hablado de la presencia de extraños seres de piel pálida y abundante vello vagando por la isla. Y no había temor en sus miradas, pero tampoco amistad. Los taínos que nada sabían huían de su presencia, lo rehuían siempre; éstos, por el contrario, lo miraban con cierto aire altivo y desafiante. Quizá había llegado a sus oídos la masacre del fuerte Navidad y la noticia de que los semidioses eran tan mortales como ellos. Se movieron despacio, separándose unos de otros, formando un círculo a su alrededor, sin decirse nada absolutamente, y entonces reparó Marín en sus brazos armados de azagayas. Era imposible determinar su edad, salvo que eran muy jóvenes, apenas adolescentes, que sus pieles aún no habían sufrido la tortura de los tatuajes, que sus miembros, desnudos y breves entre sus piernas ligeramente arqueadas, aún no habrían saboreado las mieles del amor. Los miró fijamente a los ojos, uno a uno, mientras desenvainaba la espada sin hacer ruido y entonces pudo escuchar un rumor de temor en sus oponentes. Observaban el brillo de su arma, herida por los rayos del sol, con cierta reverencia, se asombraban de su longitud, de cómo Marín de Urtubia la manejaba y la movía de forma amenazadora. ¿También les habían hablado del terrible acero de los hombres blancos? Como perros enfrentados, enseñaban uno y otros los dientes mucho antes de decidirse a morder, y

hasta a lo mejor desistían de ello si uno u otros se daban la vuelta y prudentemente se retiraban. Pero no sucedió así. Debía matarlos para sobrevivir, se dijo Marín de Urtubia mirándolos a los ojos sin pestañear, sintiendo el sordo batir de su corazón bajo el pecho desnudo, a pesar de que nada tenía hacia ellos, y en lo que dura un soplo evaluó los riesgos, marcó su estrategia. A dos los dominaba de frente; eran los más fornidos, bellos y espigados elementos de su raza, con plumas de guacamayo rojas ornando sus largos cabellos y las frentes amplias, depiladas; a los otros dos los veía de refilón, forzando los ojos, y se movían traicioneramente por su espalda. Permanecieron así durante una eternidad, observándose, sin moverse, quietos como estatuas en una selva que caía en el silencio una vez más, previendo la tragedia. Los monos que hasta hacía muy poco aullaban en las copas de los árboles habían enmudecido, los guacamayos de vistosas plumas habían levantado el vuelo y se habían ido a otro paraje.

Aquel mudo enfrentamiento duró una eternidad. Fue su inmovilidad marcial, su tensión de toda la musculatura, acicate para que toda clase de insectos lo agujonearan sin piedad, para que toda su piel se erizara de dolor, para que un picor insoportable lo estremeciera de pies a cabeza. Pero se mantuvo imperturbable, en guardia, atento a las más leves señales de sus enemigos, decidido a ser cazador antes que cazado. No se atrevían a atacarlo los taínos, como si esperaran que él diera el primer paso. Abiertos de piernas, alzaban las azagayas para dirigir las contra su cuerpo.

Y entonces saltó, profiriendo un rugido, gritando toda clase de insultos y obscenidades, invocando a Dios, a Cristo, a su amada Canayma. La primera azagaya le despellejó el hombro, pero su espada sajó con terrible fuerza la garganta de quien la había lanzado. Escupiendo sangre, sin voz, el cuello abierto que sus manos trataban inútilmente de taponar, el indígena dio unos pasos y cayó de bruces al suelo. Al segundo no le dio tiempo de lanzar su arma, lo ensartó por el pecho, le hundió con fuerza la espada entre las costillas, lo atravesó de parte a parte, abrazándolo, lo sostuvo entre sus brazos, girándose hacia los otros dos y utilizándolo de escudo. En su espalda se clavaron las dos azagayas que le lanzaron sus enemigos. En su agonía, el taíno quiso morderle, pero Marín le tapó con su gran mano la boca y aceleró su muerte asfixiándolo.

Los otros dos, inermes, huyeron, aunque por distintos lugares. Marín inició la persecución de uno de ellos, con la espada ensangrentada en una mano, el puñal en la otra. Lo veía correr alocadamente, diez pasos por delante de él, esquivando los troncos de los árboles, saltando por encima de los arbustos, sin perder un instante en girarse para ver si su perseguidor se acercaba. Era como la caza. La presa huía atropelladamente, consumiendo todas sus energías por el pánico a ser capturada, y el cazador medía el terreno que lo separaba de ella, acertaba a cada instante un paso la distancia, agigantaba su ventaja.

Cayó el taíno por una pequeña ladera, dando volteretas sobre sí mismo, y entonces, cuando consiguió levantarse, Marín lo alcanzó definitivamente y, de un golpe, lo volvió de nuevo a tierra. Se miraron entonces presa y cazador a los ojos, la primera inmóvil por el miedo, el segundo agitado por la violencia de la persecución. Fijó sus ojos rabiosos el vasco en el semblante del taíno y se dio cuenta de lo joven que era, más de lo que había imaginado. Su boca temblaba de forma convulsa, abría mucho los ojos oblicuos, sudaba a consecuencia del pánico mientras se le aflojaban todos los esfínteres del cuerpo y, anteponiendo sus brazos, le rogaba que no lo matara. Dudó Marín, mientras aproximaba su espada a su pecho, que parecía a punto de reventar por la agitación, entre el cerebro y su corazón. Finalmente hundió el acero con fuerza, rozando sus costillas, mientras cerraba los ojos y su mente reproducía las ruinas humeantes del fuerte Navidad y los cuerpos masacrados de sus compañeros. Luego tomó el cadáver por los pies y lo arrastró hasta el río, y allí lo sumergió, esperando que algún congénere del caimán cazador que tenían como vecino diera cuenta de él, y lo mismo hizo, volviendo

sobre sus pasos, con los cuerpos de sus otras dos víctimas, de los que daban ya cuenta multitud de insectos. Antes de dejar que la corriente los llevara a su destino, Marín se untó las manos con la sangre de sus cuerpos y se tizó con ella la frente y las ojeras que circunvalaban sus ojos.
—Uno escapó —dijo en voz alta, mirando a su alrededor.

Caía la tarde cuando emprendía el camino de regreso. De vez en cuando se detenía y se emboscaba por si el superviviente lo seguía. Vana esperanza. El aterrorizado taíno o estaba escondido sin atreverse a respirar en algún lugar de la selva, o corría en dirección a su aldea a dar la noticia de la presencia del hombre blanco en su territorio.

Con las manos vacías entró en la cabaña.

—Ya estás aquí —le dijo Canayma, que ni fuerzas tenía para balancearse en la hamaca—. ¡Cuánto has tardado! ¡Qué larga se me ha hecho la espera!

—No he conseguido cazar nada —dijo, desalentado.

En la penumbra interior de aquel tosco bohío, la taina no vio ni el hombro lastimado de su amante ni las pinturas de sangre que ornaban su rostro.

—Tuve miedo.

—¿De qué?

—De que te hubieras perdido. De que ya no regresaras.

Le acarició la frente, limpió con su mano el sudor que la cubría, se inclinó sobre ella, besó su boca mientras hundía su mano entre sus untosos cabellos.

—No voy a dejarte nunca.

Luego, al anochecer, se acercó al río, sumergió espada y cuchillo en sus aguas, limpió de sangre a conciencia sus hojas y habló con el caimán.

—Amigo, tendré que darte caza.

Capítulo 5

Nada le dijo de aquel encuentro en los días siguientes. Nada pudo cazar salvo pequeñas hutías que escasamente los alimentaron. Durante largos días, la naturaleza les negó sus favores y se mostró hostil con ellos, y por las noches perseguía a Marín de Urtubia el joven cadáver del indio inerme que le imploró piedad, un fantasma más que añadir a los de Juan de la Plaza y todos sus camaradas del fuerte Navidad, espíritus que con el rostro tinto en sangre se le presentaban no bien el sueño conseguía vencerlo, por lo que prefería el insomnio a la sucesión de desagradables pesadillas que lo asaltaban puntualmente todas las noches. Entre aquellos fantasmas masculinos había también uno femenino, sin rostro, o con el rostro velado por un tul, que su subconsciente se mostraba reacio a revelar. Era quizá éste el que más inquietud le causaba. Se paseaba cubierto por un amplio sudario con una gran mancha roja en el vientre y en un momento determinado esa mujer sin rostro lo cogía con vehemencia de la mano y trataba de arrastrarlo al abismo adonde se dirigía. Se despertaba entonces el del valle de Leizarán sin resuello, empapado en sudor, agarrotados sus miembros, estremecido de espanto como cuando siendo un arrapiezo los pastores mayores lo aterrorizaban con historias de aquelarres salvajes y brujas que devoraban la carne tibia de los infantes. Rezaba despierto para que amaneciera, pero eran los amaneceres tristes, brumosos, regados con lluvia infinita que caía sin pausa, monótonamente, que empapaba suelo y cabaña.

Según pasaban los días, Canayma se debilitaba de forma extraordinaria, temblaba de fiebres, sudaba copiosamente y deliraba sobre su hamaca en largas noches en las que, Marín, en cuclillas, permanecía velándola con negros presentimientos. Llegó a odiar, fuera quien fuera, al extraño y diminuto ser que anidaba en su vientre y era el culpable de su lenta agonía. Tenía razón Juan de la Plaza cuando le aconsejó que se desembarazara de ese molesto huésped que por nadie había sido invitado. El fruto del placer se convertía en la ponzoña de la muerte, la planta moría para que nueva simiente siguiera su curso.

Llovió. Días sin ver el sol y con una lluvia persistente que convirtió los alrededores en un fangal impracticable. Se multiplicaron los sapos, las ranas, y convertidos casi en su único sustento los comieron hasta que se hartaron de ellos, hasta que los vomitaron enteros. Era tal la humedad que ya fue imposible encender fuego y la lluvia les mostró la debilidad y la mala naturaleza del bohío que habían construido. Llovía casi tanto dentro como fuera de aquella choza de cuyo techo caía agua incesantemente sobre sus ocupantes. Gotas de agua se estrellaban contra el vientre hinchado de Canayma, cuya piel adquiriría un tono macilento, cuyo aliento se corrompía.

—Ya viene —le dijo al inicio de un nuevo día, gris como todos, húmedo como el que más.

Llegó un día, sin aviso, el momento del parto que tanto temía Marín de Urtubia, para el que mentalmente se había preparado y sabíase, no obstante, incapaz de afrontarlo. Las vacas parían terneros bajo la lluvia, las ovejas corderos bajo el manto impoluto de la nieve en las campas que se extendían por los alrededores del valle, pero padre y madre le habían velado siempre el parto de un humano, y ahora iba a ser testigo y protagonista de uno que le incumbía e implicaba de forma tan directa. Se retorció bien de mañana la indígena de dolor mientras se llevaba ambas manos al vientre y trataba de calmar las convulsiones mordiendo trozos de caña arrancados de las mismas paredes de la cabaña. Mordía con la misma furia que el desgraciado Juan de Jerez, el de los pies infestados por las niguas, antes de que el serrucho carnicero del galeno Juan Sánchez le seccionara sus repugnantes extremidades; era su dolor semejante. Marín la miraba estremecido de impotencia y horrorizado por su sufrimiento y sin saber qué hacer para aliviarlo. Ni caribes heridos de muerte por su espada, ni los bubosos del fuerte Navidad demostraban tanto sufrimiento. Cayó de la hamaca la muchacha y se estuvo retorciendo un buen rato en el suelo enfangado de la cabaña, tiznándose de barro su maltrecho cuerpo, caricatura grotesca de aquel cuerpo hermoso y lozano que había amado hasta la saciedad, que había cubierto de caricias y besos mientras se vaciaba de placer en ella. Gritaba

como una poseya torturada mientras las venas del cuello se le hinchaban y sus labios parecían a punto de reventar, amoratados, y baba espesa y agria salía de entre sus comisuras como si Lucifer la poseyera. «El macho cabrío, el *alter ego* del demonio, Marín, fornicaba con las hembras lozanas y engendra de su placer brutal un monstruo que corroea sus entrañas y de tal dimensión que, en saliendo al exterior durante el parto, acaba con su vida en medio de atroces sufrimientos». Un monje de oscura barba, de dedos sarmentosos, de exuberante chepa de la que nadie hablaba, un pecador que había probado todos los vicios posibles antes de encerrarse en un cenobio de santidad, trazaba aquella pintura siniestra a un joven Marín de Urtubia que se debatía entre la carne y la santidad del espíritu. Y Marín miraba a Canayma, asustado, mientras escuchaba la voz cavernosa del monje en su oído, sentía su frío aliento en el cuello, a distancia, sin saber qué hacer, desesperado por su impotencia. Salía y entraba de la cabaña maldiciendo, se alejaba para no oír su doloroso plañir al que no podía poner remedio, regresaba con la conciencia herida de muerte.

—¡Dios! —gritó, torturado, hincándose de rodillas en el barro, sobre su espada invertida en forma de cruz—. Que todo su inmenso dolor pase a mí, os lo pido. Renuncio a la carne, Anuncio al pecado, a los pensamientos ilícitos, llevaré sobre mis hombros la penitencia del eterno suplicio que me queráis imponer, pero libradla de ese sufrimiento a ella, que es inocente.

Debió partir, debió dejarla cuando se alejó aquella vez del bohío, ser cobarde para no ver, oír, sentir, saber. ¿Eso era darla vida o dar la muerte? ¿Qué locura era la de dar a luz con dolor tras repartir placer en el engendramiento? ¿Qué sentido tenía?

—¡Marín! ¡Marín!

Lo llamó ella por su nombre, que nunca lo hacía. Se puso en cuclillas Canayma, abrió sus muslos y estuvo gritando mientras se esforzaba en expulsar lo que le producía tanto tormento y su vientre hinchado se estremecía, cambiaba de forma, se aplanaba bruscamente. Buscaba con los ojos perdidos a su amado en sus momentos de descanso, con la mirada angustiada, con los ojos anegados de lágrimas, y finalmente Marín se aproximó a ella, la tomó de la mano, intentó en vano que no temblara.

Nunca su piel había estado más helada, nunca su pulso más alterado. La luz era escasa, pero el vasco podía ver sus ojos rasgados muy abiertos que lo miraban entre sollozos, pidiéndole una ayuda que no podía darle.

—Te estoy dando un hijo —le dijo entre lamentos.

Pensó que para qué lo quería si estaba matando a la madre. Él no iba a querer a ese trozo de carne extraño y asesino, él sólo quería a ese cuerpo deforme, sucio de barro, transido por el dolor, antaño hermoso, joven, lúbrico, que había amado con la carne y el corazón y ansiaba recuperarla en toda su plenitud para amarla de nuevo.

—Ya viene, ya viene.

La observó. Sangraba entre las piernas abiertas, entre la pierna perfecta en su brevedad y la pierna deforme que le causaba cojera, y un espantajo de carne asomaba entre ellas. El espantajo se movió y vio entonces que eran las piernas, que se movían. No era hermoso el espectáculo, más bien resultaba desagradable, brutal, sucio y grotesco. Apretó con fuerza la mano yerta de la muchacha mientras ésta hacía un esfuerzo sobrehumano por expulsar al ser que ya colgaba medio fuera de su vientre.

—Tira de él.

Lo hizo, mas con prevención. Tomó, sin apretar, ese extraño cuerpo resbaladizo y blando que se escurría entre sus dedos y tiró de él al mismo tiempo que Canayma hacía fuerza para echarlo de sí. Apareció entonces, entre borbotones de sangre, el pecho de la criatura, luego los brazos pegados al cuerpo que, una vez fuera, se agitaban, pero faltaba lo peor, lo más difícil: la cabeza. Comenzó a rezar Marín en voz alta todas las oraciones que recordaba, las más comunes, que le enseñaron en su casa de la Vasconia natal, y las más complicadas y largas que aprendió durante

su peregrinaje por monasterios. Rezó, gritando más que Canayma, que se retorció en alaridos y caía al suelo agitada en convulsiones, y que los truenos de una tormenta tropical y furiosa que se acercaba galopando sobre las copas de los árboles. Tiró con fuerza de aquel ser monstruoso que se agitaba entre los muslos enrojecidos de la taina y vio cómo aquella abertura que tanto placer le había proporcionado se rasgaba como un pergamino, se agrandaba hasta convertirse en un boquete sin límites, cómo sus manos se tintaban de espesa sangre que salía de las muchas desgarraduras, y cómo, por fin, salía entero el cuerpo del niño, la última parte de él, su gran cabeza que tanto sufrimiento causaba. «La cabeza de la cabra, Marín, la cabeza del pecado, mata a la mujer lujuriosa que yació sin recato con el demonio. Y toda mujer que yace con hombre por placer no lo hace sino con él».

El largo cordón umbilical unía madre e hijo, una larga tripa pálida como un gusano infinito. El niño, un macho —Marín supo distinguir su sexo enorme y tan desproporcionado como su cabeza entre las piernas—, pataleó unos instantes hasta que consiguió hacerse oír con un llanto rabioso tras abrirse su boquita desdentada. Se tendió Marín junto a Canayma, le rozó las mejillas húmedas de llanto, la besó en la boca.

—Se acabó —le dijo, llorando también—. Ya lo has tenido. Ha sido un niño, Canayma, un niño precioso.

No obtuvo respuesta. La tomó por los hombros y la agitó suavemente para despertarla de su desmayo, mas ella no reaccionó, permaneció yerta entre sus brazos mientras el niño, en el lodo, seguía llorando boca arriba y agitando brazos y pies.

Poco a poco, diciéndose a sí mismo que no era así, que no era posible esa maldición que soñara durante las muchas noches que precedieron al acontecimiento, se fue dando cuenta Marín de que su amada no oía sus voces, de que su cuerpo no respondía a sus abrazos ni iba a despertar del sueño. Su piel, la suave piel que cubría su cuerpo sensual que de nuevo había adquirido sus armoniosas formas de antaño, su desinflado vientre y sus hinchados pechos, estaba fría como el agua de los arroyos montañosos, el aliento de su boca había desaparecido, su hermosa mirada había quedado congelada bajo los párpados, mirándolo sin verlo bajo una película acuosa. No tardó en darse cuenta el vasco de que la había perdido para siempre, que por muchos achuchones que le diera, por mucho que besara sus fríos labios, no la devolvería a la vida, pero se resistió enloquecido a ello. Buscó, infructuosamente, bajo su pecho, el batir de su corazón. Un silencio absoluto bajo el seno, bajo las diminutas costillas del torso de su niña, sólo sangre que manaba incesantemente de esa gran herida en su bajo vientre que tiznaba de rojo sus fuertes muslos.

—Canayma, Canayma, Canayma —susurró—. ¡Canayma, Canayma, Canayma! —gritó luego, hasta enronquecer, pidiendo a Dios, a los dioses taínos, que la devolvieran a la vida.

El niño se agitaba entre las piernas de su madre muerta. Desenvainó Marín su cuchillo, sajó el cordón umbilical y tomó a la criatura en sus brazos. Salió con él al exterior. La lluvia arreciaba y limpió de sangre y barro su cuerpo. Dudó durante mucho tiempo antes de fijar sus ojos en su cara. Lo hizo con miedo, con reparo, con angustia y rabia. ¿Quién había fecundado el vientre de la infortunada Canayma, si eso realmente importaba ahora? ¿Quién la había matado? Miró por fin su rostro y lo que vio le confirmó sus sospechas. Los rasgos de Juan de la Plaza en aquel rostro, su determinación, su boca fina, sus ojos pequeños con el negro cabello sedoso de la india y el color aceitunado de su piel en aquella miniatura de su cara, la innegable paternidad del capitán extremeño en el primer mestizo del Nuevo Mundo certificaba que su simiente había sido más fuerte que la suya. Juan de la Plaza mataba así a su amada como venganza por la traición de su amigo. Estaban en paz. Lo paseó bajo la lluvia, arrullándolo, palmeó su espalda con la mano amorosamente, sintió su débil aliento, la pequeña queja de su boca sin fuerzas, hasta que la sangre que manaba por su cordón umbilical no atado acabó lentamente con su vida. Se detuvo cuando lo sintió silencioso, frío e inmóvil sobre su hombro. Luego lo dejó en el

suelo, en el interior del miserable bohío, junto a su madre, y salió de nuevo al exterior y se dirigió al río.

El caimán lo esperaba. Se movió suavemente al verlo entrar en el agua turbia contra la que se estrellaban las gotas de lluvia. Fue Marín a su encuentro con la espada desenvainada, sin miedo, chapoteando. Buscaba su muerte puesto que ya nada le quedaba, ansiaba que la terrible mandíbula del silencioso cazador se cerrara sobre su cuerpo, lo partiera por la mitad, acabara con su dolor. La tempestad descargaba con más fuerza, el cielo se rompía por la lluvia, el viento agitaba con violencia las copas de las palmeras, los cocos, como redondas balas de cañón, caían pesadamente y quedaban sepultados en el barro. El agua del río le llegaba ya por la mitad del muslo cuando el caimán se situó al alcance de su brazo. Se miraron ambos rivales entre la espesa cortina de agua, los abultados ojos del monstruoso reptil, los anegados en lágrimas del humano. La bestia se detuvo en seco cuando sólo tenía que abrir su mandíbula, prenderlo y arrastrarlo al abismo de cieno y hierbas. Luego, contra todo pronóstico, dio media vuelta, se retiró, se hundió en las profundidades del río. Y ésa fue la última vez que lo vio Marín. —¡Dios! —gritó furioso el vasco, alzando su espada contra las nubes y la tormenta—. ¡Os maldigo! ¡Os odio! ¡Injusto! ¡Cruel! ¡Asesino!

Ni así lo alcanzaron los rayos que caían en tropel por la selva anegada, que sajabán las copas de los árboles y prendían pequeños fuegos por las alturas de la arboleda infinita. Vagó, en círculos, por el barrizal. Puso la espada en el suelo y apoyó su cuerpo en su punta durante unos instantes, dudando si caer ella y que ésta lo atravesara y acabara su tormento. Probó luego el filo de su cuchillo sobre las venas de su muñeca, sobre la garganta, pero le faltó el valor suficiente para darse muerte.

—¡Os amo! ¡Os amo! —gritó hasta enronquecer—. Canayma, Canayma, mi bella cojita, mi amada del alma, mi niña... ¿Por qué? ¿Por qué?

Esperó Marín de Urtubia a que dejara de llover, a que saliera el sol, y en ese tiempo no volvió a asomarse al interior de la cabaña, por donde ya se esparcía el perfume de la muerte. Tardó en hacerlo dos días, durante los que permaneció a la intemperie, sufriendo la lluvia sobre su piel, tiznado de barro, inasequible a la humedad, sin probar bocado, sin más compañía que centenares de ranas que pasaban por su lado croando camino del río, lo miraban asombradas, se encaramaban en sus piernas, seguían su carrera. Esperó luego a que el sol secara el barrizal, a que las hojas de palma del techo del desvencijado bohío, que ahora era tumba de su amada Canayma y su retoño, escupieran toda el agua que habían tragado. Había dispuesto al niño sin vida entre los brazos exánimes de la muchacha. La madre abrazaba póstumamente a su hijo, a quien no había llegado a conocer; el niño besaba póstumamente el pecho de la madre, que no había llegado a alimentarlo. Luego invirtió tiempo y paciencia en conseguir una llama, se destrozó las manos por hacer que naciera en aquella humedad espantosa, puso tanto empeño en ello, tanta furia y locura, que finalmente consiguió aquella chispa y con aquel fuego prendió, tras muchos esfuerzos, aquel bohío que con tanto amor y celo había construido, su primer hogar en esas tierras crueles. Las llamas, lentamente, secaban el agua, humeaban una columna negra que se elevaba hasta el cielo, convirtieron cañas, hojas de palma y cuerpos muertos en una alta hoguera.

«El infierno, Marín, espera a los que viven del pecado y nacen de él. La llama eterna consume esos cuerpos a los que no se puede sepultar».

Marchó de aquel lugar Marín con el ánimo encogido, mientras las llamas devoraban la techumbre y los cuerpos que bajo ella se cobijaban, y ni una sola vez volvió la vista atrás mientras se internaba corriendo en la selva, chapoteando en el barro. Anduvo durante toda la noche, a ciegas, sin rumbo, perdido entre la jungla, y sólo el cansancio lo hizo detenerse junto a un extraño monte en cuya cima vio una hermosa luna reflejándose. Cayó al suelo y, aunque lo intentó, le fue imposible reprimir el llanto. Lloraba por la desventurada Canayma pero, sobre

todo, lloraba por su absoluta soledad, su más completo desamparo.

Capítulo 6

La bruma lo envolvía todo, sepultando las formas del paisaje. Y la bruma, herida por el sol, se elevaba luego liberando bosques, montañas, cielo, de tan espeso manto fantasmal en cuanto el sol la vencía. Marín, echado en el suelo, temblando, contemplaba cómo ese cotidiano espectáculo se reproducía una vez más ante sus ojos y entonces se levantaba, se sacudía el barro del cuerpo, se desprendía de los repugnantes insectos zancudos, de muchas patas, que trepaban o se arrastraban por su piel, los tomaba entre sus dedos, los aplastaba y los devoraba. Lo que antaño le habría repugnado, los sabores y las texturas de aquellos animales del demonio que se alimentaban con su sangre por las noches, terminaban agradándole por necesidad. Los mascaba acompañándolos de toda clase de hierbas, de hojas, de brotes tiernos, que trituraba con sus dientes sin importarle que pudieran tener ponzoña. Tal cantidad de aquella basura ingirió que llegó un momento en que se sintió mal, con el vientre abombado, como el de una parturienta, por no defecar, y fue su dolor tan intenso que buscó un purgante.

Camani le había hablado de un extraño árbol que daba una fruta parecida a la avellana mondada. Lo buscó con desesperación, agitó cuanta rama de árbol tropezó y finalmente le pareció dar con él. ¿Era el purgante buscado o se trataba de un veneno letal? Lo mismo daba. Tomó una de aquellas frutas, se sentó y la royó. En muy poco tiempo sintió sus efectos y fue tan grande su alivio que podía decir que hasta era feliz evacuando lo que llevaba días obstruyendo sus intestinos.

Llevaba dos días andando sin rumbo y lo único que sabía a ciencia cierta era que se había extraviado. Había dejado el curso del río cuando el hacerlo se había convertido en un peligro, pues el río se encajonaba y no dejaba en sus márgenes camino posible y vadearlo era suicida por el ímpetu de su corriente. Andaba sin pausa, cruzaba valles feraces, se sumergía en selvas impenetrables y escalaba montes que, de vez en cuando, le servían de atalaya para guiar sus pasos. En las alturas solía pernoctar, al raso, cortando hojas de palma con las que se cubría pies y cabeza, hasta desaparecer debajo de ellas. Desde aquellas cimas oteaba el horizonte cuando el día estaba claro y trataba de ubicar su situación en la isla. ¿De dónde venía? ¿Hacia dónde se dirigía? Quería guiar sus pasos hacia la costa opuesta de la isla, el otro extremo en donde se irguiera el desaparecido fuerte Navidad; buscar el mar se convirtió en su obsesión, pues cerca de él presumió que su vida sería más fácil que hundido en aquella inmunda selva ahíta de barro. Lo descubrió un día, más lejos de lo que se temía. Y dejó de verlo al siguiente. Creyó entonces que se había vuelto loco, que había perdido por completo su sentido de la orientación y no hacía otra cosa que dar vueltas y más vueltas por el mismo terreno.

Un día muy despejado, sin nubes, con un sol fuerte que secaba la humedad perenne de la selva, volvió a ver el mar brillante y le pareció un dios en su hermosura, se estremeció como si asistiera a un portento. La vasta superficie de plata se extendía ante sus ojos tras valles que descendían escalonadamente hasta su nivel e hilos de plata, que eran ríos, iban a morir en ella tras salvar, con pequeños saltos, los desniveles. Hizo un plano mental y calculó las jornadas que precisaba para alcanzar aquellas doradas arenas y trazó su rumbo. Lo más fácil sería alcanzar un río que serpenteaba entre montañas, corría luego por la hondonada de un valle y moría finalmente en una hermosa bahía. Imaginó la arena cálida y seca, la música de las olas, el aire cargado del perfume salino y le pareció el paraíso.

—Aunque me faltas tú, Canayma, mi dulce india —dijo con tristeza.

Durante los muchos días de marcha sintió que era el único humano que profanaba aquella selva virgen, huérfana de toda vereda. Sus pasos abrían camino, las plantas de sus pies, encallecidas tras haber cicatrizado todas sus llagas y heridas, eran las más resistentes botas, la piel de su cuerpo, curtida y dura, ajena a las rasgaduras de los espinos que ya no hacían mella en ella, su mejor vestido.

Se había convertido en un hábil cazador solitario en aquella selva y rústicamente había

fabricado armas que le sirvieran para ello. De una caña dura y flexible hizo una lanza afilando su punta con el cuchillo y, lijándola en toda su extensión para poder asirla sin dificultad, endureció luego su punta a fuego lento y la probó contra el primer mamífero con el que se tropezó. Falló contra un mono que parecía reírse de su torpeza desde la copa de un árbol, pero acertó contra un extraño animal nunca visto hasta entonces, de aspecto tan extraño, ridículo y feo que se preguntó si se trataba de alguna alucinación producto de la fiebre o de su locura. Aquel animal grande y peludo, de estrecho morro, tenía predilección también, a lo que se veía, por las blancas y lechosas larvas de las hormigas, quizá el bocado más exquisito del reino de los insectos que deparaban aquellas tierras. Tan intensamente concentrado estaba en lo que comía que no lo vio acercarse. Tenía enormes pezuñas, armas terribles que podrían desgarrar a quien quisiera, pero parecía tan torpe su aspecto que no debía de temer por ellas. Abocado sobre un enorme cono de tierra rojiza, sus pezuñas le servían, no para herir de muerte a presuntos enemigos, sino para desbaratar los nidos de las hormigas, y huían éstas a miles mientras el desaprensivo destruía en un instante lo que con tanto esfuerzo los habilidosos y disciplinados insectos habían estado construyendo durante días; luego una lengua negra, como un látigo o una serpiente, salía disparada de su morro y en su pegajosa superficie quedaban prendidas las larvas blancas y los guerreros que las defendían. Comía con tanta habilidad y a tal velocidad que Marín contó por miles los insectos que debían de inundar su insaciable tripa. Le arrojó su rudimentaria lanza y comprobó su bondad cuando la vio hundirse en un costado, deteniendo su actividad en seco. Se revolvió lentamente, atravesado por la caña, avanzó torpemente unos pasos, gimiendo y con su horrible lengua, que más parecía trompa, colgando de su boca, y cayó al suelo entre temblores y vomitando abundante sangre por sus heridas. Con la espada, Marín le dio el golpe de gracia y luego estuvo mucho tiempo despellejándolo, hasta descubrir su cuerpo enteco y ciertamente poco apetitoso tras el abrigo de largo pelo. ¿Qué podía esperarse de quien únicamente se alimentaba de los hormigueros? Pero era carne al fin y al cabo, la asó y le supo a gloria, y cerrando los ojos mientras chupaba la que estaba prendida a sus huesos, arrancando los tendones sangrientos, sorbiendo su sangre espesa, podía soñar, con grandes dosis de imaginación, que degustaba un cordero asado en un figón de Castilla, que la hierba con que acompañaba el festín eran apetitosas hojas de lechuga. Nunca le faltaron frutas con que completar sus comidas. Los árboles se las ofrecían y solían ser jugosas, dulces, de carne maravillosa que saciaba su estómago, regeneraba sus encías, limpiaba sus intestinos. Las tomaba por docenas, solamente con alargar el brazo, o, a veces, trepando hábilmente por los troncos de los árboles, a los que subía ya con la agilidad de los nativos o de los mismos monos, que huían despavoridos ante su vecino. Se aventuraba con todos los frutos sin importarle su color, su sabor, si eran o no nocivos para su salud, si contenían ponzoña que llegara a matarlo. Nada le importaba, pues nada lo ataba a ese mundo extraño en el que, sin embargo, sobrevivía. Estaba dispuesto a morir en cualquier instante, a caer por un barranco, a hundirse en una ciénaga, a ser devorado por un caimán, a envenenarse comiendo. Vivía a su pesar y todas las mañanas, al despertarse, se maravillaba de seguir con vida todavía y se preguntaba por qué una serpiente no había acabado con él, qué desgracias nuevas y terribles le deparaba una naturaleza que lo zancadilleaba constantemente.

Canayma. Avanzaba y la veía entre los árboles, sobre la tupida hierba, siguiéndolo, precediéndolo, siempre con su hermosura, su diáfana sonrisa, la tersa piel que envolvía su cuerpo y modelaba sus formas. Ya no cojeaba. Caminaba con ambas piernas perfectas, balanceaba suavemente las caderas, alisándose el pelo coquetamente cada vez que el viento se lo despeinaba, envolviéndolo con su mirada.

A medida que descendía hacia las llanuras, que estaba seguro de que lo conducirían a las playas, su alimentación se diversificaba. Cazaba monos, quizá el botín más costoso, también el más exquisito tras quitarse de la cabeza que aquellos pequeños seres chillones no eran

humanos, ni tampoco infantes. Los acechaba en silencio, se aproximaba a ellos de puntillas y, cuando los tenía a tiro, arrojaba su lanza, pero siempre por delante de ellos, para cazarlos en su huida. Fallaba diez veces, pero acertaba una y, descabezado, el mono le daba el fruto mantecoso de su cerebro, la carne de sus muslos, su hígado y sus riñones. Pero lo más normal era que se alimentara de la gran variedad de lagartos, serpientes y las larvas dulces de las hormigas.

Alcanzó la orilla de un río. ¿Era el que lo conduciría a aquella bella bahía que había descubierto desde la cima de la montaña? No lo sabía. Ese u otro, qué importaba. Le sirvió para asearse, para quitarse el barro del cuerpo nadando en sus aguas, para limpiarse el cabello y la barba de tanta porquería que lo apelmazaba, de grasa y sangre de las comidas, de hierbas y parásitos que anidaban en sus pelos hirsutos. Le sirvió también de espejo en el que mirarse la cara. Su aspecto era terrible. De encontrarse a sí mismo en aquella selva, por Dios que saldría huyendo profiriendo alaridos de espanto. La piel de la frente se le había arrugado como un viejo pergamino, el bigote y la barba devoraban sin freno su rostro, sus labios estaban ennegrecidos de chupar raíces oscuras, agrietados como un viejo cuadro: era la viva estampa de los mendigos que imploraban limosna en los pórticos de las iglesias.

Limpio, purificado por el agua, se tendió en un pequeño prado al sol. Se sintió extrañamente relajado tras mordisquear un grueso fruto cuya dulce pulpa estaba extraordinariamente madura y cuyos jugos ya eran licor. Se sintió ligeramente borracho y convirtió los delgados troncos de los árboles que lo circundaban en juncas cuerpos de doncellas. Se solazó en silencio con ellas, cerrando los ojos, mientras el sol hería su sexo desnudo. Suspiró por ansias de hembra e imaginó pechos desnudos, redondas caderas, abiertos muslos. Una babosa húmeda que jugueteaba por su sexo lo despertó con brusquedad. Siguió su camino, pero antes se confeccionó con bejucos y anchas hojas un taparrabos que preservara sus vergüenzas.

Al atardecer de una de las jornadas, de cuyo número ya había perdido la cuenta, descubrió en un pequeño trozo de selva desbrozada por la mano del hombre un reducido grupo de bohíos. Eran cuatro cabañas de hojas de palma, alrededor de una hoguera humeante, y sus habitantes languidecían en torno a ella ajenos a su presencia. Los contó. Media docena de hombres, más otra de mujeres, más algunos infantes, más algunos guajolotes domésticos, más feos canes que le recordaban a su desaparecido perro *Pan* y un par de iguanas atadas a un tronco, esperando su negra suerte. Los estuvo observando, camuflado en la espesura, mirando sin ser visto, durante toda una eternidad. Escuchó sus conversaciones, sus risas, se deleitó espiando cómo jugaban sus niños inflando con sus pulmones trozos de tripa de algún animal que luego hacían estallar con estruendo, lo que provocaba sus carcajadas. Hacía tanto tiempo que no veía a nadie de su especie que se quedó maravillado, transido, sin decir ni hacer nada, absorto en aquel espectáculo de vida que llenaba la suya de sentido. Maldijo en aquellos momentos su aspecto, su altura, el color de su piel, el de sus cabellos, sus ojos azules, y deseó ser pequeño, moreno, salvaje como ellos para integrarse y ser feliz. Quizá a eso se traducían todas sus tribulaciones, a que por mucho que lo intentara, por mucho que consiguiera adaptarse a la tierra y sobrevivir, nunca sería un taíno, siempre sería un extraño que hacía inhumanos esfuerzos por integrarse en un mundo que no era el suyo.

Una muchacha se alejó de la aldea. Era joven, no había menstruado, puesto que ninguna nagua cubría la delgada raja de su hermoso sexo sin vello, y los pechos comenzaban a brotarle de su torso, oscuros pezones que pronto darían lugar a macizas tetas. Pasó cerca de donde él se encontraba oculto, a pocos pasos del grupo de arbustos que lo cobijaban. Olió su carne tibia y siguió el movimiento de sus piernas, la suave cadencia de sus caderas. Sintió Marín la punzada del deseo, una brutal sacudida, y siguió a la muchacha, fuera de su camino, en paralelo, sin hacer ruido. Hubo un momento en que creyó que la taina intuía su presencia, pues se detuvo en seco y miró a su alrededor, tratando de ver entre las ramas de la espesura que bordeaba el

camino de tierra. Marín contuvo la respiración, anhelante, mientras lo atormentaba el deseo que tenía de ella. Se acuclilló entonces la muchacha y orinó. Una sonrisa se dibujó en la boca de Marín mientras espiaba tan natural necesidad. Luego siguió su camino hasta llegar al río, y en él se sumergió levemente, en él se lavó sus cabellos, que estuvo peinando con sus dedos una y otra vez.

Podía cazarla impunemente sin que sus gritos de protesta llegaran a la aldea. Tomarla, tenderla en la orilla, vencer su resistencia con sus fuertes brazos y gozar unos instantes de su cuerpo por el que ardía. Huir luego con ese veneno del deseo tranquilizado. Permaneció oculto en la espesura mientras veía cómo la joven taina se aseaba y vertía agua en su cabeza, en sus pechos, remojaba su entrepierna, aseaba sus nalgas con mimo y hacía de su hábito de limpieza una caricia de alivio. Marín oyó batir el corazón contra sus costillas, sudó de excitación, suspiró imaginando el delirio de su posesión con la misma ansia que el viajero perdido en el desierto vislumbraba un pozo de agua. Pensó que la naturaleza ponía en su camino a aquella joven hembra para disfrutar de ella. Era tan fácil asaltarla y tan seguro que, aterrorizada por su aspecto, ni la más leve resistencia opondría; pero no se decidió. La vio marchar de nuevo hacia su aldea, deseándola febrilmente pero sin osar dar ese paso, vio perder esa tentación de carne por el camino, en la noche que ya caía, con los miembros paralizados por una conciencia que ya creía dormida. Maldijo entonces los prejuicios civilizados que le habían impedido tomarla. ¿No mataba a los monos? ¿No devoraba las larvas de las hormigas? ¿No asesinaba a indios inermes que se rendían? ¿Qué le impedía, pues, violar el cuerpo apetecible de una doncella de aquellas selvas? Aquella noche soñó con aquella muchacha, de la que no había visto el rostro, y en su sueño la muchacha sin rostro tomó las dulces facciones de Canayma. Gozó del fantasma con la misma pasión que si hubiera estado despierto. La tomó muchas veces, hasta quedar exhausto, y su última posesión coincidió con la salida del sol, con el nuevo día. Fue a bañarse al río.

Sorteó la pequeña aldea, pasó por su lado sin ser visto ni oído por sus pequeños canes. Cruzó un valle feraz en el que crecían toda clase de árboles de los que colgaban gran variedad de frutos. Se sació especialmente de los bananos, la harinosa y nutritiva fruta que se escondía tras pelar una piel que, en su obsesión, le parecía su propio miembro.

—Dos jornadas. Dos jornadas andando por el valle, sin perder nunca el río, pasando por entre aquel par de montañas suaves, y luego el mar. Cuando llegue a él aspiraré su aroma, comeré pescado, me tumbaré en las playas, tomaré el sol y entonces sí, tomaré a una indígena como concubina; una, no, un par, o tres, o una docena.

—Amigo Marín, vuestros delirios carnales os hacen ver visiones. No hay más hembras que las de los lagartos, de los osos peludos de extraño hocico. ¿Con ese aspecto pretendéis que una doncella se enamore de vos? Ingenuo castellano del demonio, poeta teníais que ser para paliar con la imaginación cada uno de vuestros fracasos. Os pierden las mujeres, de todos los colores, de todas las razas, os pierde la belleza que veis en ellas, su sensualidad. Nunca habríais llegado a ser un buen monje. ¡Sátiro pirático! En Roma deberíais haber nacido para saciar tantos apetitos desordenados.

Hablaba solo mientras caminaba. Se lo había propuesto para combatir su soledad, para no olvidar el sonido del lenguaje, repetir las palabras de su idioma que temía olvidar por completo. Hablar lo hacía sentirse ligeramente civilizado. Halaba y contaba en voz alta las palmeras con las que tropezaba, los árboles desconocidos, haciendo un censo de ellos. Se presentaba y se respondía, desdoblándose en dos personas que iban dialogando por la selva y hacían planes de futuro.

Cuando cazó un hermoso guacamayo aquella tarde, antes de que se marchara el sol, un ave vieja que no pudo levantar el vuelo y tomó por el pescuezo, y la hubo desplumado, quedó transido con una de las plumas en la mano. Recordó, mientras jugueteaba con ella y la carne se asaba en un diminuto fuego que avivaba con sus soplos, su pasado de escribano y poeta, su

trabajo como compilador de los desordenados pensamientos del caótico genovés y se preguntó si habría sido capaz de llegar a su destino, si estaría, como era su deseo, armando una nueva y más poderosa expedición y de si, si volvían a verse, se entregaría a él confesando su traición y exigiendo la expiación del castigo. Tenía la pluma para expresar todas sus inquietudes, mas le faltaba la tinta. Se hizo un suave tajo en el brazo con el cuchillo y mojó la pluma en la sangre que manó de él. Tenía pluma y tinta roja, mas le faltaba pergamino. Con el filo del cuchillo, que permanecía extraordinariamente afilado, comenzó a rasurarse el pecho, lo libró de la espesa mata de pelo rubio y rojizo que lo cubría como una selva, lo dejó tan desnudo como el culo de una taina. Ya tenía el pergamino, la tinta y la pluma. Escribió con cuidado, por debajo de su tetilla derecha, una A mayúscula, dibujó una Z bajo la izquierda, luego, inconscientemente, escribió el nombre de Canayma con pulso tembloroso sobre su corazón. Decidió que, puesto que carecía de pergaminos, su piel sería el libro que ilustraría para no olvidar la escritura y que, cuando lo llenara, borraría lo escrito con agua y, como con los palimpsestos, escribiría encima de lo ya escrito. Juró, no obstante, hacer una excepción con el nombre de la amada que palpitaba contra su corazón; ése lo conservaría en el pecho hasta la muerte.

Hablar constantemente, para no perder la razón y ejercitar la mente, se convirtió en un hábito diario para Marín. Probó con los números, pero numerar plantas, hojas o insectos no tenía fin y a la postre se convirtió en algo monótono, por lo que recurrió a la palabra. Lo que en las ciudades de su civilizado mundo de al otro lado del mar Tenebroso sería tenido por la cháchara de un enloquecido mendigo, era para él el asidero de la cordura, el cordón umbilical que lo unía a su mundo. Se deleitaba con el sonido de las palabras, las vocalizaba lentamente, buscaba sinónimos, convertía las descripciones de las cosas que allí no había en imágenes. Pero lo que más hacía era entablar discusión con un personaje imaginario que siempre lo acompañaba por las selvas y se había convertido en su sombra y al que hasta dio voz propia, distinta de la suya, ejercitando un arte de interpretación del que hasta aquel preciso momento no tuvo constancia. Se inventó ese personaje sesudo, serio, pragmático y dado a la regañina como contrapunto a su otro yo desbordante de imaginación, apasionado por todas las cosas y enfermo devoto de la belleza.

De niño le venía la fascinación por lo bello; la belleza de los paisajes sepultados en la niebla misteriosa de su Vasconia natal, los prados tapizados de virginal nieve, la silueta grácil de los venados saltando ajenos al peligro del cazador le dejaban una honda impresión. Luego, en su peregrinaje por los monasterios, descubrió la belleza de las notas musicales, los solemnes sonidos que salían de las impresionantes trompetas tubulares de los órganos y habitaban hasta los últimos rincones de las iglesias, la armoniosa voz rítmica de los monjes que leían las enormes letras de los cantorales que él y otros escribían y apoyaban penosamente sobre los facistoles, la belleza de los arcos de los claustros, la de los jardines con pozo, la de las vidrieras multicolores, la de las tallas de santos, la de las tablas flamencas con elegantes vírgenes con aspecto de damas de la corte, la belleza del silencio y del recogimiento, la de los pasos de las humildes sandalias sacando lustre a las losas de las tumbas, la imaginada belleza de las monjas, mucha, a tenor de sus voces.

Tropezó con un racimo de flores en su camino. Rojas de sangre, colmadas de insectos, colgaban de las ramas y eran tantas que amenazaban tronchar el árbol con su peso. Se las acercó a la nariz con los dedos y olfateó su fragancia. Olían a un perfume penetrante y ese aliento se expandía por la selva merced a la brisa como el incienso por las naves de una catedral. Tomó una en sus manos; la flor se deshizo en su garra, cayeron al suelo los pétalos, desmadejados, y volaron por la tupida hierba que alfombraba la floresta. La belleza, se dijo mientras seguía su camino, tan leve y percedera como esa flor que no resistió su caricia y por ello tan parecida a la de las doncellas. La belleza de la mujer, tan fútil, tan huidiza, belleza de un instante, de unas semanas, de unos meses, que luego ya no volvería a ser igual, que se marchitaría de tanto ser

admirada, que se cuartearía como las pinturas de los cuadros sobre los que pasan los años y hieren las luces. La poesía captaba ese momento único, irrepetible, interior de esa belleza, la guardaba dentro de un envoltorio de nombres y adjetivos precisos que, por un extraño conjuro mágico, brotaban en un instante del corazón del poeta, de él iba al brazo, del brazo a la mano, de la mano al pergamino, del pergamino a los labios y de éstos, de nuevo, al corazón que escuchaba el poema. Soñar con mujeres ahora que las había perdido a todas lo sumía en una profunda melancolía a tono con los haces de luz que se filtraban entre las ramas de los árboles y dibujaban caminos truncados de oro en el suelo verde de hierba, ocre de barro. Soñó con doña Leonor, delgada, elegante, distante en su hermosura, que en un momento de pasión perdió su controlada cordura y sin ropas, apeando su pudor, se convirtió en desvergonzada hembra entregada a los goces del amor. Con Galiana, la princesa taina, la coqueta hembra de fuego que jugaba con el deseo de los hombres del barco, la de hermosa grupa que, de llegar sana y salva a la querida Sevilla, a la alegre ciudad del Guadalquivir, sería gozada, a cambio de maravedíes, lentamente por hidalgos, discretamente por comerciantes casados y concupiscentes clérigos y violentamente por milites, mas nunca sería esposa, por mucho que la bautizaran, la vistieran con ropas honestas y la llamaran Isabel, Lucrecia, Magdalena, ese último, sobre todo, el de la bella ramera que enjugó con lágrimas los pies de Jesús sería el que le iría como anillo al dedo. Y con Canayma, la más desdichada, también la más alegre, la cojita de cuerpo breve colmado de apetecibles redondeces, la de piel de oro, el promiscuo hogar de dos capitanes furiosos, un jardín con pechos de miel, nalgas de ambrosía, labios de pétalos de rosa de los jardines del Generalife. Su amor.

—Os enamoráis de todas, literato. Corazón tan débil se prenda de una simple mirada, de un andar, del balanceo de cabellos sobre la espalda. Os enamoráis por vicio, Marín. Inventáis a las mujeres si éstas no existen.

—Dios echó al mundo hombres y mujeres y supo muy bien lo que se hacía al hacer a éstas tan exquisitamente hermosas. No somos culpables de ser atraídos constantemente por su belleza.

—¿Pero puede alguien amar a tantas mujeres? Estabais profundamente enamorado de doña Leonor, no ibais a olvidarla nunca, mas embarcando en la *Santa María* y desembarcando en este paraíso pronto la olvidasteis. ¿Qué decir de esa princesa taina que incomprensiblemente dejasteis partir para Castilla si de ella os decíais enamorado? ¿Y esa pobre india coja, embarazada, muerta e incinerada por vos, de quien tan devoto os sentís? ¿Cuándo la olvidaréis en otros brazos? ¿No estáis confundiendo amor con capricho, Marín de Urtubia?

Hablaba hasta con sus presas mientras las capturaba, las mataba y las devoraba. Estuvo enfrascado en animada charla con un pequeño mono que, aterrorizado, permanecía inmóvil entre los dedos de su diestra, sin atreverse a respirar siquiera, y miraba al terrible hombre barbudo que escupía palabras sobre su rostro con los ojos desorbitados por el pánico. Le dijo Marín quién era, se presentó como solía hacerlo, habló de sus antecedentes, de sus muchos oficios, de sus viajes, mientras desenvainaba el cuchillo y lo probaba sobre el gáznate del aterrorizado simio. Estuvo midiéndolo su enjuto cuerpo, mientras dudaba en segarle el cuello, y finalmente decidió que tan pequeño bocado no compensaba perder un amigo, que no era ético zanjar una amistad abriendo un boquete en su cuello y que su sangre le salpicara su rostro. De humanos era la piedad. Abrió la mano, lo dejó escapar, lo vio perderse, a saltos, por la copa del árbol en donde lo había capturado. No le importaba hablar con las iguanas y, tras larga cháchara, decapitarlas, ni hacerlo con las serpientes que capturaba hábilmente tomándolas por la cabeza y apretando con fuerza sus abiertas mandíbulas hasta que las oía crujir y las liberaba luego de su piel con un breve corte. Echó en falta, ese día y los que siguieron, la presencia del perro *Pan*, su paciente compañía, su mirada inteligente y cómo ladeaba la cabeza simulando entender todo lo que le decía y lloraba en sus malos momentos, cuando la muerte se cernía.

—¿Te salvaste de la masacre, *Pan*? ¿Por dónde andas, aprendiz de podenco? ¿En el estómago

de algún taíno hambriento? Feo rufián inútil.

Durante aquellos días se dedicó también a escribir, y cuando colmó su piel de palabras y el libro, que doblando el cuello podía leer, quedó lleno de apretada, amontonada escritura, buscó nuevas páginas en las que hacerlo. El cuchillo desbrozó parcelas vírgenes de su cuerpo combatiendo el hirsuto vello, abrió surcos de sangre en su piel y con esa misma sangre escribió palabras, versos de amor en su vientre, en sus muslos, en los antebrazos, lamentos vertidos entre lágrimas. Recordó entonces que Camani lo había instruido en el secreto de las plantas y lo había aleccionado sobre unas que servían de hojas en las que escribir y otras que proporcionaban una savia oscura parecida a la tinta. Mas ¿dónde estaban? La selva era un gran almacén impredecible, una despensa infinita en la que descifrar su secreto para sacar el máximo provecho de ella. Dio con las hojas de la xagua, grandes, planas, como un papiro egipcio, que exprimiéndolas entre los dedos destilaban tinta, mas era escasa. Su sangre continuó siendo su tinta.

Palabras: pómulo, lóbulo, nuca, belfo, iris, barbilla, mejilla, sien, ceja, pestaña, sonrisa, boca, labios... Se esforzaba por recordar cómo se escribían algunas palabras no muy corrientes de su vocabulario literario, el que aprendió de monjes cultos en los monasterios, de las lecturas de libros sagrados y profanos que se almacenaban en polvorientas librerías infestadas de ratones sin que nadie reparara en ellos, olvidados en la ignorancia. Escribir con sangre la palabra «amor» en su antebrazo fue un ejercicio doloroso. Pensó en Leonor, en Galiana, en Canayma, y en todas las mujeres anónimas, públicas y privadas que le dejaron amar su cuerpo, cuyos corazones auscultó bajo el mórbido seno.

—Mi buen Marín de Urtubia, siguiendo esta vereda, que parece de caza, por la que debéis andar con mucho tiento, pues puede que encontréis por el camino partidas de indios que quizá no os sean amistosos, llegaréis al mar. El mar será el fin de vuestro viaje, el mar tras cruzar de parte a parte esta isla de la Hispaniola, llamada Haití por los nativos. Y allí emprender nueva vida en nuevos parajes acariciados por la luz del sol.

—¡Dios os oiga, amigo!

El mar lo vio por primera vez a los siete años. Padre lo llevó consigo, conduciendo un rebaño de ovejas. Desde la cima de un verde monte, el azul de aquella agua infinita y rizada de espuma le produjo estupor. Luego, de cerca, andando por la playa húmeda de las mareas, su bramido sordo y la forma en que rompían las olas y barrían la orilla en un continuo vaivén, le dio la sensación de que aquella inmensa masa de agua, ese cuerpo acuoso que bañaba las costas de continentes que nunca llegaría a conocer, era alguien, un ser vivo con sus cambios de carácter, con imagen risueña o aspecto feroz, hermoso o tétrico, siempre cambiante, engañoso, seductor, mas con el que siempre se debía ser prudente. *Bagua* y agua. Casi la misma palabra. ¿Una coincidencia? Un niño de siete años mojaba los pies en espuma y se preguntaba si esa agua que tocaba sus pies había lamido pies humanos en los confines del mundo, si era la misma agua que surcaban navegantes enloquecidos batallando con las tormentas para abrir nuevos caminos a un mundo desconocido en el que reinaban todos los monstruos de la ignorancia.

—Pero ¿quién paliará mi soledad? Me echo en tierra, para dormir, y busco el abrazo de un tronco imaginando que es un ser humano. Se agotan los temas de conversación con vos, a quien tanto conozco ya como si se tratara de mi hermano. Si pudiera borrar mi aspecto de hombre blanco, si consiguiera camuflarme con ellos.

—Rapaos las barbas, Marín. Sin ese aspecto de fiero león que en estos momentos tenéis, quizá os sea posible ser aceptado por los taínos sin provocar su terror. Procurad ser uno de ellos.

Cogió a puñados mechones de sus barbas y aplicó el filo de su cuchillo sobre ellos. Cortó centenares de pelos hasta que acarició finalmente sus mejillas escocidas. Cayó el bigote, la barba que cubría su mentón, la que discurría por mejillas y las velaba del sol. Llenó el suelo de una mata, entre rubia y rojiza, que parecía el abrigo de invierno del que se desprendía una fiera

durante el cambio de estación. Llegó hasta la raíz y sangraron sus mejillas y cuello. Se sintió libre después de aquel rudo afeitado de barba de tantos meses, aunque también huérfano de haber matado lo que cubrió su rostro desde que los alguaciles lo prendieran y a patadas fuera arrojado a un húmedo calabozo, y lamentó no tener espejo a mano en que admirarse por su nuevo aspecto. Se sintió más desnudo que si se desprendiera del tosco taparrabos fabricado para proteger su bien máspreciado.

Se quedó dormido bajo un árbol, entre insectos de diversa calaña, mientras soñaba que estaba en Castilla, adonde había llegado tras muchos meses de infernal navegación a bordo de un barco de la enemiga Portugal que había recalado en la isla de Haití con la intención de aguar y en el que había viajado en condición de preso, realizando durante la travesía las faenas más ingratas. Había pisado tierra española hacía meses y estaba entonces sobre el duro banco de un figón servido por una moza de abundantes carnes que repartía por un igual viandas y cachetadas a los comensales insolentes que trataban de manosearla. Una pierna de cordero, algo cruda, que desgarraba a dentelladas, un vaso de malvasía, blanco y dulce, en el que se ahogaban las moscas golosas. Estaba a su vera, sentado codo con codo y con aire amistoso, un achispado y locuaz Cristóbal Colón con barba rojiza y escaso cabello que discutía con él, mientras seguía con la mirada el deambular de la patrona, sobre la esfericidad de la Tierra y la solvencia de su expedición a las tierras del Gran Kan.

—No he hecho otra cosa, mi querido literato, que una simple apuesta en contra. Buscar por lado opuesto el destino del veneciano Marco Polo. Y puesto que la Tierra es redonda, tanto como el soberbio culo de esa buena moza, y eso se advierte simplemente observando la puesta de sol por el horizonte marino, no había pérdida si seguía exactamente la latitud y la longitud adecuadas.

—A estas alturas, señor Colón, nadie os cree. No vimos más oro que el que a duras penas llena una cámara ni más ejércitos que unos desnudos indios.

—Os dejé en Cipango, Marín de Urtubia, para dar cuenta de los acontecimientos, para escribir la historia de todas esas jornadas. Volví a por vos, pero no os hallé entre las ruinas carbonizadas del fuerte Navidad. Treinta y tantos cadáveres, mas faltaba el vuestro en el pudridero. ¿Qué hicisteis, malditos, para desatar la cólera de los taínos?

Comía y bebía en silencio ante el enrojado Colón, más si cabe por la pelirroja mata de pelo que cubría su cara, barba que se había dejado crecer en seco. Lo dejó hablando solo en la mesa, junto al cuenco de malvasía, ante un auditorio incrédulo y diverso que lo tomaba por loco o borracho, y salió a la calle. Sus pasos lo guiaron a casa conocida y ante la puerta dijo su contraseña a un cancerbero que le franqueó la cancela, luego subió por marmórea escalera hasta el aposento, empujó una puerta cerrada que no gimió sobre sus engrasados goznes, se desvistió con silenciosa celeridad colgando sus ropas en respaldos de sillas que la penumbra semivelaba y luego metió su cuerpo desnudo entre las sábanas de seda de un tálamo perfumado. Un cuerpo juncal y tibio lo esperaba y lo recibió con ansia: los breves senos, sobre los que bailaba el crucifijo de oro testigo de su pecado, los pálidos labios levemente sombreados por suave vello, los enormes ojos de doña Leonor, que le ceñía la cintura y lo atraía mientras él la tentaba. Mas la cristiana se transformó en bizarra pagana de compleción fuerte y formas abruptas, y la boca fina, como una delgada línea, en gruesos labios de oscura carne reventones de licores. Leonor era Canayma en cuanto besaba sus labios y acariciaba sus párpados, y la fuerte dentadura, blanca y limpia como el marfil, resplandecía con sus risas. Recordó el perfume de su cuerpo salvaje en celo y el brillo de miles de cocuyos aplastados contra su piel, dándole aspecto de estrella del firmamento. Marín saboreó en sueños la sensualidad de sus abrazos y luchó toda la noche contra la angustia del despertar que la hiciera desaparecer. Amaba a las mujeres perdidas porque amaba los recuerdos que de ellas tenía, imborrables, inalterables, siempre bellas en su pensamiento y así iban a permanecer aunque

murieran, envejecieran, se les cayeran los dientes y el pelo y la tersa piel deviniera en arrugado pergamino. Ventajas de no verlas, de haber gozado sólo de sus momentos brillantes, de haber saboreado su apogeo que podía durar meses, semanas, días, hasta instantes tan breves como el que mediaba entre abrir y cerrar los párpados de los ojos y comprobar que la hermosa moza de la noche anterior no lo era tanto al despertar. En el reino de los sueños, como en el de la poesía, eran bellas, perfectas, sin el menor defecto todas sus amantes.

—¿Y si todo es un sueño, Marín? ¿Y si vuestra estancia en el paraíso es el delirio de un borracho de una taberna de Sevilla, soñando en embarcarse hacia un Nuevo Mundo del que hablan marinos locos, embaucadores y aventureros? Y ahora vais a despertar de él, Marín, y veréis a vuestro alrededor el mundo miserable, esa Castilla sucia y polvorienta de mendigos y leprosos, de monjes embozados que se revientan la cintura con cilicios para vencer las tentaciones de la carne y ramerías que no se desnudan y se limitan a alzar su apestoso faldón, de tullidos en los pórticos de las esquinas y judíos ardiendo en las piras de las plazas mayores, de pan duro, agua y vino, de tierra yerma y cielo gris, toda esa vulgaridad de la que huisteis, toda esa infinita mediocridad que queríais enterrar con la aventura de destino incierto en donde embarcasteis. Despertad, Marín, despertad.

Un contacto frío, metálico, lo despertó. Sentía, si es que aquella sensación no estaba integrada en el sueño, la caricia acerada de un cuchillo sobre su pecho en busca de su corazón. No abrió los ojos, para hacerse el dormido, y miró a través de los párpados entrecerrados mientras se maldecía por su falta de precaución. Un joven taíno jugueteaba con su cuchillo en las manos, sin saber qué hacer con él, asombrado por su dureza, sopesándolo entre los dedos tras la sorpresa de ver a un gigante desnudo tumbado en la selva, durmiendo apaciblemente, sorprendido sin defensas. Su brazo, armado con el cuchillo de Marín, recorría, sin hundirse en él, su pecho extrañamente tatuado por un sinfín de letras rojas que al indígena debían de parecerle signos mágicos. ¿Cuánto iba a tardar en averiguar la utilidad de ese cortante trozo de acero? Lanzó su puño el vasco con todas sus fuerzas sobre el curioso indígena, de improviso, y del golpe lo tumbó a tres pasos de él, dejando en su caída libre el cuchillo. El cristiano se hizo con el arma rápidamente, se puso en pie de un salto, pero ya para entonces el imprudente curioso corría por la selva, se perdía por la espesura, sin dejar el más mínimo rastro. Tomó sus cosas Marín, su lanza y su espada, y emprendió la marcha lo más rápidamente posible, mas por camino distinto del que siguiera el indio. Quería evitarse sorpresas, recibimientos hostiles en aldeas que, aunque quizá no supieran el destino infortunado de los inmortales habitantes del fuerte Navidad, podrían enterarse con el tiempo y su seguridad entre ellos peligraría. Corrió ladera abajo, por lo más espeso del bosque, tropezando con raíces que brotaban del suelo y lianas que colgaban del cielo y frenó su deseo de cortarlas a tajos por no dejar pistas en su camino. No detuvo su carrera hasta el mediodía, sudoroso, hambriento y con la piel llagada por los muchos espinos de las muchas plantas que había arrasado en su camino. Se apoyó en un árbol y se supuso a salvo, pero la forma en que enmudeció repentinamente la selva a su alrededor lo hizo presagiar el peligro. Miró hacia el cielo. Un largo árbol de copiosa copa le ofrecía su protección. Con las bajas lianas se encaramó a las primeras ramas, luego, lentamente, deslizándose abrazado al tronco, desollándose el pecho y los brazos, ajeno a las punzadas de las muchas hormigas que acudían a lamerle las frescas heridas y cuidando de no perder espada, cuchillo ni lanza, fue alcanzando las ramas superiores hasta llegar a la cima, una selva en las alturas, una fortaleza de hojas grandes que lo cubrían de todos los ojos. Miró hacia abajo y sintió miedo de la altura: cuarenta pies lo separaban del suelo y el tronco se cimbreaba suavemente, de izquierda a derecha, asumiendo su peso. Guardó silencio y reprimió, sollozando, incontenibles ganas de toser que tenía, una espantosa picazón en la entrepierna. Contuvo la respiración mientras sus ojos oteaban los alrededores. No le falló la intuición y se felicitó de su prudencia. Un grupo de indígenas, con el cuerpo untado de ceniza gris, pasó muy

cerca del árbol en donde se hallaba emboscado, y su aspecto y sus movimientos no eran tranquilizadores. Caminaban armados con azagayas y se detenían inspeccionando el suelo, buscando alguna huella visible, seguramente suya. Uno de ellos se arrodilló cerca de donde crecía su árbol y llamó a voces a sus compañeros. Se concentraron media docena de guerreros de feroz aspecto. Veía sus coronillas, de donde nacían los largos cabellos azabache, las plumas que los adornaban, el sucinto taparrabos que circundaba sus caderas pero, por fortuna, nunca sus rostros: de haberlos alzado lo habrían descubierto camuflado entre el ramaje. Lo andaban buscando, ya no cabía duda, y habían descubierto la huella de uno de sus pies aplastando un matojo a pocos pasos del árbol. Se desparramaron por las cercanías buscando el rastro, sin hallarlo, una segunda pisada inexistente puesto que él, a continuación, se había encaramado al tronco que lo protegía. Permanecieron mucho tiempo bajo aquel árbol sin, por fortuna, mirar hacia su copa, mientras Marín bregaba ferozmente por dominar sus esfínteres. Luego, cuando los vio alejarse, suspiró, aliviado, tosió suavemente hasta desembozar su garganta, orinó libremente sintiendo grandísimo placer en ello, mas no bajó del árbol hasta el anochecer, tras cerciorarse de que la selva volvía a su bulliciosa normalidad, de que los monos saltaban de copa en copa y los guacamayos alardeaban de su plumaje vistoso por las ramas de los árboles.

—Siempre huyendo de ellos, Marín. ¿Hasta cuándo? ¿Os habéis planteado una vida en solitario? ¿Mientras el resto del género humano ama, come, disfruta de la vida, vos seréis una extraña alimaña de los bosques que no desea verse con nadie? Nunca os gustó ser anacoreta, ni siquiera cuando estuvisteis dudando en vestir sotana y hacer los votos. No me importa ser pobre, dijisteis. Ni tampoco obedecer. Pero ser castos...

Una mañana de frío invierno, hacía un lustro, un joven Marín de Urtubia en el umbral de los dieciocho años salía por la puerta principal del monasterio de San Millán de la Cogollapara no volver más, enterrando en ese preciso momento toda su vocación. Habían pasado cinco años que se le antojaban un siglo dada su frenética intensidad. Recordando su vida, en aquel oscuro bosque, se deslizó hacia el suelo y acomodó su cuerpo en colchón de hierba con el estómago vacío. No durmió pues esta vez, ya que sus oídos estuvieron en guardia para prevenir cualquier desagradable sorpresa.

Capítulo 7

Si corría hacia el este, llegaría al océano. ¿Mas esa dirección que tomaba era el correcto punto cardinal? Se lo parecía, lo intuía, pero se le antojaba muy difícil navegar por ese mar verde del interior de la isla y acertar con el rumbo una vez que hubo perdido las referencias. Ya no había atalayas a las que encaramarse, ni los típicos mojones de piedra desnuda de la zona que emergían como piedras caídas de otro planeta en el mar de hierba, ni cocoteros altos que pudieran darle visión de su entorno.

Cortaba, en su carrera constante, el aire espeso y cálido del mediodía sin dejar de mirar el abigarrado paisaje que lo rodeaba, siempre vigilante por si de entre la espesura partía una flecha o azagaya; observaba la hierba que pisoteaban sus propios pies en la carrera, escuchaba el canto de las aves y se cercioraba de que lo fuesen, no parando hasta localizarlas. El sol caía con fuerza, a plomo, entre las ramas de los árboles, y ello hacía que los insectos se volvieran mucho más pesados y ruidosos, que su rumor continuo fuera una sinfonía enervante. Era ésta, sin duda, una de las plagas más molestas e insoportables del pretendido paraíso. ¿Por qué puso Dios a semejantes animalejos desagradables? Para alimentar a los pajarillos. ¿Y no podían éstos alimentarse de flores?

Tropezó con un riachuelo de agua estancada y no osó beber de él, a pesar de que la sed le reconcomía las entrañas. No era aquella agua verdosa y quieta, con líquenes y musgos en su superficie, algo que pudiera entrar en su estómago impunemente. Una variedad de insectos zancudos correteaban por su superficie y centenares de larvas de mosquito buceaban por sus entrañas. Si aquello era lo visible, ¿cuántos miasmas invisibles debía de haber en suspensión en las pútridas aguas turbias de cieno? Se vio el rostro, eso sí, en su superficie, la cara rasurada y tan morena que la piel parecía negra, quemada, con muchos cortes por todas partes, el cuerpo ilustrado de pies a cabeza con las frases, poesías y letras que arbitrariamente había ido poniendo en él. Siguió corriendo, tras humedecerse los pies. No reinaba el silencio en aquella selva plana, que parecía extenderse hacia el infinito, sino que el incesante runrún de los miles de insectos constituía su enervante canción y machaconamente lo sentía en el oído. A su lado, la cigarra castellana era música discreta; la respiración de la floresta, lo había definido de esa forma cuando llegó a ella, en un ya lejano 12 de octubre de 1492, y aquellas costas emergiendo entre brumas se le antojaron una ensoñación, el paisaje más bello del mundo.

—Y bien, Marín, ¿no desearíais estar ahora en las campas de vuestra Vasconia natal?

—Sueño, a veces, con ese paisaje familiar, pero si estuviera allí no podría quitarme de la cabeza la hermosa e infinita floresta.

Se apoyó en un tronco, agotado, cerró los ojos mientras recobraba el resuello. Vio entonces, entre las brumas de su cerebro, la imagen agonizante de Canayma pidiéndole que fuera con los suyos. ¿Dónde estaba ella? No fue bautizada, aunque de haberlo hecho, ¿qué nombre de santa habría encajado con su hermosura y su sensualidad? Guadalupe. Lupe, abreviado. Más hermoso Canayma. Pero Canayma, la pagana, no podía haber entrado en el reino de los cielos por sus pecados. Ella y su hijo eran cenizas que flotaban, que él mismo respiraba.

—Mi amor, mi amor, mi amor. —Y se desesperaba repitiendo las palabras, le dolían en el pecho como multitud de dagas, como docenas de flechas.

Siguió corriendo en la misma dirección. El suelo se volvió pantanoso, los árboles tenían torcidas ramas de las que colgaban extrañas lianas cubiertas de espeso vello vegetal. Corrió hasta la extenuación con una única preocupación: ingerir algo de líquido. El calor era sofocante después del mediodía, las brisas, reacias a adentrarse entre el muro de ramas, y tanto era su sudor que algunas letras de su pecho quedaban descabalgadas de las frases y hacían ininteligibles sus textos.

Detúvose en un reducido calvero. Se notaba, en aquel espacio abierto en la selva, la mano del hombre: restos de troncos quemados en lo que había sido antiguamente un asentamiento

humano y no se sabía por qué razón fue abandonado. Se tumbó en el suelo, panza al sol, sin soltar la rudimentaria lanza que no había tenido ocasión de utilizar en todo el día, y estaba en trance de dormirse por el agotamiento cuando un lamento lo puso en guardia.

Se incorporó. El lamento se repitió. Llegaba del cercano bosque y parecía humano. La prudencia le aconsejó alejarse, pero la curiosidad lo llevó hasta donde se producía. Siguió el rastro de aquella voz dolorida abriéndose paso entre un tupido zarzal, espada en mano, la lanza en la otra, hasta que llegó junto al origen de la doliente queja. Un taíno empalado, un ladrón, siguiendo las bárbaras leyes de los pobladores de aquellas islas, que consideraban el robo como el más reprobable de los delitos, pero no resultaba habitual que el reo hubiera sido castigado lejos de su aldea, restando así eficacia a un castigo edificante, pero menos lo fue comprobar el sexo del agonizante: una muchacha. Marín se aproximó a ella y apartó los largos cabellos que cubrían su cara. Quedó transido por su juventud y su belleza. Ni el espantoso dolor que trepanaba sus muslos abiertos y horadados por la bárbara caña que se hundía en sus entrañas conseguía alterar la hermosura de sus facciones. Miró la indígena al hombre blanco y no se espantó más de lo que ya estuviera. Cintas de fuertes bejucos se enroscaban en su cuerpo y lo mantenían atado al árbol, por cuyo tronco descendía irremisiblemente dándose ella misma muerte lentamente. Pensó en liberarla, mas una mirada a la laguna de sangre que se había formado bajo sus pies lo convenció de la inutilidad de su caritativa decisión. La anónima doncella estaba irremediablemente perdida, condenada a muerte, el palo del tormento debía de haberle dañado los intestinos y seguía rumbo implacable por el interior de su cuerpo hasta que su afilada punta saliera por su boca. Jadeó, horrorizado, maldiciendo el haber sucumbido a la curiosidad y no haber emprendido huida de aquel lugar en dirección opuesta. La muchacha, en su agonía, lo miró fijamente a los ojos y Marín pudo leer en ellos una petición de que acabara con su sufrimiento. Desenvainó el cuchillo y con la otra mano palpó el pecho de la moribunda hasta localizar exactamente su corazón; luego, cerrando los ojos, hundió la hoja de acero hasta la empuñadura y sintió cómo un alivio, cómo el último suspiro escapaba de los labios de la muchacha, su cabeza se vencía sobre el pecho y los cabellos cubrían nuevamente su cara. Extrajo el arma de aquella carne joven y borró la sangre que la empapaba con los dedos. En un espacio libre de su muñeca, untando en sangre ajena la pluma de guacamayo que le servía para la escritura, anotó la experiencia. «Hube de asesinar a una hermosa y joven indígena, segar su vida en flor para liberarla de los lazos de la muerte terrible. Mas no le di sepultura como habría sido mi deseo...» No cupo más. Imaginó el resto. El cuerpo joven serviría de alimento a los animales del bosque, su savia espléndida pasaría a nutrir a las larvas que se convertirían en insectos, que serían devorados por aves, que caerían en las redes de los humanos, que a su vez las devorarían. ¿No se ahorran los caníbales caribes todos esos intermediarios?

Huyó tras ser matarife que había dado el golpe de gracia. Matar de nuevo, a su pesar, para completar la obra de crueldad de unos salvajes que castigaban a sus mujeres con el mismo rigor que a los hombres y las dejaban abandonadas e inermes en su feroz agonía a merced de todas las alimañas del bosque. Se alejó a grandes zancadas, esquivando los troncos de los árboles que en su camino se interponían, hasta quedar extenuado derrumbóse en el suelo boqueando y cerró los ojos.

Veía, entre la humareda de la plaza, el rostro de una condenada a muerte de cuya agonía fue testigo mientras estuvo alojado en el monasterio de San Millán seis años atrás. La reo se hizo popular en la ciudad de Nájera y se habló de ella durante muchos años. Un marido brutal y maltratador, putero y viejo, fue asesinado de una puñalada en su propia casa y las sospechas recayeron en su joven y hermosa esposa, de quien se decía que tenía un amante. La familia del difunto, con cierto predicamento en la población, acusó a la muchacha de practicar la brujería. Se hicieron cargo de ella los alguaciles y mediante tortura obtuvieron su pronta confesión. Fue

quemada en la plaza pública, y mientras Marín de Urtubia veía arder a la muchacha sintió doble horror: por la cruel muerte de la que estaba siendo testigo y por la cara de satisfacción de quienes se habían congregado allí para asistir al espectáculo de la muerte.

Correr de nuevo, tras el respiro. Intentar, sin éxito, dar caza a un mono que esquivó la trayectoria de su lanza. Cuando se hubo echado en tierra a descansar, insectos con el aspecto de las chinches que poblaban no pocas camas de las posadas castellanas se habían aferrado a su piel, lacerando sus carnes a picotazos, y le chupaban con avidez las entrañas. No tenía manos para espachurrarlos de tantos que eran. Tan numerosos que cubrían parte de las letras de su cuerpo ilustrado, pero los que cogió explotaban entre sus dedos, daban un chasquido desagradable antes de devolverle toda la sangre que le habían robado.

La altura de los árboles apenas dejaba pasar el sol. Las ramas de las copas se entrelazaban unas con otras y formaban un tupido techo vegetal. Oyó el rumor de un torrente despeñándose, lo alcanzó cuando era curso de agua impetuoso que bajaba por la pendiente, se hincó de rodillas sin importarle las ortigas, y tomó el agua con el cuenco de sus manos. Bebió hasta explotar y, una vez saciado, siguió su curso. La engañosa planicie en la que creía encontrarse no era otra cosa que un valle alto y el agua del río saltaba un centenar de pies sobre el vacío, buscando su curso en una llanura inferior. Se acucilló al borde del abismo cuando ya atardecía y permaneció admirando absorto ese espectáculo de agua desplomándose con sordo y continuo rumor mientras su rostro se empapaba con las muchas gotas en suspensión. Lo seguiría hasta dar con el mar. Salvaría el barranco zigzagueando por una senda que sus ojos distinguían a simple vista pese a la escasez de la luz. Calculó el tiempo que podría invertir en ello y decidió que llegaría abajo antes de que el sol se pusiera. Empezó el descenso por la pendiente, siguiendo una senda ya marcada por los pasos de otros hombres. Bajaba rápidamente por la ladera de la montaña, debido a la cada vez mayor pendiente, corriendo, o rodando cuando perdía el equilibrio y daba un paso en falso, pero la maleza y los troncos de los árboles le impedían que cayera al vacío. Alcanzó, antes de lo previsto, la llanura inferior, en la que aún reinaba la luz del sol, y buscó el curso del río que se prometió no dejar ya más hasta que lo condujera al mar.

Aquella noche, en sus sueños, lo visitaron varios fantasmas: los añejos, los muertos insepultos del fuerte Navidad pidiéndole cuentas por su cobardía, la amada Canayma con su hijo en brazos y la muchacha a la que compasivamente había acelerado su muerte.

—¿Por qué no te quedaste con mi hijo? ¿Porque no era tuyo? ¿Por qué me lo mataste, Marín de Urtubia?

Dio un respingo sobre la hierba que era su lecho, espantó con su gesto la nube de mosquitos, provenientes del cercano curso de agua, que daban cuenta de su sangre.

—No lo maté. Lo dejé morir.

—¿No es lo mismo?

—Ese niño, Canayma, ya estaba muerto al nacer. Yo no podía ser madre y padre a la vez.

—Pero si hubiera nacido con tus facciones...

Capítulo 8

Se hizo una promesa no bien se levantó: no perder nunca el curso del río, y esta vez iba a cumplirla, aunque tuviera que descolgarse por nuevos barrancos, aunque tuviera que caminar haciendo equilibrios por una estrecha vereda cortada a pico sobre su cauce. Le dolían los huesos por la humedad del suelo empapado de agua sobre el que había dormido y se sentía algo mareado a consecuencia, según sospechó, de la picadura de algún bicho extraño en el cuello, deducción a la que llegó tras palpárselo y notar dos puntiagudas y pequeñas hendiduras en la piel con la sangre todavía fresca manando de ella, sin llegar a coagularse. El aspecto de aquella extraña herida lo llevó a pensar que se trataba de algún animal que le había mordido en lo más profundo de su sueño y se había dado un festín a su costa. Caminó a buen ritmo, descendiendo por un ancho valle, siguiendo el río que ya entonces mostraba la placidez del que está presto a desembocar. La selva, por aquel entonces, ya no era tan tupida, y las sierras, que en días anteriores habían trufado de dificultades su camino, parecían haber desaparecido por completo del horizonte. Lo que tenía ante sus ojos era una llanura verde que podía imaginar, con optimismo, que lo llevaría al tan anhelado mar en un paseo.

Cruzó algunos poblados en su descenso, y lo hizo ya sin esconderse, pues consideraba que estaba lo suficientemente lejos de los dominios de Cuacanagari, Caonabó y Guarionex como para que hubieran llegado hasta allí noticias del desgraciado destino del fuerte Navidad. Eran aldeas de una o dos familias, pueblos de agricultores que sembraban los terrenos fértiles que circundaban sus miserables bohíos con las desconocidas hortalizas de aquel mundo, y todos, invariablemente, tras verlo aparecer, huían de él como almas que llevaran el diablo dentro, dejaban todos sus aperos abandonados, sus rebaños de ruidosos guajolotes, sus espantosas iguanas, el fuego encendido, la harina de mandioca prensada en morteros. Lo temían, no había duda, aunque se hubiera rapado la barba. Les horrorizaba su altura, casi el doble que la suya, su corpulencia, la blancura de su piel, pese a que llevaba recibiendo durante meses los rayos inclementes del sol, que prácticamente la habían quemado. Inspeccionaba, aprovechando esas huidas, el interior de las cabañas y siempre encontraba algún bocado exquisito que llevarse a la boca, alguna carne medio cocinada cuya ingestión había interrumpido su presencia.

En una de las aldeas fue la huida tan alocada y precipitada no bien vieron recortarse en el horizonte su silueta, que una madre desnaturalizada dejó abandonado a su retoño, una preciosa niña de apenas cuatro años que lloraba desconsolada, sorbiéndose los mocos. Sintió Marín de Urtubia tal piedad y ternura por la infanta que la tomó en sus brazos y la meció suavemente mientras trataba de calmar su angustia con voz suave.

—No llores —le decía, conmovido por su llanto—. No te voy a comer.

Tentado estuvo de llevársela consigo, puesto que su madre tan mal cuidaba de ella, pero la dejó luego en el suelo, diciéndose que hacerlo sería una locura. La naturaleza lo había condenado a no tener familia, a vagar en solitario.

En otro de los poblados junto al río, los taínos, espantados por su presencia, que huyeron no bien lo ventearon, olvidaron quizá su más valiosa pertenencia: una canoa. Estaba varada en la arena del río, que era como una playa, y parecía estar llagándolo para que tomara sus remos y se alejara de allí. Así lo hizo. Se sentó en su fondo, dejó la espada y su lanza en el suelo de la embarcación, tomó uno de sus toscos remos con forma de pala de panadero y se internó primero hacia el centro del río y luego se dejó llevar por la corriente. Se arrellanó como pudo, de cara al sol, previendo un viaje cómodo y plácido y viéndose ya llegando al mar, pero la naturaleza le guardaba una desagradable sorpresa final. Un sordo rumor, cuando ya llevaba más de una hora bajando por aquel ancho río de una extraña placidez, lo sobresaltó. Se volvió en la proa y miró hacia adelante, y lo que intuyó, más que vio, le heló la sangre: rápidos.

No solía tener miedo del mar, cuyas aguas eran más nobles y avisaban de las tormentas con una serie de señales que todo buen marino conocía, pero sí temía al río que, en un instante,

cambiaba su apacible apariencia para convertirse en un torrente de aguas turbulentas. El ruido creció a medida que se acercaba, y la corriente se hizo más violenta. Ya nada podía hacer sino dejarse llevar por ella y procurar, mediante golpes de remo, no volcar. Pronto, Marín de Urtubia se vio envuelto por los rápidos, inmerso en un turbio oleaje, zarandeado por multitud de remolinos que hacían girar la embarcación como una leve pluma; capotó, recibió en el rostro el impacto húmedo de aquel oleaje de agua dulce, vio cómo la embarcación se iba anegando sin que él, al tanto del remo y de mantener más o menos el rumbo y esquivar los remolinos más peligrosos, pudiera hacer algo por achicarla. Estaba perdido, se dijo, si tras aquellas corrientes impetuosas se encontraba un salto de agua. Rezó para que no fuera así mientras las turbulencias lo arrastraban y la canoa se zarandeaba en la más violenta de las tempestades. El ruido crecía, se hacía más sordo y finalmente pudo ver Marín, a sólo unos cientos de pies, una nube espesa de agua en suspensión que lo avisaba de la caída inminente del agua. Había una cascada y la corriente lo llevaba directamente a su centro. Quizá llegaba su hora, pensó. Morir ahogado, tras despeñarse por el barranco, ser arrastrado luego su cuerpo hasta el mar, adonde finalmente llegaría, mas no vivo, para ser pasto de los peces y los cangrejos. ¿Por qué luchar, si ya lo había perdido todo?

Su cabeza y su instinto fueron por caminos distintos. Dio un grito terrible, como si quisiera hacerse oír por encima de aquel oleaje violento que levantaba corrientes de aire huracanado, y con brío inhumano hundió una y otra vez el remo en la corriente de agua, luchando contra ella. Se producía el milagro que premiaba su esfuerzo y Dios parecía decirle, si es que gobernaba en aquellas tierras abandonadas de su mano, que lo reservaba para otro destino. La canoa iba hacia el salto, pero la fuerza del remo utilizado con tanto brío por Marín de Urtubia la desviaba hacia la orilla. En que la alcanzara antes de llegar al precipicio estaba el quid de la cuestión, su salvación. La leve esperanza de sobrevivir, que cruzó por su mente un instante, avivó su fuerza y remó con violencia inaudita contra los elementos que querían estrellarlo. A un paso de la caída, cuyo bramido era ahora de una claridad aterradora, hincó el remo en la orilla, saltó al agua y en dos brazadas salió del río, no sin coger antes la espada y la lanza. Desde allí, jadeando por el sobreesfuerzo, contempló cómo la canoa vacía, en la que debería ir él, se precipitaba por aquel salto vertiginoso, se estrellaba contra unas rocas que sobresalían y desaparecía, destrozada a pesar de la buena madera de caoba con que estaba construida, bajo las aguas muchos pies abajo.

Decidió, tras la experiencia, no aventurarse más por el río. Descendió el barranco en zigzag, agarrándose a los matorrales de espinos sin importarle sus punzadas, sus descargas de veneno. Alcanzó de nuevo el llano tras un fatigoso camino y tras caerse muchas veces, y buscó la orilla del río tambaleándose por el cansancio y el hambre. Nuevamente se le mostró plácido, ajeno a la catarata que había salvado. Lo siguió, caminando por la orilla, se aventuró, cuando le rendía el calor, a chapotear en él, a remojarse pecho y espalda con su agua cuando las nubes de mosquitos lo martirizaban.

Presintió el mar con el sol declinante. Lo olió mucho antes de llegar. El río se ensanchaba, se remansaba, perdía fondo y Mostraba su lecho de cantos rodados, y la tierra rojiza de su orilla iba palideciendo poco a poco hasta tomar el color de la arena de la playa. Aceleró el paso, corrió. Ya no había más trampas, más engaños, más fronteras ni más obstáculos en su camino hacia la liberación, porque eso era para él llegar por fin al gigante salado. Y el mar apareció por fin ante su vista después de tantas semanas sin verlo, con la cadencia de su suave oleaje lamiendo los bordes de una playa de semicírculo perfecto y aguas rizadas.

Hollando aquella franja de arena, ornada de cocoteros tan inclinados que sus frutos, cuando maduraban, caían directamente al mar y flotando se dirigían, quizá, a fertilizar cercanos islotes, sintió una emoción pareja a la que había experimentado cuando avistó tierra después de mes y medio sin ver otra cosa que mar en el viaje de ida. Llegaba al crepúsculo a una amplia bahía en

la que desembocaba el río que le había marcado con precisión el último tramo del camino, y el sol, que ya se escondía por el horizonte, ahogándose en la vasta extensión de agua, pintaba de rosa fuerte el paisaje, lo barnizaba con una belleza irreal que era el color de la paz.

El de Leizarán sintió como una gran liberación haber alcanzado su meta después de haber permanecido tanto tiempo perdido en un infierno verde, dando vueltas y revueltas por él, extraviado e invirtiendo, a buen seguro, el doble de tiempo por no haber hallado el camino recto. El mar se alzaba como símbolo de libertad frente a la opresión de la selva. Lamentó, mientras se hincaba de rodillas y dejaba que el agua cálida lamiera sus piernas, no tener a Canayma a su lado para compartir aquel instante de felicidad. Buscó luego, junto a la primera línea de cocoteros, un espacio en donde dormir tras haber llenado su estómago de cangrejos cuyas entrañas devoraba crudas, casi en vivo, tras inmovilizar sus pinzas.

Capítulo 9

Hablaba solo Marín de Urtubia, no bien se levantaba, con su *alter ego* juicioso, para no perder la noción del lenguaje, no olvidar el sonido de las palabras, la estructura de las frases, pues temía que de no hacerlo acabaría gruñendo y balbuceando sonidos como el más primitivo de los humanos o siendo como un enorme mono. Consciente de que la memoria era lo único que le restaba de su mundo, se había decidido a no perderla y conservarla entre algodones, y con sangre, puesto que no encontraba más plantas de la tinta de la que le había hablado Camani, llenaba su cuerpo de inscripciones tras borrar las antiguas, que una vez escritas resultaba imposible leer. Sólo la de su amada Canayma permanecía fresca sobre su pecho, como un milagro.

Reinaba en aquella playa perdida de apacible aspecto en la que no había encontrado ningún vestigio de presencia humana, ni huellas de pies en la arena, ni las ruinas de ningún bohío. Monarca de aquel reducido y bello territorio, sólo le faltaba corona y cetro para sentirse como tal. Era el virrey de aquella demarcación, se decía, mientras la medía con sus pasos, de un extremo a otro, y rumiaba un nombre con el que bautizarla. Recordó la gran afición del Almirante por encontrar nombre para los accidentes geográficos y ponérselos a lo que ya seguramente tenía uno. Playa Canayma, pensó el de Leizarán, como un sentido tributo a su infortunada amada. Y escribió con la punta de su lanza su nombre en la playa, con grandes caracteres.

Después de tanto vagar por selvas atestadas de mosquitos, insectos y nocturnos animales que se daban festines a costa de su sangre, establecerse en la playa le pareció al de Leizarán besar de nuevo el paraíso como premio a su travesía del infierno. Dormía sobre la arena o, cuando soplaba la fresca brisa nocturna, excavaba un hoyo lo suficientemente profundo para que cobijara su cuerpo, y dejaba, por las mañanas, que el sol tostara su piel indolentemente, sin hacer nada. No había cosa más placentera que la absoluta ociosidad, y a ello se abocó en cuerpo y alma el de Leizarán para compensar pasadas penurias y cerrar cicatrices que aún le sangraban. La belleza y la calidez del entorno le sanaban como la más sabia pócima. Descansaba y tomaba fuerzas después de tantos días de marcha y daba gracias a Dios por la benevolencia del clima que reinaba en sus dominios. Cuando el hambre lo acuciaba, no tenía otra cosa que hacer que entrar en el mar y con la espada y la lanza conseguir sus presas. Aquellas aguas eran tan ricas en pescado que los peces iban a comer a sus manos. Con la piltrafa de uno de ellos, conseguía atraerlos, y cuando los tenía a todos cerca, confiados, era difícil fallar el golpe con la lanza convertida en arpón. La lanzaba y el artefacto tosco de caña se zambullía en el agua clara y sólo se detenía en su carrera cuando atravesaba el cuerpo de algún pez. Rojos como la sangre, plateados, dorados, aplastados, bellos u horribles, todos terminaban en el estómago del vasco, que los asaba suavemente al amparo del viento, tras la línea de los primeros cocoteros que le proveían de carne dulce y blanca y agua dulzona y reconstituyente.

Escribía en la arena con la lanza que tantos usos tenía. Pluma en la playa, le servía el arma para, con gran esfuerzo, ir recobrando la memoria sobre las palabras. Un día escribió un largo poema que iba de un extremo a otro del arenal, con letra tan grande como la que empleaba en decorar los cantorales, un canto a las mujeres bellas de aquellas tierras cuya sensualidad era semejante al paisaje en el que habitaban, a la morbidez de sus cuerpos, a la pureza de sus sonrisas incontaminadas, pero cuando volvió sobre sus pasos, el viento y el agua del mar habían borrado los primeros versos. Aquello le hizo pensar sobre la perennidad de la belleza. La soledad era quizá la peor de sus torturas, mas decíase, en su descargo, que mejor solo que mal acompañado. Si su descastado perro *Pan* anduviera por aquella playa lamiéndole los pies, ésta no sería tan terrible, sería más llevadera. En una de sus incursiones por el interior de aquella bahía capturó un guacamayo de vistoso plumaje. Alguna ala debía de tener maltrecha, pues el animal, dando saltos, no fue capaz de volar de la rama en donde se hallaba posado en cuanto el

hombre le echó la mano al cuello. Ofreció feroz resistencia la bestia en cuanto Marín la tomó, y le propinó un terrible picotazo en el hombro que le abrió las carnes. No lo tuvo en cuenta el vasco y frenó sus instintos de retorcerle el pescuezo, optando por inmovilizarlo con cuerdas de bejuco. Lo llevó consigo a sus dominios, junto al mar, y allí, pacientemente, lo estuvo adiestrando, primero a no huir de su presencia, segundo a permanecer sobre su hombro sin dañarlo con sus garras. Al tercer día parecía haber conseguido los dos objetivos propuestos. Lo estuvo mirando una mañana mientras pensaba cómo bautizarlo. Le devolvía la mirada el enorme y vistoso pajarraco de plumaje rojo y verde brillante, que resplandecía por la luz del sol, ladeando su cabeza y fijando sus enormes ojos redondos e inmóviles en la faz de Marín de Urtubia.

—*César* —dijo, y mirándolo parecía buscar su parecer.

Recurrió entonces a diversos nombres históricos, cosmógrafos y descubridores, sin llegar a uno que lo convenciera ni a él ni a su emplumado amigo.

—*Cristobalito*.

Y ese diminutivo, homenaje o insulto al loco que lo había dejado en aquellas playas perdidas de Haití, pareció ser del agrado del guacamayo, pues soltó un gruñido de asentimiento mientras barruntaba sonidos que pretendían acercarse a los del nombre con el que había sido bautizado. Marín pasó unos días entretenido dando clases de dicción al guacamayo, esforzándose porque dijera primero las sílabas más rudimentarias, para a continuación enseñarle alguna palabra suelta. Al cabo de poco tiempo, los esfuerzos del preceptor se vieron recompensados por la aplicación de su alumno. Cada palabra que acertaba y repetía era premiada con una caricia en la nuca de plumas erizadas o por un trozo de coco abierto, cuya carne dulce encantaba al pajarraco.

La sorpresa más agradable se la llevó el vasco cuando consiguió que *Cristobalito* dijera su nombre.

—Marrín —decía, convirtiendo el sonido suave de la segunda sílaba de su nombre en uno fuerte, y mientras lo hacía la negra lengua aleteaba dentro de su enorme pico, esforzándose.

Cristobalito y el vasco se convirtieron en amigos inseparables y juntos recorrían sus dominios. Aquel pajarraco que copiaba sus sonidos sin saber lo que decía palió sustancialmente la enfermedad de soledad que lo atenazaba, suavizó su melancolía. Borró de sí su *alter ego* mental y desde entonces todas sus cuitas, preocupaciones, angustias y las pocas alegrías contaron con la complicidad de su amigo emplumado.

—Una mujer. Necesito una hermosa mujer a la que amar, que me sacie, que me dé descendencia, que me cuide, me cocine —decía el de Leizarán al guacamayo mientras paseaban por playa Canayma—. Y no parece haberlas por esta zona, ¿no creéis? ¿Y vos, cómo lo hacéis? ¿No pensáis también en echaros mujer, en tener polluelos?

—¡Marrín!

—No, mi amigo. No sois mi tipo. Y, sobre todo, sois macho. Olvidadlo.

—¡Marrín, Marrín, Marrín!

Estaba profundamente dormido al sol y los chillidos agrios del guacamayo junto a su oído lo despertaron de forma violenta. En medio de su natural sobresalto, reprimió su primera reacción de retorcerle el cuello o golpearle en la cabeza a quien de forma tan impertinente osaba despertarlo. El guacamayo ladeaba la cabeza, abría el pico y profería una y otra vez, con matemática exactitud, su nombre con más erres de la cuenta y miraba asombrado con sus redondos ojos el aspecto desabrido con que se levantaba su amo, su rostro de pocos amigos. Marín de Urtubia se incorporó de la arena restregándose los ojos y dando un gran bostezo que a punto estuvo de descoyuntarle la mandíbula. Se había quedado dormido, plácidamente, bajo los rayos del sol sin que se hubiera despertado por la mañana, como solía, y debía de ser mediodía, a juzgar por la altura del astro rey en el cielo y el calor que reinaba. Se sentó,

quemándose las nalgas desnudas en la arena que hervía, y entonces vio lo que seguramente había despertado la inquietud de su guacamayo como para llamarlo por tres veces. Una canoa de reducidas dimensiones, con tres personas a bordo, a las que le era imposible ver sus rostros, pues la luz del sol lo cegaba, llegaba suavemente a la playa y sus ocupantes descendían y chapoteaban en el agua mientras tiraban de ella. Se dio cuenta Marín de que era imposible que los intrusos que osaban pisar sus dominios no lo hubieran visto, por lo que consideró absurdo emboscarse o huir, y se alzó en pie de un salto, cogió con una mano su lanza y con la otra su espada y fue a su encuentro en compañía de *Cristobalito*, que no se separaba de su hombro, con andar decidido, sin mostrar miedo alguno, arrogante, hundiendo sus pies en el agua cálida de la orilla.

Se detuvieron los taínos, pues sin duda de esa raza de indios se trataba a juzgar por su altura, su aspecto fibroso y la longitud de sus cabellos, mientras el gigante de cabellos dorados y ojos azules se aproximaba con aspecto intimidatorio. Ahora que apenas diez pies lo separaban de ellos, Marín podía distinguir sus rostros. Dos eran del género masculino, uno mayor y otro más joven; otro, del género femenino. Quizá se tratara de los miembros de una familia, y debían de ser pescadores, a juzgar por la gran cantidad de peces que llevaban en el interior de la canoa y que apestaban el ambiente. No vio miedo en sus caras, sino una cierta alegría que le resultó a Marín sospechosa y le resultó incómoda. Hasta aquel momento, los taínos con los que había tropezado siempre habían huido de su presencia como si se tratara de un monstruo; sin embargo, a éstos les podía más la curiosidad que el miedo, y el vasco lo achacó mentalmente a que su aspecto terrible había sido dulcificado considerablemente con su acto de raparse las barbas; quizá fue un error haberlo hecho. El mayor de ellos, un tipo enjuto y diminuto con el ceño muy arrugado y el labio inferior ancho, colgando, le hablaba en su idioma arawac, y parecía hacerlo de forma amistosa, a juzgar por las frecuentes sonrisas que intercalaba en su discurso de bienvenida. Alargó la mano y Marín dedujo que deseaba tocarlo. Se acercó un poco más a él y dejó que el taíno palpara sus músculos y se asombrara de su fortaleza, acompañando con exclamaciones de asombro el recorrido por todas las partes del cuerpo del vasco, llegando incluso a palpar sus vergüenzas, que ocultaba bajo un discreto taparrabos, que el de Leizarán no tomó como una afrenta el que así lo hiciera —ningún varón habría salido vivo del empeño en su mundo, pero la inocencia de los habitantes de éste lo desarmaba— sino como un tributo a la grandeza de su virilidad, más si se la comparaba con los menguados atributos de los naturales de aquellas islas. Lo mismo hizo a continuación el joven muchacho, un adolescente con el pecho tatuado, y la mujer, una hembra gruesa de abombado vientre y escasos encantos que palpó a conciencia sus nalgas mientras sonreía mostrando la satisfacción que de ello obtenía. Lo estuvieron sobando entre los tres en la orilla de aquella playa, deteniéndose asombrados en sus cabellos, la parte de su fisonomía que más admiración les producía, mientras el guacamayo miraba a los tres intrusos con desconfianza y ladeaba la cabeza cada vez que las manos de aquellos hombres se posaban en las carnes de su amo. Sintieron una curiosidad extrema por los rasgos de las letras que cubrían desde los pies a la cabeza el pergamino natural del vasco. Le interrogaban sobre su significado y Marín de Urtubia se lo explicaba en recio castellano, cuyas palabras maravillaban a los indígenas por su grave sonoridad aunque nada entendieran. Visto lo amistoso del encuentro y que nada había de temer de ellos, hizo un gesto Marín de Urtubia para invitarlos a su propiedad y les pidió que lo acompañaran. Vararon la canoa los taínos en la playa, cogieron algunos pescados y lo siguieron. Bajo una singular palmera inclinada, que le daba una hermosa sombra y le permitía recorrerla sin demasiado esfuerzo, ya que en lugar de hacerlo hacia el cielo crecía hacia el mar, había establecido Marín de Urtubia su cuartel general en aquella bahía paradisíaca. Allí había excavado la hondonada en la arena que le servía de lecho nocturno, allí ardían todavía los rescoldos de su último fuego y por el suelo andaban desperdigados cocos abiertos, a los que

había extraído pulpa y agua, y un sinfín de espinas de pescado. Sus invitados se sentaron sobre la arena y le ofrecieron un par de hermosos peces, que Marín descamó antes de colocarlos sobre las brasas del fuego y dejar que se cocieran lentamente.

El jefe de aquella pequeña familia —Marín los miraba y ya no tenía ninguna duda de que el adolescente era el hijo de ambos, había heredado el singular labio caído del padre y el extremo estrabismo de los ojos de la madre, que nada tenía que envidiar, pensaba, a los del a buen seguro fenecido galeno Juan Sánchez— se mostraba extremadamente locuaz mientras el vasco volteaba el pescado para que se asara por ambos lados. Por gestos le hablaba de donde venían, de un próximo islote, por lo que dedujo Marín que, como los gitanos, aquellas tres personas no estaban sujetas a la disciplina de ningún poblado ni clan y eran tan libres como él, y a donde se dirigían, y luego pareció preguntarle lo mismo a Marín. Hizo un gesto el vasco con los brazos de que todo aquel territorio, desde un extremo a otro de aquella bahía, era suyo y que él estaba allí. Una exclamación de asombro y respeto saludó sus palabras mientras Marín sacaba los pescados del fuego, los partía en trozos y los ofrecía a sus invitados. Comieron en cuclillas y en buena armonía los tres hombres y la mujer y no pararon de hablar durante toda la ceremonia ante el asombro de *Cristobalito* que, encaramado en el hombro de Marín, no perdía detalle de la conversación y de vez en cuando intentaba intervenir provocando las carcajadas de los taínos. Andaba celoso el pajarraco de las confianzas que se tomaban los extraños y del caso que les hacía su amo. Después de comer, ya que el día era especialmente hermoso y el benigno clima invitaba a la holganza, invitados y anfitrión optaron por dormir una buena siesta sobre la arena. Marín se echó cerca de su hondonada, en donde guardó sus armas, y el guacamayo, a saltos, emigró hacia el cocotero, que crecía tan inclinado sobre el mar que las ramas y sus frutos rozaban el agua.

Marín durmió en estado de felicidad con sus nuevos amigos. Parecía que Dios, por fin, se había acordado de él y le había enviado, como compensación al rosario de penalidades, a esa familia a hacerle compañía y paliar su soledad. Aunque no hablaban el mismo idioma y no compartían la misma cultura, se entendían, y la hospitalidad por su parte y el agradecimiento por la de ellos había sido el nexo de unión de esa relación. Durmió el vasco hasta que un rumor le hizo entreabrir los ojos. Primero miró a la hondonada que le servía como lecho y que excepcionalmente le servía ahora de armero y comprobó que la espada y la lanza estaban en su sitio, y se reprochó que fuera tan desconfiado. Luego vio al joven muchacho que nadaba en el agua, cerca de la playa, cómo aparecían y desaparecían bajo las aguas turquesas sus afiladas piernas de adolescente. Y finalmente vio a los padres, a pocos pasos de él, fundidos en un abrazo y los envidió. Se amaban, sobre la arena, con la naturalidad de las bestias y gozaban de las delicias de la carne sin tapujos. El enjuto hombre tenía abrazada a la hembra por detrás, sus brazos sarmentosos se trenzaban sobre su abombado vientre y la cabalgaba silenciosamente mientras ella expresaba su satisfacción en breves risas que se fundían con el rumor del suave oleaje que besaba la orilla. Los envidió y los estuvo observando hasta que ella se dio cuenta de que los miraba y entonces, aturcido, desvió la mirada, volvió el rostro y exploró el paisaje interior de la isla. En aquellos momentos echó en falta a la hermosa Canayma, anheló sus tiernos abrazos, su mirada devota y su contagiosa risa, todo su natural encanto que le había hecho quererla de una forma tan brutal que le causaba zozobra.

—¡Marrín!

El impertinente guacamayo bajaba a saltos por el tronco de la palmera llamando su atención y lo obligó a abrir los ojos y despertar de la breve siesta a la que había sucumbido. Se volvió. A sus pies, arrodillada, estaba la taina sonriendo. Le aturdió su familiaridad tanto como su mirada extraviada, que no conseguía dilucidar si observaba su rostro o bien escudriñaba su cuerpo. Oyó un chapoteo y alzó la vista el vasco, incorporándose hasta quedar sentado. Su hombre, tras haberla amado, tomaba un baño reparador y se dirigía nadando hacia donde estaba su hijo y

luego ambos jugaban, lanzándose borbotones de agua con las manos, combatiendo imaginariamente por hundir el uno al otro como auténticos anfibios. La taina volvió a reír mientras señalaba con el dedo índice de su mano el vientre de Marín: su cuerpo no podía engañarla. El deseo se mostraba de forma brutal en medio de los muslos del hombre blanco y el exiguo taparrabos no podía ocultar la evidencia de su excitación, y la mujer se asombraba tan agradablemente de las proporciones de su miembro que no pudo evitar tocarlo bajo la ropa. Marín se sintió ridículo y vejado y miró a la mujer. No tenía el menor atractivo, ni siquiera era joven y, sin embargo, la parte animal que había en él, que era mucha en aquellos momentos y dominaba a cualquier otra que hubiera, se moría por yacer con ella después de tanta abstinencia y desahogar un deseo que de tan fuerte le dolía. Con una naturalidad que a Marín le sorprendió, la mujer lo instó a sentarse, tomó asiento entre sus muslos y él, instintivamente, entró en ella sin esfuerzo, exhalando un gemido de satisfacción. Se dejó cabalgar el vasco sin mover un solo miembro de su cuerpo ni aventurar caricia alguna al cuerpo que paliaba su dolor hasta convertirlo en incontrolado placer, entornó los párpados para concentrarse en él y se vio transportado, con un punto de imaginación que puso de su parte, al lecho de la voluptuosa Mascarpone. Lo cabalgó suavemente la taina hasta vaciarlo del deseo que lo corroía por dentro como una ponzoña y lo envenenaba de ira, y al parecer sin importarle que su hombre la pudiera ver en tan íntimo contacto con un extraño. Marín se sintió en el cielo, aunque inmediatamente después un indefinible sentimiento de culpa tratara de ofuscar el placer que había obtenido durante aquel brevísimo instante, tan frugal como clandestino. Cometía adulterio y era infiel a Canayma con una hembra que ni siquiera gozaba del don de la hermosura para justificar su caída entre sus muslos. Luego la taina se dirigió también al mar, a reunirse con su marido y su hijo, y se estuvo bañando con ellos hasta que llegó la noche mientras él, sentado en compañía de *Cristobalito*, miraba cómo evolucionaban en las aguas y sentía envidia de ellos.

—¿He pecado, *Cristobalito*?

—Síííí —le contestó el guacamayo.

Comieron cangrejos, reunidos alrededor de la fogata. Marín miraba de vez en cuando, violento, el rostro del enjuto taíno, alumbrado por las llamas, tratando de descubrir alguna mirada de reproche. Nada vio de extraño en su rostro: o no los había visto o no le había importado que su mujer contentara a quien los acogía en sus dominios. No lo entendió ni pudo entenderlo. En su mundo, su acto habría generado ya un desafío a muerte y los dos hombres se habrían batido en combate hasta dejar de existir, uno para lavar la ofensa y el otro para darle satisfacción. En aquel mundo regido por las leyes de la naturaleza, de relaciones promiscuas, todo era muy distinto y la llamada de la carne se producía con la misma naturalidad que la ingestión de los alimentos. Hombres y mujeres estaban allí, en aquellas tierras, para aparearse y darse placer sin que la más mínima sensación de pecado o falta enturbiara ese proceso, sin que se establecieran los complicados circunloquios que en su mundo existían y llevaban a lo mismo tras meses o años de cortejo, razón por la que salía más a cuenta apagar los deseos lascivos recurriendo a las ramerías. Eran aquellas gentes generosas, y él sabía que no era capaz de serlo. Odió compartir a Canayma cuando se vio obligado a hacerlo porque era la amante oficial de Juan de la Plaza, pero cuando finalmente estuvo con él y fue sólo suya, habría acuchillado a quien se atreviera a mirarla con ojos de deseo. En aquellas tierras, las mujeres no eran propiedad de los hombres, ni ellas se sentían así, sino que regían el destino de sus cuerpos como les pluguiese y se daban a quien caprichosamente escogían sin que los celos u otras pasiones retorcidas alteraran el ritmo del corazón de sus maridos; una conducta viciosa que, trasladada a su mundo, sólo tenía cabida en las habitaciones de las casas de lenocinio.

Cayó la noche, puntearon el cielo un montón de estrellas y todos, mediante ruidosos bostezos, anunciaron su deseo de dormir tras haber fumado un canuto de la hierba del tabaco que se pasaron de una boca a otra hasta que se consumió.

No consiguió Marín de Urtubia conciliar el sueño con tranquilidad. Hallábase profundamente excitado de nuevo tras haber saboreado, después de muchos días de esforzada abstinencia, las delicias de la carne, y el entremés del mediodía no había hecho otra cosa que abrir su apetito. Ansiaba atracarse y su cabeza, por mucho que se esforzara, no conseguía domeñar su instinto. Todos dormían en aquel improvisado campamento mientras la hoguera humeaba y flotaba en el ambiente el perfume salobre del mar mezclado con el aromático tabaco. *Cristobalito*, sobre una de sus patas, se hallaba prendido a la rama de un árbol enano durmiendo y los tres taínos lo hacían casi pegados los unos a los otros, entrelazados sus cuerpos por sus brazos y piernas. Reptó por la arena, como un ladrón, Marín de Urtubia hasta llegar a donde dormía la taina. La luz de la luna le daba en el cuerpo y por el vivo deseo, que no por otra cosa, Marín lo encontró apetecible, sintió ganas de devorarlo. Palpó con su diestra sus generosos pechos mientras con la siniestra separaba sus muslos y el corazón, en su pecho, bombeaba torrentes de sangre por sus venas y se le secaba la garganta. Como un adolescente ante su primera aventura amorosa, así se sentía el de Leizarán en aquella cacería furtiva en los dominios de su bahía. En aquellos momentos, la taina abrió los ojos y no se asustó de verlo, como si lo hubiera estado esperando; brilló la blanca dentadura entre sus labios que se abrían y se limitó a separar más las piernas mientras colocaba sus brazos bajo su nuca y rendía su cuerpo a lo que quisieran hacer con él. Lo invitaba a cabalgarla y recogió el vasco su ofrecimiento con mil amores, olvidándose de remordimientos y consideraciones morales que si se producían ya tendría luego tiempo de ocuparse. Nuevamente la carne ensombrecía la mente, la apartaba, era mucho más fuerte. La ciñó con fuerza por la cintura, se echó sobre su vientre tembloroso y la tomó sucesivas veces, hasta que amaneció, y tan abstraído estaba en lo que hacía, tanta pasión y empeño puso en liberar su reprimido deseo entre los generosos muslos de la taina una y otra vez que borró de su mente a su marido, que roncaba a muy pocos pasos de ellos, a su hijo, que se revolvía inquieto en la arena por el ruido que hacía su madre, y al guacamayo *Cristobalito*, que observaba la escena con mirada inquisitorial.

Envolvió a la taina con una mirada de agradecimiento, que no de amor, mientras se erguía y dejaba de aplastarla con su cuerpo. De haber sabido su idioma, habría pedido disculpas por su comportamiento totalmente animal y la ausencia de delicadeza que había mostrado con ella. La descabalgó, rendido, y se separó del húmedo cuerpo de su amante nocturna, que gruñó una queja de protesta cuando dejó de sentirlo en su interior, se anudó el pequeño taparrabos con que se cubría las vergüenzas, se dirigió tambaleante hacia el mar, que se iluminaba con la luz dorada del primer sol, y nadó casi hasta el horizonte, reconfortado y renovado. Ya de regreso los encontró a todos despiertos, recogiendo valvas por la playa, y la taina fue a su encuentro y le ofreció una, quizá la más grande. Le dio las gracias mientras la tomaba de sus manos, la abría con los dedos y vencía la resistencia del molusco. El animal se debatía en un líquido viscoso, cambiando de forma y consistencia. El de Leizarán lo engulló con avidez y sorbió a continuación con delectación todos sus jugos.

Recibió entonces de ella un fuerte cachetazo en las nalgas que le sonó a burda provocación. Ella corrió gritando por la playa, mientras se volvía hacia atrás esperando que la persiguiera. Se resistió a ello. Padre e hijo lo miraban y creyó ver esta vez una mirada de censura que lo forzaron a la inmovilidad, de allí a volver al mar, del mar a bregar con el agua con violencia, apagando el deseo en él, bucear y emerger, una y otra vez, ensanchando sus pulmones con el aire limpio y fresco de la mañana mientras distinguía en la lejanía la silueta desnuda de la anónima salvaje que parecía esperarlo en un extremo de la playa. Decidió, mientras regresaba dando brazadas a la playa, comportarse como un caballero y no aceptar aquella nueva y descarada invitación. Tenía la sensación de que, si la aceptaba, iba a sembrar una semilla de discordia en la buena relación que había establecido con aquella gente.

Capítulo 10

Los miró mientras correteaban desnudos por la playa Canayma, riendo y persiguiéndose con envidiable despreocupación. Eran como la familia que no tenía y que necesitaba imperiosamente dado su actual estado de orfandad tras haberlo perdido todo y a todos, la pócima caída del cielo para paliar su enfermedad de soledad. Padre y madre habían sido olvidados en el terruño vasco por ese mal hijo que había sido él en cuanto perdió de vista, a lomos de su jumento, la casa que lo vio nacer y vagabundó por conventos y monasterios en busca de una fe que no creció, hasta el punto de que no distinguía sus caras por mucho que se esforzara, ni la de ellos ni la de sus hermanos. La otra gran familia fueron aquellos que compartieron sus cuitas en la travesía y en la fortaleza de la playa, un puñado de hombres mal avenidos por la enorme disparidad de caracteres —pero ¿acaso había familias en las que todos sus miembros se soportaran y no afloraran las rencillas?—, traicionados y muertos por quien los sobrevivía y arrostraba esa condena. Se dio cuenta de que aquellos tres indígenas de los que nada sabía, con los que de nada hablaba como no fuera del sol, la pesca o la caza, llenaban su corazón tan ahito de compañía, y cubrían su gran vacío interior. Los quería con la familiaridad de las cosas cotidianas que uno encuentra a su alrededor al levantar la vista, se había acostumbrado a su presencia, a su ruidosa alegría, y sentíase con ellos agradablemente acompañado y reconfortado. No había mayor tortura que la soledad y allí estaban aquellos tres seres para tratar de engañarla, para compartir con él las nimiedades de jornadas que transcurrían al ritmo lento del viaje del sol por el cielo.

Apreciaba especialmente al muchacho, lo esbelto y ágil que era a pesar de su muy breve edad; ¿doce, trece, catorce?, ¿no se veía él, acaso, reflejado en su enorme vitalidad y en sus continuas ganas de juego? Lo observaba mientras chapoteaba en la orilla de aquella playa que había conquistado, trepaba por los troncos lisos de los cocoteros con la habilidad de los simios, daba patadas a los cocos caídos en la arena y aceptaba de buen grado sus desafíos. Trababa con él singulares combates en broma en los que el jovencuelo quería medirse con aquel extraño hombretón de cabellos rubios que siempre terminaba vencíéndolo, por mucha arena que le arrojara a los ojos, por mucho que intentara derribarlo cruzando su pierna entre las suyas: la terrible musculatura del hombre de piel tan clara sojuzgaba sus débiles músculos, comprimía sus brazos contra su torso, terminaba arrastrándolo al agua, entre risotadas, y lanzándolo a ella, con un molinete, lejos, como una peonza, desatando en él una risa alocada por el vertiginoso vuelo aéreo antes de estrellarse bruscamente contra la superficie del mar.

—Tu nombre, muchacho. Yo, Marín.

Nada. Una risa tonta. Una mirada desvergonzada mientras le arrojaba con ambas manos porciones de aquel mar turquesa.

Admiraba la sangre fría del padre, sus habilidades como pescador y buceador —era capaz de aguantar bajo el agua de la bahía diez veces más de lo que resistiría él pese a la escasa capacidad torácica de su esmirriado cuerpo—, no había duda de que era un ser anfibio, incluso movía sus delgadas piernas como las ranas, y de que también era un hábil cazador capaz de acechar a su presa durante todo un largo día tan inmóvil como una planta, confundido en ella, y de que era extraordinariamente generoso y comprensivo con él, al permitir que su mujer le aliviara los ardores de la carne que lo tenían atormentado.

—¿De verdad que no te importa? No lo creo. ¿Ni así —y cerraba los dedos de su diestra para coger un pellizco de aire— de celos tienes cuando la hago mía? Y se encogía de hombros y le tocaba la nariz con curiosidad, siguiendo su larga superficie mientras las risotadas agitaban su flaco vientre y hacían bailar todos los tatuajes de trazos geométricos que cubrían su piel.

Y apreciaba a la mujer, pese a que no era precisamente un dechado de belleza, aunque se había acostumbrado a su vulgar aspecto y hasta encontraba atractivo su defecto visual, el que un ojo mirara su cara y otro su cuerpo cuando la ceñía por la cintura. Ella, con los cuidados que le

prodigaba, con las torpes caricias de sus manos sobre sus mejillas en las que ya crecía de nuevo una barba rala que la tenía fascinada por su aspereza y dureza —la tocaba con los dedos y los retiraba a continuación, como si sintiera un pinchazo—, era como su madre en aquellas selvas —disfrutaba dándole de comer cualquier cosa en la palma de su mano, su plato, tocábale el vientre para comprobar si se apaciguaba su hambre—, pero era también una comprensiva y eficaz amante presta a calmar con generosidad ese fuego de deseo que lo quemaba por dentro y que aquel sol, aquella arena de oro y aquel mar voluptuoso mantenían constantemente encendido.

Durante días convivió con ellos en ese idílico trozo del edén y a su canoa subió en sus cortos viajes hacia alta mar en busca de pescado y cangrejos. Eran pescadores, no había ninguna duda, mas nómadas, pues no parecían estar sometidos a la ley de ningún poblado, ni ningún cacique tenía autoridad sobre ellos, un ejemplo de que los vagabundos abundan en toda clase de sociedades, por muy primitivas que sean. Le hablaban en su idioma, el que se hablaba por esas tierras, y les contestaba él en el recio castellano sin que la falta de comprensión de lo que se decían fuera una traba para el entendimiento y la cordialidad. Con mirarlos a los ojos y seguir la gesticulación de sus brazos tenía suficiente.

Tenía la mujer, de quien no había conseguido, pese a inquirirlo, saber su nombre —quizá no lo tuviera— brazos de matrona, gruesos, tanto como sus muslos abrazados por aros que comprimían sus carnes, las nalgas prominentes, la nariz achatada, las cejas delgadas, y cubría su frente un flequillo de negrísimo pelo. La carne que le sobraba a ella le faltaba a él; el pecho pleno de ella se correspondía con un rosario de costillas marcándose en el torso de su compañero. Marín no, había visto en su vida pareja más dispareja que aquella, ni tan bien avenida, ni que tanta libertad se dieran el uno al otro. Ni un grito se cruzaban, ni un reproche, ni mirada de censura, ni atisbo de celos.

Compartían la pesca y la caza en largas jornadas en las que el taíno se empeñaba en enseñar todas las artes que había aprendido a aquel varón de no se sabía dónde pero que, sin lugar a dudas, pese a su aspecto inteligente, era muy torpe. Era un experto pescador que tanto utilizaba una vara flexible, a modo de caña, de la que pendía el cebo —un gordo insecto, un trozo de carne de iguana, un gajo de fruta dulce—, como una red de algodón que debía de haber tejido su esposa con mucho esmero, en donde quedaban apresados los peces. También utilizaba, sobre todo para la pesca de cangrejos y langostas —la carne blanca de estas últimas era un gran placer comerla—, pequeños cestos de cáñamo que colocaba en las rocas de los arrecifes en donde entraban los animales pero de los que, una vez encerrados, no podían salir. Pero lo que más le llamó la atención a Marín de Urtubia era la utilización de una especie de hierba parecida al bejuco que el taíno desmenuzaba entre sus dedos y arrojaba al agua. Tomábanla los inocentes peces y quedaban como dormidos, o quizá muertos, envenenados, mientras subían a la superficie del agua y quedaban flotando a la espera de que el pescador los cogiera con la mano. Ese sistema relativamente fácil de pesca era lo más inteligente que había visto Marín en cuanto al arte de capturar peces, pues ni hacía falta paciencia —los peces, al parecer, no se resistían a aquel manjar e indefectiblemente lo tomaban— ni gran pericia. Quiso saber el nombre de esa hierba y, tomándola entre sus dedos, inquirió al taíno una y otra vez hasta que éste pareció comprender.

—*Baigua* —dijo.

—¿*Baigua*? —repitió el vasco, extrañado—. ¿No querrás decir *bagua*, mar? Negó con la cabeza mientras descamaba las capturas en la canoa y pasaba los pescados a su esposa que, con habilidad, los desventraba y luego arrojaba al mar sus tripas.

—*Baigua*.

Con él buceó en las profundidades de la bahía y subió a la superficie los tesoros marinos que entre las rocas del fondo se escondían. Si hermosa era la superficie de ese mar con sus muchos

y variados tonos de azul, su fondo era de una espectacular belleza. Por entre los rojos corales navegaban bandadas de peces de los más vivos colores imaginables, de formas tan bellas como fantásticas; por su suelo, entre los bosques de anémonas cuyos tentáculos estaban siempre en movimiento, alfombras de erizos y delicadas estrellas de mar de un rojo carmesí; flotando, entre dos aguas, transparentes medusas cuya belleza emboscaba el veneno de sus agujones. Le hacía a Marín señas, bajo el agua, de qué concha debía levantar, en qué roca hundir la mano, qué rincón de aquella selva submarina evitar. Marín emergía boqueando, al borde de la asfixia, se agarraba como podía a la canoa y trabajosamente se aupaba, y se encontraba con que ya dentro de ella lo esperaba el enjuto taíno con todas las capturas sobre el fondo de la barca y su eterna sonrisa desdentada.

Pero quizá lo que más lo maravillaba de las artes de pesca de aquel extraño amigo fueran las nocturnas. Era consciente también de que el pescado por la noche duerme y es más fácil su captura, y empleaba para alumbrarse en la oscuridad teas confeccionadas con las ramas secas de un árbol llamado *goacanax*, o arbusto, a juzgar por su poca altura, un pie o como mucho tres, madera que ardía con facilidad aunque el aroma agradable que expandía se le hiciera desagradable al taíno, como con gestos de su nariz se encargaba de enfatizar. El delgado muchacho aguantaba la susodicha tea, que iluminaba perfectamente el mar como la más grande antorcha, mientras el padre cogía a puñados los desprevenidos peces, meras sombras que reposaban quietas bajo el agua, y eran despertados tan bruscamente de su sueño que ni tiempo tenían de huir. También aprendió Marín del enjuto varón las artes del tiro con arco, en las que era un experto. El vasco tensaba el rudimentario arco de caña, colocaba el largo dardo ornado de plumas de guacamayo y soltaba el bejuco que hacía de cuerda, tras pellizcarlo. La flecha partía silbando e iba a dar en su blanco al cabo de días de prácticas y de tiros errados que provocaban la clara risa del indígena, que mostraba las mandíbulas desdentadas de quien aspira ya a poca vida. Lo miró, contrariado: pocos dientes y las encías ennegrecidas por alguna hierba que constantemente masticaba y que quizá le procuraba esa constante hilaridad. Tal vez fuera un anciano, si anciano era en aquellas tierras haber sobrepasado la treintena, aunque su largo y lacio cabello que nacía de la mitad de una cabeza parcialmente rasurada viniera a decirle lo contrario. No eran de burla sus estridentes risotadas, que lo estremecían de pies a cabeza, no había una actitud hiriente en sus sonoras carcajadas, eran las mismas que demostraba cuando ante sus ojos se disponía a gozar de su mujer.

—Márchate. No puede ser que me estés mirando. ¿Cómo puedo hacerlo contigo aquí? ¿Y si te hiero? Aunque no lo parece, no te enrabias, amigo, de que manosee tu propiedad.

Lo que en un principio interpretó como mirada inquisitiva que lo coartaba —no estaba acostumbrado el vasco a dar rienda suelta a su sexualidad en público, y menos aún ante quien debería sentirse ofendido por el acto adúltero que cometía—, supo luego ubicar en los límites de la curiosidad científica que parecía sentir el taíno hacia él. No lo miraba porque le excitara hacerlo, sino porque no salía del asombro al comprobar las dimensiones del miembro que Marín de Urtubia introducía en el cuerpo de su mujer. Se sentaba cerca de donde tenía lugar el ardiente abrazo y se mantenía en cuclillas, observando con todo detalle el desarrollo de los acontecimientos, sin pestañear ni decir palabra. Tuvo Marín, al principio, que reprimir las ganas de darle un manotazo y decirle que se fuera a otra parte, pero ¿cómo iba a hacerlo si aquel extraño indígena le prestaba tan generosamente a su hembra para su solaz? Pronto se acostumbró a su presencia de estatua, al tótem de su larguirucha figura y al seguimiento de sus ojos por toda su anatomía y se comportó en el acto sexual como si él no estuviera.

Durante los largos atardeceres en los que el sol incendiaba el paisaje con unos rojos jamás vistos, sentado horas y horas con la espalda recostada en el tronco rugoso de la palmera que le servía de punto de referencia de su territorio, el mástil de donde debería colgar su enseña si la tuviera, y el guacamayo *Cristobalito* avanzaba torpemente por la arena, perseguido por un

enorme cangrejo, pensaba Marín que quizá era éste el estado natural del hombre, del que nunca debería haberse salido. Cuestionábase la civilización de la que procedía a medida que se convencía de que en la armonía absoluta con el entorno, en la ausencia de pasiones que todo lo enturbian, en la abolición de toda propiedad, hasta la más querida e íntima para el varón como era su compañera, estaba la quintaesencia de la felicidad. «Estas gentes, Almirante, tienen la felicidad de la ignorancia», oía todavía a Luis de Torres cuando cerraba los ojos.

Durante todos esos días de ocio se resarcía de las penalidades pasadas en su caótico deambular por el interior de la Hispaniola. Relajó sus músculos y lo mismo hizo con su mente. Ya no más barro, penurias, ni hambre, ni tampoco peligros amenazadores en aquella playa salvadora en la que se recuperaba de sus heridas del cuerpo y, sobre todo, del alma. De noche, mientras sus amigos dormían plácidamente, confiados, y la luna trazaba puntual su camino de plata en la bahía calma, lo invadía la nostalgia mientras se resistía al sueño. Pensaba en aquellos momentos en la ya larga lista de seres queridos, pese a su juventud, a los que ya no vería; pensó en primer lugar en Canayma, su hermosa cojita cuyo rostro llevaría por siempre prendado en su corazón, en el brutal, pero fiel, Juan de la Plaza y la extraña amistad que le había unido a persona tan opuesta a él, veía la forma violenta en que fue asesinado el gobernador don Diego de Arana y se reprochaba su pasividad, Pero más se la reprochaba por aquella infausta noche en que huyó del fuerte Navidad y dejó abandonados a sus compañeros a merced de los enfurecidos taínos. Pensó también en Camani, y lo bendijo y maldijo en silencio. El intérprete de Guanahaní era el culpable de que siguiera con vida y de que los resistentes del fuerte Navidad hubieran sido masacrados. La amistad con el indio se había truncado por la distancia y el desapego que lentamente el indígena sintiera por los que antaño admirara. Le habían decepcionado, como a él mismo le había sucedido, la ambición desmedida y la obsesión por el oro que dominaba el corazón de los castellanos y los esclavizaba. Cabeceó por el sueño en el que entraban y salían, desordenados, fantasmas del pasado. Luego, lentamente, se dejó caer en la arena y encontró que el lecho era cálido, mullido, como la mejor cama de la mejor posada castellana. No tardó en rendir culto a Morfeo y tan rendido quedó que fueron los rayos de sol, pasando a través de la gran hoja del cocotero que le regalaba su sombra, los que, hiriendo sus ojos, le hicieron abrirlos. Una caricia suave que pronto le quemó la piel.

Se restregó los párpados mientras se levantaba y se extrañó del profundo silencio que lo envolvía. Un cangrejo, junto a su pierna, huyó presto hacia el mar, desplazándose lateralmente. Una mariposa de fantasiosas alas despegó de su pecho y comenzó un aleteo nervioso antes de perderse en una suicida travesía por la bahía.

Debía de ser cerca del mediodía a juzgar por la altura del astro rey, detenido en el cénit de un cielo despejado de nubes. No estaban sus amigos a su lado, eso fue lo primero que advirtió. Caminó hacia la orilla y oteó la playa en sus dos direcciones: ni rastro de ellos. Miró entonces hacia el mar, por si descubría su canoa pescando fuera de los límites de la bahía y aguzó la vista poniéndose la mano como visera: nada. Se extrañó de que también hubiera desaparecido con ellos *Cristobalito*. Optó por sentarse a esperarlos, sin hacer nada; quedóse absorto mirando la superficie turquesa del mar, la matemática cadencia de las pequeñas olas llegando una y otra vez a la playa, distraído, de vez en cuando, por el vuelo de algún alcatraz que hería la calma superficie para hacerse con algún pez entrando en el mar con la celeridad de un dardo. Sólo cuando ya pasó el mediodía y comenzó a hacerse de noche tuvo conciencia de que quizá sus amigos lo habían abandonado y habían seguido su viaje como los gitanos, rumbo a ninguna parte, y se sintió dolido como un amante no correspondido. Cuando el sol se acostó, su soledad se acentuó. Echaba de menos a aquellos salvajes, aunque nada lo atara a ellos y ni siquiera tuvieran un nombre con el que llamarlos o recordarlos. Llegó la noche y Marín de Urtubia se sintió infinitamente triste mientras avivaba con esfuerzo la hoguera y asaba en ella los torpes cangrejos que había capturado en uno de sus muchos paseos arriba y abajo de la playa,

tratando de encontrar las huellas de los pies de su familia perdida. Se echó sobre la arena, acercando la cara al fuego, sintió cerca el crepitar de los leños que lentamente se consumían, el suave calor que se agradecía cuando la temperatura descendía y del mar llegaba la brisa fresca de la noche, y mirando aquellas maderas secas que se resquebrajaban, escupían chispas de sus entrañas y hasta parecía que le hablaban, sintióse menos solo. Se forzó a dormir para que llegara el nuevo día lo más pronto posible. Sabía que la caricia del sol, su paleta de colores vertida con tanta generosidad por el paisaje circundante, le haría ver las cosas con otros ojos.

Capítulo 11

Partió al amanecer, con las primeras luces del día, acompañado por la brisa que soplaba de mar a tierra y daba alas a un grupo de nubes que cruzaron el horizonte de la bahía con gran celeridad, desgajándose. Dejó atrás aquella playa sin ninguna nostalgia, ya que nadie lo ataba a ella, y, pese a que era un territorio hermoso y durante días le había servido de hogar, intuía que aquella costa debía de estar plena de lugares bellos y apacibles en donde aposentarse. Temía que su «familia taina», como se refería a ellos, delatara sin malicia su presencia y otros indígenas menos amistosos fueran a por él. Ascendió la loma verde que limitaba la bahía que había bautizado con el nombre de su amada y se adentraba en el mar como breve cabo y descendió a buen paso por el otro costado, un montículo poblado de espesa vegetación cuyas ramas le servían de agarradero para no caer rodando hasta el fondo y cuyo techo vegetal le impidió ser abrasado por el sol, que ya por entonces dominaba el cénit del cielo. Salió de aquel vergel y vagó por nuevas playas vírgenes, sin ver a nadie, sin encontrar el más mínimo rastro de sus amigos, dejando en la arena, junto a la playa, las huellas de sus pies y cerciorándose de que el mar las borrara a continuación. No quería dejar rastro de su camino por si alguien poco amistoso daba con él.

Pensó que su familia —así los llamaba en su mente mientras ensimismado miraba sus pies chapoteando en el agua— había partido rumbo hacia otra isla y le dolió que lo hubiera hecho sin despedirse; al parecer, el afecto que sentía por ellos no era correspondido. El día estaba diáfano, el horizonte desnudo de nubes, el sol refulgía expandiendo una luz mágica que pintaba con primitivos e intensos colores el paisaje, que cegaba la mirada que intentara desafiarlo; los rayos del astro dios quemaban su piel, sobre todo sus hombros, hacían brotar de ella el sudor pegajoso que picaba su cuerpo, y Marín de Urtubia aliviaba los calores entrando de vez en cuando en el mar calmo, que siempre lo acogía.

Se había detenido en una de las bahías de aquella recortada costa a comer algo bajo la sombra de unos cocoteros que parecían tener sus raíces en el agua. No encendía ya más fuego, pues los frutos que le daba aquel océano no lo necesitaban. Su paladar se había acostumbrado a degustar las carnes de los moluscos que generosamente llevaba a sus manos el mar, a la carne liviana y exquisita que encerraban bajo sus caparazones de espinos los muchos erizos que cubrían los fondos de aquellas playas sin necesidad de asarlos. La valva se le resistía entre los dedos y la punta del cuchillo que colgaba a su costado, del talabarte, único vestigio textil que le quedaba de su olvidado mundo, actuó de palanca para abrirla. El cuerpo del molusco, gelatinoso y húmedo, se debatía en su desamparada concha en un intento por desanimarlo. Lo llevó a sus labios, lo sorbió con fuerza, aspirándolo de su hogar; dos dentelladas para trocearlo e inmovilizarlo en su paladar, un instante para saborear todo el perfume del mar que segregaba su carne gelatinosa, otro para hacerlo suyo y tragarlo.

Fue entonces a tropezar su mirada con lo que le pareció, al principio, una bella ensoñación. Difuminada por la calima que el sol levantaba de las aguas a aquellas horas del mediodía, una delgada isla sombreada de palmeras, no mucho más de un banco de arena que milagrosamente sobresalía del agua y no era engullido por ella, aparecía a muy poca distancia, tan breve que se diría que podía tocarla con las manos. Calculó lo que le separaba de ella. Distaba tan poco de la orilla que tenía la sensación de que podía aproximarse andando, y era tan poco profundo el mar en aquella zona que estaba convencido de que ni siquiera tendría que nadar para llegar hasta ella. Se metió en el agua, avanzó un centenar de pasos sin que le llegara más allá del vientre. Se encontraba en una parte de la isla de la Hispaniola de escaso fondo, de aguas claras, transparentes, que le permitían ver los traidores erizos de sus suelos, evitarlos, las enormes estrellas de mar rojizas de gruesos brazos, inmóviles, como muertas, posadas en el suelo, los pequeños peces de colores, escurridizos, que huían en cuanto sus manos trataban de atraparlos. Avanzó con cuidado de no enturbiar las aguas por un mar tan poco profundo que

adquiría el tono blanco resplandeciente de su fondo. Veía, a medida que progresaba, su fondo ondulado de playa cubierta durante una marea, el sinuoso dibujo que dejaba el viento en la arena y que el agua aún no había borrado. Durante unos momentos, el fondo subió hasta el punto de que el agua sólo le alcanzaba los tobillos. Luego el mar empezó a cubrirlo, viró su coloración blanca a un azul claro, luminoso, cuando subiendo bruscamente de nivel le llegaba hasta el pecho en lo que era una hondonada. La isla, el grupo de islotes —al acercarse vio que no se trataba de una, sino de varias, superpuestas, como manchas en el azul del mar, distantes pocos pasos unas de otras— de simple arena moteados por rala vegetación y la sombra de alguna palmera solitaria, distaban poquísimos trozos. Cubrió a nado el último tramo que lo separaba de ellas sin soltar su espada ni la lanza. Bogó sin esfuerzo, impulsándose con sus piernas, braceó con vigor hasta que de nuevo pudo echar pie a tierra. Su gigantesco cuerpo emergió de las aguas y se paseó por la orilla virgen de su nuevo territorio sacudiéndose el agua de los cabellos. Había aves, cientos de ellas, en esa extraña porción de arena de blancura cegadora ante la que el vasco debía entornar los ojos, aves que a buen seguro no estaban familiarizadas con los humanos y nada temían de ellos y se paseaban con indolencia ante él sin levantar el vuelo. El hecho de que hubiera tantas y tan concentradas, pensó, observándolas, no quería decir otra cosa que la abundancia de pescado en aquellas aguas era considerable. Reconoció enormes gaviotas que le graznaron cuando se acercó más de lo que era prudencial, más corpulentas y altivas que las que viera por el mar Cantábrico, a los negros cormoranes de pluma negra prestos a alzar el vuelo y a lanzarse en picado contra las aguas para apresar a algún pescado, a delicadas garzas que caminaban entre las aguas por encima de sus zancos y picoteaban entre la arena en busca de sustento. Pero lo que más poderosamente le llamó la atención fueron unas aves enormes que nunca hasta entonces había visto y que lo fascinaron por su tamaño y rareza de formas. Grandes, torponas como las ocas, las patas palmípedas, pero de enorme pico cuya parte inferior parecía papada por su elástica blandura y la forma en que colgaba. No fue hasta más tarde cuando comprendió la utilidad de ese pico inferior grande, flexible, que llenaban con el agua del mar y se dilataba: era como una pequeña red de pesca que aquellas estrafalarias aves sumergían en el mar, y en la que quedaban prendidos los pequeños peces con los que se alimentaban, una pala que introducían en *bagua* generoso, dispuesto a rendirles sus frutos.

Decidió pasar el día en la isla, tras medirla con sus piernas. Un centenar de pies de longitud, no más de treinta de anchura, con forma de media luna, lamida por agua calma, sombreada por media docena de cocoteros, algunos tan inclinados que besaban con los extremos de sus hojas las aguas del mar. Se tendió a descansar a la sombra de uno de ellos. Gozaba de una privilegiada visión de la costa de la Hispaniola desde ese punto de observación. Montes cubiertos de tupida vegetación, sucesión de playas, cabos y bahías, y ni rastro de vida humana, lo que, lejos de apesadumbrarlo, lo tranquilizaba.

Miró su cuerpo, el rosario de cicatrices de la más diversa índole que lo ornaban, desde el simple rasguño de alguna púa, a la herida limpia de la azagaya de algún salvaje, los relieves de su piel que le quedarían hasta el fin de sus días. Miró su antebrazo, que llevaba la firma de la espada de Juan de la Plaza, el surco sinuoso de la herida que a punto estuvo de costarle la vida. Pero el agua había borrado del libro de su cuerpo las escrituras que con su sangre había grabado, los nombres de seres queridos que cercaban su corazón. Su piel, pintada una y otra vez con los rayos del sol, tenía una tonalidad oscura sobre la el vello parecía más rubio que de costumbre. Una fina capa de sal resplandecía y otorgaba un brillo intenso a su epidermis, parecida al resplandor del polvo del cocuyo. Y el vientre plano, sin ápice de grasa, pura fibra, recio músculo, conservaba su taparrabos. Le había salvado de sus muchos ires y venires la simple bolsa elaborada con una gran hoja, en donde quedaban a salvo sus vergüenzas, y tentado estuvo de desembarazarse de ella. ¿De quién iba a ocultarlas como no fuera de sí mismo?

No tenía hambre, puesto que su vida, desde que alcanzara aquella costa, se había vuelto ociosa. Tenía la sensación de que su cuerpo se alimentaba de aquel aire tan puro, de aquel mar tan diáfano que lo adormecía con su cadencia y de que de vagabundo iba a convertirse en sedentario. Ese territorio sería su paraíso perfecto si estuviera acompañado por alguien, se decía, finalmente, tras emborracharse con la belleza que descubrían sus ojos y deleitarse placenteramente en ella. Eran hermosos los paisajes marinos de su norte natal, hermosas sus playas, adonde llegaba también la vegetación, pero le faltaba la femenina sensualidad que preñaba las tierras de ese Nuevo Mundo descubierto al azar; su mar era bronco, arisco, frío, mientras éste era cálido y apacible, siempre calmo. Tenía el paisaje la misma hermosura perfecta de algunas mujeres, parecidos contornos, suaves formas, redondeadas turgencias vegetales que emergían de los vientres planos de sus playas. El paisaje de la isla era como el cuerpo de una bella mujer desnuda, las bahías estrechas como el espacio entre las piernas abiertas que lamían las aguas, los montes, pechos vestidos con tupida selva, los triángulos de agua remansada, sus rincones de Venus, oscuros y placenteros en donde el cuerpo encontraba su relax. Ansiaba una bella mujer con la que compartir aquel edén, alguien que llenara el boquete profundo que había dejado en su corazón la infortunada Canayma; una mano, un brazo daría por ella. Entornó los ojos bajo el sol cuando osó mirarlo. Sus párpados ardieron en mil colores, incendiados, llameantes, con el rojo del infierno de su carne atravesada mientras se tendía en la cálida arena que, sin embargo, no le quemaba la espalda, era su blando lecho. Dormitó agradablemente vaciando su cerebro de imágenes, recuerdos y añoranzas, concentrándose en el placer intenso de la caricia solar que recorría su cuerpo como los dedos de la más experta amante y se concentró en la música imperceptible del mar, el ritmo invariable del agua rizada que orillaba el banco de arena por sus costados meciéndolo, el rumor de la brisa pasando a través de las enormes hojas de los cocoteros, el graznido de alguna ave, el estruendo de su chapoteo en busca de pescado, el aleteo pesado de su vuelo. La tarde se hizo eterna y luego, al despertar, el sol demoró su puesta prolongando el ocaso para seducir sus ojos. Yucahuguamá estuvo reinando sobre el cielo un buen rato antes de decidir ahogarse lentamente en Bagua e ir al encuentro de Atabey, el dios que gobierna las profundidades. Bagua se tiñó durante unos momentos con la sangre de Yucahuguamá antes de sumergirlo por completo en su seno en esa ceremonia de rendición que se repetía todos los días.

Se quedó el vasco con la mirada fija en aquel horizonte incendiado que lentamente iba perdiendo su singular belleza y derrotaba a la luz en el diario combate de los días. Convivieron durante unos instantes la noche y el día en aquel cielo diáfano del que las nubes habían huido para no mancharlo. Ante Marín apareció el cuadro de colores irreales en que se convertían los mágicos atardeceres de la isla y la brisa le llevó, mezclado, el aroma de las selvas y las aguas. Por verlos, se dijo, olvidaba todas las penalidades, las daba por bien empleadas. Las primeras estrellas puntearon un horizonte carmesí, la luna apenas consiguió destacar sobre un cielo reacio a ofrecerle el negro opaco de su escenario para que resaltara. Los contornos de la Hispaniola se volvieron borrosos hasta perderse y de las aves sólo las gaviotas, con su plumaje blanco, se hicieron visibles en la orilla. Reinaba el silencio, pero éste hacía emerger otros ruidos apenas audibles durante el día. Marín oyó el chapoteo de algunos peces que se acercaban tanto a la orilla que parecían querer caminar por la playa, sus boqueadas fuera del agua, el ruido que hacían atrapando algún bocado que flotaba, como un sonoro beso, el paseo nervioso de los cangrejos por la arena evitando la mirada predatoria de las aves, el ruido seco de un coco maduro precipitándose desde la cima de un árbol y quedando medio enterrado, sabedor de que la paciencia y la sabiduría natural harían de él, con el tiempo, un altivo y elegante árbol. Oyó luego, cuando la noche ya se cerró del todo y la luna llena iluminó los contornos de la inmensa isla de la Hispaniola emergiendo por detrás de sus bosques, una negra silueta sobre un todavía más negro escenario, el murmullo de la selva siempre despierta, ese confuso estruendo

nocturno que lo había fascinado al llegar a esas tierras y lo seguía fascinando ahora que ya llevaba más de un año en ellas; el aleteo apasionado de la vida nocturna de aquella naturaleza viva que no dormía, que seguía al frenesí apasionado de la mañana. Despierto, sentado en la arena, con los tobillos hundidos en el agua, trató de identificar por separado los ruidos de aquel gran coro que le llegaban de la masa boscosa de la isla que ante sus ojos dibujaba una luna espléndida, gobernanta absoluta del cielo.

Dormía profundamente, confiado. Por eso no los oyó, puesto que ningún ruido hacían y se deslizaban en silencio, ahogando cualquier chapoteo, los intrusos. Los intuyó, aun sumido en sueños como estaba, de los que no despertaba porque el sol, aquella mañana, reacio a abrirse paso entre las nubes, parecía haber aparcado el deber de avisarlo. Los vio en sueños: cuatro hombres en la canoa, con plumas en la cabeza y azagayas en las manos. Como los animales de la floresta, entre los que cada vez más integrado se sentía, Marín de Urtubia acechaba aunque tuviera los ojos cerrados y su piel se erizara ante la eminencia del peligro, y fue ese sexto sentido, avezado, el que lo hizo abrir los ojos con inquietud. Se incorporó con una extraña sensación de desasosiego y peligro mientras se restregaba los ojos y centraba la vista. Le sorprendió, en primer lugar, la frialdad del ambiente y la timidez de la luz que apaciguaba colores de por sí vivos. Podía abrir los ojos sin que lo cegara el sol porque éste era el gran ausente de aquel día. No era una mañana luminosa, no brillaba espejeando el mar de plata ni cegaba el azul puro del cielo. Una mirada a su alrededor le hizo comprender pronto. Una densa niebla flotaba sobre el mar, una cortina gaseosa que no dejaba que el sol entrara dentro y calentara el ambiente, que cegaba la visión a menos de cien pies y sumía el entorno en un denso silencio: ni aves graznando, ni peces boqueando en la superficie del agua, ni cangrejos correteando por la orilla, ni la brisa que moviera silente la rama de un cocotero. Privado de su luz, el paisaje era triste como una mujer enlutada.

Un coco flotaba, bamboleándose, abierto en canal por su madurez, en el agua, sin progresar ni retroceder, como un barco anclado, mientras un cangrejo —se diría que el único ser vivo del bancal aparte de Marín— daba cuenta con fruición de la carne que le ofrecía, de ese dulzón sazonado de sal de su blanca pulpa.

Entonces, en ese silencio absoluto, le llegó diáfano el rumor de una embarcación que se deslizaba por la superficie del agua calma, el susurro de su quilla cortante. Mi «familia», dijo de forma insensata su corazón, que a punto estuvo de poner su cuerpo en pie y hacerlo correr hacia el mar, hacia ellos. Mis enemigos, acertó su cerebro, más frío, silenciando su corazón.

Se iba a alzar pero, instintivamente, hizo lo contrario y reptó marcha atrás sobre la playa como una gran iguana, ayudándose en su progresión con los codos. No había más ser vivo en su isla. No había rastro de la compañía de aves, que debían de haber abandonado el banco de arena en busca de su comida. Sólo cuando llegó a mitad de la isla, al amparo de unas altas hierbas con las que el viento jugueteaba cuando soplaban, se detuvo para mirar.

De entre la niebla emergió espectral la canoa. No era de las más grandes, y eso lo alivió, no era una de aquellas impresionantes naves de incursión de los feroces caribes que podían albergar hasta una cincuentena de ellos. Distinguió cuatro indígenas en ella, mas por la distancia no supo reconocer si eran taínos o bien se trataba de indeseables caribes. Remaban de pie, eso sí lo vio, e iban emplumados, lo que le hizo sospechar que podría tratarse de guerreros, pues quienes se dedicaban a la pesca raramente ornaban sus cabellos con las plumas de los guacamayos, que les molestaban para nadar. Distaban pocos pies de la isla, pero todavía no podía dilucidar Marín si los intrusos tenían intención de pisar la arena de su territorio o bien iban a pasar de largo para dirigirse a sus islas vecinas. No hablaban entre sí o, si lo hacían, era en voz tan baja que no los oía. Al poco rato no tuvo dudas de que iban a desembarcar en su territorio, y mentalmente calculó cuál debería ser la reacción más inteligente por su parte. Puede que llegaran en son de amistad, puede que lo estuvieran persiguiendo, puede que

hubieran sido alertados de su presencia por quienes creyó su familia. Pensó en matarlos, la reacción más simple y quizá más fácil que huir, emboscarse, no ser descubierto en ese breve territorio en el que le era imposible esconderse. Y estaba en su derecho a hacerlo. ¿Acaso no violaban los intrusos los dominios de su territorio? Caería por sorpresa, gritando para espantarlos, como hacían los perros para amedrentar a sus rivales antes de hincar el diente en el lomo de quien huía, descabezaría a un par con su espada con precisos golpes que no podrían esquivar, ensartaría a los otros dos con su lanza o los mataría a puñetazos. Por lo que veía de ellos, ahora que ya estaban tan próximos, no eran enemigos dignos de consideración física con los que medirse. Pero luego decidió que mejor rehuirlos, esconderse, burlar su presencia. Mas ¿cómo, si su isla apenas tenía un centenar de pasos de longitud y cincuenta de anchura? Huir a la vecina.

Permaneció emboscado tras aquella cortina vegetal que le ofrecía su cobertura, echado contra la tierra, la barbilla clavada en ella, los dedos apartando las altas hierbas para poder atisbar sin ser visto. La canoa encalló suavemente en la playa y bajaron dos de los indígenas a explorar. Indolentes, desmadejados, despreocupados, como en una embajada de rutina, inspeccionaron la playa con curiosidad los que habían descendido mientras los que se quedaban se sentaban en la canoa y prendían un canuto de hojas de tabaco. Lo añoró después de que le hubo llegado el aroma, se vio en una cabaña, mecido en una hamaca, ahumando agradablemente el ambiente. ¡Qué envidia le dieron aquellos dos! ¿Qué buscaban sus compañeros en aquel pedazo de arena? ¿Huevos de tortuga? ¿Su rastro acaso? Marín rezó para que no descubrieran la huella de su pie en la arena, para que, de haberla, el mar hubiera sido generoso y la hubiera borrado. Los indígenas de la canoa reían ruidosamente mientras se pasaban el canuto encendido uno a otro y humeaban el ambiente, y el vasco envidió tanta felicidad. ¿Por qué no se levantaba, iba hacia ellos en actitud amistosa y les pedía compartir la aspiración del tabaco? Eran jóvenes, en su mundo no serían mucho más que adolescentes; allí, en aquellas tierras que maduraban los cuerpos a temprana edad, eran hombres hechos y derechos en edad de fecundar y guerrear. Los otros dos seguían preocupados mirando la arena con detenimiento, se alejaron hasta llegar al extremo de la playa, luego dieron media vuelta, volvieron sobre sus pasos y uno de ellos, el mayor del grupo, cuyo cartílago nasal parecía atravesado con un filamento de oro, hizo un ademán con el brazo que Marín interpretó como un deseo de inspeccionar el resto de la reducida isla.

Desechado el combate —una canoa que no regresaba a la aldea de donde partió iba a dar lugar a más canoas que la buscaran y terminaran encontrándolo—, el vasco retrocedió arrastrándose de espaldas, descendió la suave loma sobre la que se alzaban los cuatro cocoteros del bancal de arena y, ya libre de las miradas de los extraños, se incorporó, corrió y entró en el mar. Bogó en silencio, de espaldas, con la mirada fija en su isla, por la profunda poza que la separaba de su vecina, mar oscuro que trazaba su frontera. Se había alejado un centenar de pasos de la orilla cuando oyó a los indígenas y luego los vio coronando el pequeño promontorio; no lo dudó un instante y, antes de que pudieran ver su cabeza sobresaliendo del agua, tomó aire con fuerza con sus pulmones y se sumergió. Descendió hasta que con las manos extendidas tocó la arena del suelo, nadó bajo el agua con brío, buceando entre anémonas y bellos corales, rozando con su vientre el fondo y esquivando las púas traicioneras de los erizos; aguantó la respiración como le había enseñado a hacerlo su preceptor taíno, mientras se esforzaba en aumentar la distancia que lo separaba de la isla de la que huía y alejaba de su mente cada intento de emerger a la superficie con la férrea voluntad de aguantar sin respirar hasta la extenuación. Más, más, más. Nadó, entre dos aguas, con la misma soltura de un anfibio. Pronto tropezó con la arena y eso lo alertó de que acababa de alcanzar el vecino islote. Agotado, boqueando, emergió su cabeza, y no toda, sólo los ojos y la nariz, procurando no hacer ruido, y miró la costa que había dejado atrás. Cuando recuperó el aliento y pudo centrar su mirada, comprobó, tranquilizado, la

desierta orilla que había abandonado. Permaneció un buen rato así, sin atreverse a salir del agua, dispuesto a sumergir de nuevo la cabeza en ella si avistaba de nuevo a los intrusos. Pero no los vio. Cuando intuyó que debían de haber marchado con otro rumbo, regresó a nado a su isla.

El sol, por entonces, ya había conseguido alzar la niebla y la vista alcanzaba de nuevo hasta el horizonte. Oteó desde la parte más elevada del banco de arena. Le pareció ver a lo lejos la canoa, bordeando la costa de la Hispaniola. Tomó de nuevo Marín posesión de su territorio tras la ausencia, se tendió en la playa cuan largo era, dejó que la espuma del mar jugueteara con sus pies, mientras recibía en pecho y rostro la caricia benefactora del sol y a la playa volvían las amistosas aves tras su jornada de caza.

Permaneció cuatro días en la isla, durante los que haraganeó, comió y durmió, dándose a la vida vegetativa como nunca antes lo había hecho, disfrutando del placer de no hacer nada, del que gozaba doblemente después de tanta marcha sin rumbo y tanto peligro. Se alimentaba de pescados que se dejaban capturar junto a la orilla, de pequeños gusanos de mar, de moluscos apetitosos, de huevos que hurtaba a las gaviotas cuando éstas descuidaban el nido para partir de pesca.

Todos los días, al amanecer, seguía un estudiado rito y se encaramaba a la parte más alta del islote. Allí, junto a los cocoteros, atisbaba el horizonte con la falsa esperanza de ver puntearse en él la silueta blanca de una vela.

Había perdido la cuenta exacta del tiempo que llevaba en la Hispaniola. Meses que le parecían años por lo cargados que habían estado de emocionantes acontecimientos. Y, aunque no se hacía muchas ilusiones, confiaba en que un día u otro el Almirante se dejaría caer por aquella zona en busca de sus hombres. ¡Qué amargura lo sacudiría al comprobar la ruina del fuerte que dejó y la terrible mortandad que hubo! ¿Qué explicación darle de su supervivencia? ¿Cómo no sospechar de su cobardía? ¿Cómo emboscar su traición?

Pero ¿volvería el Almirante? Marín confiaba en ello. Tenía al genovés en alta estima y como hombre de palabra; no había hecho caso a la maledicencia de sus compañeros de tribulaciones, que siempre desconfiaron de él y lo dibujaban como hombre ambicioso sólo preocupado de su gloria. De no naufragar, y Marín confiaba en la pericia marinera del capitán general para sortear cuanta tempestad se pusiera en su camino, estaría en esos momentos armando una nueva escuadra con la que regresar a las islas y empezar la colonización de esas tierras para ponerlas bajo la égida de sus majestades católicas. Sospechaba el vasco, cuando tenía esos pensamientos, que la llegada de nuevas gentes a esas tierras, su aposentamiento, la imposición de sus costumbres y hábitos de vida a los naturales de aquella región acabarían corrompiéndolos como las pinturas antiguas que han resistido el paso del tiempo en las catacumbas de la historia, intactas desde que se plasmaron, y que el orificio abierto en una pared y la entrada de aire fresco dañaba inexorablemente, las borraba de un plumazo del muro al que indefectiblemente habían permanecido asociadas durante siglos. Aquel paraíso, el del hombre primitivo imbricado en la naturaleza, estaba condenado a desaparecer como había desaparecido en otras latitudes del mundo en aras del progreso, como si progreso estuviera enfrentado a belleza y felicidad y sólo los artistas, poetas, escultores, pintores y también músicos tuvieran el legado de conservarla y darla a conocer.

Cuando oscurecía crecía su desamparo. De día no estaba solo. La naturaleza lo acompañaba con su abanico radiante de luz, color y aromas. El sol era media vida, pero la noche lo sumía irremediabilmente en la fría soledad y echaba en falta una sinuosa cintura a la que abrazarse, unos labios mullidos y cálidos que lo besaran con ternura, unos brazos que lo enlazaran. Buscaba refugio en el sueño, y soñaba con lo que no tenía: hogar, techo, buena comida, fogosa amante. Soñaba casi siempre que estaba en Sevilla, en la bulliciosa, sucia y empedrada ciudad del Guadalquivir, de francachela por figones de mala muerte que olían a sudor y a fritanga de

aceite, arropado por buen vino que le caía a plomo en el estómago, rodeado de amigos de circunstancias, de los que se hace uno en una noche de borrachera y se olvidan al día siguiente, recitando poemas, escribiendo cartas. Soñábase, a veces, en el monasterio, en uno indeterminado que era la suma de todos en los que había estado, vistiendo ropas talaes, de rodillas ante un altar en donde titilaba una vela que iluminaba el rostro moribundo de Cristo, tiritando de frío mientras por el estrecho ventanal del ábside volaban gruesos copos de nieve. Un día tuvo un sueño doloroso. Estaba felizmente casado y tenía larga prole. Gobernaba una casa solariega en su Vasconia natal, tenía cuatro hombres que le trabajaban las tierras, un podenco que jugaba con sus hijos de corta edad, y tomaba el sol apaciblemente sobre un balancín, en medio del campo, disfrutando del olor del heno recién segado. Su esposa se aproximaba, sin duda a hacerle una caricia, a posar sus labios sobre sus afeitadas mejillas o, mejor, a sentarse en sus rodillas. Era la viva imagen de la felicidad. El reinado del sosiego. Sólo cuando la mujer, su mujer, se puso a tiro de su ojo, se sintió alterado. Se preguntó absurdamente en el sueño qué cara debía ponerle a su amada. Bailaron sobre su rostro en blanco, mientras se aproximaba, las facciones de la clásica belleza de doña Leonor, el pajizo tono de su pelo recogido en la nuca, los ojos azules, la elegante sonrisa, sus armoniosos ademanes. Pero luego, cuando la mujer se acercó tanto a él que pudo aspirar el aroma que transpiraba su piel, se achataron sus facciones, se alargaron sus ojos, se volvieron oscuros y hermosos sus cabellos, se hincharon sus labios hasta transformarse en la dulce Canayma. La amargura por no tener a ninguna de ellas terminó despertándolo.

Su isla, al tercer día, se le quedó estrecha. Debía bautizarla, se dijo. Ya tenía una playa, ahora debía tener un bancal de arena. Pensó en su perro, pero se dijo que demasiado honor para la poca compañía que le había hecho el can. Isla de Pan tampoco le gustaba. Deletreó Camani, ahuyentando, mientras lo hacía, a esas extrañas aves de pico enorme y flexible que se paseaban por la arena. No se lo merecía el indígena que, a la postre, había traicionado a los castellanos para mantenerse fiel a él, que lo había convertido en villano a su pesar. Canayma tenía su playa. Leonor, su esposo, pues no la concebía esperando el retorno de quien partiera con rumbo desconocido: era bella y tenía buena dote. Fijóse en la forma de la isla cuando la hubo recorrido por novena vez durante el día, y advirtiendo su forma decidió bautizarla como isla de la Luna. ¿Mas dónde poner su nombre? La inscripción que hiciera en la arena, con la punta de su lanza, duró lo que el agua quiso, es decir: nada. Tuvo otra idea. Armado con un cuchillo grabó el nombre en el tronco de la palmera más antigua, aunque fue tarea ardua, pues se resistía el árbol a ser humillado de esa guisa.

La isla, de tan familiar le aburría, de tan conocida le hastiaba, como podría haberlo hecho su cara si se la viera todos los días en el espejo. Sabía de ella al detalle todos sus secretos; los cangrejos, por ejemplo, que se emboscaban debajo de su única roca, una extraña piedra basáltica que parecía haber sido llevada a la isla caprichosamente por alguien; los cocos maduros de la más alta palmera, que le proporcionaban el agua dulce —y nunca mejor dicho— en contacto con su pulpa; la rala vegetación que crecía en su cresta, siempre azotada por el viento, que lo había emboscado generosamente cuando desembarcaron los no invitados huéspedes.

Exploró las islas cercanas. Nadó hasta la más próxima, que resultó todavía más pequeña. De ella lo hizo a la siguiente, que era la más alta, la más segura en caso de mareas o tempestades, de forma cónica, con una cima cubierta de espesa fronda que contrastaba con su desértica base. Descansó un buen rato; se secó al sol. Fue esta vez andando a la siguiente, pues el mar no cubría. Resultó ser rocosa, desnuda, sin el más leve asomo de vegetación, poblada por una carnada de huraños cangrejos que habitaban en los muchos orificios de su superficie, y por ello parecía una esponja. Y había más. Un rosario de islas, un capricho de la naturaleza que había dejado caer la arena y las semillas en esas excrecencias que emergían milagrosamente del mar

por no se sabía cuánto tiempo. Se preguntó Marín dónde podría refugiarse en caso de tempestades, y para más tranquilidad optó por desechar esa suerte de desórdenes atmosféricos en los territorios de su reino. No habría huracanes en esos confines de la Hispaniola, calma chicha para su reposo, una aburrida existencia para la recomposición de su cuerpo.

La mañana del cuarto día de estancia de Marín de Urtubia en la recientemente bautizada isla de la Luna no hizo presagiar nada extraordinario. Obró el vasco como todos los días: nadar no bien salió el sol; cazar un desprevenido cangrejo, hurtando sus dedos de sus pinzas, abrirlo certeramente con el cuchillo, todavía vivo, sorber sus interioridades crudas, la carne blanca y blanda mientras arrojaba la cabeza a la pasión glotona de las gaviotas, y robar luego su ración diaria de huevos, extrañándose de la inocencia de las aves, que no sospechaban de su rapiña. Cuatro huevos capturó, y tres se los bebió, tras abrir su cáscara con moderados golpes contra una roca, mientras el cuarto, ya fecundado y con un embrión con pluma dentro, le sirvió de exquisito bocado, no haciendo ascos del tierno pico ya formado, del suave plumón que tapizaba su diminuto cuerpo, de sus ojos sin párpados. Devoró con la ferocidad de un ogro al nonato.

Presintió que algo iba a suceder cuando oyó la mucha algarabía que armaban las gaviotas y cómo todas, una tras otra, levantaban el vuelo y se alejaban hacia las cercanas playas de la Hispaniola como si huyeran de algo. No tardaron en seguirlas los cormoranes con sus afilados cuerpos oscuros y, por último, aquellas extrañas y torpes aves pescadoras que incorporaban en su pico la red de pesca. Se quedó solo en la isla, sin más compañía que la de los cangrejos, cuando debían de pasar dos horas del mediodía.

El día era tranquilo, apenas soplabla la brisa. Como mucho difería de días anteriores la elevada temperatura reinante, el calor sofocante que cubría de sudor su cuerpo y atraía hacia su piel ejércitos de mosquitos ante los que era inútil ahuyentarlos.

Se tumbó en la playa. Dormitó tras beber el agua dulce de un coco. Dejó que la cadencia del mar lamiera su cuerpo, y se sintió mecido por las olas mientras soñaba. Despertó al cabo de cierto tiempo con sobresalto cuando sintió que el sol había dejado de acariciar su piel y era el viento en su lugar quien lo hacía. Buscó el astro, mas no lo vio. Se alzó y sufrió, por sorpresa, el embate de un viento feroz que lo aturdió por lo imprevisto. ¿Quién lo había levantado? Miró preocupado hacia el horizonte: unas nubes densas, de color plumizo, de tormenta, se formaban a unos cientos de pasos de las islas. Podía ver, en un extraño efecto, cómo el agua era aspirada del mar por una fuerza desconocida y convertida casi de inmediato en nube, un fenómeno que se le antojó mágico. El viento aceleró su fuerza, sopló con virulencia, silbando, removió sus cabellos y las barbas que le empezaban a crecer de nuevo. Vio cómo a su alrededor el mar cambiaba bruscamente de aspecto, perdía el tranquilizador color azul turquesa de siempre para adquirir la tonalidad cenicienta de la amenaza, y cómo, inexorablemente, alguien agitaba ese océano, no se sabía si desde sus entrañas o desde fuera, e iba levantando cada vez olas más grandes, orladas de espuma, que poco a poco comenzaron a devorar la isla.

Lo que se había temido cuando llegó a ese pequeño bancal se estaba cumpliendo en la más catastrofista de las hipótesis. El huracán, pues de eso se trataba, del violentísimo viento que de vez en cuando azotaba aquellas costas, barría las aguas con violencia, levantaba los granos de arena de aquellas nimias islas, las anegaba con su agua embravecida, sacudía con furia las ramas de las palmeras amenazándolas con arrancarlas de cuajo.

En muy poco tiempo había cambiado la morfología de la isla de la Luna. Los cuernos habían desaparecido bajo las aguas. La plácida playa que compartía Marín con las aves había dejado de existir y había dado lugar a un mar embravecido que no respetaba la calma natural de esa cala. El vasco corrió hacia el interior de la isla, hacia aquella zona más alta, al resguardo de los cocoteros, y se abrazó a ellos. El agua volaba, volaban las escasas aves que desafiaban los elementos; perdió, sin poder hacer nada por evitarlo, la lanza que sujetaba su mano, le fue

arrancada con violencia. Poco a poco el mar, a su alrededor, comenzó a hervir, agitado, y el viento a ulular, furioso, mientras las nubes de un negro ceniciento que copaban todo el cielo comenzaban a descargar una lluvia infernal. Gotas gruesas, lentas, densas, que planeaban antes de llegar al suelo, goterones aislados, luego, cientos, miles de ellos, tableteando en la superficie del agua, impactando sobre la playa, mientras el retumbar bronco de los rayos señalaba que el epicentro de la tormenta se avecinaba.

Estaba empapado Marín de Urtubia e indeciso miraba a su alrededor sin saber qué hacer. El mar hervía furioso a su alrededor y subía inexorablemente su nivel, amenazando con sumergir y hacer desaparecer el bancal de arena y tronchar los cocoteros a los que se aferraba con fuerza. Sólo unos pasos lo separaban ya de las aguas que seguían su camino ascendente devorando todo vestigio de tierra. Calculó sus posibilidades de salir con bien de la encrucijada y calibró su destreza como nadador. Se ciñó con fuerza la espada y el cuchillo al costado, anudando los bejucos a sus muslos con tal determinación que detenían el riego de la sangre, y arrojó el riesgo de ser devorado por las aguas antes de que éstas, en el *summum* de su enfurecimiento, dieran cuenta del islote y de él. Entró en el mar, afrontó el oleaje con el pecho, se lanzó contra él, nadó, pero dos golpes sucesivos en la cabeza lo hicieron desistir de oponer más resistencia y se dejó llevar mar adentro. En poco tiempo perdió de vista el islote y hasta dejó de ver las costas de la Hispaniola. Se lo impedían las olas, esos gigantes de agua que lo zarandeaban sin piedad, lo cercaban y amenazaban a cada momento con sumergirlo. Ya que no podía luchar contra su fuerza, se dejó llevar por ellas ahorrando el inútil esfuerzo de la resistencia. Una ola alta, violenta, lo sacudió, machacó su cabeza y, en su aturdimiento, Marín se hundió, abrió la boca dolorido, tragó agua.

Descendía aturdido en el mar con la lentitud de un danzante. Dejó de oír el bramido de las olas, el feroz ulular del viento, y entró de lleno en el reino del silencio. Nada tenía que ver el mundo de allí abajo, opaco y turbio, con lo que sucedía en la superficie. Con los brazos abiertos, el cuerpo inerte, los cabellos y las barbas flotando, siguió descendiendo mientras se negaba a abrir la boca y que el agua inundase sus pulmones en una última resistencia. Volaba entre dos aguas y, a medida que descendía, la luz se hacía más débil, el silencio más profundo, el embotamiento más total. Pasaron por su mente, en esos instantes en que estuvo bajo las aguas turbias, zarandeado por ellas, infinidad de pensamientos, tuvo miles de visiones, fue tentado por multitud de espíritus: los del fenecido fuerte Navidad, que por fin veían cercano el momento de tenerlo entre ellos para ajustarle las cuentas, el de la sensual Canayma, cuyo espíritu vagaba solitario por las florestas de la isla pronunciando su nombre. No era tan terrible la muerte, sobre todo si no era dolorosa. Su muerte era un aturdimiento de los sentidos, un embotamiento del cerebro, lo más parecido a una borrachera que paulatinamente llevaba a la víctima a su terreno. Cuando ya se daba por vencido y se disponía a abrir la boca para que el mar lo inundara por dentro, surgió su instinto de supervivencia, se rebeló el cuerpo, que echaba en falta, angustiada, la falta de aire, contra el cerebro, que ya se daba por vencido. El brío con el que hasta aquel momento había afrontado todos los contratiempos le dio alas. Su cuerpo se movió, agitó los brazos hasta entonces inmóviles, lo hizo emerger a la superficie el taconazo que dio en el agua, que lo impulsó verticalmente. Ascendió con fuerza, movido por un resorte, coronó la superficie, saltó por encima de las olas, escupió la mezcla de agua y de algas que le obturaba la boca y miró a su alrededor tratando de ver algo en el fragor de la tempestad. Poco había cambiado el cuadro que lo rodeaba, salvo que ya no tenía ningún referente para orientarse. Ni rastro de tierra a su alrededor, sólo paredes de agua pavorosas, tan altas como edificios, que lo zarandeaban con violencia amenazándolo con sepultarlo de nuevo, ningún indicio de que fuera hacia la costa o, por el contrario, se adentrara traidoramente en alta mar. Perdido en el enfurecido océano decidió, puesto que era inútil enfrentarse a la fuerza de elementos mucho más fuertes que él, dejarse llevar por ellos, no ofrecer la más mínima

resistencia, olvidarse de nadar y concentrarse en flotar como corcho llevado por la corriente. Así, cada vez que veía que se avecinaba, pavoroso, el embate de la ola, orlada de espuma en su furia homicida, curva, como si fintase para atraparlo, revolearlo y engullirlo, se limitaba a cabalgar por su cresta, a ascender a lo más alto de ella, a flotar en su espuma y descender luego vertiginosamente hasta dar con la siguiente. Llovió, tronó, relampagueó, convirtiendo los destellos de los rayos, en los instantes en que el resplandor lo enceguecía, en día la fúnebre tarde. Ya andaba cansado, ya desfallecía, ya sentía los miembros agarrotados y el cerebro húmedo poblado con ideas suicidas, preguntándose si no sería mejor dejarse llevar hasta el fondo y terminar de una vez por todas, cuando oyó un rumor distinto del fragor del oleaje y del estruendo de los truenos: el que hacía el agua rompiendo contra algún obstáculo, un golpeteo brutal y melódico al mismo tiempo, que se oía por encima del aullido del viento.

Reinaba ya la oscuridad de la noche sin serlo. Aquel día tormentoso y barrido por vientos huracanados había cubierto de nubes el cielo y había acelerado la tiniebla, por lo que ya no veía a más de diez pasos a la redonda, no más que la espuma blanca, eso sí, y el jolgorio enloquecido de las gaviotas que planeaban sobre el hervidero marino con tal de llevarse al colete desconcertados peces. Al subir a la cima de una de las olas, una de las más gigantescas, y antes de precipitarse de forma vertiginosa hasta el fondo, entrevió lo que causaba aquel ruido: la costa. Distaba poco de ella, la veía, mas no era una playa, sino una costa rocosa, aguda, de peñascos afilados, que a buen seguro lo destrozarían como cientos de espadas en cuanto el mar lo arrojara contra ella. Luchó entonces por huir, pero fue inútil resistirse al mar embravecido que lo arrastraba hacia aquellas peñas desoladas que iban a convertirse en su tormento. Maldijo su perra suerte mientras el primer golpe de mar lo echaba contra la primera de aquellas rocas con inusitada violencia, paró el golpe, mal que bien, con los brazos, y sintió crujir los huesos por la violencia del impacto, desollarse las manos, brotar la sangre de las muñecas. Pasó por su lado, esquivó otra roca, el mar lo zarandeó, lo golpeó en la nuca, lo dejó casi inconsciente, tragó agua, se sintió ahogado en un torbellino de espuma que lo rodeaba y lo chupaba hacia su interior, como el desagüe de una gigantesca jofaina, se sintió desfallecido viendo cómo su mísera y corta vida pasaba ante sus ojos sin poder hacer nada para detenerla, nacía y moría casi al mismo tiempo, sin darse cuenta de la levedad de la vida, y cuando ya creía estar descendiendo de nuevo hasta el fondo del mar, su cuerpo topó con blanda arena. Arena que tragó, que le hirió los ojos, que se le metió por nariz y orejas. Y aunque la siguiente ola lo revolcó en ella, y otra más fuerte lo catapultó, tambaleándose pudo ponerse en pie y, a trancas y barrancas, zigzagueando como un borracho, salir del mar, huir de los dedos de espuma revuelta y andar unos pasos con el agua hasta la cintura, alcanzar la playa y arrastrarse por ella, clavando los brazos en la arena para que el mar no se lo llevara de nuevo consigo.

Era noche cerrada cuando un reptil húmedo, que era el vasco, alcanzaba las primeras líneas de vegetación de aquella diminuta cala encerrada entre dos impresionantes farallones de roca que la aislaban por completo del mundo. Buscó refugio en el interior, a salvo del viento y el agua, se abrazó al tronco de un árbol y permaneció tiritando de frío mientras contemplaba cómo la tormenta amainaba y el mar, poco a poco, recobraba la calma de siempre.

Dudó si bendecir a Dios o maldecirlo y, mientras dudaba, vomitó toda el agua que había tragado, tosió como un condenado, tendido en el suelo, hasta vaciar su estómago de su carga salobre. Luego se abrazó a sí mismo, tiritando, y echó en falta por primera vez desde que emprendió la huida una protección textil que aliviara los estertores de frío de su cuerpo.

Capítulo 12

Llovía sobre mojado, nunca más cierta la redundante afirmación; llovía sobre su cuerpo empapado por dentro y por fuera tras la tormenta. No soplaban el viento, pero caía una lluvia eterna que no cesaba ni siquiera de noche y contra la que era inútil salvaguardarse. Estaba débil, derrotado, era sobreviviente de un desigual combate que a punto estuvo de vencerlo definitivamente y darle su descanso en el fondo del mar. Se miró el cuerpo bajo la lluvia, los múltiples rasguños en brazos y piernas, los dedos de la mano en carne viva, el hombro amoratado, e intuyó su rostro lleno de cardenales, profundas cicatrices, los dibujos de la arena y de las rocas por entre las que había sido zarandeado sin ningún miramiento. Si pudiera mirarse...

Se arrastró cual lagarto, pues, en su actual estado de fuerzas, se veía incapaz de ponerse en pie, hacia el interior de aquella cala, la pared rocosa del fondo que la cerraba; buscó cobijo entre la frondosa vegetación que, sin embargo, no fue capaz de salvaguardarlo de la inclemencia perpetua de la lluvia. Tenía hambre, mas nada había que comer salvo hierba. Comió de ella para engañar al estómago, sin importarle su sabor ni su textura, si sería nociva para su organismo; se atiborró como un rumiante hasta que su estómago dijo basta y la vomitó.

Lluvia, lluvia, lluvia. Lluvia persistente, diurna y nocturna, gotas que le caían en el mismo punto de la cabeza, monótonas, enervantes, que resbalaban por sus mejillas, que anegaban sus ojos hasta cegarlos en su visión. Miró con rabia al cielo. Rezó al Hacedor para que enviara un vendaval y se llevara las nubes de su presencia. No obtuvo respuesta. Quizá no fue demasiado piadoso en su rezo, quizá pecó de exigente. Maldijo entonces, se llenó la boca de blasfemias y se regodeó de su propia maldad escuchando cómo destilaban con lentitud de sus labios furiosos. Ajena a él, a su sufrimiento, a la tos que sacudía su cuerpo enfermo, la lluvia no se detuvo durante tres días con sus noches, un espeso manto de agua sacudió aquel enclave de la Hispaniola e inundó las tierras hasta convertirlas en un cenagal.

Barro. Lecho de barro. Zapatos de barro cubriendo sus pies. Barro que barnizaba sus piernas y recubría sus no cicatrizadas heridas vivas y sangrantes. Barro que le transmitía su humedad a los huesos. Barro por entre el que hervían los gusanos. Gusanos de una tierra que se corrompía por su propia humedad.

Sintió dolor en el cuello, luego pesadez en el pecho, como si lo trituraran, entre dos piedras, verdugos de la Inquisición. Y después, tos bronca, profunda, cavernosa, de lo más hondo de los pulmones, que resonaba entre sus costillas, un dolor intenso en la garganta al tragar saliva, como si alguien, con un cuchillo, se la hubiera seccionado.

Al cuarto día dejó de llover, y al mediodía salió el sol. Sin piernas que le sirvieran, pues se encontraba tan débil que no podrían sustentar su cuerpo, se arrastró primero, rodó después, huyendo de aquella pequeña floresta que lo atenazaba entre su humedad, buscando la luz del sol, los rayos vivificadores. Miraba el cielo azul y resplandeciente y le parecía tan irreal después de haberlo visto durante tantos días cubierto y ceniciento. Medio día tardó en llegar a la playa, pero cuando tocó con su cuerpo la arena seca le pareció haber alcanzado Por fin el paraíso. Se tendió cuan largo era, abrió brazos y piernas para que el sol hurgara entre ellos, se entregó al astro de fuego con más pasión que un amante y, notando sus rayos secándolo por dentro y por fuera, se sintió vivir de nuevo. Tan agradecido estaba a la nueva situación climática que no le importó que el sol abrasara su piel. Humeaba la superficie de su cuerpo después de tantos días sometido a la dictadura de las aguas, se resarcía con creces de tantas humedades, se churruscaba su piel, se quemaban sus hombros y su pecho, se rizaban los pelos que cubrían su cuerpo... El sol alivió el hambre que sentía, lo alimentó, y al cabo de una benefactora siesta y comprobar que su tos, como por arte de magia, había disminuido notablemente, fue capaz de incorporarse, sentarse y contemplar los estrechos límites de su nueva prisión. Pues eso era, en efecto, aquella extraña cala a la que el mar, caprichosamente, lo había arrojado. La playa era

breve, bien delimitada por paredes de vértigo que la cercaban y ahogaban, e igual de breve era el escaso terreno poblado de vegetación en donde había permanecido huyendo inútilmente de la lluvia. Una muralla pétreo de centenares de pies e inexpugnable lo aislaba del resto de la isla, un muro infranqueable que acotaba la playa y se prolongaba a su espalda. Alzó los ojos. Ni un hábil escalador sería capaz de auparse por aquellos riscos desnudos de vegetación y con pocas hendiduras en donde colocar los pies y las manos. Miró hacia el mar, su otra salida: una corriente traicionera removía el agua entre las rocas, dificultando la huida. No se sentía con fuerza ni para huir por el monte, escalando, ni para hacerlo por mar, nadando. No tenía fuerza, se dijo, por lo que lo primero que hizo fue buscar algo más sustancioso que comer que la infernal hierba que lo había purgado por dentro. Se puso en pie, se llevó la mano al costado y se dio cuenta entonces de una ausencia que lo dejó desolado: le faltaba su espada. Hasta entonces no la había echado en falta. Su querida compañera de fatigas, su salvadora, su matadora, el acero brillante y agudo que había sajado cuellos, perforado corazones, abierto costillares, se había soltado del muslo donde la había atado y reposaría en algún lugar de aquel inmenso mar. Maldijo su perra suerte, gruñó como animal encelado mientras pateaba con furia la arena. *Bagua* se la había arrebatado a traición, sin que se diera cuenta, la pieza más valiosa de su civilización, el talismán de la muerte que tan atemorizados tenía a los taínos. Sintió, al mismo tiempo, desamparo y desconsuelo. No era lo mismo sin ella, él no era el mismo, no podía defenderse adecuadamente, en caso de ser atacado, sin aquella noble hoja que consideraba prolongación de su brazo. Le quedaba el cuchillo, se dijo, tomándolo. Éste, más corto, había sobrevivido a la tempestad, había permanecido junto a su amo. Lo empuñó y, tambaleándose —de fiebre o de hambre— anduvo por la playa buscando comida. Halló un par de moluscos, mas estaban vacíos; luego creyó ver un pequeño cangrejo, pero fue más rápido que él y entró en el mar antes de que pudiera apresarlo. Llegó a la noche con el estómago vacío, y ese vacío, que hizo rugir las tripas, tanto le dolió que lo mantuvo despierto hasta el alba.

La rosada alborada lo mantuvo sentado sobre la cima de un peñasco, mirando el mar fijamente, recorriendo con los ojos la playa desierta por la que ninguna ave se paseaba, como si aquel territorio fuera maldito. Por no haber, no había ni siquiera insectos, salvo los incordiantes mosquitos que le chupaban la poca sangre que llevaba en las venas. Tal ardor sentía en su estómago, que un pensamiento caníbal recorrió su enfermiza mente. Tomó el cuchillo y lo acercó a su meñique. ¿De qué le servía?, se preguntó mirando el dedo con desprecio. Era un dedo inútil, un dedo de adorno, bien podría hacerse valer con los otros cuatro sin que éstos lo echaran en falta. Era carne, su carne. Sólo tenía que cortarlo con un golpe seco, imaginando que la mano que iba a colocar sobre la piedra era ajena, y cercenarlo, y luego, venciendo su asco, devorarlo. Se dispuso a ejecutar su pensamiento. Colocó el dedo condenado sobre la rueda del patíbulo, alzó el cuchillo cerciorándose previamente de su filo —una gota de sangre sobre su yema—, mas no le dio el golpe de gracia porque otro asunto lo distrajo.

Algo llegaba a la playa por el mar. Algo lento, torpe, una cabeza diminuta que sobresalía muy poco del agua, rostro de lagarto, pico de ave; no fue hasta que llegó a la arena y Marín vio su enorme caparazón cuando supo que se trataba de una tortuga. Creyó que era una visión producto de su propia hambre, o de su fiebre, que le tenía recalentado el cerebro, pero por si acaso era real, sin guardar el cuchillo, al que iba a dar otra función que la de cercenar su dedo, bajó del peñasco, holló la playa y se aproximó al torpe galápago, que ya había salido del mar y se arrastraba por la arena buscando donde anidar.

Dios, o Yucahuguamá, daba igual quién de los dos había sido, le enviaba aquel torpe reptil para que diera cuenta de él cuando más desesperado estaba por el hambre. Era, sin duda, un regalo caído del cielo. Acarició su cabeza amorosamente, la sujetó por el cuello antes de que la amagara, la cercenó de un limpio tajo que cogió al animal por sorpresa, lo volteó en la arena

con las últimas fuerzas que le restaban, hundió su cuchillo en las entrañas, tan blandas e inermes como duro e inexpugnable era el caparazón que lo protegía, y las abrió en canal. Su esperanza se hizo realidad. Era una hembra que acudía a desovar en aquella apartada playa, segura de que no iba a encontrar a nadie que la molestara. El destino había puesto en su camino a Marín de Urtubia para que no tuviera descendencia. El vasco hundió la mano en el vientre palpitante y sangrante, tomó a puñados sus huevos, los llevó a su boca crudos y los devoró como el más exquisito manjar. Al cabo de una hora, el fruto que llevaba la tortuga en su vientre y la propia tortuga habían pasado a formar parte del necesitado cuerpo de Marín de Urtubia. En una hora quedó saciada el hambre de tantos días, huyó de su mente el desfallecimiento, se sintió con redobladas energías y el caparazón sangrante, vacío, concitó a las moscas.

Quizá porque estaba harto del mar. O porque desconfiaba de aquella salida con remolinos traidores y con constantes rompientes. Quizá por probarse a sí mismo que era un muchacho de montaña, que los montes, las paredes agrestes, no tenían secretos para él, que el vértigo no estaba hecho para su cuerpo, porque cuando niño padre lo llevaba al monte con las cabras, y era capaz de seguir las empinadas sendas cortadas a pico sobre las hoces. Quizá porque despreciaba su vida y deseaba ponerla a prueba, apostándola al diablo que corría por aquellas tierras. Quizá porque quería demostrarse a sí mismo que la carne de la tortuga que había devorado, su hartazgo con sus huevos, le habían restituido las fuerzas, y así era. Quizá porque amaba las dificultades y se crecía ante ellas.

Quizá porque era más cómodo caer al vacío desde la altura y abrirse el cráneo que flotar en aguas revueltas que no lo dejaban salir de la arena. Pero lo más seguro, porque no quería morir de asco en aquella playa de encierro en donde la suerte lo había confinado, porque se ahogaba en aquel pequeño terreno sin horizontes, porque lo agobiaba sentirse tan diminuto entre aquellas paredes que lo cercaban y parecían echarlo hacia el mar, y él, en su rebeldía, se dijo que saldría por el lugar más difícil, más escarpado, aceptando el desafío de la naturaleza. Nada ni nadie lo aprisionaría.

Esperó a la mañana para tomar su decisión. Se proveyó de una cuerda, que confeccionó anudando tres largos bejucos unos con otros. Con ella liada a la cintura, con el puñal colgando de los restos del talabarte, y la piel a prueba de cicatrices, comenzó la ascensión de la pared de roca. Fue el primer tramo más suave de lo que esperaba. Había pequeños matorrales a los que asirse con fuerza, anclados en la roca, que no se tronchaban. A los cincuenta metros de ascensión ininterrumpida, cuando era casi mediodía, se tomó un descanso y giró su cuerpo lo que la breve superficie en la que estaba se lo permitió. No sintió vértigo. Si cayera, la maleza amortiguaría el golpe. Abajo veía la playa, la concha vacía de la tortuga, expurgada por los carroñeros, las rocas traidoras que cerraban el paso al mar, el agua revuelta de espuma que se ensañaba en aquella zona. Continuó con la ascensión. El siguiente tramo fue más dificultoso. A medida que progresaba dejó de crecer la vegetación a su alrededor y la pared le mostró su faz más dura y siniestra, una monolítica presencia de aristas como cuchillas. Pero no engañaba; no lo ayudaba con ramas, con raíces, a lo sumo piedras, no siempre estables, pequeñas hendiduras que aparecían providencialmente cuando quedaba en vilo uno de sus pies sobre el vacío. Miró hacia abajo. La caída ahora sería mortal de necesidad. Se imaginaba su cuerpo rebotando por la pared, cayendo a plomo, reventando en el fondo, y borró rápidamente la imagen tan pronto como apareció en su mente. Siguió avanzando. Ascendía ahora el vasco pegando su torso a la roca, partiéndose las uñas de los dedos entre las cada vez más pequeñas grietas que ya no aceptaban sus manos enteras, sintiendo el sol abrasador en la espalda, moviéndose con la lentitud enervante del lagarto, calculando cada uno de los movimientos, abrazado a la roca, hasta ser ella. Estaba en una posición en la que la marcha atrás ya no era posible, y la progresión, suicida. Se rascaba el pecho con la roca, se despellejaba vivo con ella todo el

cuerpo, sangraba por todos sus poros como si lo hubieran lanceado con mil azagayas, tenía las plantas de los pies en carne viva, al igual que las manos, era tal el dolor que, finalmente, lo anestesiaba. Ya no había plataformas en las que descansar, sólo roca lisa, puntiaguda, ardiente, que castigaba su osadía con mil y un cortes, que le quemaba las yemas de los dedos y las plantas de los pies como las planchas del infierno haciendo brotar mil ampollas en su piel. Volvió ligeramente la cabeza Marín, sobre su hombro, miró hacia abajo y la altura, esta vez, lo mareó. Pensó lo fácil que sería abrir las manos, destensar las piernas, darse por vencido y volar de espaldas hacia el abismo. Qué fácil y tentador resultaba morir, y qué dificultad entrañaba vivir. La vida era una continua lucha plagada de obstáculos y éste, el presente, sin duda el mayor de los que había arrojado. Trepó por la pared, ya sin piel en el pecho, dejando su surco de sangre en la roca, arañándose la cara, porque le pareció ver, o quizá imaginaron sus ojos ennegrecidos por el sol, un diminuto repecho en donde podría descansar si conseguía alcanzarlo. Alargó el brazo, pero no lo tocó, movió la pierna derecha lateralmente, siguió con la izquierda, besando la roca, se hizo piedra su mano, adhiriéndose, hizo un supremo esfuerzo por mover su cuerpo, y por fin, su mano, a ciegas, acarició el repecho salvador.

Cuando llegó a él y se instaló, creyó tocar el paraíso. A duras penas cabía su cuerpo, de pie, en aquella pequeña plataforma de piedra que la providencia había puesto en su camino tras cinco horas de agotadora ascensión sin ofrecer el más mínimo descanso. Tomó aire, aliviado, mientras trató de ver lo que le quedaba todavía para coronar la cima. No lo vio; no estaba en disposición de verlo. Podría distar una docena de metros como un centenar. No era capaz de medir mentalmente aquel farallón ni de saber, mirando el vacío a vista de pájaro, si había cubierto la mitad del recorrido o sólo la tercera parte. Lo que sí pudo ver fue que desde aquella plataforma era el camino aún más terrible, que la verticalidad de la pared pasaba del ángulo recto, a la que había llegado en el último tramo, al ángulo obtuso, y que ningún ser sería capaz de trepar por aquella bóveda que crecía por encima de él y le barraba la visión y el paso. Se desesperó pensando una y mil veces cómo podría atacarla. Luego, la caída de la tarde, la desaparición paulatina del sol, le aconsejó dejar para la mañana siguiente el asalto a aquel repentino obstáculo que le cegaba todas sus oportunidades y masacraba su esperanza.

—Mañana, con la luz —se dijo a sí mismo un Marín de Urtubia que trató de ser optimista—, tal vez vea las cosas de distinta manera.

Esperó a la puesta del sol. Nunca tardó tanto. Fue ajeno esta vez, a su belleza. Todo era relativo, se decía, si su vida pendía de un hilo, si seguir viviendo o dejar de hacerlo dependía de que un pie le fallara o le diera un vahído. Se recostó contra la pared, de pie, pues ni en cuclillas lo admitía aquel saliente de la roca, y contempló cómo la luz se marchaba lentamente y en el cielo flameaban las estrellas. Mañana hará buen día, se dijo, pensando que era un afortunado; el resto del camino, si camino podía denominarse el infernal trayecto que lo separaba de la invisible cumbre, con lluvia podría ser infinitamente peor de lo que era hasta entonces.

Fue la noche más larga. No podía dormirse, y al saberlo, precisamente, a pesar de lo incómodo de su posición, le entró sueño traicionero. Cada vez que notaba que cabeceaba se pellizcaba con saña el cuerpo, y como al cabo de un tiempo los pellizcos ya no surtieran efecto, optó por algo más drástico y doloroso: el cuchillo. Cada vez que cerraba los ojos, se hincaba el cuchillo en el vientre, en el pecho, en el brazo, y se hacía una marca en la piel de la que brotaba sangre, y su sangre fluyendo, el dolor de la herida, lo mantenían despierto durante cierto tiempo. Miró el mar hasta marearse, contó las olas, midió su ritmo; siguió luego el curso de las estrellas por el firmamento; trató de identificar el ruido que hacían los pájaros nocturnos; agotados todos los elementos paisajísticos y faunísticos, optó por su vida y la recordó en imágenes; luego le tocó el turno a los manjares de la mesa, y a los de la cama. Y entretanto, entre tentación carnal o gastronómica, el cuchillo iba haciendo su trabajo en su cuerpo, convirtiendo su carne en la de un eccehomo.

—No te duermas, Marín, no te duermas —recitaba una y otra vez, golpeándose cuando se detenía, en una lucha continua por mantener alzados los párpados.

Llegó el alba con su silencio. Incluso el mar se detuvo. Salió el sol por el horizonte. Marín de Urtubia esperó a que el primer rayo lo acariciara para ponerse en movimiento. Su cuerpo se había quedado adormecido por la inactividad, por lo que hubo de pellizcarlo a conciencia para ponerlo a punto. Luego alzó los ojos desesperadamente hacia ese techo cóncavo que le vedaba el camino. Nadie era capaz de superarlo; en cuanto abandonara el saliente y lo intentara, la fuerza de la gravedad se lo llevaría irremisiblemente a plomo hasta el fondo del barranco. Tras mucho meditar y desesperarse por no hallar una solución, optó por la más extrema. Aún llevaba anudada a la cintura la cuerda de bejuco que se había fabricado. Era dura, resistente, podría sustentar su cuerpo si encontraba algún punto en donde anclarla. Hizo, con mano temblorosa, como último recurso, un lazo amplio, lo dejó abierto, y osciló la cuerda unos instantes entre sus brazos antes de lanzarla hacia arriba. Cayó sin sujetarse. Volvió a intentar la operación una y otra vez, variando ligeramente la dirección. Y una y otra vez el lazo volvió a sus manos.

—Una vez más. Dios. Una vez más —farfulló un desesperado Marín de Urtubia.

Lanzó la cuerda con más fuerza que nunca, tanto que a punto estuvo de escapársele y perderla para siempre, y esta vez, al fin, la cuerda no bajó. Algo había allí arriba, algún saliente pétreo, alguna hendidura en la roca, algún matojo en el que había quedado prendido el lazo. Con tiento y con fuerza, Marín tiró del extremo del cabo hasta cerciorarse de que el lazo, allí arriba, se había cerrado alrededor del saliente salvador, y estuvo un buen rato asegurándose de que, por mucho que tirara de la cuerda, ésta no se venía abajo.

Llegó el momento de tomar su gran decisión y dudó mucho antes de dar el paso. Lo dio finalmente porque no le quedaba otra opción: morir ahora, de golpe, o morir lentamente de hambre, quemado por el sol o desmayado en aquella nimia plataforma. Rezó antes a Dios. Lo hizo con devoción, alzando la voz sobre el rumor lejano del mar, para que lo oyera el Hacedor sobre las maravillas de la Tierra, le prometió que si salía de ésa no volvería a pecar, hizo promesas incluso de futuro, de guardar castidad en gratitud a sus favores, de evangelizar, tomando los hábitos, a las salvajes criaturas de las islas, de purgar su traición en el más infecto de los calabozos y vivir luego, el resto de su vida, como un eremita, a pan y agua, durmiendo sobre el suelo de tierra de una cueva.

—Haz, Dios, que sea una roca.

Y que sea fuerte. Y que no se resquebraje. Y que, con su filo, no corte la cuerda. Y que la cuerda de bejuco aguante su peso. Y que los nudos que hizo en la cuerda de bejuco aguanten sin deshacerse. Y que el lazo se haya cerrado del todo sobre el providencial saliente.

Se persignó, se besó el pulgar, rezó padrenuestros y avemarías. Nunca, hasta ese momento, había estado tan aterrorizado. Nunca, y nunca mejor dicho, su vida pendía tanto de un hilo.

Tomó el extremo de la cuerda que colgaba ante sí con ambas manos, la tensó y trepó por ella. Resistió el peso de su cuerpo mientras sus pies quedaban en vilo y todo él colgaba sobre el vacío. Se balanceó fuera de la repisa de la pared, y se golpeó la cabeza contra la roca. Ni lo notó, aunque los huesos se crujieran y un surco húmedo en la sien le indicara la gravedad de la brecha que acababa de abrirse. Tensó con fuerza los brazos y siguió subiendo mientras la cuerda remolineaba con su cuerpo, giraba una y otra vez, a derecha e izquierda, como una serpiente desbocada que quisiera deshacerse de su montura, aturdiéndolo. Ya coronaba aquel maldito techado de roca que le impedía progresar y ver lo que había más allá. Estaba justo en el vértice. Un movimiento más y podía darse por salvado. Le flojearon entonces los brazos por el esfuerzo cuando ya llegaba a la meta, sintió cómo se adormecían los músculos, cómo eran incapaces de mantener su cuerpo pegado a la cuerda. Tragó saliva y se concentró en sí mismo, rezó con furia, bramó, su cerebro impartió órdenes tajantes a aquellos miembros que se

rebelaban en el último momento y amenazaban con dejarlo caer. No perdió los nervios mientras su cuerpo se balanceaba en el vacío a muy poca distancia de ése vértice extremo de la techumbre de roca. Rezó una oración más con los ojos cerrados, y la emprendió con el último tramo, a ciegas, mano sobre mano, devorando los últimos tramos de la cuerda. Notó entonces que su cuerpo había dejado de estar suspendido y que se arrastraba de nuevo por la superficie de la roca con la que volvía a encontrarse de nuevo, que la roca ya ni siquiera era vertical sino horizontal, y él serpenteaba sin dificultad, sin tener que luchar ya con la atracción del vacío. Abrió los ojos sin soltar la cuerda. Vio el milagroso saliente que le había salvado la vida, una protuberancia mágica abrazada con fuerza por el lazo de la cuerda. Llegó a ella a rastras, luego se incorporó despacio, se colocó en pie con incredulidad, comenzó a andar y se dio cuenta de que estaba en la cima del alto farallón, que finalmente lo había coronado. El vasco se hincó de rodillas, abrió los brazos en cruz, miró hacia el cielo eufórico, lloró con toda vehemencia.

—Gracias, Dios mío, gracias, Dios mío —dijo una y otra vez, emocionado, pues no podía creerse que con sus solas fuerzas hubiera llegado hasta allí arriba.

Y luego saltó, rió, lloró, sin poder dar crédito a que por fin había conseguido su objetivo.

Capítulo 13

Después de tantos días de inmovilidad forzada, anduvo, y tras acelerar el paso, saltó, y tras saltar, corrió pletórico de fuerza poniendo a prueba cada uno de sus miembros, tensando todos sus músculos. Hollaba suaves arenas, compactas tierras, arrancaba con la mano, sin detenerse, cuanto fruto tropezaba con su vista, respirando acompasadamente aquel aire puro en el que se mezclaban las fragancias sensuales del mar con las más sensuales todavía de la floresta, ese perfume que resultaba de las muchas flores, de los muchos frutos maduros, de la tierra húmeda que expelía su propio aroma de fertilidad desde sus entrañas; la tierra amante sobre la que galopaba sin rumbo, siempre adelante, abriendo su particular camino por territorios no hollados por nadie, por florestas sin más habitantes que los monos arborícolas o las enigmáticas aves de plumaje espectacular y pico corvo. La luz del sol, que lo acariciaba o golpeaba según su altura, que pintaba o quemaba el paisaje, la que levantaba brumas, la que creaba las nubes, la que maduraba los frutos, la divinidad que reinaba en la selva y la hacía hervir de vida. Se sentía libre, en el sentido de negación absoluta de dependencia. Fue como intentar recuperar el tiempo perdido en esa imparable carrera que lo alejó unas cuantas millas de la pared que derrotara.

Descendió del farallón, llegó a una playa abierta y enorme que parecía no tener fin, la recorrió toda ella a lo largo, cruzó la ancha desembocadura cenagosa de un río caminando, luego a nado, a medida que la profundidad crecía y el agua dulce se arremolinaba entre sus piernas, dominó la corriente que lo arrastraba hacia el mar y pisó de nuevo la arena de la otra orilla, y corrió, corrió sin fin por entre la espesa vegetación, como una sombra integrada en ella, que hasta cantaba, reía, gruñía, como los animales, para divertirse, y no se detuvo en su marcha imparable hasta que se dio cuenta de que ya era de noche y no había comido nada. Y entonces clavó los pies en la arena, en seco, resopló, recobró al rato el aliento, se secó con el dorso de la mano la frente y los párpados y se mesó la ya considerable barba que le había vuelto a crecer tras raparla.

La playa era infinita y los cocoteros se internaban en el mar. Aún tuvo redaños para trepar por uno de los troncos, subir hasta su copa y arrancar de cuajo un coco. Con el cuchillo perforó su cáscara y aplicando la boca al orificio bebió su dulce néctar; luego, un fuerte golpe contra el mismo tronco del cocotero del que había sido arrancado, y el coco se cuarteó y le ofreció la blanca pulpa como frugal cena.

Las emociones del día y la carrera lo habían dejado exhausto. Se alejó prudentemente de la playa y buscó acomodo en la cercana floresta. Cayó, que no se tumbó, al suelo, y sólo tuvo tiempo de abrazar su propia cabeza antes de que el más profundo sueño lo venciera. No pensó, no soñó, quedó inerte, como muerto, y al poco rato eran audibles sus ronquidos destacando sobre otros rumores de la selva.

El cansancio le impidió madrugar. El sol ya estaba alto cuando abrió los ojos. Entonces, al moverse, sintió todos los golpes y las heridas del día anterior y, al mirarse, vio el rosario de cardenales, cortes y desollamientos de su piel que convertían su cuerpo en un extraño mosaico del sufrimiento físico. El agua del mar los curaría. Y, tambaleándose —las piernas le dolían de la ascensión y de su desenfundada caminata posterior—, echó a andar hacia la playa, llegó a ella, abrazó el mar, se hundió en él, chapoteó, se quedó luego un buen rato flotando, sin hacer nada, cara al sol, los brazos y las piernas abiertos, cosquilleado por cientos de peces que se arremolinaban a su alrededor, como nubes marinas, hasta que el mar, por sí solo, lo encalló de nuevo en la arena.

Paseó por aquella playa. Una más, se dijo, optando por no bautizarla. Una playa abierta, como una bahía, delimitada por montículos de extraordinaria exuberancia vegetal cuyas plantas se fundían casi con las aguas y les proporcionaban el color verde intenso que en aquellos momentos tenía el cercano mar. Y andaba paseando, despreocupado, mirando el suelo por si

cazaba algún desprevenido cangrejo, cuando su vista tropezó con la huella de un pie en la arena.

Se sobresaltó. No era su pie, puesto que no recordaba haber explorado aquella parte de la playa, y era huella reciente, puesto que ni el aire ni el agua la habían borrado. Aquellos cinco dedos y el talón impreso le indicaban que no era el único que gozaba de aquel paraíso marino y vegetal. Levantó la vista. Las huellas seguían. Eran, sin duda, los pasos de alguien que lo precedía en su paseo, un solo hombre, o mujer, las huellas eran de los mismos pies, las distancias entre uno y otro coincidían con los pasos que daba. Las siguió, cuando la prudencia le habría aconsejado huir, internarse de nuevo en la selva, esconderse del extraño. Pero era tal el deseo de Marín de Urtubia de intercambiar miradas, gruñidos, golpes o lo que fuera con un semejante, que minimizaba el riesgo. ¿Y si fueran las de una lozana hembra?, se preguntaba mientras la sola posibilidad le secaba la garganta y aceleraba sus pasos por la arena tratando de imaginar las torneadas piernas causantes de aquellas marcas.

Las huellas llegaban a un monte próximo, se perdían en él. Marín se sentó a esperar, convencido de que el dueño de aquellos pies volvería sobre sus pasos. Un tronco caído y medio podrido por el que iba y venía un ejército de laboriosas hormigas fue su asiento mientras observaba el bosque cercano. Y así fue, al cabo de menos tiempo del que se esperaba. La maleza se abrió, tras agitarse instantes antes, y alguien salió de ella y se aventuró por la playa. Mas era un varón, para su desgracia. El indio solitario apareció en el extremo de la playa y se detuvo a mirarlo con bastante más curiosidad y sorpresa de como lo hacía el vasco. Avanzó unos pasos Marín en actitud amistosa, y luego se detuvo. Lo mismo hizo el taíno, dio unos tímidos pasos e, intrigado, observó a aquel extraño y enorme hombre de pelo y piel de color tan distinto del suyo. En la distancia pudo comprobar el vasco que aquel solitario paseante indígena iba desarmado, que era tan joven como podría serlo él, y que no era su forma de andar corriente. ¿Danzaba? Veinte pasos los separaban y continuaban mirándose con infinita curiosidad, pudiendo más ésta que el temor. Nada debía temer Marín de aquel solitario nativo, nada que hiciera referencia a violencia, pero seguía llamándole poderosamente la atención su estrambótica forma de andar. ¿No andaban de ese modo las mujeres, con ese exagerado y sinuoso movimiento de caderas? ¿No era esa forma de mover los brazos, de mirarlo fijamente a los ojos, típicamente femenina? Y sin embargo, a la vista estaba, se trataba de un varón. Un bujarrón taíno, acabó dictaminando Marín cuando lo tuvo al alcance de la mano y lo hubo examinado con prevención. Sonrió el indígena, y Marín le correspondió por cortesía, mas lo escudriñó como quien deja caer la mirada sobre un bicho raro. Habló el taíno unas palabras y el vasco hizo demostración de las suyas. El indígena alargó la mano y quiso tocarlo, pero Marín se lo impidió haciendo un rápido requiebro que pareció estimular al afeminado ser su pasión por palparlo. Parecía el indígena muy intrigado por el cuchillo que colgaba del talabarte, pero Marín no tenía claro que el interés fuera sólo por el arma reluciente.

—Si me pones la mano encima —le decía, amenazador—, te la cortaré de un tajo.

Admiraba también el taíno el vello rubio que le cubría el pecho, sus cabellos ondulados, la barba recia. Tanta insistencia dio por fruto que finalmente Marín, más por cansancio, se dejara palpar el rostro por aquella mano fina y suave que lo recorrió a lo largo y a lo ancho, como si lo midiera, y siguió luego su accidentada nariz, la hendidura de su boca, el mentón oculto bajo la barba. Cruzaron las miradas y mantuvieron las pupilas fijas el uno en el otro, sin pestañear. Un intento de abrazo fue rechazado con contundencia por el vasco, pero no lo entendió así el taíno, que rió abiertamente e intentó ceñirlo de nuevo, creyendo que el hurto del cuerpo del extraño hombre pálido e hirsuto a su caricia era parte de un juego. El nuevo acercamiento se saldó con un empujón. El taíno retrocedió unos pasos y dio la sensación de que el rechazo lo estimulaba, que era de los que no se daban nunca por vencidos y de ese modo conseguían sus objetivos, pues volvió con más ímpetu y osadía.

—No juegues conmigo, indio del demonio —lo amenazó Marín con voz ronca.

Se acordó del infortunado Diego Bermúdez y de cómo intercedió por él cuando lo arrastraba la turbamulta vociferante. Recordó lo mucho que Juan de la Plaza le había hablado sobre el carácter afeminado de muchos de los taínos y sus vicios ocultos. Todo eso pensó mientras aquel varón con ademanes de hembra trataba de seducirlo y se movía a su alrededor. Bastaba con golpearlo con contundencia para ponerlo a la fuga, mas en el fondo le divertía aquel ceremonial y, a fin de cuentas, se trataba de un ser vivo con el que, de alguna manera, podía comunicarse y matar su forzado silencio.

Un murmullo de asombro asomó a los labios del taíno mientras comprobaba la fuerte musculatura del brazo del vasco, puro hierro bajo piel curtida. Algo dijo el indígena en tono musical mientras colocaba luego su mano sobre el talabarte que le ceñía la cintura. Fue el roce del dedo sobre su cadera y su progresión por su vientre lo que le decidió a cortar de la forma más drástica posible cualquier equívoco. Fue entonces más contundente el vasco; lo tomó por el cuello con fuerza, cerró el brazo hasta casi ahogarlo y lo derribó al suelo sin esfuerzo, y una vez en él le hincó la rodilla en el pecho mientras su mente pensaba si no sería más prudente cercenar la garganta del amistoso taíno y arrojar el cadáver al mar para que los tiburones dieran cuenta de él. Ni así, derribado e inmóvil, aquella sonrisa provocativa desaparecía de su rostro. Notó bajo la rodilla el vasco el latir de su corazón desbocado mientras su mano continuaba cerniéndose sobre su cuello, pero intuyó que no latía de ese modo por miedo sino por excitación. Podía matarlo en un santiamén, apretar con fuerza su garganta, aplastar su pecho con su pierna, borrar para siempre su sonrisa. En aquella naturaleza sin leyes ni normas primaba la ley del más fuerte; una muerte nada significaba; de esa muerte nadie iba a pedirle cuentas. Quizá se lo mereciera ese bujarrón de mierda que trataba de seducirlo con tamaño descaro y no atendía a razones. Miró entonces su rostro, que siempre había rehuído, con desprecio. Sobresalían, entre cabellos negros y sedosos que le caían sobre los hombros, rasgos tan perfectos y, por qué no reconocerlo, hermosos, que la naturaleza había dejado caer por equivocación en aquella cara. Si fuera otro su cuerpo, se lamentó un instante tratando de imaginar su resultado. Y ese pensamiento lo turbó. Dejó de mirarlo, le dio un manotazo en la mejilla, le arrojó arena en los ojos, lo soltó, esperó a que se pusiera en pie para darle a continuación una fuerte patada en las nalgas que lo catapultó lejos y, para más inri, le rugió con ferocidad mientras desenvainaba el cuchillo.

—¡Largo!

Huyó lloriqueando, sin comprender su repentina violencia. Se hizo pequeño en la playa. Luego se perdió por la floresta. Y Marín, más sosegado, maldijo el sexo equivocado de aquel querubín mientras se remojaba de nuevo en el mar, nadaba con violencia y a manotazos apartaba el agua.

Aquella noche, en sueños, lo visitó la hermosa Canayma. Le extrañó a Marín que ya no cojeara, que su pierna enferma y deforme fuera perfecta, torneada. Descubrió primero sus huellas por la arena, el dibujo de su pie pequeño, la impronta breve de su leve cuerpo, antes de verla. Deslumbraba. Una vez más se había embadurnado con polvo de cocuyo de pies a cabeza, y era la mujer de oro, la ensoñación de todas las fantasías hechas carne, la del oro, que no existía, y la de las hermosísimas y sensuales mujeres, la más palpable realidad de aquellas Indias. Estuvo en su compañía toda la noche, sin tocarla, observándola, mudo y feliz, pues no quería que sus dedos hundiéndose en el aire le dieran cuenta de la mentira que su mente alimentaba. Desapareció el fantasma cuando nació el día. Pero aun así creyó distinguir Marín, muy cerca de donde había dormido, huellas de pies pequeños que sólo podían ser los de ella, y también creyó percibir su perfume en su pecho y hasta la humedad de un beso en su boca.

Armado con una caña escribió en la arena un largo poema que, casi al momento, el mar borró. Repitió una y otra vez, con obcecación, su nombre en la playa.

Andar sin fin, sin meta, ése era su sino, buscando un lugar seguro en donde establecerse, mas no lo hallaba. Todas las playas y bahías le parecían poco resguardadas, al alcance de sus potenciales enemigos, lugares poco proclives a protegerlo. Y odiaba el interior de la isla, por lo angosto del paisaje, por sus barrizales, por la abigarrada arquitectura de sus bosques, en donde la luz del sol era huérfana.

Se alzaba del suelo en cuanto despuntaba el sol, se proveía de comida, que Dios misericordioso ponía siempre al alcance de su mano, corría serpenteando por playas idénticas a las que dejaba atrás, subía cerros que le permitían atisbar hasta el horizonte, vigilar las selvas siempre envueltas en una neblina espesa, fantasmales en su belleza. Y nadie a su alrededor; ni rastro de poblados, ni columnas de humo brotando de los calveros de las selvas, ni partidas de caza, ni huellas en el terreno de otros pies que no fueran los suyos. Guacamayos, monos, iguanas, serpientes, arañas, insectos le hacían compañía.

Parecía haberse convertido en el único ser vivo de aquella despoblada isla. ¿Dónde se encontraba? ¿Exactamente en qué punto de ella? Lo desconocía después de tantos días vagando. ¿En la otra costa? ¿Ascendía hacia el norte o, por el contrario, descendía hacia el sur? ¿Había dado ya la vuelta completa? ¿Cuánto tiempo llevaba vagando? ¿Un mes, dos, tres meses?

Desde la cima de una suave loma que nacía de una playa pudo ver con claridad, en la lejanía, lo que parecía la silueta de una isla, pero el sol le daba en los ojos y ponía trabas a su visión. Mas ¿lo era? Fijó mucho la vista en aquel trozo de tierra, tratando de dibujar su perfil, pero la isla tan pronto aparecía como desaparecía, tanto era tierra como sólo un mar de nubes bajas que subían al cielo desde la misma superficie azul del líquido elemento, un espejismo. En otra ocasión en que se detuvo, creyó ver una enorme canoa a cientos de metros de la playa, una filiforme embarcación hija de un fastuoso tronco que imaginó llena de indios caribes, dadas sus dimensiones, y navegaba por el mar calmo a buen ritmo. La observó con precaución hasta que la vio perderse en la lejanía, hacia el horizonte, fundirse en una franja de sol, hacerse invisible en ella.

Caminaba pegado a los árboles que crecían en los límites de las playas para, si era descubierto por alguna partida de indígenas, tener tiempo de ocultarse en el interior. Había ocasiones en las que los bosques, de tan fértiles, sobrepasaban sus límites naturales de la tierra rojiza y devoraban las playas, sus árboles se metían en el mar, sus raíces bebían del agua salada en un combate de feracidad entre elementos que no se daba en cualquier otra parte del mundo. Había bosques de árboles de enormes copas punteados por hermosísimas flores de un color más rojo que la sangre, que pendían de sus ramas como goterones y atraían a toda clase de insectos y que sin duda eran los más hermosos y espectaculares de cuantos crecían por aquellas tierras. Descubría, según avanzaba, multitud de cocoteros que diferían de forma considerable entre sí y no tenían en común más que sus frutos redondos y sus enormes ramas-hojas, porque sus alturas no eran las mismas, las texturas de sus troncos resultaban hasta opuestas; unas lisas, suaves, otras ásperas, que arañaban la palma de la mano que las acariciara; unas de color casi blanco, otras de tonos grises.

Llegaba la noche y con ella dominaba su mente la parte más tétrica de sus pensamientos. Todos los días veía como un drama que el sol se escondiera por el horizonte y sumiera la floresta y el mar en la más completa oscuridad. De noche, su soledad se le hacía más patente y los pensamientos más diversos lo torturaban. ¿Qué futuro lo esperaba? Vagar y vagar sin rumbo, toda su vida, por esas selvas y playas, escondiéndose de los humanos, con la vaga esperanza de ver algún día la vela blanca de alguna carabela enviada en su rescate. ¿Y eso sería su salvación o nuevamente su condena? Acariciaba entonces el filo de su cuchillo, su amigo, con el que incluso hablaba, se llevaba la punta del arma a su corazón, lo apuntalaba en su pecho, entre las costillas, en el sitio exacto en donde latía, y se preguntaba noche tras noche si no sería

infinitamente más fácil hundírsele con decisión y terminar de una vez por todas, antes de que la locura de la soledad hiciera presa en él o de que se convirtiera en un animal más de la selva.

Reflexionaba en voz alta para no olvidarse de las palabras, las deletreaba fijándose bien en sus sonidos, las escribía con sanare propia en su pecho, brazos y piernas como el aplicado escriba encargado de que no se perdiera el idioma de sus ancestros en tan apartado lugar. A veces, en su soledad, hasta se lamentaba de haber ahuyentado de aquella forma tan brutal al bujarrón taíno, de haber sido tan desagradablemente hosco con el único ser humano con el que había tomado contacto tras haber perdido de la noche a la mañana a su «familia taina», como denominaba a aquellos gitanos del mar que compartieron con él su vida durante unos días. ¿No era preferible un taíno, aunque fuera afeminado, a la más completa soledad? ¿No era preferible su presencia a la soledad de la noche?

Por eso encendía el fuego, aun a riesgo de delatar su presencia. El fuego asaba los alimentos, los cangrejos de los que principalmente se alimentaba, pero el fuego, sobre todo, le hacía compañía, era vivo, mutante, tenía su propio lenguaje en la forma en que sus lenguas se movían, alteradas por la brisa, y en el perfume de su humo. El fuego le recordaba su vida anterior, cuando padre lo encendía para calentar la casa en invierno o cuando, en los monasterios, los monjes prendían azadas de leños para fundir el hielo que recubría las estancias. Miraba las llamas fijamente hasta sentir su efecto hipnótico; a su calor, acercando mucho su rostro a él, y sentir el chisporroteo de la madera estallando, viendo las chispas saltar, encontraba el sosiego y se imaginaba bajo techado, entre paredes, resguardado.

Había arrancado por la mañana hojas grandes que le parecieron de aquella planta del tabaco, un buen haz de ellas. Las dobló como pudo, las lió unas con otras hasta formar un rudimentario canuto, lo acercó al fuego y aspiró el humo por el otro extremo. No era tan agradable el humo de la hoja verde como el de la hoja seca; éste le hizo toser, lo mareó al cabo de unas cuantas aspiraciones, lo tumbó derrotado en el suelo con náuseas y un fuerte vahído.

Por su mente pasaba lo que iba a ser toda su vida, escondiéndose y huyendo, una existencia en perpetua fuga. Debía fundirse con los suyos, buscar integrarse de nuevo en la comunidad humana antes de que fuera imposible su retorno y se convirtiera en un animal furioso y brutal. ¿Los suyos? ¿Quiénes? Ésa era la gran pregunta. ¿Quiénes eran, a falta de los castellanos que llegaron con él a la Hispaniola? ¿Los taínos? ¿No eran sus enemigos? ¿No era ya, para ellos, el dios impostor al que podían derrotar y beber su sangre? Camani. ¿Vivía o murió en el asalto al fuerte Navidad? ¿Lo abrazaría al verlo, o le aplastaría el cráneo con su macana?

Por la mañana volvió a encender el tizón con los rescoldos del fuego. Anduvo tambaleante, como un borracho, mientras aspiraba con denodado esfuerzo la combustión de aquellas hojas verdes y se embriagaba con su humo.

La playa que hollaba le resultaba familiar. Tenía la sensación de que la había visto antes, aunque su razón le decía que aquello era imposible. Se zambulló en el agua, nadó, se internó en una bahía que apenas cubría y miró, desde el mar, una y otra vez, un contorno de selva que tenía la sensación de haber pisado antes. Una vez fuera del agua la recorrió sintiendo una extraña inquietud. No le gustaba aquel lugar y no sabía decir por qué exactamente, pues era un paraje tan hermoso como los cientos de playas y bahías que ya había recorrido con anterioridad. Miraba, mientras medía a zancadas la longitud de la playa, la floresta muda que lo rodeaba y los jirones de bruma que flotaban como algodones entre las ramas de los árboles, reacios a elevarse. Observaba los dos cerros cubiertos por espesa vegetación que la delimitaban y no podía explicarse el porqué de esa extraña sensación de familiaridad que le producía, la de haber estado ya allí.

Algo flotaba en el mar. Un coco, se dijo al verlo a lo lejos, navegando con indolencia por el agua, con un ligero bamboleo. U otro fruto, mientras se aproximaba y su forma y color desmentían su primera apreciación. Aquel pequeño bulto de forma esférica lo depositó el mar a unos cuantos

cientos de metros de donde se encontraba, lo encalló en la arena. No fue hasta estar muy cerca de él cuando comenzó a tener la sospecha de lo que en realidad era y la inquietud lo estremeció. Se detuvo antes de tomarlo, dudó su mano en desvelar su secreto, su cabeza se negaba a aceptarlo. Medio sepultado en la blanda arena, mientras el agua jugueteaba con sus cabellos, le tentaba con fuerza a cogerlo como a huir lo más lejos de aquel extraño objeto. Cuando lo tomó por la mata de pelo supo de qué se trataba y luchó por vencer el horror. Una cabeza. Una cabeza cortada limpiamente por una espada. Una cabeza que llevaba tanto tiempo en el agua que los ojos, la nariz, la boca y la lengua habían desaparecido, que la piel de la cara había sido devorada hasta dejar traslucir el blanco hueso de su cráneo. La cabeza de un indígena, sin duda, se dijo Marín de Urtubia mientras contemplaba los rasgos borrados de aquella cara y la sonrisa forzada de la muerte tras haber desaparecido labios y boca. Y unos dientes afilados, de fiera hambrienta y feroz, intactos en sus encías blancas. Tras el horror que le producía aquel macabro descubrimiento, su mente comenzó a reflexionar. Se llevó la cabeza con él, fuera del agua, la dejó en lugar seco, junto al tronco de una palmera, la estuvo observando como si esperara que de un momento a otro aquella boca descarnada comenzara a moverse y le desvelara su misterio.

No era la cabeza de un taíno, pero podría ser la cabeza de un caribe y nadie, sino un castellano, podía haber sido el autor de tan limpio tajo. Volvió a mirar a su alrededor, los dos montículos que cerraban la bahía, la playa, la selva, y cerró los ojos. Le pareció oír el fragor de la batalla, los alaridos de la muerte y de la rabia, oler el hedor de la sangre. Y abrió los ojos con sobresalto. ¿No era aquélla la playa en que un ejército de castellanos y taínos capitaneados por él infligió cruel derrota a las hordas caribes? ¿No era aquella cabeza sin ojos que lo miraba fijamente la de una de sus víctimas precisamente? Pero no podía ser esa playa, Dios mío, no podía encontrarse de nuevo allí si había cruzado la isla de extremo a extremo y ahora debía de hallarse en sus antípodas. Marín de Urtubia creyó volverse loco mientras la duda lo atenazaba. Toda la tarde permaneció allí, quieto, mirando aquel inexpresivo rostro, imagen de su propio horror, que le devolvía la mirada a través de sus cuencas vacías. La cabeza, en un momento determinado, se movió y Marín de Urtubia, aterrado, tomó su cuchillo. Las pinzas de un cangrejo ermitaño saliendo por una de sus órbitas le explicó el prodigio: un animal que habitaba su cráneo vacío como hacía con las grandes caracolas de mar desahuciadas. Una y otra vez se veía a sí mismo, cubierto de sangre de pies a cabeza, rebanando cuellos de salvajes caribes, una y otra vez el espectáculo de docenas de cabezas separadas de sus cuerpos sistemáticamente y de la voluptuosa caribe a la que perdonara la vida para hacerla mensajera del terror con su tétrico cargamento de muerte en su canoa, y la horda de enfurecidos taínos vengándose en los cuerpos inertes de sus ancestrales enemigos, rematándolos sin piedad, y la canoa separándose de la playa guiada por aquella hermosa muchacha en cuyos ojos ardía la ferocidad más extrema, con todo su cuerpo, paradigma mismo del deseo más brutal, untado en sangre, bogando con su solitario remo, con su carga de cientos de cabezas, y una de las cabezas, la que lo miraba fijamente desde donde la había colocado, cayendo al agua, siendo devorada por los peces, flotando durante meses, llegando precisamente a la orilla de aquella playa en el momento en que él la recorría.

No durmió en ese lugar, ni tampoco sepultó la cabeza de aquel enemigo que había sobrevivido a las inclemencias y a las ansias caníbales de los peces. No quiso tocarla más, pues ahora aquella visión le producía un espeluzno. La dejó sobre aquel pedestal de un árbol podrido y caído en donde la había colocado, como monumento de la muerte. Huyó de allí perseguido por sus fantasmas y, al hacerlo, huía de sí mismo, de sus recuerdos, de la visión de aquel lugar que no tenía lógica y no podía ser fruto más que de su fantasía. Su mente enfermiza le jugaba una mala pasada. Quizá el humo del tabaco que había tragado en exceso, de sus hojas verdes que operaban extrañas mutaciones sensoriales. Y siguió corriendo, de noche, por la floresta cercana

a la playa, alumbrado por las estrellas y la luna, hundiéndose hasta los tobillos en la arena, alejándose de aquel lugar y de sus fantasmas. Hasta que cayó rendido al suelo, hasta que el mismo cansancio lo durmió por agotamiento.

Cuando despertó borró de su mente la playa del día anterior, como si nunca hubiera existido, como si no hubiera estado en ella. Era más cómodo y tranquilizador pensar que había sido un sueño, uno más, como el del día de licencia borrado del diario de Colón, del que no existieron testimonios escritos y todos se afanaron en borrar de sus pensamientos. Fue a remojarse en el agua del mar y, por primera vez, la encontró tan helada, tan fría como la muerte, que lo hizo huir de ella con celeridad. ¿Cómo era posible tan baja temperatura si el sol estaba en lo alto del cielo y ninguna nube enturbiaba el ambiente? Anduvo hasta secarse por la orilla, siguió su camino, mas notó una sensación extraña en las piernas, un hormigueo en la sangre, un embotamiento en el cerebro, frío y calor al mismo tiempo, un espantoso cansancio. Sólo pudo dar un centenar de pasos hasta dejarse caer lentamente en el suelo, agarrando el tronco de una palmera para hacerlo suavemente y no darse de bruces en él. Fijó los ojos en el horizonte, mas no vio claro el paisaje, que bailaba, flotaba en una espesa bruma que lo difuminaba, como si se hubiera producido un incendio y el humo que flotaba hiciera oscilar las imágenes. Miró lo más cercano, los árboles, ramas, arbustos, cocos caídos en el suelo, y comprobó, horrorizado, que la imagen se le duplicaba como si estuviera borracho.

¿Borracho de qué? ¿De tabaco? Sudaba, temblaba, tenía frío y calor, tan pronto le castañeteaban los dientes como le faltaba el aire. Entonces fue consciente de que quizá estaba enfermo. Mas ¿de qué? ¿Qué le había podido infectar? ¿La cabeza de aquel caribe? ¿Las hojas verdes del tabaco asiduamente aspiradas?

Fue cuando, de forma involuntaria, se tocó el cuello, porque le picaba vivamente, y entonces notó algo extraño, un abultamiento como un cráter en su piel, una terrible erupción y, en el centro de la misma, una copiosa humedad que destilaba. Miróse las yemas de los dedos y se sintió alarmado cuando las vio manchadas de sangre, suya sin duda, y cuando volviéndose a tocar comprobó que tenía una herida viva todavía en su cuello de la que brotaba sin cesar sangre clara como el agua, cuando la suya habitualmente era espesa.

¿Qué le había sucedido? ¿Qué extraña alimaña había aprovechado su profundo sueño para sangrarlo de aquella manera y por qué razón su herida no se cerraba? Se encontraba débil, y ahora lo achacaba sin duda a esa herida infligida en su cuello de forma traidora y alevosa. Con esfuerzo se levantó y anduvo, trastabillando, aferrándose a los troncos de los árboles, a los bejucos que colgaban de ellos, sentándose de vez en cuando en las rocas para recuperar el aliento. Cerraba los ojos, agobiado, y debía abrirlos de nuevo a continuación, pues un torbellino de alucinaciones amenazaba con arrancarle la cordura para siempre. Veía a todos los muertos en fila, putrefactos, hediendo, despojos extraídos de sus tumbas con sus cargamentos de larvas que convertían sus cuerpos en oquedades, hervideros de gusanos sus caras y sus vientres abiertos. El ahogado anónimo cuya visión fue toda una premonición de un viaje maldito, el brutal Domingo *el Negro* asesinado por sus compinches, el infeliz Domingo de Lequeito arrastrado por las aguas de un río, el apaleado casi hasta la muerte Diego Bermúdez, colgado hasta pudrirse del mástil de la *Santa María*, convertido en patíbulo, Diego de Arana, acuchillado ante su presencia, Juan de la Plaza, que debía de haber encontrado una muerte horrible, hasta la preciosa Canayma aparecía con sus hermosas carnes corroídas por enjambres de repugnantes insectos. Abría los ojos, espantado, y rechazaba que la hermosa coja hubiera sufrido la humillación de la putrefacción. Él se encargó de quemarla, de convertir su hermoso cadáver en humo para que ningún insecto violara su carne.

Anduvo Marín de Urtubia por una playa infinita, sin comer bajo un sol de muerte que le quemaba la espalda y, sin embargo, no lo sentía. Cerraba los párpados ante terribles imágenes que se sucedían. Detenía cuando su equilibrio peligraba y el cielo y la tierra se movían, el

cielo se colocaba donde estaba la tierra y ésta donde el cielo, y él andaba boca abajo, como si se encontrara en los antípodas. Cerraba los ojos al brillo del mar, a esa cegadora refulgencia, y cuando sentía sed no trepaba a lo alto de los cocoteros, ni buscaba sus frutos maduros por el suelo, sino que simplemente se abalanzaba con la boca abierta al mar y bebía tragos de agua salada hasta hartarse.

Cayó al mediodía en una playa, y ya no pudo levantarse. Quedó así, cara al sol, inerte, sin poder mover ya un solo músculo. El sol, como lengua de fuego, le quemó la piel, le rizó el vello, le endureció el sexo. Dormía, pero no se sentía aliviado, ni descansaba, sino que se sucedían pesadillas una tras otra en las que veía a un Cristóbal Colón colérico condenándolo a recibir un centenar de latigazos antes de ordenar colgarlo del palo más alto de su nueva carabela capitana en cuanto descubrió el desastre del fuerte Navidad. Abrió el ojo derecho, con esfuerzo, cuando sintió un terrible pellizco en el hombro que era bastante más doloroso y vivo que la tanda de latigazos que el genovés se encargaba de administrarle directamente. Un cangrejo de tamaño considerable lo estaba devorando y él no podía moverse, tenía la sangre envenenada. Lamentó no estar muerto del todo para dejar de sentir. El cangrejo —lo veía de refilón y se le antojaba enorme, un verdadero monstruo armado con tenazas terribles— le hincaba las pinzas en el hombro y le arrancaba, tras mucho esfuerzo, un bocado de carne sanguinolenta. Juntó los dientes el vasco, ahuyentando el insoportable dolor, maldiciendo la inmovilidad que lo tenía postrado y hacía de él cazador cazado.

—Puto cangrejo —gimió, furioso de no poder darle caza y castigar su ofensiva osadía.

Sintió su sangre correr por el pecho y el cosquilleo de las Patas del depredador recorriéndolo con su botín de carne fresca retirándose a algún lugar tranquilo para devorarla.

El sol, con su fuego, cerró la herida, pero ni aun así pudo evitar que ejércitos de insectos se dieran cita en su hombro. Con los ojos cerrados los oía revolotear a su alrededor, los imaginaba chupando la sangre que aún brotaba, poniendo sus larvas en aquel cráter de su carne.

Durmió. Soñó que lo que le ocurría era un sueño. Soñó que estaba en Sevilla, en una casa de mancebía, que se había quedado dormido tras la lucha amorosa en brazos de la moza y que soñaba que era un preso, luego un marino, más tarde un náufrago, luego un huído en tierra de salvajes. Hasta que algo parecido a una puñalada lo despertó de nuevo y un involuntario gemido abrió sus labios. Se trataba de un pájaro esta vez, un cormorán, sin duda, dado su plumaje negro y su esbelta figura, y le picoteaba el costado creyéndolo un cadáver. Se asombró de la pericia carnífera del ave, de lo afilado de su pico, de su glotonería de carne cuando él lo creía simplemente aficionado al pescado. Llegó, de un picotazo, hasta su costilla, le arrancó la carne viva, lo devoró tan a conciencia durante unos instantes que Marín de Urtubia, si no fuera por el horrible dolor que experimentaba cada vez que el pico carnívero arrancaba bocados de su cuerpo, se creería muerto y putrefacto. Fue el dolor el que lo salvó e impidió que el cormorán, por ejemplo, continuara cebándose en su rostro, le vaciara la cuenca de los ojos, le arrancara los labios. Movié el brazo con esfuerzo, barruntó un gruñido, y aquel ruido, aquel movimiento, fueron suficientes para ahuyentar al ave y que emprendiera el vuelo con un furioso aleteo que removió el aire sobre su cabeza.

Una pluma le acarició los labios.

Llegó la noche. Sintió frío entonces sobre su cuerpo quemado y lacerado. Lo habían devorado cangrejos y aves, le habían picoteado insectos, se sentía una piltrafa inmóvil en aquella playa y todavía no era capaz de moverse ni, mucho se temía, sería capaz de hacerlo en algún momento. Notó entonces algo que aún lo angustió más: frialdad en los pies, frialdad acompañada de humedad, que lentamente iba trasladándose a las piernas, que ya avanzaba por las rodillas, y diose cuenta Marín de Urtubia que la marea subía por aquella playa, que el mar se lo llevaría y lo ahogaría sin remisión.

Rezó y maldijo al mismo tiempo sin que fuera capaz de otra cosa que mover los dedos de la

mano, más para decirse que seguía vivo que por otra cosa. El agua le llegaba a la cintura y le escocía en la herida que le había abierto el cormorán en el costado. El agua le llegaba al hombro y sentía el escozor de la herida del cangrejo y al mismo tiempo un cierto alivio por las quemaduras que el sol le había infligido durante todo ese tiempo de forzada inmovilidad.

Abrió los labios.

—Dios —murmuró, mas no se sabía si para implorarlo o maldecirlo por el trato que estaba recibiendo, si para pedirle vivir o para que acelerara una muerte tantas veces aplazada desde que había llegado a la isla.

El cuerpo se movió. Pero no lo movió él, sino el agua. Ya sentía la humedad en la nuca, sus cabellos mojados, el mar cubriéndole el cuello y se veía arrastrado suavemente hacia el interior de la bahía. No lo cubría el agua, cierto, tocaba con su espalda el suelo arenoso, pero pronto terminaría haciéndolo y, mientras llegaba ese momento, la mente de Marín de Urtubia libraba una titánica lucha contra su inmovilidad forzada, dando una y otra vez órdenes a sus brazos y a sus piernas para que se pusieran en funcionamiento e hicieran algo tan fácil como levantarse y huir. Pero no fue así. El agua le cubrió el pecho, la barbilla, bailaba en su boca, pronto bloquearía su nariz y produciría su asfixia. El vasco sintió el gorgoteo del mar que se disponía a devorarlo de forma tan absurda a unos pasos de la orilla después de que él lo había vencido en uno y mil combates cuando osó desafiarlo. Moría ahogado en un mar calmo, nada profundo, sin poder oponer ningún tipo de resistencia, él, que había luchado y había salido victorioso del más furioso oleaje. Se dispuso a recibir la muerte cuando una ligera ola lo llevó ya más adentro y su espalda perdió todo contacto con el suelo arenoso de la orilla. Abrió la boca tras mantenerla cerrada con rebeldía todo cuanto pudo. Moría. Ya no más resistencia, ya todo se acababa. Tuvo un último pensamiento hacia Canayma y creyó que, en el más allá, quizá le sonriera la fortuna y tuviera la suerte de abrazarla y permanecer estrechándola la eternidad que era la muerte. Barbotó, tosió, mientras el agua le entraba ya a raudales por la boca y la nariz e invadía sus pulmones y notaba cómo su cuerpo vencido, herido, maltrecho, humillado, falto de respiración, se hundía balanceándose y quedaba varado en el fondo. Abrió los ojos mientras se ahogaba. Vio una luna temblorosa cuya luz atravesaba las oscuras aguas de la bahía que lo cubrían, una multitud de estrellas que parpadeaban, una cara hermosa, quizá la de su amada Canayma, que se sumergía en el agua e iba a su encuentro. Morir no era tan espantoso, se dijo con calma mientras entornaba los párpados y dejaba de respirar.

Capítulo 14

Cuando abrió los ojos se extrañó de poder hacerlo y ver un cielo azul surcado por alguna nube algodonosa. ¿Era el cielo tal como se veía desde la Tierra? El murmullo del mar lo sacó de dudas. No había muerto. De no ser así, ¿había sido todo un sueño dentro de la general pesadilla en que se estaba convirtiendo su vida? Sentir su cuerpo, el dolor en el hombro, el del costado, la quemazón de su piel llagada, lo llevó al convencimiento de que el sueño había sido a medias. El cormorán y el cangrejo lo habían atacado, el sol lo había abrasado durante su larga inmovilidad, levantándole la piel, pero ¿quién lo sacó del agua cuando se ahogaba? ¿O fue él, que en un último y desesperado esfuerzo consiguió recuperar la conciencia, a un paso de la muerte, y ponerse a andar y ya no recordaba nada de lo que hizo?

Movió la cabeza y se incorporó. Estaba en la misma playa, pero alejado de la orilla, junto a la vecina floresta. Se felicitó por poder moverse tras la angustia de permanecer casi veinticuatro horas como muerto. Tenía hambre tras el prolongado ayuno, y sus tripas gemían de un modo escandaloso demandando pitanza. Intentó alzarse, pero las piernas no le respondieron y quedóse de rodillas. Entonces, asombrado, oyó una voz, desde luego la de un indígena, que le decía algo ininteligible con el tono musical de los taínos, y volvió la cabeza bruscamente buscando su origen.

Allí estaba, para su asombro, su salvador, y su rostro le era muy familiar. Sin lugar a dudas, el taíno debía de haberlo sacado del fondo del agua y lo había arrastrado hasta lugar seco, lo que sin duda era un mérito, dada la desproporción de su cuerpo con relación al suyo. ¿A quién debía su vida el vasco? A la devoción y a la simpatía que sentía por él un hermoso bujarrón taíno que al parecer lo había seguido en silencio inmune al desaliento, durante todos esos días, espíándolo, olvidando afrentas pasadas y su hosco proceder, y en el momento justo había actuado para salvarlo de las aguas. Estaba vivo sencillamente porque un hombre se había enamorado de él y no iba a permitir que el mar lo ahogara. Le debía la vida al amor, aunque sin duda no deseado, y, a pesar de su natural repugnancia hacia los sodomitas, debía agradecer lo que había hecho por él. Allí estaba, sonriéndole de una forma que a Marín lo turbaba —porque ésa era la forma de sonreír de un hombre cuando corteja a una dama—, aquel hermoso varón con más de mujer en sus venas que de masculinidad.

Se acercó con delicados pasos, se arrodilló junto a su cabeza y le tocó las mejillas y la nariz, y Marín de Urtubia no se vio ni con fuerzas ni con derecho a rechazarlo.

—Gracias —le dijo—. Gracias por haberme salvado la vida, amigo. Mi nombre es Marín. —Y como pudo el vasco se llevó la mano al pecho y lo repitió una y otra vez hasta que el taíno consiguió pronunciarlo y una gran risa lo sacudió cuando lo dijo correctamente.

—Gualipán.

Gualipán cuidó del vasco con devoción encomiable. Con cuidado, pues Marín se hallaba débil por culpa de la maldita picadura en el cuello que no había sido otra cosa que la mordedura de un vampiro que le había licuado la sangre e inoculado un extraño veneno, lo sentó, apoyando su espalda contra el tronco de un cocotero, y con esmero se dedicó a limpiar de pus y porquería las dos heridas que presentaba su cuerpo, más grave y profunda la del cormorán que el pellizco de carne que había conseguido arrancar el cangrejo, y una vez limpias con agua del mar, cubriólas con vendajes fabricados con unas hojas planas y los ató a su pecho y a su hombro con cuerdas de bejuco que anudó cuidadosamente. Ni el galeno Juan Sánchez se había mostrado nunca tan eficiente con él cuando Juan de la Plaza le infirió aquella profunda herida en el brazo que a punto estuvo de costarle la vida y le sirvió para comprobar la sabiduría de los chamanes locales y el ardor amatorio de las tainas.

—Gracias.

Y él repitió, riendo:

—Gracias.

—Hablas como un guacamayo, repites todas mis palabras —le dijo un sonriente Marín de Urtubia, que le hizo gestos, a continuación, de que tenía hambre.

El ademán que hizo de acariciarse el estómago fue rápidamente interpretado, pues partió Gualipán y no tardó mucho en volver con una ristra de cangrejos, con cocos, con un par de piñas y una iguana viva que había conseguido capturar, y con todo ello le hizo un verdadero banquete al vasco que éste no supo cómo agradecer.

—Maldigo la mano que te pegó, amigo, y el pie que te pateó el trasero. Eres bueno, Gualipán —le dijo, mirándolo a los ojos, mientras desgarraba entre los dientes la carne de la iguana que el taíno acababa de asar—. Aunque Dios, no sé por qué extraña razón, se armara un lío con tu sexo.

Pero fue el postre quizá lo más exquisito. La iguana era hembra y había, al parecer, desovado una veintena de redondos huevos. Dioselos a probar el taíno al vasco tras hervirlos en abundante agua y hubo de reconocer éste la exquisitez de tal bocado, pues las yemas, semicujadas, tenían un sabor parecido a las de los huevos de gallina.

Lo ayudó el taíno a andar, pues cuando el de Leizarán se puso en pie le temblaron las piernas. Se ofreció como servicial muleta colocándose a su lado y dejando que el vasco descansara su brazo sobre su hombro. Así empezó a dar sus primeros pasos Marín por aquella playa después de su convalecencia y mostrábase encantado el taíno de la proximidad física de aquel extraño hombre y de sus continuas sonrisas.

Gracias, gracias, gracias —iba repitiendo, cuando era el vasco quien debería dárselas.

Llegaron hasta el extremo de la playa y volvieron sobre sus pasos. Hacían una desigual pareja en cuanto a la altura, su corpulencia y el revestimiento capilar. Desnudo, y sin más pelo que el que le crecía en media cabeza, pues la otra mitad se la rapaba, el aspecto de aquel indio era curioso y el vasco lo miraba cuando él no lo advertía, pues no quería, bajo ningún concepto, ser mal interpretado. Aquel rostro era tan hermoso como el de una mujer y sin duda engañaría a más de uno si se vistiera de hembra y bajo el vestido se colocara un par de buenas manzanas en el lugar de los atributos femeninos que le faltaban.

—Lástima que, en agradecimiento, no pueda darte lo que tanto deseas —llegó a decirle.

—Gracias, gracias, gracias.

—Gualipán. —Se detuvo a mirarlo a los ojos—. ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu tribu? ¿O es que eres como yo, un desheredado que vaga sin rumbo por esta isla?

Gualipán habló largo y tendido, como si hubiera entendido la pregunta y diera toda clase de explicaciones. Señalaba con la mano el interior de la isla, de la que al parecer procedía, pronunciaba un nombre complicado que Marín se sintió incapaz de repetir por la gran cantidad de consonantes que llevaba y la escasez de vocales entre ellas, que quizá fuera el nombre de la aldea que hubo de abandonar, y luego estuvo otro buen rato hablando, explicando tal vez las causas por las que no podía volver a ella. Era un forajido, un huído como él; sin duda compartía su suerte, mas ¿cuál era su pecado o su falta? Ser sodomita, entre los taínos, no era un desdoro, sino todo lo contrario. Utilizábanse los dichos varones como mancebos masculinos cuando no se buscaba con el placer carnal engendrar nueva vida y sus cuerpos eran muy solicitados por esa razón. ¿Qué había llevado a aquel guapo taíno a abandonar la aldea y a andar solitario por las selvas? ¿Habría rechazado a algún importante cacique? Lo que era evidente era su situación de desamparo.

Estas consideraciones, más fruto de su imaginación literaria que de otra cosa, se las hacía Marín de Urtubia mientras contemplaba cómo Gualipán encendía el fuego nocturno alrededor del cual se congregaban los insectos. El taíno asó ligeramente la carne de la iguana que había sobrado de la comida, se la ofreció al vasco emplatada en una gran hoja circular, y acompañó su ofrenda con una amplia sonrisa que desnudó dos hileras de dientes perfectos.

—Gracias.

—Gracias, gracias, gracias.

Se encontraba Marín, después del día de pesadilla del que no quería acordarse, vivo y además acompañado. Aunque habría preferido otra clase de compañía —que lo hubiera salvado de las aguas una hermosa muchacha habría sido ideal—, el singular Gualipán le servía para ahuyentar el fantasma de la soledad que durante tantos días lo había acompañado y para sentirse humano. Se comunicaba con el taíno más con gestos y miradas que con palabras, pero se comunicaba, que era lo importante, y volvía a sonreír el vasco con ganas, aunque sólo fuera por la gracia que le hacían los exagerados movimientos amanerados de su amigo y salvador y la intensidad de sus miradas de enamorado que en otra circunstancia habría tomado por ofensivas y habrían desencadenado un acceso de violencia.

—En mi tierra arderías en la plaza pública como una tea después de haber sido severamente torturado. Primero sufrirías las sesiones del potro, te estirarían los miembros hasta descoyuntártelos, para que confesaras tu pecado. Luego una punición de azotes, como castigo por la confesión de tu nefando vicio, hasta dejarte la espalda en carne viva, desollado, y para cicatrizar las heridas, puñados de sal con los que rabiarías. Finalmente la muerte en público, para escarnio, en la hoguera, que es el modo más terrible de morir. No se puede manchar con sangre de bujarrón el hacha del verdugo, ni con sangre de judío, ni de hereje. Aquí, curiosamente, se os acepta como lo más normal del mundo. Extraña tierra, tan severa con los ladrones y tan permisiva con los sodomitas.

Había seguido con gran atención su largo parlamento, como si lo hubiera entendido todo, incluso Marín tuvo la sensación de que se estremecía de horror cuando le relataba las torturas que lo esperaban de estar en su mundo. Algo parecido le había ocurrido una vez con un pescador que le ofreció, como dádiva, el cuerpo de su hermosa y joven hija, que él rechazó. Durante aquella noche cada cual habló en su idioma y, sin embargo, se comprendieron porque se leían el pensamiento Gualipán parecía estar dotado de esa extraña virtud.

—Voy a dormir. Estoy cansado. —Hizo el ademán de roncar lo que desternilló de risa a su compañero.

A medianoche, Marín despertó. La luna llena le facilitó la visión de las cosas. Ardían los rescoldos de la hoguera y cantaba en la selva un ave solitaria que buscaba a su pareja. Se movían con suavidad por la brisa, abanicadas, las hojas enormes de la palmera a cuya protección se habían encomendado. El mar acariciaba la orilla con suave cadencia.

Pegado al suyo tenía el cuerpo de Gualipán, y la tensión de su espalda le hizo ver que estaba despierto. Se había echado a su lado y sin duda se le ofrecía con la vaga esperanza de que el hombre blanco lo aceptara y lo tomara. Observó Marín, durante un instante, sus nalgas femeninas, la redondeada suavidad de sus glúteos, antes de darse la vuelta ostensiblemente y mirar hacia la floresta.

—Gracias, amigo, por tus buenas intenciones —barruntó—, pero mi pasión por las dulces mujeres no deja lugar a otra cosa. Tendrás hermana —bromeó.

Y siguió durmiendo.

Cuando al cabo de dos días de descanso Marín de Urtubia se vio con fuerzas como para continuar su camino sin rumbo, se despidió de Gualipán con un abrazo. El taíno lo recibió con cierto asombro, sin saber cómo interpretar que el hombre fuerte al que admiraba, el mitad humano y mitad dios al que había salvado de perecer bajo las aguas, le mostrara de ese modo su afecto. Pero cuando el vasco, levantando la mano a modo de despedida, echó a andar decididamente por la playa tomando distancia de su compañero, éste, comprendiendo de pronto que se iba, no dudó en correr y ponerse a su lado.

—¡Maldita sea! —rugió Marín, deteniéndose—. ¿Te vas a convertir en mi sombra?

En ella quería convertirse, sin duda, para no despegarse de él. Sería su criado, su guardián, su cocinero, su chamán, lo que él dispusiera, con tal de no dejarlo.

—Está bien. Vamos —condescendió Marín de Urtubia, dándole una suave palmada en la espalda—. Aunque no te garantizo que vayamos a alguna parte. Deberías guiarme tú, puesto que conoces esta tierra y yo soy el forastero.

Pero no lo guió. ¿Realmente la conocía o procedía de una isla cercana? No parecía que conociera ninguna de esas playas que, sin embargo, ya le resultaban extraordinariamente familiares a Marín de Urtubia. Pasaron por un poblado en ruinas, abandonado por todos sus miembros, en el que encontraron algunas calaveras y esqueletos humanos, fruto de alguna masacre cometida por indios de otras tribus. Bajaron por una pendiente loma, pasaron la noche en una playa oculta, protegidos por las rocas, y durante la cena Marín pudo disfrutar de una nueva virtud de su compañero inseparable que no conocía: su afición por el canto. Tenía una buena voz, suave, meliflua, y estuvo buena parte de la noche cantando con ritmo sincopado canciones cuya letra, seguramente, eran los areitos que se pasaban de padres a hijos y eran los libros de historia del pueblo taíno. Lo escuchaba con atención Marín de Urtubia y creyó entender todo lo que cantaba. Nuevamente hablaban de los hombres barbados que venían del cielo, de su increíble fuerza, del dominio que tenían sobre el rayo, de su carácter divino, de que tomarían muchas mujeres y con ellas se solazarían, de que en sus vientres engendrarían la nueva raza de aquellas islas, fuerte y bella, con lo mejor de los taínos y la suprema fuerza de los blancos.

—Así pues, estuvimos aquí antes —dijo Marín mientras aceptaba de Gualipán un tizón de tabaco, éste sí, de hoja seca, lo aspiraba y lo devolvía de nuevo—. No puede ser que en vuestros areitos hablarais de nosotros antes de habernos visto. ¿Qué otros hombres blancos llegaron aquí antes de que lo hiciéramos nosotros? ¿Cuándo fue eso? ¿Qué hicieron? ¿Por qué no volvieron luego?

Los taínos tenían una gran dificultad para medir el tiempo.

Hizo un gesto indeterminado Gualipán como si se refiriera a muchos años atrás, quizá siglos, pues hablaba del padre de su padre, por lo que pudo entender Marín. Quizá, dedujo el vasco, emocionado por lo que empezaba a intuir, a aquellas tierras perdidas habían llegado expediciones de castellanos o portugueses, los únicos que se atrevían y tenían licencia para navegar por esos mares, que luego en el tornaviaje habían naufragado, y por ello no volvieron a saber de ellos ni el mundo supo de esas tierras misteriosas que no figuraban en ningún mapa. Quizá, pensó con pesimismo, entristeciéndose, era la suerte que había corrido el propio almirante Cristóbal Colón, y el mundo siguiera sin saber de la existencia de esas tierras.

Durmieron cuando se consumió el tizón de tabaco. Se levantaron con las primeras luces del alba. Se dieron un refrescante baño en el mar, que les sirvió para desperezarse, comieron luego algunos frutos jugosos, de aquellos que se parecían a las piñas de los pinos pero sin embargo eran muy distintos cuando se abrían, y continuaron su camino, Marín abriéndolo, Gualipán dócil, tras sus talones.

A medida que avanzaba el día, el rostro de Marín mostraba su preocupación, como si una premonición, que confirmaba cada una de las playas y parajes que pisaban, se extendiera por su mente. Tenía la sensación inequívoca de haber estado ya antes en todos los lugares que atravesaban. Todos los bosques, todas las playas, todos los montículos, todas las bahías.

Cuando ascendió a aquel promontorio lo hizo con cierta solemnidad y en silencio. Lo medía despacio con sus pies, demorando el llegar a su cima. Mirábalo Gualipán inquieto y sin comprender la preocupación de su amo. Sin lugar a dudas, era ajeno a la suerte que habían corrido los castellanos en la isla, debía de vagar fuera de su aldea durante largo tiempo y estaba desconectado de su mundo.

Desde la cima, que finalmente alcanzó, la visión que tuvo Marín de Urtubia lo dejó helado, sin habla. Abajo, a doscientos pies, la ruina quemada del fuerte Navidad venía a demostrarle lo que desde hacía días sospechaba y se negaba a aceptar: que no había cruzado la isla, como creyó,

que se había extraviado en un laberinto de caminos dando vueltas sobre sí mismo una vez perdido el rumbo, que había vuelto, finalmente, a la misma costa de la que salió y su meta era precisamente el origen de todo. Con el ánimo encogido, la vista fija en aquel cementerio de maderas, lloró en silencio. El destino, como en un implacable castigo, había querido que volviera de nuevo al lugar de su crimen para sentir vergüenza y odio por lo que hizo. Gualipán permaneció callado mientras miraba, asombrado, aquella gran ruina de maderos retorcidos que tanta impresión producía en su amo. Lo siguió ladera abajo, sin abrir los labios, inquieto y temeroso, pues no intuía nada bueno de aquel tétrico descubrimiento. Cruzaron la playa, una vez que descendieron el monte atalaya, se acercaron a la ruina que aún olía a madera quemada, entraron por la desarbolada puerta arrancada de cuajo de sus goznes y se hundieron en el infierno.

Habían pasado los meses, suavizando el aspecto de la tragedia, pero aún quedaban por doquier vestigios de la muerte y la destrucción. Ante ellos fue pasando un Marín de Urtubia sin habla que se enfrentaba así a las veces que los fantasmas de quienes allí yacían lo habían soliviantado. Por fin veía lo que había provocado con su traición, de lo que cobardemente se había librado, el paisaje de muerte y dolor que lo perseguiría mientras viviera.

El espectáculo era desolador. Entre los maderos carbonizados se mezclaban los cadáveres irreconocibles, también carbonizados, de quienes habían sido durante meses sus compañeros. El fuego lo había arrasado todo salvo el mástil de la *Santa María*, donde aún ondeaban, paradójicamente, los estandartes reales destrozados por el viento. En las antiguas calles del que había sido el primer asentamiento del Nuevo Mundo yacían los esqueletos descarnados de sus compatriotas, de los que las alimañas no habían dejado más que los huesos renegridos. Algunos tenían el acero hincado entre sus costillas, que sus agresores no consiguieron extraer después de darles muerte, otros muchos eran cuerpos sin cabeza, o desmembrados, que hablaban de la ferocidad del combate y del ensañamiento de los vencedores con los derrotados. Creyó reconocer a algunos de ellos. Un espantajo retorcido, una momia con la carne pegada a la calavera, parecía el galeno Juan Sánchez, tendido de espaldas, con un cuchillo clavado en la espalda. Un cuerpo retorcido por el dolor, clavado con una pica castellana al suelo, parecía el del indeseable Pedro Gutiérrez, el despreciable administrador real capaz de matar a su padre por salvar su vida, y a la vista estaba que esta vez no lo había conseguido, y por la posición crispada de sus manos, arañando la tierra, lo terrible de su sufrimiento. Sobre los restos de una hamaca incendiada se balanceaban las piltrafas de Juan de Jerez, quien sobrevivió a las niguas pero no a los taínos. Y de bruces encontró un cadáver que podría ser el del impenitente jugador y leal soldado —como había demostrado con creces en la batalla contra los caribes— Jacomel Rico. Buscó el cadáver de Juan de la Plaza con la vana esperanza de no hallarlo. ¿Y si había conseguido huir del cerco? No estaba en la plaza de armas, en donde yacían los restos irreconocibles de la mayoría de los treinta resistentes finales del fuerte Navidad, ni en las dependencias en donde los castellanos dormían. Llegó pesaroso, encogido, hasta su estancia. La destrucción era total. El techo se había venido abajo y, de las cuatro paredes, sólo dos aguantaban. En medio de la desolación, sobre un montón de esqueletos pequeños que, por sus dimensiones, debían de ser taínos, había uno mayor con las ropas habituales del capitán extremeño destrozadas y tintas en sangre seca, mas no tenía cabeza. Los garfios de los dedos de su mano derecha parecían aferrarse a una espada invisible que alguien le había arrebatado.

—Moriste como el soldado que siempre fuiste, mi buen amigo —dijo Marín ante el asombro del taíno, que no podía creer que su amo dialogara con un esqueleto, y lo miraba con cierto terror. Le habían arrebatado la espada de las manos. Con ella, a buen seguro, le habían rebanado el cuello, pero se habían olvidado los salvajes una que pendía de la pared, renegrida por el humo, pero que aún cortaba, y Marín la tomó probando el filo del acero sobre uno de los esqueletos

taínos y separando de un tajo las vértebras de su cuello ante el espanto de Gualipán. Sin duda era éste el último regalo que Juan de la Plaza hacía a su amigo Marín de Urtubia para que se defendiera de los muchos enemigos de aquellas hostiles tierras y consiguiera sobrevivir a sus ataques.

Aquel paisaje de muerte y desolación terminó asustándolo y más todavía al fiel taíno, que no se separaba de él ni un instante y no podía disimular el hondo miedo que le producía aquel dantesco cementerio. Saliendo del fuerte, Marín se dio cuenta de la imprudencia que había cometido entrando en él. Estaba en el territorio de su enemigo Cuacanagari y entraba dentro de lo posible que sus hombres vigilaran la fortificación arrasada por si algún superviviente volvía a ella. Nunca debió bajar, nunca debió cometer esa imprudencia, se decía mientras, a toda prisa, atravesaba la playa, dejaba atrás aquel monumento funerario y encaminaba sus acelerados pasos al monte.

Fue entonces cuando se confirmaron sus temores. Salieron de la espesura, frente a él, armados con mazas y lanzas, una docena de indios, aullando, cortándoles el paso.

—Corre o quédate con los tuyos —le gritó Marín a Gualipán mientras se disponía a ascender el monte a toda velocidad espada en mano.

Pasó por entre la docena de guerreros, llevándose por delante al que más gritaba. Su espada segó con violencia aquella cara de ira y su cabeza voló por los aires, despidiendo un chorro de sangre. Corrió en zigzag, pues notaba cómo le silbaban las mazas que le arrojaban, monte arriba y sólo se detuvo cuando oyó un grito de dolor que lo sobrecogió. Debería haber seguido corriendo, pero no lo hizo. Debería haberse hecho el sordo para salvar su vida, pensar sólo en él y así habría conseguido escapar, pero se detuvo, volvió la cabeza y miró atrás.

Gualipán había sido atrapado por aquella horda de Cuacanagari que se aprestaban a descargar sus mazas sobre su cráneo tras haberle partido las piernas a golpes. Chillaba de forma horrenda mientras con las manos trataba de proteger su cabeza el indefenso y pacífico taíno. No pudo resistirlo el de Leizarán. Había huido del fuerte Navidad y cargaría con aquella cobardía toda la vida. No quería acumular una nueva, ni tener tras su espalda otro fantasma que le causara insomnio. Allí estaba inerte, el taíno al que le debía la vida y de canallas era abandonarlo a su suerte. Descendió a la carrera el trecho que había recorrido, gritando como una fiera, enarbolando su espada rugiendo para infundir temor, llegó hasta el grupo, hundió el acero en el pecho del primero con el que tropezó, atravesándolo de parte a parte, recuperó luego el arma mientras el cadáver se precipitaba al suelo y cortó con ella de cuajo un brazo que lo amenazó con su macana, se abrió paso a golpes con el resto, haciendo crujir los huesos de su cara con sus puños, hundiendo sus costillas a patadas, y se hincó de rodillas ante su fiel amigo.

La vida se le escapaba a Gualipán por una gran brecha que le habían abierto en la cabeza. El golpe de la macana le había roto el hueso y por su resquebrajadura asomaba su masa encefálica. Aún tuvo tiempo un lloroso Marín de tomarlo en sus brazos y estrecharlo con fuerza mientras repetía su nombre y sentía su último aliento en la cara. Moría con una sonrisa, reconociéndolo.

Enmudeció a su vez Marín. El cráneo le estalló. El cielo se volvió tierra, la tierra cielo, mientras se derrumbaba y un vómito de sangre lo ahogaba. Un gran ruido atronaba su cerebro y notó cómo una gran humedad se extendía por su cuero cabelludo y apelmazaba el cabello rubio. Un nuevo golpe de la macana lo dejó definitivamente tendido en el suelo, como muerto. Quedó entre los brazos de Gualipán, que no se movieron para ceñirlo.

Capítulo 15

Como en su peor pesadilla, el insecto —pues sin duda ese cosquilleo repugnante en el adormecido labio que a toda costa quería mantener cerrado era debido a él— trataba de abrirse paso en su boca mientras otros —los notaba, pese a que los músculos se le habían adormecido, pero su piel aún era sensible— correteaban por su pecho y su espalda. No pudo verlos, pero intuyó que esas bestias duras, repugnantes, de muchas patas y largas antenas, reinas de la suciedad, que infestaban esas tierras eran las mismas que habían sido una de las principales plagas del fuerte Navidad. Escupió, y puede que el aire expelido, o la saliva, ahuyentara a la bestia de su boca, o que cayera al suelo.

Cuando despertó Marín, un gran aturdimiento estremecía su cabeza, que era incapaz de ordenar sus pensamientos con una cierta lógica. Oía grandes ruidos allí dentro, como si los edificios de una gran ciudad se vinieran todos abajo por culpa de un gran cataclismo. Y sentía vivo dolor no bien movía, aunque fuera ligeramente, la cabeza, como si el cerebro herido, debía de estar suelto, se resintiera cada vez que chocaba las paredes de su cráneo. A medida que iba recordando lo sucedido y tomaba conciencia de ello, se agudizaba aún más su sufrimiento.

Pronto se dio cuenta de que no podía moverse del suelo en donde estaba echado —los movimientos que hizo, compulsivos le advirtieron que gruesas cuerdas de bejuco le cercaban las muñecas y los tobillos, clavándose en sus carnes, y lo afianzan a un grueso palo hincado en tierra, que no era más que un gran bulto de carne desnuda atado sin contemplaciones doblado sobre sí mismo, mermado de esa guisa de su altura y tamaño, convertido en cosa, puesto que ni a los animales se los sujetaba de esa forma— y de que la sangre, por fortuna, había dejado de manar de la gran herida que suponía en su cráneo que aún le dolía con desmesura, y que el pelo de su cabeza era como un engrudo que absorbía el polvo del suelo. Había sido apresado, sin duda, por los que habían masacrado el fuerte Navidad y pagaba cara su imprudencia de haberse asomado a aquella ruina carbonizada, pero lo que más lamentaba era que su osadía le había costado la vida a su fidelísimo amigo Gualipán, y al lado de esa pérdida nada era el dolor físico. En la oscuridad de su encierro, en el que sus ojos luchaban por habituarse y ver, en su soledad relativa —le hacía compañía la repugnante presencia de esos malditos escarabajos negros acorazados que tenían por nombre cucarachas, los insectos más repulsivos de la creación, sin duda, que correteaban por su pecho hirsuto, sus piernas, brazos y partes que alguien había tenido la idea de dejar al descubierto, pues no notaba la hoja que lo resguardaba ni en su cintura el hilo que la sustentaba—, la imagen del amistoso taíno muerto entre sus brazos era recurrente como una pesadilla. Había muerto por culpa suya, se repetía, atormentado, maldiciendo la imprudencia que lo había llevado directamente a su propia encerrona. Veía, al mismo tiempo, su cara de felicidad, que era la de la tranquilidad misma de la muerte, la extraña paz de la ausencia de todo, y su cráneo abierto por donde la materia de su inteligencia se escapaba tras el brutal golpe que le habían asestado miembros de su mismo grupo tribal. ¿De qué se extrañaba? ¿No era común que los cristianos se mataran con saña entre ellos?

La incómoda posición en que se encontraba —las manos atadas a la espalda y, a su vez, atadas a sus pies, su espalda corvada por la tensión como la de un jorobado, sus vértebras formando un arco óseo— y la pavorosa sed que lo corroía por dentro, fruto seguro de la mucha sangre que debía de haber perdido, hacían más insoportable su prisión. Imposible no recordar en esas condiciones su largo encierro en los calabozos de Sevilla, húmedos, oscuros, repletos de paja hedionda por la que se paseaban ejércitos de chinches que, a la que dormía, le chupaban la sangre y dejaban su piel cubierta de centenares de picaduras rojas, compartiendo la nauseabunda comida y el hedor de las heces de su compañero en suerte, un anciano que a los tres meses murió y no fue retirado de su celda hasta que empezó a oler. Estaba entonces cargado de cadenas y sujeto por ellas a las paredes de ese sepulcro en vida, podía andar cinco o

seis pasos por la celda para evitar que sus piernas se atrofiaran y acercarse a defecar en la paja, y las argollas, en sus muñecas y tobillos, le ulceraban la piel y durante mucho tiempo mantuvieron su infamante huella. Pensó pronto en morir y se dijo qué fácil era hacerlo; con sólo negarse a comer esa bazofia que cada mañana el carcelero les dejaba tras la puerta, peor comida que la que alimenta a los perros o a los cerdos, morir de inanición sería un camino rápido, pero su cuerpo comió aquella basura, su mente, en un prodigio de imaginación, mutó la carne podrida y las verduras agusanadas por manjares exquisitos; se salvó. Aunque en esos momentos se preguntaba para qué.

Alguien entró en la cabaña en donde estaba encerrado. La mucha oscuridad que reinaba, en la que no veía nada al principio, había hecho que se dilataran sus pupilas y que sus ojos, como los de un gato, fueran capaces de ver en esa oscuridad absoluta meras siluetas. Una figura que se movía en silencio con los pies descalzos. Una persona, un indígena, dado su tamaño. ¿Hombre o mujer? Mujer, en cuanto la notó próxima a él, porque olía a ese perfume especial que las féminas de su mundo trataban de ocultar con delicadas esencias mientras aquellas salvajes se mostraban ufanas de los efluvios naturales que su cuerpo. Torció la cabeza para mirarla y ahuyentó al mismo tiempo una cucaracha que trepaba por su mejilla y se había quedado prendida de los pelos de su barba. Un rayo de luz que se colaba por un agujero del techo de la cabaña, la iluminó con su haz de luz, hizo oro de su carne, una escultura procaz de abultadas formas, una venus de fertilidad. Joven, hermosa y robusta, al menos así le pareció a él que, pese a su estado, era aún capaz de tener pensamientos lúbricos en esas condiciones tan poco gratas. Observó lo redondas y plenas que eran sus tetas, que se inclinaron ante su cabeza con un provocativo balanceo mientras se agachaba la mujer que las llevaba para inspeccionarlo. Pero no veía su rostro, el cabello lo ocultaba, mas sí sus tobillos adornados con esclavas de oro, los pies pequeños, algo gruesos, tan cerca de su boca, con las uñas pintadas, el dibujo geométrico, oscuro y de ancho trazo, que adornaba cada una de sus piernas hasta medio muslo. Se movió el yaciente como pudo, para llamar su atención, y le pidió, bajo pena de no ser entendido, agua.

—*Bagua* —dijo, creyendo que la mujer interpretaría que no quería ir al mar, sino que su boca precisaba del líquido elemento.

Aquella taina hizo algo que le sorprendió. No era muy joven, puesto que llevaba una nagua en la cintura que indicaba que era fértil, o tenía marido, o había parido. Se la desató y se desprendió de ella, sin decir palabra, y la sostuvo con una de sus manos. Marín tuvo una detallada visión de su abultado sexo e intuyó que, pese a su estado de postración y profunda debilidad, aquella hembra pretendía robarle, como casi todas, su preciada semilla. Quizá le desataría las piernas por lo menos, quizá le permitiría estar más cómodo, tumbado boca arriba, mientras ella lo cabalgaba. Tal vez se encapricharía de él y liberaría de aquellos bejucos sus manos para que la amara con más intensidad y pudiera colmarla de caricias mientras cumplía su función de semental. Cientos de pensamientos agradables y optimistas cruzaron en unos momentos la mente de Marín de Urtubia mientras la involuntaria excitación tensaba su cuerpo y endurecía su miembro viril.

Se equivocó en todo el vasco. Y casi no pudo reaccionar por la sorpresa que tuvo. Aquella mujer no buscaba placer como tampoco procrear con él. Acercó el sexo a la cabeza del preso, se situó encima de ella, abiertos los muslos, apoyando en ellos las manos con firmeza, y orinó sobre su cara. No tuvo tiempo Marín de esquivar tan desagradable como inesperado presente, sólo pudo cerrar la boca, fruncir los labios, mientras aquel líquido hirviente le quemaba la piel y se mostraba especialmente cruel en las zonas en donde ya estaba llagado. Aguantó maldiciendo la afrenta, se revolvió inútilmente en un intento de aflojar sus ataduras, baldó, en su imaginación, con pies y manos una y mil veces a su ofensora que, cuando se hubo vaciado del todo sobre el caído, explotó en una risotada y no contenta con ella le golpeó una y otra vez la cabeza dolorida

y apestosa, le dio en la boca con las plantas de sus gordezuelos pies, le tiró de los cabellos y le mordió con saña en la cara hasta abrirle una herida. Pudo ver entonces Marín su rostro y lo retuvo en la memoria, por si salía de aquélla, para darle su merecido. Una taina, tan hermosa como desconsiderada, de turbia mirada y temblorosa boca, cuyos lóbulos y nariz estaban perforados por aros dorados, que se despidió de él con un puntapié en sus vergüenzas y un nuevo golpe, esta vez en la misma herida de la nuca, allí donde la macana había golpeado dos veces, propinado con tanta saña que de nuevo el cerebro de Marín retumbó dentro de las paredes del cráneo.

—¡Puta barragana del demonio! ¡Hija de la cabra!

Volvía a estar solo, con su humillación, perfumado y marcado, como si su cuerpo fuera un territorio, por una hembra salvaje. En sus casi veintitrés años de vida, aquélla era la peor ofensa que había recibido. Se retorció de rabia, llagándose las muñecas, se reconcomió por dentro alimentándose con una hipotética venganza y luego, poco a poco, cuando desapareció la ira que emboscaba el miedo, éste se enseñoreó definitivamente de él y tuvo pensamientos lúgubres sobre lo que le esperaba antes de morir, pues no tenía dudas de que su destino era pasar a mejor vida tras proporcionar, quizá, un espectáculo de parecidas características a todo el poblado, dejándose orinar y defecar por todas las mujeres y los niños. Maldijo la dureza de su cráneo que había resistido, sin abrirse, los dos golpes de la macana y lo incómodo que le resultaba ser tan duro a la hora de morir. Su fortaleza física se mostraba como una verdadera condena que prolongaba un suplicio que, de ser más débil, sería más breve. Tuvo tiempo para pensar, demasiado, pues mientras más lo hacía más pánico le entraba, y para imaginar su próxima ejecución. Rogó encarecidamente no ser empalado; cualquier muerte antes que ésa. Que lo arrojaran por un acantilado a los tiburones, que lo sumergieran en un río infestado de caimanes, que le golpearan una y otra vez el cráneo hasta ver su contenido, que lo quemaran a fuego lento, pero que no lo empalaran. Había visto muchas veces el horrible sufrimiento de los empalados, su desesperación al ser ellos mismos los que, con su propio peso, se perforaban las entrañas y se mataban, como para desear cualquier otra muerte.

—Mejor morir, mi buen amigo Marín —dijo, hablando con su sombra—, que toda la vida huyendo como una alimaña por la intrincada selva. Pero éstos no te permitirán hacerlo con dignidad.

Entraron dos indígenas en la cabaña, lo olisquearon y rieron burlescamente, lo soltaron del poste al que estaba amarrado, pero sin aflojar las ataduras de brazos y piernas, lo cogieron sin miramientos por los cabellos —que por suerte o por desgracia eran fuertes y no quedaron en sus manos— y lo arrastraron afuera. Después de tanto tiempo a oscuras, la luz le cegó los ojos, pero mientras era arrastrado como un animal por la tierra oyó un coro de gritos, de risas, de rugidos a su alrededor que suplía cualquier imagen y que lo paralizó de terror. Luego los vio. Vio las caras de odio de los taínos, hombres, mujeres, ancianos y niños, que salían de las cabañas a su paso para escupirle, que lo asaltaban para arañarlo y no cesaban de hacerlo hasta que con sus uñas desprendían un trozo de piel; lo golpearon con extraordinaria saña, sobre todo las mujeres, mientras sus guardianes lo arrastraban por el suelo sin contemplaciones, lo llevaban a la plaza central y lo ataban al poste de los castigos.

Miró a su alrededor sin poder hacer más movimiento que abrir o cerrar los párpados. De nuevo estaba en el suelo, tragando tierra, con la cabeza a la altura de los pies de una turbamulta iracunda que no cesaba de lanzarle toda clase de improperios y de burlarse. Ésa no era una muerte digna, ésa era una muerte infame, se dijo Marín, y, para su consuelo, se reconfortó creyendo que a lo mejor con ella expiaba sus muchas culpas y se ponía en paz con todos a los que había agraviado. Pensó, con amargura, viendo toda aquella rabia desatada, aquel fragor inhumano, los puños cerrados, las lenguas de víbora que asomaban a los antaño rostros dulces de los taínos, lo mucho que habían cambiado las cosas desde que desembarcaron y fueron

tomados por dioses, hasta ahora, que era tratado peor que un cerdo antes de ser sacrificado. Allí estaba todo el pueblo, sin excepción, hasta los enfermos y los tullidos, hasta los niños de pecho colgados de las ubres de sus madres, los bujarrones que se abrazaban, los guerreros golpeando sus armas entre sí, los cazadores de hutías y manatíes, los ancianos con medio pie en la tumba, las jóvenes y hermosas doncellas, el embadurnado chamán, todos ansiosos por participar con sus puños o sus gritos en el castigo colectivo.

—¿Por qué no me matan, Dios mío? ¿A qué esperan? ¿Por qué esta prueba?

El círculo de salvajes vociferantes se estrechaba. Estaban como borrachos, sus miradas despedían fuego. Lo rodearon y, sin dejar de chillar, lo amenazaron con azagayas, piedras y con los cuchillos y espadas que tomaron a los españoles. Era hiriente contemplar aquellos nobles aceros en manos de aquella horda de paganos.

Marín rezó para que lo mataran pronto. Un padrenuestro, varios avemarías, dos yo pecadores, mientras se ponía en paz con Dios y se arrepentía de sus muchas faltas.

—Si consiguiera que uno de estos brutos me cortara la cabeza. ¿Cómo decírselo? Un seco tajo y adiós a la vida. Pero ¿sabrán utilizar la espada o bien me asestarán media docena de golpes en el cuello antes de separármela del tronco? Insultarlos de alguna forma. Si supiera una palabra ofensiva para encender sus ánimos y hacerles olvidar la tortura...

El potro, otro recuerdo de su vida carcelaria en Sevilla en esos instantes en que la vida escapaba. Desnudo, sin más vestimenta que un taparrabos, en aquel sótano sin ventilación, sobre el húmedo potro regado por su propio sudor, viendo las expresiones impasibles de los verdugos que cumplían con su oficio de ir estirando una a una las articulaciones de sus brazos y piernas hasta descoyuntarlos. Confesó al primer estiramiento, con fría inteligencia, antes de que acabaran con todos sus huesos, puesto que nadie era capaz de resistir un interrogatorio así. Y eso lo llevó a la antesala del patíbulo. Y de allí a la *Santa María*, hacia un viaje a la nada. Y de ese barco enloquecido y hundido cerca de donde se encontraba, a esa isla de pesadilla en la que iban a acabar enterrados sus huesos.

La sangre le velaba los ojos. Una piedra, arrojada por una mujer joven, una mano que debería estar hecha para la caricia y el amor se la había lanzado y su canto le había abierto una brecha en la ceja, más escandalosa que grave. Otras piedras llovieron sobre su cuerpo, con menor fortuna, e impactaron en sus hombros, en su pecho, en sus brazos y piernas. A través de la cortina de sangre que ofuscaba su visión creyó ver a Cuacanagari. El jefe taíno, con su penacho de plumas de guacamayo como corona, y el vasco del valle de Leizarán se miraron durante unos instantes. El obeso cacique de la Hispaniola, con el pecho cruzado por historiados collares, permaneció con los brazos cruzados, mirando con hondo desprecio al castellano mientras arreciaban los gritos y se multiplicaba el lanzamiento de piedras sobre su cuerpo inmovilizado. Le sostuvo Marín la mirada, orgulloso, pese a su humillante postración —si lo dejaran morir de pie, se decía—, aunque no tuvo la certeza de que lo reconociera el reyzeuelo.

Habló Cuacanagari, visiblemente enfurecido, con dos de sus hombres a los que dio instrucciones. Avanzaron éstos hacia el prisionero, con cuchillos castellanos en las manos, y le hicieron dos profundos tajos en el pecho, bajo las tetillas. Marín sangró con abundancia ante la alegría de los reunidos, pero no se inmutó por el dolor porque su cuerpo ya estaba anestesiado, no sentía. Uno de los taínos acercó el cuchillo a su cara, sonriente, y de un tajo le abrió el labio inferior por la mitad, dejando al descubierto su encía, y de otro tajo la barbilla.

—Ahora el vasco sangró como un cerdo. Escupió, furioso, en la cara de quien le había herido, la barnizó con su propia sangre gritó rabioso, intentó librarse de los fuertes bejucos que lo sujetaban al tronco de los tormentos sin éxito, maldijo a los taínos con voz ronca y les pidió una vez más que lo mataran, pero también sin éxito.

—¡Putos perros hijos de la cabra!

Una lluvia de pequeños cortes en brazos, piernas, dedos, manos y cuello lo fueron desangrando

lentamente. Ya no gritaba Marín, ni se revolvía furioso mientras el acero cortaba su piel y convertía su cuerpo en una llaga sangrante. Se dio por vencido a medida que la visión de las cosas se enturbiaba y dejaba de oír los chillidos de la turba. Así chillaban los espectadores crueles de los actos de fe de su civilizado mundo, que arrojaban piedras a los reos que iban en carromatos camino de la hoguera, les escupían e insultaban como prólogo a la inmolación. Los verdugos de su Castilla se cubrían los rostros con antifaces y capuchones para no ser descubiertos, pues era su profesión de carniceros humanos más vergonzante que la de las barraganas; éstos, no. No había rastros de maldad en sus rostros, eran apenas adolescentes en la edad de disfrutar de las mieles de la vida, pero se empleaban en su tormento con una pasión de profesionales. Matar era noble; torturar, infamante. La tortura buscaba siempre degradar a la víctima, convertirla en una piltrafa, en un pellejo doliente, antes de anularla definitivamente. Un mes decían que tardó en morir un loco infeliz que atentó contra la vida del rey Fernando.

Miraba a los verdugos con inexpressión, sus cuchillos de carnicero, quizá el propio de uno de ellos, que le abrían nuevas heridas, y oía el aleteo excitado de los insectos que se sumaban al tormento e infectaban sus heridas. Creyó descubrir, a través de la sangre y la neblina que surgía del insostenible calor que reinaba, a Camani entre los cientos de caras que asistían con regocijo a su agonía, pero lo tomó por una alucinación. Quiso pronunciar su nombre con las últimas fuerzas que le quedaban, pero no lo consiguió; tenía la mente en blanco y no lo recordaba, tampoco le serviría de mucho saberlo, se dijo.

Uno de los taínos lo tomó por los cabellos, tiró con fuerza de ellos hasta levantarle la cabeza y colocó el filo de su cuchillo en su garganta. Batió con fuerza entonces el corazón del vasco en su pecho, esperando el tajo que le segaría la vida definitivamente. Sentía la fría presencia del acero hundiéndose en su piel, el temblor impaciente de la mano del verdugo, no habituado a esa arma, que le producía pequeños rasguños en la piel, su fría mirada. Tragó saliva, esperando el momento, ansiándolo casi, que se demoraba.

Abrió los labios, colmados de sangre, infestados de insectos que hervían por hacerse con su cadáver. Camani —ahora sí estaba seguro de que se trataba de él— lo miraba, impasible, cruzado de brazos, a la diestra de Cuacanagari. Pronunció su nombre. Luego su cabeza se venció definitivamente sobre su pecho.

Capítulo 16

No estaba atado, fue lo primero que advirtió cuando se despertó después de una eternidad durmiendo y de haber tenido en sueños tormentos tan indecibles como los que había sufrido en la realidad, aunque el dolor en todo el cuerpo era espantoso y tampoco podía moverse, pues cada gesto, por muy leve que fuera, llevaba aparejado una gran dosis de sufrimiento. No sentía las sogas de bejuco hincadas en sus muñecas y en sus tobillos, y su cuerpo no estaba curvado, hecho un ovillo, sino que se balanceaba suavemente en una hamaca de algodón limpio, a cierta altura del suelo, lejos de las alimañas. Nadie gritaba a su alrededor pidiendo su muerte, pero no por ello estaba solo. Una mano suave le acariciaba con un paño húmedo el cuerpo, lo lavaba con esmero, limpiando cada una de las muchas heridas, lo que le hacía estremecerse de dolor, pues le escocían las llagas al contacto con aquella agua ligeramente salada. Abrió los párpados pesadamente y fijó la vista en lo que le rodeaba. La estancia, una cabaña grande de techo de palma y paredes de caña, olía a tabaco; el humo flotaba por ella y creaba fantásticas figuras en contacto con la luz del sol se filtraba por un orificio de su cúpula; olía también a unas ramas secas que ardían en alguna parte calentando un extraño mejunje. El vasco oía el hervor del líquido y su hambre lo transformaba en una sustanciosa sopa. Olía su espeso perfume a hierbas, que lo desalentaba a continuación, porque habría preferido el aroma de un caldo de carne. Y aquella mano recorría su cuerpo, desde el cuello hasta los pies, mimándolo donde antes había sido lacerado brutalmente, como si buscara congraciarse por todo lo que le habían hecho. Fijó los ojos en quien lo cuidaba de forma tan exquisita. Una mujer, no podían ser de hombre las manos sabias que poco a poco, mediante masajes, lo volvían a la vida, resucitaban sus miembros, hacían correr la sangre de las venas detenida por las muchas ataduras. Pero no estaba sola. En un segundo término había tres indígenas que permanecían en la sombra, fuera del halo de luz del fuego.

Era la hora de hacerse preguntas. ¿Por qué vivía si lo último que recordaba era un cuchillo castellano a punto de sajar su garganta? ¿A quién o a qué debía el estar de nuevo entre los vivos? ¿Y a qué esos cuidados? ¿Lo resucitaban para volver a martirizarlo con más saña cuando se hubiera recuperado del todo? ¿Lo curaban porque ya no sentía el tormento y ya no resultaba divertido verlo agonizar? ¿No se ufanaba de ese cometido el galeno Juan Sánchez en los muchos años que puso sus conocimientos médicos al servicio de la Santa Inquisición?

El perfume que despedía aquella mujer le resultaba familiar. Si algún sentido había desarrollado en aquel Nuevo Mundo era el del olfato: el calor y la humedad exacerbaban los olores. La piel de aquella mujer era muy fina, tersa y oscura, y brillaba bañada en sudor como el barniz de un cuadro. Tenía los brazos fuertes, aunque las manos fueran pequeñas y suaves, y escaso vello en las axilas, que descubría en sus friegas. Se había colocado ahora a su izquierda y proseguía atentamente con sus cuidados, sin chistar palabra, inclinada sobre su cuerpo desnudo, cosquilleándole con sus largos cabellos. Se sintió angustiado Marín mientras le devoraba una duda. ¿Y si fuera ella la que le orinó alevosamente en la cara, la que mordió con furia uno de sus carrillos y pateó sus partes? Esperó a que se volviera, inútilmente. La luz de la fogata no era lo suficientemente viva como para iluminarla. Llevaba una nagua blanca por toda vestidura atada a la cintura, y eran sus senos voluminosos para una taina, hermosamente esculpidos, que chocaban entre sí cuando se movía. Cuando la muchacha se inclinó sobre su pecho para lavarle una de las heridas que los cuchillos de los carniceros le habían infligido bajo la tetilla, a punto estuvo de levantarle el cabello para verle la cara. Dio la orden su cerebro, pero no le obedeció la mano; quedó yerta, colgando de la hamaca, rozando con los nudillos el suelo, para su desesperación. Con la sangre perdida se le había ido la fuerza. No tenían por qué atarlo, era inútil que intentara huir. En su estado ni siquiera llegaría a la entrada de la cabaña, un niño sería capaz de apresarlo y dominarlo.

—*Bagua.*

Pidiéndole absurdamente el mar consiguió que la muchacha lo mirara. Bajo sus cabellos apareció la mirada turbia y la boca sensual de su primer verdugo. No tenía fuerzas el vasco para la ira, ni la sentía especialmente. La muchacha se afanaba en reparar lo que ella y los que lo habían estado martirizando habían dañado: ésa era su penitencia. La sintió, a continuación, manipulando entre sus piernas, y dejó hacerla conteniendo la vergüenza. ¿También le habían herido allí o era simple curiosidad lo que la llevaba a tomar su miembro entre sus dedos y acariciarlo suavemente? Rió, seguramente asombrada y asustada por la rigidez que de pronto adquirió, lo dejó caer sobre su vientre, siguió su rigurosa cura, aplicando ahora emplastos de hierbas que alguien le trajo del perol en donde hervía el mejunje. Cada herida, cada raja de su cuerpo, fue sellada por esa sustancia templada que lo dejaba sedado, que al colocarla sobre su piel detenía instantáneamente el dolor, y le daba la sensación de que cosía herméticamente cada uno de sus cortes. ¡Cuántos conocimientos médicos habría aprendido el infortunado galeno Juan Sánchez si hubiera sobrevivido a la masacre y estuviera ahora en aquella cabaña! ¡Qué atrasada su medicina al lado de la de esos paganos que no utilizaban libros ni fórmulas magistrales en sus farmacias!

—¿Cómo te llamas?

Se alteró al oírlo hablar. Lo daba por dormido. Terminó su cura y se fue. Marín la vio partir con tristeza, ahora que se había acostumbrado a sus manos, a sus cuidados, que había olvidado sus ofensas y estaba dispuesto a perdonarla. Se alejó, con sus cabellos largos cayéndole por la espalda y sus piernas tatuadas, hasta que desapareció tragada por la zona oscura de la cabaña. Marín movió la cabeza con cuidado, pues los primitivos golpes, cuando lo capturaron, aún le dolían, y trató de enfocar la vista hacia los tres silenciosos seres que lo observaban.

—Marín.

¿Oía su nombre o soñaba? ¿Cuánto tiempo hacía que nadie lo pronunciaba? ¿No era aquélla una voz conocida? Se agitó en su hamaca mientras trataba de volver el rostro hacia donde sonaba la voz.

—Marín.

Una de las tres sombras se destacó sobre las otras y se aproximó a la hamaca en donde reposaba. Tardó en verle la cara. El cabello la ocultaba. Consciente el extraño de que el vasco deseaba ver sus facciones, se echó el pelo hacia atrás.

—Luego, eras tú...

Volvían a encontrarse después de tantos meses y tantas vicisitudes los que creían que no iban a verse más vivos. Un Camani altivo, nuevamente dueño de la vida del vasco, al que había rescatado de la antesala del infierno. Un traidor a quien debería cortar la cabeza en cuanto recuperara su espada. Un amigo que de nuevo le salvaba la vida. Un perro asesino que había dirigido la insurrección contra los castellanos. Su único defensor en aquellas tierras. Leal a él, sin duda. Criminal a sus ojos, pero héroe para los taínos. El que abriera las puertas del fuerte Navidad a su exterminio y escribiera, sin proponerlo, una página negra de la historia y cargada de misterio. Y ante él, el único testigo de la masacre, quien había asistido impávido imaginando la crueldad del momento y podría dar cuenta de ello al Almirante si no se perdía antes.

—¿Por qué me has salvado la vida?

—No podían matar al dios blanco. Lo intentaron, pero no lo consiguieron.

¿Se estaba riendo de él? ¿Por qué lo llamaba dios blanco si a ciencia cierta sabía lo extraordinariamente vulnerables que eran? ¿A quién había matado personalmente esa mano que se posaba ahora conciliadora en su frente y restañaba el sudor que le corría hacia las cejas? ¿Al galeno, después de haberle dado tantos consejos y haberlo instruido en el uso medicinal de las muchas plantas de aquellas selvas? ¿Al mismo Juan de la Plaza, descabezándolo? ¿Había participado en la matanza o se había sentado a observarla?

—No morías. Aguantabas todos los suplicios sin una queja. No eres un hombre. Tú no eres un

hombre como los demás castellanos.

—¿Convenciste de ello a Cuacanagari? ¡Bendito sea Dios! ¿Tan influyente te has vuelto en esta corte? ¿A cambio de qué?

Había madurado Camani, más que con el tiempo, con la experiencia. Se le habían endurecido las facciones, se había hecho adulto y eso se notaba en el dominio de la risa, que raramente asomaba a su rostro, y hasta en sus ademanes, más masculinos. Portaba sobre su pecho un collar que brillaba, de oro, sin duda, y un par de aros bailaban colgando de los lóbulos de sus orejas, símbolos externos de su preeminencia en el grupo.

—Le dije que no eras como el resto de los españoles y que habías conducido a su pueblo a derrotar a los caribes y podrías hacerlo más veces. Le conté a Cuacanagari, una vez más, cómo conseguiste aterrorizar a los caníbales cortando todas las cabezas de los muertos y metiéndolas en la gran canoa. Le dije que eras más necesario vivo que muerto; que vivo valías mucho, pero que muerto no serías más que un trozo de carne que se corrompería; que las virtudes de los blancos no pueden pasar a nosotros nunca por la muerte, sino a través del vientre fértil de una mujer; que muerto, tu fuerza y tu inteligencia se perdían, pero que vivo las pondrías a nuestro servicio.

Sonrió a pesar de su debilidad.

Compruebo, ciertamente halagado, que conservas mi idioma, que te acuerdas de las palabras que te enseñé. Pero tú, en cambio, sigues sin saber el mío.

—¿Después de casi matarme pretendéis hacerme vuestro general?

—¿General?

—El que manda en las batallas, el que dirige las victorias.

—Tú general, pues. Pero ahora duerme, descansa, que has de curarte.

Marín se desvaneció en medio de un sopor febril. Una ristra de sueños lo tuvo entretenido durante todo un largo día. A veces barruntaba palabras con los ojos cerrados, cerraba los puños, gritaba o gemía de placer. A veces abría los ojos y los fijaba en la oscuridad o miraba, sin ver, la cara que lo observaba de cerca. En una de las pocas ocasiones en que despertó buscando a Camani no encontró más que al enjuto chamán del poblado danzando a su alrededor y escupiéndole a la cara una desagradable bebida alcohólica. En otra de las ocasiones en que despertó —y debía de ser de noche, puesto que el haz de sol que se filtraba por la cúpula del techado había desaparecido—, una anciana mujer escupió sobre su cara el humo del gran tizón de tabaco que chupaba. Al segundo día le dieron de comer una sopa blancuzca de yuca, un emplasto que colmó su estómago vacío y hambriento. No se encontró con fuerzas para levantarse, no obstante, y siguió durmiendo en aquella hamaca, que ya le imprimía en las carnes el dibujo trenzado de su red.

Fue al cuarto día cuando despertó del todo. La mujer de la mirada turbia balanceaba la hamaca suavemente y cantaba con voz queda sin dejar de observarlo. De vez en cuando se detenía en su quehacer e inspeccionaba el rostro rudo del hombre blanco tratando de descubrir sus facciones por debajo del pelo de la barba que las ocultaba. Deslizó el dedo por su frente, siguió por la nariz, se detuvo en el labio partido por la cuchillada que comenzaba a juntarse y a ofrecer un aspecto normal, siguió por la barbilla, deteniéndose en el otro boquete que le habían abierto sus verdugos. Dio un respingo cuando el durmiente, súbitamente, abrió los ojos y la apresó por las muñecas. Se quedó quieta mientras comprobaba la fortaleza del hombre blanco y parpadeaba asustada, el pecho palpitando con agitación.

—Debería darte una buena azotaina —le dijo un Marín que parecía ya completamente restablecido y fue capaz de incorporarse mientras le pasaba el brazo por la espalda y echaba pie a tierra. Miró sus ojos y bajó luego su mirada a su cuerpo prieto, paseándose por su torso, su vientre y sus piernas—. Eres, ciertamente, una bonita fiera.

La muchacha se resistía a ser abrazada y luchaba por desprenderse de los férreos brazos del

vasco y alcanzar la puerta. Éste, sin soltar su cintura, le apartó los cabellos de la cara y acercó su boca a sus labios. Le gustaban por su carnosidad, aunque no sonrieran, sino, por el contrario, se mostraban hoscos y desafiantes bajo el ligero vello que los ensombrecía. No pudo besarla el hombre y sus labios se perdieron en el aire tras rozar sus cabellos y su oreja. La muchacha giró la cara y con un ademán furioso consiguió soltarse las muñecas y huir de su presencia.

—No renuncio a cobrar lo que me debes, especie de gato salvaje —le gritó Marín de Urtubia y luego, para sus adentros, fantaseando—: Un centenar de latigazos para poner tus carnes a tono, para luego tenerte amansada.

Iba a salir afuera, a recibir de nuevo el sol sobre su piel, que había palidecido tras tantos días de encierro, y secar la humedad que tenía metida en los huesos. No llegó a la entrada. Un fuerte mareo le hizo perder el sentido, una náusea terrible le sacudió el estómago; se dobló mientras vomitaba, y a rastras, pues ya no se tenía en pie, regresó a su hamaca. Esperó en vano todo el día que su cuidadora volviera. No lo hizo; la había asustado.

Ya no lo despertaron manos suaves y femeninas, sino las rugosas y frías del chamán que colocaba los emplastos de barro y hierbas sobre sus heridas mientras canturreaba algo entre dientes. Enjuto, pintarrajeado y anciano, era su cara un verdadero mapa de relieves, y su cuello y sus manos, un rosario de venas traslúcidas. Su boca, ribeteada de labios oscuros, exhalaba un insoportable hedor fruto de las hierbas que iba mascando sin cesar como un rumiante. Sus ojos, hundidos bajo los arcos de cejas despobladas, brillaban heridos por la llama del fuego y, mirándolo, lo atravesaban de tan profundos que eran. No era la imagen de aquel hombre algo que inspirara sosiego. ¿Alguien que parecía estar a un paso de la muerte podía insuflarle la vida que se le había escurrido por los tormentos?

—Camani —llamó el vasco, buscando una cara conocida, alarmado por el aspecto mortuorio del chamán, confiando en que su amigo se encontrara próximo.

Y el taíno de Guanahaní se colocó a su derecha, junto a la hamaca, y lo tranquilizó.

—No temas. Guacayi te curará.

—¿Guacayi?

—El behíque.

—Sigo débil y enfermo —se lamentó con un hilo de voz el de Leizarán—. Y me creía ya fuerte y sano.

—Vives, que es lo que importa. Sólo te falta recuperar la fuerza que perdiste.

—¿Y ella? ¿Dónde está?

Echaba en falta a la muchacha de mirada turbia. El que lo hubiera rechazado de forma tan vehemente era un acicate para desearla con fuerza más que si hubiera consentido en ser abrazada y besada. Se deseaban los imponderables, las dificultades, y aquella mujer anónima de extraña belleza, de carácter caprichoso y decididamente brusca, reunía esas cualidades.

—¿Quién? —preguntó Camani.

—La mujer que me cuidaba. Esa bonita taina que siempre parece enfadada. Es hermosa, Camani; me gusta. Pero esta vez creo que no soy correspondido, que ella me detesta en proporción a mi deseo.

—Es mi esposa.

Quedó sin habla momentáneamente. No se imaginaba al taíno de Guanahaní con una mujer. Nunca lo vio haciendo requiebros detrás de una fémina ni podía imaginarlo sensible al deseo de la carne. Quizá era porque no lo consideraba humano y, como humano, débil, ajeno al deseo que quemaba a los castellanos, frío y distante con el sexo opuesto.

—¡Dios mío! ¡Qué torpeza! Fijarme siempre en quien no debo.

El chamán o behíque de la tribu, el anciano llamado Guacayi, lo envolvió con el humo del tabaco que fumaba y le lanzó un extraño sortilegio mientras daba vueltas a su alrededor y un coro de mujeres, enlazadas por la cintura, iban girando alrededor de la hamaca en donde se

encontraba el doliente cantando una monótona letanía. Se movían muy despacio ellas, lateralmente, levantando y bajando la barbilla, los ojos fijos, bajo los flequillos que cubrían sus frentes, en el gigante que se balanceaba en la hamaca.

—Debes abrir la boca —le dijo Camani.

—¿Por qué? ¿Qué me hacen?

—La raíz de *bohicionex* te curará.

Seguían los cánticos. Aquella docena de mujeres harían un magnífico coro en los monasterios del otro lado del océano, ya que tenían un innato sentido del ritmo y eran capaces de componer música con el solo instrumento de sus gargantas. Tenían una voz muy dulce, infantil, y le gustaría saber qué decían en su cántico.

—¿De qué habla la canción?

—Del hombre blanco y fuerte que triunfará sobre la muerte. Del hombre que protegerá a todas las mujeres de los desmanes de los caribes.

El behíque Guacayi le introdujo un tubérculo en la boca, tras forzarlo a mantenerla abierta con los dedos. Contuvo la náusea el vasco sin saber qué le daba más asco, si aquello que violaba sus labios o los dedos fríos del chamán. Era algo repugnante de verdad, un objeto piloso de hedor insufrible parecido a un rábano, una raíz que no había sido limpiada de su tierra. El anciano taíno le hizo gestos de que debía masticarla y el vasco obedeció a disgusto. El interior de aquella extraña raíz ocultaba un virulento jugo que lo quemó por dentro como si fuera ácido en cuanto la masticó. Profirió un grito ahogado mientras se atragantaba, tosía y finalmente tragaba lo que parecía veneno. Era su sabor tan fuerte y picante que al instante se destaponaron sus narices y oídos y comenzó a llorar. Lo sintió correr por su esófago, como un torrente de lava hirviente, mientras su visión se volvía borrosa. Dejó de ver a Camani, y al propio chamán, y las muchachas del coro se convirtieron en unas oscuras siluetas resaltadas en negro sobre el escenario rojo del fuego de la hoguera que ardía constantemente en el interior del bohío. Fue entonces víctima de un extraño sopor que cerró sus párpados pesadamente por mucho que luchaba por mantenerlos abiertos. En medio de la oscuridad más absoluta dejó de oír los cánticos, luego la voz del chamán; todo comenzó a diluirse. Uno a uno fue perdiendo todos sus sentidos hasta sentirse libre de su cuerpo y de todas sus necesidades, inmerso en una enorme paz. Ya nada le dolía, ni le pesaba la cabeza, ni sentía las muchas heridas de su cuerpo, ni notaba malestar en el estómago. ¿Habría muerto finalmente y por ello estaba en ese estado de calma absoluta?

Tenía los párpados cerrados, pero sin embargo veía. La primitiva oscuridad se convertía, a medida que pasaba el tiempo, en una viva luminosidad, pero ningún color de los vistos era real. Veía un paisaje, uno de los más hermosos y fascinantes, sin duda, con lagos, cascadas, playas, bosques, mas nada en aquel vergel tenía el color habitual, como si un caprichoso pintor lo hubiera alterado todo; la arena era negra, el mar, amarillo, los árboles, rojos, el cielo, verde. ¿Un sueño? No, si estaba despierto.

Cambió el escenario de repente y se encontró en una floreciente ciudad cruzada por un río, sin duda Sevilla. Habitaba un hermoso palacio de fachada marmórea, subía por una escalinata flanqueada por parejas de esculturas salidas del taller de algún artista italiano, entraba luego en un gran salón de aspecto moruno y recubierto de espejos, y sobre peludas alfombras yacía el racimo de las más hermosas mujeres que hubiera visto, de todos los colores posibles: blancas lechosas, morenas raciales, moras misteriosas, negras felinas, dulces indias, misteriosas orientales. ¿Con quién gozar primero?, se preguntaba mientras su vista se perdía por los rincones de aquel paisaje femenino de tersas carnes y relucientes pieles.

Todo le dio vueltas de repente. El salón giró bruscamente, como movido por el agua de un molino y, cuando se detuvo, la alfombra estaba vacía de su excitante carga. Intentó ponerse en pie, pero cayó. ¿Lo hacía en sueños o realmente aventuraba un pie fuera de la hamaca? Caía en

el abismo más oscuro, girando, como agua directa hacia el sumidero. Se desplomó en un barranco que tomaba las formas de aquel acantilado que lo desafió durante veinticuatro horas, pero nunca alcanzaba el fondo. Se hundió luego en el mar, se ahogó, buceó entre tortugas, pero nunca llegaba al fondo. Luego abrió la boca y tragó un nuevo mejunje, una sopa de babas y raíces fermentadas en la boca del behíque, que pasaba a la suya mediante un beso. No besaba a la hermosa taina, por esquivada, y era besado por aquel desagradable espantajo de carne sabia que le iba a devolver la vida que se le había escapado. Se ahogaba, no podía respirar; dio un talonazo contra el fondo marino, salió de nuevo a la superficie de un mar bravío justo para ver cómo las velas blancas de una nueva expedición se destacaban en el tormentoso horizonte.

—¡Aquí, Almirante, aquí!

—El *huacaré* te dará fuerzas.

Yucahguamá, el supremo guardián, señor del Turey, el reino de los cielos, presidía la extraña ceremonia que tenía lugar en la choza. Durante la *cohoba*, los sacerdotes hechiceros, los behíques, se purificaban introduciendo en las narices los diminutos carrizos para inhalar el polvo y el humo sagrado que los ponía en trance, y a través de sus cuerpos se establecía la comunión entre el aquí y el más allá, cuando por sus bocas los espíritus hablaban a los presentes.

En un breve espacio de tiempo, ante el asombro de Marín de Urtubia, aquel hombre pequeño y enjuto se transformó, cerró los ojos, se tensó y por su boca salieron sucesivamente las voces de Juan de la Plaza, de Diego de Arana, de muchos de los atormentados espíritus del fuerte Navidad. Por mucho que lo intentó, el aterrorizado vasco no supo qué le decían, pero sí podía dar testimonio de que eran sus voces lo que oía y juraría que su tono era de reproche, y aquello lo sumió en el más profundo de los espantos, le erizó toda la piel.

—Canayma.

La invocó y se cumplió su deseo. De la boca convulsa del chamán surgió, como por encanto, la voz dulce de la taina que le decía que no debía preocuparse por ella, que se encontraba bien en su mundo de sombras, que era feliz, que seguía amándolo y se reuniría con él cuando Yucahguamá dispusiera. A ella sí la entendió y lloró, emocionado.

Tosió a la primera inspiración del *huacaré*. Alzó los párpados, inquieto. Los ojos sanguinolentos del behíque lo observaban muy fijamente mientras introducía aquella delgada caña por uno de los orificios de su nariz y a continuación soplabla con fuerza. El polvo del *huacaré* entraba en su organismo y descendía hacia los pulmones, donde explotaba. Tomó una nueva dosis.

—Soy un ave, soy un águila.

Volaba, efectivamente, por encima de los árboles, por encima de la isla, por encima del mar, alcanzaba las nubes, se metía en el ojo de las tormentas, cruzaba cielos gélidos, giraba bajo la lluvia, descendía en picado y, cuando estaba a punto de estrellarse contra el suelo, un violento movimiento de sus brazos hacía que remontara de nuevo hacia el cielo. Volaba con facilidad, como si siempre lo hubiera hecho. Se codeaba con todas las aves, que se apartaban a su paso. Voló sobre las ruinas quemadas del fuerte, sobre el esqueleto varado del navío que los llevó allí y luego, trazando un gran círculo, puso rumbo a Castilla. Voló entonces a baja altura, rozando las olas, salpicado por ellas, raudo, guiando a los delfines, hasta que avistó una procesión de barcos, la más grande que había visto, naos, carabelas y carracas en formación, que luchaban con denuedo contra la tempestad, y al Almirante sobre el castillo de proa de uno de ellos, haciendo frente al viento, atado al gobernalle de su nao capitana. Pasó entre los mástiles de aquel navío sin que nadie lo viera, volvió a pasar de nuevo entre las velas restallantes, aguzando la vista por si reconocía a alguien. Juan de la Plaza, Luis de Torres, los hermanos Pinzón, todos gente conocida, bregando codo con codo contra los elementos, y una docena de barcos cabalgando sobre la espuma de las olas.

—Vuelve. Baja, baja, baja.

Una mano amiga atenazaba la suya. La mano cálida paliaba su temblor. Otra mano secaba el sudor de su frente. Otra mano vertía agua en su boca entreabierta. Bebía sin despertar. En una taberna de Sevilla, ruidosa, bullanguera, con parroquianos acodados en las mesas, vencidos sobre los taburetes con los cerebros entre nubes, y el hedor del vino rancio esparcido por la madera, formando parte de ella. Un cuenco en su mano, de barro, lleno hasta los bordes de un caldo ácido, picado. Beber por sed. Agotar el vaso. Dar un golpe en la mesa. ¡Más vino, tabernera! Y la tabernera, asentando sus rollizas piernas sobre las suyas, mostrándole el abismo de sus senos por el escote abierto, esa sima tibia de carne que se forma cuando ambos andan prietos bajo la ropa.

—Mi querida moza —empezó a decir, dando cuenta del vino que le habían escanciado de nuevo—. Vengo de un lugar en donde antes nadie ha estado, de un paraíso libre de las leyes del hombre, del más hermoso vergel de la Tierra, en donde andan desnudos hombres y mujeres, en donde atesorar algo no tiene sentido, en donde el oro tiene el mismo valor que la carne de un manatí, en donde los dioses son algo tan simple como los elementos y hay dios agua, dios tierra, dios lluvia, dios árbol o dios caimán, más allá de todos los mares conocidos, las tierras perdidas que no están en ningún mapa.

—Ese sitio, mentiroso, sólo existe aquí. —Y la tabernera le clavó el dedo índice en la frente—. Estás borracho, o eres un loco, un endemoniado mentiroso. Paga el vino, tunante, e invítame a una jarra.

Un jergón iluminado por la luz que comenzaba a entrar por el ventanuco. Se desperezó Marín de Urtubia y saltó al suelo buscando a tientas las zapatillas. Antes de alzarse y cruzar la habitación, palmeó las nalgas de quien a su lado dormía. Abrió la ventana y miró hacia el Guadalquivir, aspirando la brisa fresca, la única que sería respirable a lo largo de la mañana de ese mes de agosto. Algunos barcos subían venciendo su suave corriente. Carracas y carabelas fondeadas en mitad del río, y bateles que trasladaban las cargas de las cubiertas a los muelles. Unos muchachos cantaban mientras vaciaban sacos de trigo. Había por el muelle un trasiego de carros y caballerizas. Luego vio otro cargamento que se desplazaba por sí solo. Avanzaban por la calzada, encadenados, centrando la atención de los viandantes, dos hileras de indios empenachados de plumas, con guacamayos en los hombros que les dejaban su impronta en la carne. Azuzó la vista. Gualana iba la tercera en el grupo, vestida con un sayo, pálida, demacrada por la larga travesía, estremecida por una tos bronca que había cogido en los interminables días de navegación y tempestades antes de llegar a buen puerto.

—Vuelve a la cama, amor.

Se abrazó a sus caderas y se deslizó en ella sin hallar resistencia. Besó sus hombros y la amó gozosamente un instante que fue eternidad, pegando su pecho a su espalda y sintiendo la curva presencia de sus nalgas palpitando contra su vientre.

—Mírame. Quiero verte la cara —le dijo mientras recorría su nuca beso a beso.

Se volvió lentamente. La mirada turbia, la boca ancha, el delgado surco de vello sobre el labio. Sus brazos se cerraron al vacío, abrazaron un fantasma. Dijo un nombre; lo repitió, como un cántico, mientras vencía el peso de sus párpados. No estaba solo: el intérprete taíno se encontraba nuevamente a su lado, vigilándolo, cuidándolo.

—Camani, ¿cómo se llama tu mujer?

—Mayaguana.

—¿La amé?

—No en la vida real.

—Pues tuve la misma sensación en sueños, tan vivida como si la abrazara.

—No tienes derecho a coger lo que no es tuyo. No es mujer para ti.

Ahora sí que estaba despierto. Y tenía hambre. Había en el suelo un gran recipiente con un

surtido de las más exquisitas frutas: plátanos, guayabas, aguacates, piñas, mameys. Devoro con ansiedad un par de las más maduras mientras se sostenía de pie y miraba a Camani.

—Perdona mi estupidez.

Mordisqueó un mamey, y su jugo corrió por las comisuras de sus labios y por sus manos mientras arrancaba a trozos su carne.

Capítulo 17

Lo despertó el olor dulzón de la podredumbre y el aleteo de pesados insectos que cruzaban la cabaña. Se miró mientras doblaba el cuello y hacía esfuerzos por incorporarse de la hamaca que su propia humedad había pegado como una piel a su espalda. Sudaba copiosamente por todos sus poros y su cuerpo se hallaba cubierto de una película de agua cálida y pegajosa que lo envolvía de pies a cabeza. Sudaba tanto que pequeñas gotas corrían por su rostro y saltaban de la mandíbula sobre el pecho o le empañaban los ojos rebasando la frontera de las cejas.

Se restregó los ojos, arrugando la nariz, y se arrastró hacia el exterior, buscando la luz, tras comprobar que estaba solo en la cabaña y que el sol, por la luminosidad que se filtraba en su interior, estaba próximo a su cenit. Se levantó aguijoneado por el hambre, tras comprobar que en la esterilla del suelo no había más manjar que las semillas mondas de las frutas que había devorado el día anterior y, sobre ellas, un batallón de insectos que la sabia naturaleza enviaba para no desperdiciar nada. Aquellos restos acuosos, que su boca no quiso, rezumaban un espeso jarabe en el que las moscas hundían sus patas hasta emborracharse. Se sintió mareado al ponerse en pie y, por un momento, la cabaña dio vueltas a su alrededor y su visión se enturbió y sintió una náusea en la boca del estómago como si fuera a bordo de una nao y le acometiera una tempestad. ¿Era el hambre o la droga que le había inoculado el behíque de la tribu?

Mal que bien, trastabillando con piernas de trapo, llegó a la entrada, se asomó al exterior, haciéndose sombra con el dorso de la mano, pues el sol lo cegaba pasando por entre las ramas de los árboles, impidiéndole la visión, y se empapó de colores después de permanecer tantos días entre los blancos y los negros de la oscuridad.

El primer taíno con el que tropezó le lanzó una mirada amistosa. Un jovenzuelo descarado con el cuerpo delgado como un junco y geométricos tatuajes en el pecho que le recorrió con la mirada, sin duda asombrado del tamaño del vasco y de su aspecto montaraz. Le sonrió Marín, y fue correspondido. Aquel taíno de sonrisa fácil se aproximó despacio a él, alargó el brazo y tocó la barba que cerraba el rostro del vasco que tanto llamaba la atención de un pueblo barbilampiño cuyas mejillas eran más suaves que las de las muchachas del Viejo Mundo. Marín observó el semblante de su admirador, sus piernas, sus brazos; quizá aquella era una de las bocas que vociferaban, una de las piernas que le propinaban patadas y fueran sus manos amistosas las que le lanzaron piedras con saña.

Marín se aventuró por el poblado, atento no obstante por si despertaba la ira de alguien, pues no podía creer en tan breve espacio de tiempo un cambio tan drástico de actitud. La aldea hervía en su diaria ebullición como cualquier ciudad de Castilla, sólo que las calles no estaban empedradas, sus habitantes repudiaban los vestidos y no había silueta dominante de la Iglesia que extendiera su sombra poderosa sobre el conjunto. Andando por las callejas, descalzo, pues ya sus plantas se habían acostumbrado a caminar sin botas protectoras, la aldea le proporcionaba una sensación de apacible seguridad que era impensable al otro lado del mar Tenebroso, en donde los embozados y salteadores de caminos eran moneda corriente. Todos se conocían y pocos delitos podían producirse en aquellas comunidades indígenas que tan lejos estaban de la inseguridad de Castilla. Había un trasiego de gente que pasaba por su lado, lo miraba con curiosidad, le sonreía casi siempre y continuaba su camino. Cazadores, agricultores, aguadores, madres con sus niños, mozalbetes jugando a la pelota, levantando a patadas nubes de polvo del suelo y lanzando la bola compacta lejos. Hablaban entre ellos, discutían, comerciaban intercambiando las pequeñas nueces del árbol del cacao, sin duda uno de los más valorados por los taínos, por naguas de algodón, frutos, carnes sangrientas de manatí, guajolotes o hutías vivas.

Paseaba, incrédulo, entre los indígenas que días atrás se aprestaban a sacrificarlo y descubría con asombro cómo la ira había desaparecido de sus caras y volvía a ser el pueblo apacible que

conociera y lo subyugara cuando desembarcó en aquellas playas. Aún le dolían las heridas, pero ya no llevaba los emplastos, se le habían caído o se los habían quitado, y se las miró para comprobar lo perfectamente que habían cicatrizado. Lo que la medicina del hombre blanco no hacía posible, por la humedad que lo pudría todo, aquellos salvajes ignorantes lo conseguían aplicando los remedios naturales de las hierbas y las plantas que sus ancestros les habían revelado.

—Mi buen galeno. ¡Lo desesperado que estabais con el proceso curativo de mi brazo!

La herida que más le dolía era la de los labios, y luego, la de la barbilla. La boca le sabía a sangre, una sensación profundamente desagradable. Se tocó el labio; cicatrizaba a buen ritmo, pero notaba el relieve del corte, la carne nueva que crecía. La de la barbilla quedaba emboscada por la barba, se había convertido en una muesca invisible que nadie vería salvo que se rasurara.

—Mejor no ver mi imagen reflejada en un espejo —dijo, ahora que se iba acostumbrando a hablar solo, consigo o con sus fantasmas, obsesionado por no olvidar el sonido de sus palabras. Los niños lo miraban con curiosidad no disimulada, lo rodeaban y le gritaban, lo seguían como una comitiva. Nunca había visto tantos, eran como una nube ruidosa, un manojo de brazos y piernas nerviosos que corrían de un lado a otro y gesticulaban llamando su atención.

Había salido de la aldea sin darse cuenta, había pasado entre las cabañas, repartiendo sonrisas a diestro y siniestro, más lectivas que mil palabras, tratando de buscar una cara conocida, la de Camani, por ejemplo, o la de la que decía ser su esposa, infructuosamente. Ahora se encontraba en un descampado ganado a la selva y libre de cultivos, entre una turba de rapazuelos, alineados en dos bandos, con idéntico número de miembros cada uno de ellos —seis contó—, que se dispusieron a dar patadas a una pelota en cuanto lo vieron. Se recostó contra el tronco de un árbol mientras los observaba. Corrían a gran velocidad, llevando la pelota pegada al empeine, saltando con ella, volando. Al parecer, en aquel juego, llamado *batey*, no había reglas, todo estaba permitido con tal de hacerse de nuevo con la pelota, por lo que todos los miembros del otro bando trataban de interceptar como fuera a quien se escapaba con el esférico y, una vez recuperado, eran a su vez perseguidos sin tregua por los del bando contrario, un enfrentamiento continuo que no tenía más fin que el cansancio de uno de los dos equipos.

—Mejor esto que la guerra. ¿Qué hacía yo de niño? Guerrear con espadas de madera.

Niños contra niños, piedras contra cabezas, descalabrando, bastones para romper en las costillas del vecino, establecer territorios en el bosque, propiedades por donde los rivales no podían pasar sin el riesgo de sufrir las iras de su bando.

Estuvo entretenido durante una eternidad, mirando cómo aquellos mozalbetes, que a duras penas le llegaban a la cintura, peleaban con incansable brío por hacerse con aquella caprichosa pelota que se les escapaba siempre y era tan difícil de dominar. A veces chocaban entre ellos, en sus carreras, tropezaban y caían aparatosamente, para levantarse como si nada y seguir el juego sin tregua. A veces miraban de reojo a su absorto espectador y, para entretenerlo más, hacían complicadas piruetas con el esférico.

Tenía sed, más aún con el polvo que levantaban los dos bandos enfrentados. Pasó entre los jugadores de pelota como un fantasma sin ser interceptado por ellos, sin sufrir un solo golpe de sus pies descalzos ni el impacto de aquella bola vegetal y compacta que iba de un lado a otro del campo, y pasó rozando, eso sí, su cabeza. Tentado estuvo de participar en el juego y entrar en liza, pero no consideró digno que un adulto se aprovechara de su corpulencia para apoderarse de la caprichosa pelota. Siguió una vereda intuyendo el agua tras una barrera vegetal más frondosa, la oyó gorgoteante cuando llegaba, antes de que lo cegara su brillo.

No estaba solo: media docena de mujeres llenaban de agua pequeños cántaros de barro o sencillamente se bañaban en el río. Jóvenes, de pieles morenas y cabellos tan negros como las

plumas del cuervo, que ese negro de los cabellos no lo había visto nunca en Castilla salvo en la cabeza de alguna morisca. Se rieron al verlo y se taparon la cara con ellos, como si se tratara de un embozo. No se avergonzaban de sus pechos desnudos, o de sus vientres, o de sus sexos, sino de sus ojos, las puertas de sus rostros, lo más íntimo de ellos, el ventanal a donde asomaban las almas de aquellos paganos. Los frágiles ojos de las muchachas tainas, su mirada dulce y huidiza, la inocencia de la raza seguían cautivándolo y pensaba Marín que nunca estaría a salvo de ese hechizo.

Chapoteó una de ellas, más osada, cerca de él. Se hundió en el río hasta los muslos, riendo, se echó de bruces al agua, como amándola, braceó sin miedo hasta el centro y Marín la siguió con la mirada lamentando no ser el río.

¿Qué buscó primero? Un trozo de agua quieta, no muy profunda, con un fondo oscuro que le permitiera verse. Quizá, si no los habían roto, los taínos tendrían en sus cabañas, como joyas, los espejos de los castellanos que tanto los asombraban. Marín miró su cara en el agua detenida y lo que vio no le hizo reír. Después de tantos meses, la verdad es que ya no sabía cuántos, no se reconocía en ese rostro feroz erizado de pelo y con mirada enloquecida. Había envejecido, pues el sol le había labrado a fuego arrugas en la frente y, bordeando los ojos, que eran como cicatrices, tenía la piel quemada en medio de la cual resaltaban aún más sus ojos azules, lo único de su cuerpo que destellaba cierta luz y vida. Calculó las posibilidades de conquistar a una dama con aquel aspecto: nulas. Se refrescó el rostro, arrojándose el agua con el cuenco de sus manos, bebió luego largos tragos mientras la sirena que nadaba alcanzaba de nuevo la orilla y pasaba por su lado, corriendo, huyendo o provocando con el sinuoso movimiento de sus caderas.

Poco duró su ensoñación. Alguien le colocó una mano sobre la espalda y lo devolvió a la realidad, le puso la cabeza sobre los hombros mientras desechara la idea de hacer de fauno y perseguir a la doncella anónima que irradiaba sensualidad. Se volvió despacio, intuyendo a quién pertenecía esa mano.

—Debo estarte agradecido, Camani.

—¿Por qué?

—Me has salvado la vida dos veces. Estoy en deuda contigo.

—No entiendo tus palabras.

Qué lejos estaban aquellas gentes de medir los favores. Por mucho que lo intentara, a Marín le costaba comprender esa extraña generosidad de quien da algo a cambio de nada y nada reclama a lo largo de su vida. Juan de la Plaza, aunque agradecido, se atormentaba ante el hecho de deberle la vida a Marín de Urtubia, hecho que le habría impedido matarlo si lo considerara preciso. Él, Marín, se encontraba ante Camani en situación semejante. Camani, por el contrario, en nada valoraba su generosidad desinteresada.

—Cuacanagari quiere hablar contigo —dijo con cierta solemnidad.

El vasco lo siguió hasta la cabaña del cacique. Los rapazuelos habían ultimado su confrontación y descansaban tumbados en el suelo, matando el tiempo en devorar hormigas blancas y en despiojarse y alimentarse con sus propios parásitos. Cuatro hombres asaban a fuego lento un gran manatí recién capturado en lo que era el ágora de la aldea, y los ojos carbonizados de la desafortunada bestia lo siguieron cuando entró en la cabaña del cacique.

—Marín —anunció Camani, haciendo una ligera reverencia.

Cuacanagari no estaba solo. Ocupaba su orondo cuerpo, distinto del de sus súbditos, con grasas que le otorgaban formas femeninas, como si hubiera sido alimentado de forma especial para hacer de él un cacique del mismo modo que las hormigas alimentan a sus reinas con manjares exclusivos que las hacen regias, un trono rudimentario, pero que tenía su mismo fin, el de causar impresión a los suyos y a los visitantes, y la misma finalidad tenían las numerosas joyas que lucía y que tan feliz habrían hecho al Almirante de encontrarse entre ellos. A su alrededor

había un consejo de seis indios taínos, sin duda los notables del pueblo, los más ancianos o fuertes. Tomó asiento Marín en medio de ellos, por indicación de Camani, tras resistirse a hacerlo, pues sentándose quedaba su cabeza mucho más abajo que la de su oponente, que eso era lo que buscaba el reyezuelo. Cuacanagari habló despacio dirigiéndose a él, y adornaba de vez en cuando su parlamento con ademanes suaves de las manos que indicaban lo amables que debían de ser las palabras de quien a punto estuvo de ejecutarlo.

Buscó Marín, perentoriamente, la traducción de Camani.

—Te dice, una vez más, que te ha salvado la vida porque eres un hombre valeroso que un día condujiste a los taínos hacia la victoria sobre los caribes; que te perdona por lo que hayan podido hacer los castellanos con los suyos.

En aquel momento, Marín se puso tenso y lanzó una mirada de desafío al cacique.

—¿Él perdona? ¿No soy yo quien debe perdonar la matanza alevosa de todos los míos?

Cuacanagari se detuvo, inquiriendo a Camani que le tradujera lo que le decía el extranjero. El intérprete taíno suavizó cuanto pudo las palabras del vasco, les quitó el hierro que llevaban implícitas.

No estaba muy seguro Marín, ni se fiaba de aquella gesticulación benevolente después del tormento. Seguía siendo un testigo incómodo si, por cosas del destino, Cristóbal Colón conseguía regresar de nuevo a la isla y él hablaba. Sabía lo que había sucedido y sus declaraciones acerca de la traición de los taínos podían conllevar el fin del cacique que en aquellos momentos lo halagaba con palabras y gestos que se le antojaban falsos. No era muy diferente aquel poderoso emplumado de los prohombres de sus tierras, tan fatuo y engolado como ellos, tan falso y teatral, coartando con la mirada y los gestos, emborrachado de su poder y alimentado por él. El poder no tenía conciencia, ni siquiera allí, en aquellas tierras perdidas del dominio divino en las que la intervención del Creador parecía nula.

Dio una palmada el cacique y uno de sus hombres entró en la cabaña portando unos objetos envueltos en hojas de palma secas. Sólo cuando los dejó en el suelo y los desenvolvió, Marín vio lo que eran y su visión le causó viva consternación. Se trataba de dos arcabuces robados por los taínos a los defensores del fuerte Navidad, que ni tiempo tuvieron para utilizarlos. Cuacanagari hizo gestos vehementes a Marín para que los tomara.

—Quiere que le enseñes cómo funcionan.

Con sumo placer demostraría su uso sobre su propia persona. Un disparo a bocajarro, entre los ojos, para mandarlo al infierno de una vez por todas. Tomó uno de ellos con devoción. Se imaginó los brazos que lo habían empuñado y que ya no estaban entre los vivos. Acarició la culata y el cañón con amorosa pasión. Había herrumbre en él; llevaba demasiado tiempo silencioso y expuesto a la humedad de la selva. Lo sostuvo, emocionado, como un tesoro, pues era un nexo civilizado que lo retrotraía a su mundo.

—¿Puede funcionar?

El vasco movió la cabeza con desaliento. No había pólvora, faltaba la munición y los cañones estaban corroídos completamente por el óxido, ya no servían para nada.

Siguió hablando Cuacanagari, insistiendo una y otra vez en que utilizara el vasco el arcabuz, sin que entrara en razones.

—Explícale que el arcabuz está muerto. Díselo así.

No pareció convencerse cuando Camani tradujo sus palabras. Quería ver salir por aquella boca el fuego que tanto lo aterrorizaba, seguramente para dominarlo y librarse del horror que les causaba o experimentar con los suyos. Una y otra vez insistió hasta que Marín, harto de explicaciones, se levantó bruscamente, tomó el arcabuz entre sus manos y lo partió contra el suelo.

—No hay armas castellanas entre los taínos, no las habrá salvo las espadas, y éstas también caerán de vuestras manos, os cortarán a vosotros mismos por vuestra impericia. No sois dignos

de llevar nuestras armas —dijo un Marín que no esperaba traducción de sus palabras—. Sois un hatajo de ladrones y asesinos.

Se hizo el silencio tras el vibrante parlamento del vasco que, pese a no ser traducido, dejó muy impresionados al cacique y a sus notables. Estuvo un buen rato deliberando Cuacanagari con ellos, en voz baja, cubriéndose la boca con las manos, como si temiera que el vasco leyera el movimiento de sus labios, y al final se volvió hacia Camani y lo instó a que hiciera saber a Marín la decisión que habían tomado.

—Tengo que decirte algo importante.

—¿Positivo?

—No entiendo.

—Bien, sigue.

—Cuacanagari te nombra caudillo de su aldea. Te ordena que instruyas a su gente, que los prepares para repeler una posible incursión caribe en su territorio; que organices la defensa del poblado, pues conoce tu pericia como guerrero.

Sin duda debía la vida al éxito espectacular que obtuvo en su enfrentamiento con los caribes. Ésa debió de ser la causa por la que, en última instancia, le perdonaran la vida. Ahora el cacique iba más lejos y le ofrecía la jefatura militar de sus gentes. ¿Iba a aliarse con los asesinos de los suyos? ¿Instruir a quienes masacraron, decapitaron y quemaron a Juan de la Plaza, a Juan Sánchez y a tantos otros? Así iba a sellar su traición, ayudando a los asesinos de los suyos. Marín se dejó guiar por el pragmatismo. ¿A quién prefería teniendo que pasar toda su vida en la isla?, ¿a los taínos o a los caribes? ¿No era mejor esta situación que vagar eternamente por las selvas hasta que la soledad lo rindiera por la locura y una enfermedad lo matara lentamente? ¿No le estaban ofreciendo aquellos salvajes, sus enemigos, una posibilidad de volver nuevamente al colectivo humano tras haber pertenecido al colectivo animal durante meses? La historia daba tantas vueltas que hasta podía convertirse en amigo de sus enemigos.

Aceptó. Sellaron el acuerdo cruzando los brazos y pasándose, mientras reían, un tizón encendido de tabaco. Fumaron hasta muy entrada la noche. Luego comieron, hasta hartarse, las carnes de aquel manatí que se había estado asando a fuego lento mientras deliberaban. Finalmente le fue concedida una muchacha para su solaz, una de las muchas hijas de Cuacanagari, lo que sin duda era un goloso presente que hablaba de la ascensión social del vasco en la nueva sociedad a la que pertenecía.

Era una hermosa criatura, aunque, por mucho que lo intentara el vasco cuando se quedó con ella a solas en la cabaña que le habían destinado como alojamiento, no podía verle la cara, porque agachaba la cabeza y una tupida cabellera la velaba. La tomó por las manos y la acercó suavemente, despejó su rostro de la mata de pelo pero ni aun así pudo conseguir que la tímida muchacha alzara los ojos y lo mirara. Era, sin embargo, muy parecida a su amada Canayma, o puede que todas las tainas se parecieran. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano, bajó por su cuello, se detuvo justo antes de llegar a sus pechos.

—¿Cómo te llamas?

Guardó silencio, seguramente porque no lo entendía.

—Tu nombre —insistió, golpeando con el índice su frente.

—Cuanagui —dijo finalmente, aunque sin levantar la mirada.

Tal temblor le vino a la muchacha, tal azoramiento y castañetear de dientes, tanto sudor cubrió en un instante sus carnes, que Marín optó por no tomarla, pese a que mucho era su deseo y de forma dolorosa se le manifestaba.

—Ven. No te haré daño. Ni te comeré —dijo con tono conciliador, dejando a un lado las caricias.

La rodeó con sus brazos, sumió su cabeza entre sus pechos temblorosos y se durmió a pierna suelta una vez que el latir del corazón de aquella muchacha dejó de impedirle el sueño.

Capítulo 18

Lo primero que hizo Marín, en posesión de su nuevo cargo, fue reclutar a unos cuantos taínos para levantar una empalizada que rodeara todo el poblado y sirviera de defensa. Concentró a los más jóvenes y fuertes por la mañana temprano, aunque aquella raza, bien era consciente de ello, adolecía de una alarmante falta de musculatura y dos de aquellos seres delgados y mal alimentados, juncos de carne sobre la estructura de la débil osamenta, apenas equivalían a uno de los suyos. Pasó revista al que iba a ser su ejército de zapadores. Desechó a algunos por demasiado jóvenes, que mejor estarían disfrutando de sus años de pubertad jugando al *batey* y cortejando a las muchachas con la mirada, y se quedó finalmente con una veintena. Impartió instrucciones a través de Camani, que seguía siendo el taíno imprescindible de siempre, para que fueran a la cercana selva y talaran las ramas más fuertes de una docena de árboles fronterizos con el poblado, procurando que su anchura y longitud fueran las mismas. Marín de Urtubia los vio trabajar con tesón mientras se recostaba contra un árbol y Camani hacía lo propio en otro cercano.

Los súbditos de Cuacanagari usaban con destreza las hachas que habían arrebatado a los castellanos del fuerte Navidad, y cada golpe que daban, encaramados como monos a los troncos de los árboles que atacaban, estremecía el ánimo del vasco cuando las imaginaba en manos de amigos que ya no estaban entre los vivos.

—¿Tomaste a Cuanagui? La curiosidad de Camani lo sacó de su abstracción. Marín negó con la cabeza.

—Temblaba como un junco cuando le puse la mano encima.

—Puede ofenderse Cuacanagari si no lo haces. Puede tomarlo como un desprecio a su hija.

—No me veo capaz de hacer el amor a una muchacha aterrorizada. ¿No ha conocido varón?

Hubo unos instantes de silencio relativo. Las ramas de los árboles, segadas a hachazos, se desplomaban pesadamente al suelo, y cada amputación era saludada por un grito de júbilo por su artífice y por los alaridos de protesta de los monos, que debían mudarse al árbol más próximo.

—¿Qué fue de tu mujer, Canayma?

Involuntariamente se le nubló la vista mientras una lágrima luchaba por rebasar su ojo y todo él luchaba por controlar sus emociones.

—Murió mientras huíamos. No pudo resistir el parto.

—¿Y el niño?

—Murió con ella.

No podía adivinar el taíno cuánto le incomodaba aquel interrogatorio, lo cruel que le resultaba recordar a su amada Canayma, a la que no podía quitarse de su corazón y era una imagen vivida en su alma, que no moría, sino que se agigantaba con el discurrir del tiempo. Seguía agonizando de amor por ella, la oía no bien cerraba los ojos, la amaba no bien dormía. Afortunadamente, su ejército de cortadores de leña terminó su trabajo y se reunió con ellos con una buena cantidad de ramas bajo el brazo, lo que lo distrajo de su pena, y todos regresaron a la aldea en silencio.

Dibujó Marín, con la espada que había recuperado, un perímetro alrededor del poblado y ordenó que clavaran aquellas estacas, hundiéndolas en el suelo unos palmos y siguiendo la línea, que apelmazaran la tierra a su alrededor, que no dejaran espacio entre una y otra. Fue preciso que se cortaran más ramas. Se hizo. Iban y venían los taínos con las estacas bajo el brazo y un nuevo ejército, reclutado esta vez por Camani, se esforzaba en construir la empalizada. Pronto quedaron mutilados de sus ramas los árboles más próximos y tuvieron que acudir a árboles más lejanos.

—Y ahora —dijo Marín sin reparar en que su ejército de trabajadores estaba exhausto por el

esfuerzo después de seis horas de laborar sin tomar un respiro— debéis atar con bejucos todo lo que habéis plantado, para que quede tenso y erguido, por la parte de arriba y la de abajo. Aquellas cuerdas mágicas que la naturaleza otorgaba sirvieron para dar consistencia al muro de madera que ya rodeaba por completo la aldea. Marín lamentó que no hubiera brea, pues una capa de esa sustancia daría más dureza y resistencia a la empalizada. Se congratuló, no obstante, de cómo quedaba. Se paseó a su alrededor, circunvalándolo y probando de vez en cuando su resistencia recostando su ancha espalda contra aquel muro defensivo, que era mucho más alto que su persona.

—Habría que afilar las puntas de las ramas —le dijo a Camani, que lo seguía en su inspección.

La luz del sol ya huía y la selva quedaba sumida en el plácido silencio que precedía a la noche. Los vistosos guacamayos amagaban su cabeza bajo las alas multicolores que, faltas de luz, languidecían. Los enormes murciélagos levantaban las alas y salían de sus guaridas iniciando sus frenéticos y zigzagueantes vuelos entre los troncos de los árboles, sin estrellarse. Y manadas de monos habían dejado de lado sus protestas ruidosas al ver los árboles despojados de sus brazos y se disponían a ubicarse en otra zona.

—¿Por qué? —insistió el intérprete de Guanahaní, comprobando que su amigo se perdía nuevamente en la belleza del paisaje.

—Este muro detendrá, en un primer momento, un ataque de los caribes, pero ellos intentarán saltarlo. Cuando lo hagan, las afiladas puntas que labraremos en sus extremos se hundirán sin piedad en sus vientres, los empalarán, mi amigo, quedarán ensartados en ellas como en las mandíbulas de un monstruo.

La construcción continuó al día siguiente. Apenas durmió Marín, obsesionado como estaba en su obra defensiva, ni aplacó su deseo en la muchacha taina que le habían otorgado para su solaz. No la miró ni la tocó, abstraído como estaba en la finalización de la obra que le había sido encomendada. Se alzó con las primeras luces y fue él mismo quien, ya sin ambages, sacó de las cabañas a los somnolientos taínos, los sacudió hasta despertarlos y los llevó de nuevo hasta la empalizada.

—Afilad las puntas —les dijo, sobre todo con gestos, algunas palabras tainas, las pocas que conocía, y la mayoría castellanas—. Cada rama debe ser un cuchillo que se clave en las entrañas de vuestros enemigos. ¿Oís? Mil cuchillos defendiendo vuestro sueño, vuestras mujeres, niños y ancianos de esos caníbales monstruosos. Quiero puntas como la de mi espada. —Y la sacaba de su funda y mostraba su extremo.

Asintieron. Se pusieron en ello. Aquél fue, verdaderamente, un trabajo de artesanos, pero dio sus frutos. Cada rama clavada en el suelo fue diestramente afilada a golpes de hacha, lijada con esmero, y su punta endurecida a fuego. Cada una de las más de mil gruesas ramas que formaban el perímetro defensivo de la aldea, y que nada tenía que envidiar al del infausto fuerte Navidad, fue convertida en lanza mortal. Marín se encaramó y probó su filo en la palma de su mano. Sangró con abundancia cuando aquella dentada muralla rozó su piel, sin presionar, y lamió su sangre con loco alborozo.

—¿Qué te parece?

Camani estaba a su lado y contemplaba la obra arquitectónica del vasco. Asintió con admiración.

—Seremos inexpugnables. ¿Me oyes? Pocos conseguirán rebasar esta muralla, y los que lo hagan serán exterminados cuando pisen de nuevo tierra.

La muralla estuvo terminada al cabo de varias jornadas de duro trabajo. Dejaron una única entrada en uno de los extremos, que podía cerrarse en caso de asedio y dejar la ciudadela herméticamente aislada. Por aquella puerta salió Cuacanagari en compañía de sus notables y Marín le sirvió de guía en el recorrido que hizo por el exterior de la empalizada. Iba deteniéndose el cacique de vez en cuando, probando la resistencia de aquellas paredes con su

orondo corpachón, y mostraba su satisfacción con gruñidos de asentimiento, cabezazos y untosas sonrisas dedicadas al arquitecto.

—Dile que aún no he terminado —espetó Marín con excitación a Camani—, que la fortaleza será todavía más imbatible cuando un doble foso la circunde.

Empleó esta vez, para la construcción de la doble zanja, a todos los miembros del poblado en edad de trabajar, hombres y mujeres, y aunque nadie comprendía, ni estaba acostumbrado a sus prisas, lo obedecieron mansamente sin chistar. El castellano, con su ímpetu, alteraba el ritmo plácido de aquellas tierras, aceleraba el reloj de gentes acostumbradas a saborear el tiempo sin prisas. Les llevó dos días completar las zanjas, que abrían sin saber su utilidad, pensando para sus adentros que el influyente hombre blanco había enloquecido. La primera de ellas fue excavada al pie mismo de la empalizada, de una profundidad similar a la de un cuerpo humano puesto en pie, de modo que los futuros asaltantes se hundieran en ella y lo tuvieran aún más difícil para iniciar el escaló, pues la zanja, una vez que se caía en ella, duplicaba la altura de la empalizada. La segunda se hizo a cuatro pasos de la primera para que quienes se hundieran en ella necesitaran el doble de esfuerzo para llegar a la segunda y la suya fuera una carrera de obstáculos. En ese intervalo entre una y otra, la avalancha de atacantes podría ser detenida, lanceada y aflechada a discreción. Marín ordenó que ambas fueran rellenas con toda clase de plantas venenosas, urticantes o puntiagudas, de modo que quienes cayeran en los fosos salieran ya malheridos y debilitados de ellos, y lamentó el vasco no poseer aceite para trazar una barrera de fuego impenetrable a su alrededor. Un solo puente salvaba el obstáculo y permitía el paso pacífico y sin sobresaltos al interior de la ciudadela.

—¿Así son las ciudades en tu mundo? —le preguntó Camani cuando ya definitivamente parecían ultimadas las líneas defensivas.

—Mejores —le contestó con orgullo Marín—. Los muros son de piedra, no como éstos, de madera; de pura roca, como los de las montañas, que ni cien cañonazos los derriban. Los fosos son mucho más profundos y están rellenos de agua, como ríos inexpugnables capaces de ahogar ejércitos, y por las troneras de las murallas pequeños orificios permiten disparar arcabuces y flechas sobre los asaltantes y, desde lo alto de los muros, grandes cacerolas repletas de aceite hirviendo, un líquido que quema hasta la muerte a quien lo recibe, son arrojadas a los enemigos que intentan el escaló. Esto que he hecho no es más que un esbozo de las fortificaciones de mi mundo.

—Pero estos muros ahogan, nos cierran —se lamentó el taíno—. No nos dejan libres. No nos dejan ver la selva. No dejan que el aire circule dentro de nuestro poblado. Es como si estuviéramos encerrados, sin posibilidad de escape, saliendo todos por el mismo lugar, cuando antes la selva nos rodeaba y éramos libres de fundirnos en ella. Trasladas tu mundo al nuestro, y eso no sé si es bueno.

—En la vida se han de tomar decisiones. La opción ahora está entre la libertad que antes teníais, pero que conllevaba un grave peligro para vuestra seguridad, precisamente por su abertura al mundo exterior, o la defensa de vuestra vida que os ofrezco con este sistema cerrado. Es el miedo y la amenaza el peor enemigo de la libertad. Y me habéis pedido, precisamente, que os defienda de vuestros enemigos. ¿Cómo hacerlo sin poner estas barreras que tan vivamente criticas?

Se completó la defensa destacando centinelas en la costa, sobre el montículo que dominaba las dos playas más cercanas en donde había más posibilidades de producirse un desembarco, que vigilaban día y noche por turnos, y otros en las copas más altas de los árboles que rodeaban el poblado, en improvisadas atalayas que quedaban ocultas por el ramaje.

Aquella noche por fin descansó Marín, y su mente, despejada y libre de la tarea que le habían encomendado y había llevado a buen fin, estaba para otras cosas.

Cuando entró en su cabaña llamó a Cuanagui con voz suave, le hizo un gesto con la mano para

que se acercara, y obedeció la grácil y virginal hija de Cuacanagari con su temblor habitual de hoja de árbol agitada por el viento.

—Aún no te he visto bien la cara —le dijo a la muda muchacha, levantándole la barbilla—. Bonitos labios, bellos pómulos, pero de quedarme con algo te cortarían las orejas —continuó, acariciándose las y palpando los aros de oro que las embellecían.

Permaneció muda, mirando al suelo, con los brazos cruzados sobre el vientre.

—Tu padre se va a enfadar si no te hago mujer —le dijo mientras recorría con el dedo el achatado perfil de su cara—. Si te he de ser sincero —confesó con una sonrisa—, no tengo mucha experiencia en desflorar doncellas. Permanece quieta, tranquila y déjate hacer.

Y mientras hablaba la tomó en brazos, comprobando lo leve que era, la depositó sobre la esterilla que recubría el suelo de la choza y se dedicó a recorrer, beso a beso, su piel sudorosa, desde el cuello hasta las ingles, deteniéndose con delectación en su tierno monte de Venus, notando entonces otro temblor bajo sus labios, que no era de miedo sino de placer, mientras las piernas se aflojaban y la dureza tensa de sus muslos se desvanecía.

—Voy a entrar en ti muy despacio —le dijo, colocándose encima—. Puede que te duela algo al principio, pero procuraré que no sea así. Seré marido dulce contigo, aunque ganas tengo de penetrarte con ferocidad y dejar mi homenaje en tu vientre sin más, gacela asustada.

La abrazó y miró sus ojos. Los abrió por primera vez y los fijaba en la cara del castellano, que tan próxima estaba a la suya. Compuso una mueca su boca y se abrieron del todo sus párpados cuando se hincó la lanza del hombre entre sus piernas. Gimió de dolor y Marín bebió la lágrima que surcaba su rostro e iba camino de su boca. Toda la noche estuvo el hombre entretenido en su masculino menester, paciente, restañando el sudor de su frente con sus labios, aliviando con caricias el dolor de su ayuntamiento, hasta que, al alba, el enésimo intento rompió la barrera natural que impedía gozarla por entero y pudo fundir su néctar en el mar de sangre de la princesa virgen.

Capítulo 19

Marín intentó levantarse de su lecho de algodón trenzado que ya guardaba la silueta húmeda de su cuerpo, pero no pudo porque ella lo retuvo, aunque bien es cierto que no opuso resistencia alguna a tan agradable violencia. Su amante lo tenía aferrado entre sus piernas, tan dulcemente inmovilizado y aprisionado que aquella cárcel era bendición, y la muchacha anhelaba ser tomada una vez más según hablaba el pálpito de su pecho, el sudor que le corría por el cuello y la tensión de su vientre.

Muchas veces la tomó a lo largo de los días que permanecieron celebrando el matrimonio en la intimidad de la cabaña, hasta que se hartó, aunque de ese hartazgo su estómago nunca pareciera lleno, pero más se asombraba de lo dispuesta al amor que era aquella criatura tras haberse mostrado al principio renuente y temerosa por el contacto carnal. Tal ardor mostraba la virgen recién desflorada que no comían, no dormían, no veían la luz del sol y permanecían todo el día estrechamente abrazados como si de un solo cuerpo se tratara, saciando, al parecer, la única necesidad que tenían. ¿Era eso de nuevo amor? ¿O más bien Marín veía en la joven Cuanagui la imagen de su amada Canayma, cuyo recuerdo permanecía fresco en su corazón?

En los escasos momentos en que la hija de Cuacanagari dormía y le daba tregua, el vasco la observaba tratando de imaginar sobreimpresos sobre su rostro los rasgos de la desafortunada coja. Tenía su mismo color de piel, parecidos cabellos, más hermosos y largos los de Canayma, que le llegaban hasta las nalgas, que los de Cuanagui, bonitos ojos almendrados, incipientes pechos de adolescente que aún no habían brotado y germinaban en su torso, y las gruesas piernas con ausencia de tobillos que caracterizaban a las muchachas de su raza. Tras haber saciado con ella todo el apetito acumulado en sus meses de soledad, una luz de ternura se abrió paso en su corazón, y cuando la tocaba, despacio, mientras dormía entre sus brazos en la hamaca, no podía paliar el sentimiento de cariño que sentía por la desvalida muchacha cuya edad no sería mucha, que en su mundo debería estar jugando con muñecas con otras niñas y quizá habría tardado tres o cuatro años en conocer varón, mientras en el suyo maduraba a la misma endiablada velocidad que todos los frutos del edénico jardín que era la selva. Recordó Marín a su hermana, la lasciva Caney, que tanto había soliviantado la hombría de Juan de la Plaza; coqueta, calculadora y provocativa, la princesa arrebatada por la fuerza a su padre Cuacanagari, que fue determinante para que la cólera se abatiera contra los castellanos, y se preguntaba si ambas serían hijas de la misma madre. Eran distintas sus hermosuras, pues no hay dos mujeres iguales si no es que nacen de un mismo parto. Mientras la de Caney era felina, volcánica, la de su amante era mucho más apacible y serena.

Cuanagui dormía sobre su pecho. Sentía el vasco sobre su piel sus suaves volúmenes, su aliento, el pálpito de su corazón y la caricia de su melena que se enredaba en el hirsuto vello de su tórax. La acarició, mas no con lascivia, sino vertiendo en esas caricias un amor indefinido que precisaba entregar a alguien. No podía enamorarse de quien acababa de conocer, se decía, pues aunque su cuerpo ya no tuviera secreto alguno, nada sabía de ella más de lo que a través de su físico pudiera fantasear, pero su corazón precisaba del amor, real o ficticio, como bálsamo a tanto sufrimiento pasado. Habían cicatrizado las heridas de su piel, mas no las de su alma, que seguían en carne viva, y no podía evitar pensar en Canayma cada vez que abrazaba o besaba a la muchacha. Aquello —y en su insomnio recorría con la mirada las paredes de la cabaña en donde se alojaban, una de las más espaciaosas de la aldea por orden expresa del cacique, que parecía dispuesto a compensarlo por sus servicios pasados y por su valor presente, con dos gruesas columnas en medio de ella, de donde colgaba la enorme hamaca de algodón blanco que contenía ambos cuerpos— tenía el aspecto más parecido a un hogar después del que perdiera en el fuerte Navidad. Aquel vientre hermoso, ligeramente abombado —y lo miró primero, lo tocó después con suavidad, hundiendo tímidamente el dedo en el ombligo hasta provocar su estremecimiento—, podría ser el hogar temporal de vástagos que nacieran con

ojos azules y rasgados, con tez aceitunada pero más altos, con cabellos no tan negros pero no lacios, sino rizados, una nueva raza de mestizos que poblarían las islas y serían el símbolo del entendimiento y el encuentro de esos dos pueblos tan dispares entre sí. Volvía a ilusionarse por una nueva vida que se le abría, integrado en la sociedad taina. Sería uno más de ellos, compartiría su paraíso con ella y renunciaría a su mundo definitivamente, pues nunca iba a volver a él.

Cuanagui se desperezó y le tocó la cara con su pequeña mano. Con mirada luminosa, siguió los contornos de su rostro, jugueteó con su poblada barba, frotó su torso contra el del hombre y encendió de nuevo su deseo. Se abrazaron una vez más, se adentraron el uno en el otro mientras se fundían en sus jadeos, pero cada vez que Marín intentaba besar su boca —lo que más deseaba por estar prohibido—, ella zafaba sus labios, riendo.

—¡No sabéis lo que es besar, malditas! —renegaba en broma.

Tras la pasión venía la calma, mas no se separaban. Como si temiera perderlo, la taina continuaba aferrada al castellano y ceñíalo por la cintura, no aflojando su lazo ni cuando el sueño la rendía, para que no escapara de ella. Pero ningunas ganas tenía él de huir de tan agradable celda.

—¿Cuántas hermanas tienes? Di. ¿Y son todas tan gentiles? ¿Cuántas princesas? ¿Quién será reina?

Lo miraba sin comprender, con los ojos muy abiertos, y Marín se esforzaba en aleccionar a tan joven alumna en los conocimientos de su lengua. Fue su primera clase de anatomía, para designar los ojos, la nariz y la boca, y con mucha paciencia se empleó el vasco para que la indígena repitiera y comprendiera las palabras que le decía. Se hizo de noche y con la oscuridad brotó de nuevo el deseo adormecido, mas nunca saciado, como el hambre, que crece a medida que más se come. Marín se movió con indolencia, perezoso, sobre aquel hermoso vientre satinado de sudor mientras fundía su mirada en la suya. Brillaban en la noche sus ojos como dos cocuyos, como dos brasas, como los ojos de un gato, muy abiertos, sin duda asombrados por los gestos de placer que se dibujaban en el rostro de su amante conforme avanzaba en su posesión y se aproximaba a su éxtasis.

—Mi amor —susurró, mas no era muy consciente, al hacerlo, de dirigirlo a su amante corpórea que estaba junto a él, o si bien lo hacía a la amante que poblaba sus sueños después de muerta—. Te quiero, te quiero, te quiero —le dijo mientras besaba una y otra vez, para corroborar sus amorosas palabras, el fuerte cuello de la taina.

El dulce balanceo de la hamaca los durmió. El calor de la noche, cerniéndose sobre la cabaña, detuvo el aire. Marín aprovechó el profundo sopor de la hija de Cuacanagari para robarle un beso. A tientas, pues la oscuridad era entonces grande, total —unos cocuyos se habían reagrupado junto a la entrada de la cabaña y expandían una ligera luminosidad—, buscó sus labios y colocó suavemente su boca en ellos procurando no despertarla. Húmedos, suaves y dulces, se estremecieron bajo su contacto y farfullaron unas palabras en su lengua. Siguió besándolos, conteniendo los deseos que le venían de morderlos, pues eran tan lujuriosos como todas las hermosas frutas que colgaban de los árboles de aquel paraíso. ¿A qué sabían? A mamey, la fruta más sensual de los jardines del paraíso de aquel Nuevo Mundo. Sólo así, en sueños, conseguía besarla, pues despierta sin duda no se dejaría por la aversión de aquellas indígenas a emplear la boca en otros menesteres que no fueran los de comer o hablar. Aquellas bocas tenían una sensualidad que no tenían las de las mujeres de su mundo, delgadas, finas y breves; éstas, por el contrario, eran gruesas y generosas de labios, bocas hechas para el beso que absurdamente no se empleaban en ello. Los saboreó con tal delectación e intensidad, los midió mil veces, los chupó y aspiró, que pronto quedó sumido en el sueño reparador que viene tras haber cumplido un deseo.

¿Cuántos días permanecieron así? No los contó. No se ponen números a la felicidad, no es una

ciencia exacta que se pueda medir, como toda emoción y explosión de los sentidos. Entre los brazos de aquella criatura, regalada como presente por su padre, había conseguido mitigar el dolor que le causaba la muerte de Canayma. Besando la geografía de su cuerpo, sus valles y montañas, sus bosques y dunas, buceando en su mirada, olvidaba la lejanía de su tierra. Pronto se acostumbró a la vida feliz de ese estar sin hacer nada absolutamente, algo para lo que no estaba preparado. Tenían hambre, y esa necesidad los habría hecho salir de la cabaña y poner fin a sus continuos ayuntamientos, aunque sólo fuera para repararse y volver a ellos de nuevo con más intensidad. No fue necesario. Les llevaban, todas las mañanas, en una gran hoja habilitada como bandeja, frutos exquisitos y pedazos de carne asada de no se sabía qué bestezuela.

—¿Lo envía tu padre como presente?

La untó un día, desde la cabeza hasta los pies, con el jugo de un mamey maduro, que se deshacía entre los dedos, y ella rió mientras se dejaba hacer. Esparció su carne reblandecida por su piel hasta que quedó sólo entre sus dedos la cáscara huérfana. Lo saboreó luego sobre su cuerpo, despertando sus risas cuando sus labios se detuvieron unos instantes en los abultados pezones oscuros y simulaban devorarlos.

Marín dejó de haraganear, más por aburrimiento que por necesidad. La pereza era tan pecado capital como la lujuria; dos pecados más serían demasiados para su alma cuando encontrara clérigo que aceptara hacerse cargo de sus culpas y administrarle severa penitencia. Un día consiguió desprenderse del sólido abrazo de su amante y echar pie a tierra, haciendo caso omiso de sus ruidosas protestas y de su llanto. ¿Tanto lo amaba ella? ¿Eran sinceras aquellas lágrimas que se derramaban de sus ojos y aquel estallido de dolor que se reflejaba en el rostro mientras alargaba el brazo para detenerlo, pero su cuerpo permanecía tendido en la hamaca?

Salió al exterior, débil y torpe, después de su encierro amoroso, y se dio cuenta al intentar andar de que le fallaba la coordinación de sus movimientos. Tanto tiempo tumbado en la hamaca lo había dejado poco menos que inválido. Recorrió la aldea sonriendo a diestro y siniestro, moviendo la cabeza y ajustándose el taparrabos de algodón a la cintura, buscando el rostro de Camani. No lo encontró en su recorrido. Mirábanlo, sobre todo, las mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, y ocultaban sus rostros vergonzosos cuando les devolvía la mirada. Fue cuando llegó a la plaza principal que Camani le salió al encuentro. Apareció en la entrada de la cabaña real de Cuacanagari y se dirigió a él con una amistosa sonrisa mientras lo abrazaba.

—¿Sometiste a la virgen o bien fue ella la que te sometió?

—Lo que tiene de joven lo tiene también de fogosa.

Se sentaron sobre el tronco cortado de un árbol mientras una nube de chiquillos revoloteaba a su alrededor.

—Tendré que trabajar —le dijo Marín tras un instante de reflexión—. Porque me imagino que se trabaja en tu mundo para ganarse la comida.

—Tú, no —fue la concisa respuesta de Camani.

—Por lo menos cazar. Quiero ganarme la carne que me como.

—Si es por divertirme, sea.

Si no tenía que trabajar, ni salir a cazar, ni a buscarse techo, ¿no era que ya estaba en el edén? Cazó por diversión. Salía de buena mañana en compañía de Camani y se internaba sigilosamente por la selva armado de arco y flechas. Volvía a la cabaña al atardecer, con las piezas colgadas de la cintura, tintándole de sangre las piernas: monos, hutías, guajolotes, iguanas, que su compañera asaba no bien ponía un pie en la cabaña.

—¿Sois conscientes de que os encontráis en el paraíso? Nadie, salvo nosotros, conoce de vuestra existencia en este rincón oculto del mundo —le decía Marín a Cuanagui, que lo miraba fijamente como si entendiera todo lo que decía—. Estáis aquí perdidos, disfrutando de vuestro jardín del edén, y si el Almirante no vuelve porque haya naufragado o porque los reyes hayan

decidido no sufragarle más expediciones, permaneceréis por los siglos de los siglos sin saber nada de que al otro lado existen otros mundos, sólo por los areitos, en los que hablaréis de nosotros, de nuestra llegada, de cómo os alegrasteis y cómo luego os sumisteis en la decepción. Cuanagui chupaba un hueso de guajolote que le dibujaba un delgado bigote de carbón sobre el labio superior. Tenía una expresión cómica que hizo reír a Marín.

—Repasemos tus conocimientos. ¿Qué es esto? —Marín se tocó, ostensiblemente, su ojo derecho.

Siguió la taina en su tarea de absorber el máximo de carne de aquel hueso, ya huérfano de ella, mientras sus cejas espesas se fruncían y una arruguita se dibujaba en la frente.

—O... —balbuceó.

—Sigue, sigue...

—Ojo.

—¿Y esto? —Se rozó los labios.

—Bo... ca.

—Hermosa, inteligente y amorosa. ¿Qué me pedirás, Señor, a cambio de este maravilloso obsequio?

Capítulo 20

El regreso de Marín a la aldea no pudo ser más providencial. Dos días más tarde, un acontecimiento iba a poner a prueba las defensas que había ideado. Los centinelas destacados en la costa advinieron del desembarco de una importante partida de indios caribes en la cercana playa. Los vieron llegar del mar, en cuatro de sus grandes canoas en las que la aterradora efigie de Maboya, el dios del mal, iba bien asentada en la proa. En cada una de ellas debían de ir al menos una cincuentena de ellos, y antes de que tocaran tierra ya habían dado la voz de alarma.

—¡Caribe! —gritó uno de los emisarios, exhausto por la carrera, entrando en el poblado por la puerta y derrumbándose a los pies de Cuacanagari mientras hacía gestos de horror y movía los brazos convulsivamente.

El cacique palideció y su tez se tornó grisácea mientras la papada le temblaba y el sudor resbalaba por sus manos. Trataba de disimular su miedo, pero el cuerpo se le rebelaba. El solo nombre de aquellos indios caníbales estremeció a todos y cada uno de los súbditos de Cuacanagari. Quien más quien menos los había visto actuar, sabía de su ferocidad y su bárbara crueldad, o había escuchado relatos de quienes sufrieron sus atrocidades y habían vivido para contarlos. La idea de ser devorados por ellos era atroz y ese miedo ancestral que despertaban los caníbales era precisamente una de sus principales bazas a la hora de abatir a sus enemigos. Pero también había quienes se jactaban de haberles dado su merecido en la última incursión de aquellos salvajes sin entrañas y guardaban en el interior de sus cabañas los macabros trofeos resecados de sus cabezas, a los que escupían e insultaban para infundirse valor, y éstos ya no les tenían miedo. Arrecriaron los escupitajos y los insultos sobre aquellas cabezas momificadas, les cortaron las narices con los cuchillos de los castellanos, les vaciaron las resacas cuencas con los dedos imaginando que aquellos espantajos lúgubres tenían vida y sentían el dolor y la afrenta.

En cuanto se enteró de la novedad, Marín se puso al frente de la resistencia. Armado con su espada y con su cuchillo, reunió a los más jóvenes y fuertes de la tribu, a los que tenían experiencia guerrera, y los hizo formar en la plaza del poblado. Llevaban encima las armas más variopintas, azagayas, mazas, lanzas, pero también hachas, espadas y cuchillos que habían hurtado de los cadáveres de los castellanos y que les iban a ser de gran utilidad en un próximo enfrentamiento.

Se activaron todos los dispositivos de defensa. Los centinelas, encaramados sobre los árboles en las cercanías de la aldea, acechaban la selva y los alrededores del poblado mientras todos los taínos que labraban las tierras o estaban en el río recogiendo agua se refugiaron de prisa y corriendo tras la empalizada.

Se dirigió el vasco con Camani y le ordenó que preguntara al emisario que les había dado la alarma cuál era el número de los enemigos.

El taíno hizo un gesto ambiguo, pero que sin duda describía, por la forma y la rapidez con que abría y cerraba las manos, que eran muchos, centenares de ellos.

Fue Marín a hablar con Cuacanagari y se llevó consigo a Camani como intérprete. El obeso cacique taíno estaba tenso en su cabaña real, y no había que ser muy inteligente para deducir que se hallaba aterrorizado, más que el más débil de sus súbditos. Marín lo miró con conmiseración, sintiendo al mismo tiempo pena y repulsión por él, calculando a cuántos caribes podría alimentar su grasiento cuerpo y lo que apreciarían su captura aquellos degenerados del género humano que practicaban una de las más repugnantes y envilecedoras costumbres. Se hallaban con él su esposa y sus consejeros, media docena de notables, que deliberaban qué hacer y no llegaban a acuerdo alguno: el miedo nublaba cualquier posibilidad de raciocinio y en aquellos momentos había que tener la cabeza despejada y el corazón frío para actuar sin dilación.

—Quizá sea conveniente que las mujeres, los niños y los ancianos, que no pueden combatir y

son más bien un estorbo, partan hacia lo alto de la montaña y no vuelvan hasta que todo haya pasado.

Tradujo sus palabras Camani y obtuvo una casi automática aceptación del consejo por parte del cacique taíno, tan necesitado en aquellos momentos de alguien templado que pensara por él.

—Y pueden ser Cuacanagari y algunos de los hombres los que escolten a las mujeres, ancianos y niños mientras nosotros nos quedamos a combatir a los caribes y los derrotamos.

Aquella propuesta fue aceptada con entusiasmo. Le llegaba al orondo Cuacanagari ni caída del cielo la invitación a una salida digna que le ofrecía el castellano. Hombre poco valiente y nulo guerrero, cogió la primera ocasión que se le brindaba para escabullirse y poner el máximo de tierra de por medio de sus ancestrales enemigos. Miró a su consejo y obtuvo la rápida aprobación. Luego tomó de la mano a su esposa.

Había que darse prisa en la evacuación. Ya habían entrado en la fortificación todos los vigías de la playa que habían aguantado en sus puestos hasta que el desembarco y el avance de la horda caribe habían aconsejado su rápida evacuación y repliegue. Confirmaron el elevado número de enemigos, su aspecto feroz, lo armados que llegaban, rugiendo como fieras y dándose, de ese modo, unos a otros el valor suficiente para arrasar cualquier obstáculo que se terciara en su camino.

Reinaba el pavor en la aldea, y a él no eran ajenas ni las bestias. Hasta las iguanas, los guacamayos y los guajolotes parecían excitados, y unían sus graznidos y gruñidos al coro de lamentos, gritos y llantos humanos que arreciaba. Fue a despedirse Marín de Cuanagui. La hija del cacique lloraba de manera desconsolada mientras se rebelaba a tomar parte del pelotón de mujeres que ya formaba para salir rápidamente de la fortaleza e ir a refugiarse al monte. No quería desprenderse de su amado y se abrazaba ansiosa a su cuello, buscaba sus labios, sabiendo lo que apreciaba el castellano los besos que no sabían dar las tainas, y le inundaba el rostro con su llanto repitiendo incesantemente una palabra taina cuyo significado era «contigo».

—¡Basta! —le dijo con determinación, soltándose del abrazo, pero tratando de no ser brusco con ella—. Debes marchar con los demás. Aquí sólo quedaremos los que vayamos a combatir. No quiero que te pase nada, quiero que vivas, porque te quiero. —Mientras hablaba la miraba fijamente a los ojos para convencerla de lo que le decía, para subrayar que sus palabras eran sinceras y no fruto del momento—. Y te aseguro que volverás a verme, a mí y a casi todos tus conocidos, te aseguro que esta aldea se convertirá en un mar de sangre para los caribes, en su mayor cementerio.

Partió llorando con el resto de las mujeres, que parecían una corte de plañideras en el velatorio de algún muerto. Con los ancianos y los niños, capitaneados por Cuacanagari y una docena de guerreros, salieron apresuradamente y se dirigieron a toda velocidad hacia el monte cercano con la mayor parte de las pertenencias. Pronto se los tragó la selva y ya no se los oyó, y Marín dio orden de que se cerraran las puertas y se atrancaran con troncos clavados en el suelo que hacían imposible su apertura desde fuera, y de que los centinelas estuvieran muy atentos en sus atalayas y avisaran en cuanto detectaran la aproximación de los caribes. Pero llegó la noche y los feroces indios caníbales no habían hecho acto de presencia.

—¿Qué crees? —preguntó Marín a Camani, que actuaba como lugarteniente en la defensa de la ciudadela—. ¿Han pasado de largo? ¿Buscan otro poblado?

Camani tenía entre sus brazos una espada a la que Marín se negaba mirar, pues cada vez que su vista se posaba en aquella hoja castellana una punzante aflicción le atravesaba el pecho, como una dolorosa estocada. Tenía la certeza de que aquélla era precisamente la espada que había empuñado hasta su muerte el capitán Juan de la Plaza y ahora pasaba a servir al enemigo que había acabado con su vida. Sospechaba el vasco, temiendo que no hubiera margen de error posible, que había sido el indio de la isla de Guanahaní el ejecutor material de su amigo y que

había empleado su propia espada, para más escarnio, para darle muerte. Podía ser que una mancha oscura, que ya formaba parte de la hoja, fuera la huella de la sangre del extremeño cuando su vencedor le cercenó la cabeza. Reprimió la ira que le causaba ver semejante arma en manos de Camani, pero no pudo evitar poner en duda que supiera utilizar tan digna arma correctamente.

—¿Sabrás usarla? —preguntó, señalando el acero.

—Ya la usé —fue su tranquila y cínica respuesta.

¿Y los caribes?, ¿a qué estaban esperando? Aquella maldita espera era mucho peor que el fragor del combate, cuando a cada uno lo asaltaba el miedo, lo visitaban todos los fantasmas, imaginaba lo que no veía y magnificaba al enemigo. Luego, todo era una borrachera infernal, ya no había espacio para el pensamiento, sólo para el músculo, para que aflorara el animal que todos llevaban dentro, unos más dormido que otros.

Reinaba un tenso silencio dentro y fuera de la fortaleza desde que había oscurecido. Habían apagado todas las hogueras para no delatarse, y Marín y Camani habían advertido a su tropa, de un centenar aproximado de taínos, que extremaran las precauciones y no hablaran en voz alta. Estaban los indios acuclillados junto a la empalizada, los ojos bien abiertos y los oídos atentos por si oían algún rumor del exterior. Pero reinaba un silencio profundo, espeso, preocupante, que no era normal en una selva que solía bullir de ruidos por la noche. Parecía que todos los animales hubieran emprendido la huida ante la proximidad de la tragedia, que hubiera una intuición de peligro que se palpaba en el aire. Hizo una noche tórrida, sin brisa, que discurrió con exasperante lentitud. Nadie durmió. Unos y otros se cuidaban de que nadie lo hiciera; despertaba el sereno al durmiente y éste, a su vez, al otro, al que a continuación lo dormía el cansancio. Se hacían pequeños cortes en los dedos para mantener los ojos abiertos, se golpeaban las mejillas, se pisoteaban los pies o se entretenían en untarse la cara y el cuerpo con pintura de guerra negra y maloliente, con trazos que confundían sus pieles con la misma noche, y luego se pasaban entre ellos cuencos de espeso licor alcohólico, fruto de la podredumbre de muchas frutas, que borraba bruscamente el miedo de sus cuerpos y los haría ir al encuentro de la muerte despreocupadamente y los convertiría en guerreros invencibles.

—Píntame —susurró Marín de Urtubia a Camani.

El intérprete de Guanahaní ya se había tizado por completo la cara y el cuerpo con pintura negra. Cogió un puñado de aquel engrudo oleoso con los dedos juntos de una mano, como si fuera una brocha, y lo extendió por el rostro de Marín, tizando toda la piel que la barba dejaba al descubierto; siguió luego con sus dedos por todo su cuerpo, por el torso y la espalda, por el vientre y las piernas, hasta hacerlo poco menos que invisible en la noche, tan negro como ella.

—Están ahí —dijo Camani misteriosamente, señalando la empalizada—. Al otro lado, agazapados, escuchando. Los veo.

—¿Por qué no atacan?

—Deben de estar desconcertados con la empalizada. Han estado otras veces por esta zona y no la recuerdan. La empalizada los altera, no entienden cómo la hemos construido. No se lo esperaban, pero atacarán.

—¿Cuándo?

—Al terminar la noche.

Marín miraba su propio acero. ¿A quién pertenecía? ¿Al sarnoso Alonso Chocero? ¿A Jacomel Rico? ¿Era la espada del desventurado gobernador Diego de Arana? Probó su filo con la mano, y brotó la sangre presta del fino tajo abierto en la piel.

—Toma. Te hará bien.

Camani le pasó el recipiente de licor frutal con que los taínos mataban sus temores. El intérprete de Guanahaní había bebido un buen trago de él y Marín de Urtubia dio cuenta del resto. Tuvo un efecto inmediato en cuanto lo tragó y lo hizo suyo: liberó sus fosas nasales, lo

que le hizo respirar más intensamente, rugió en su estómago tras quemar su tráquea, le abrasó la lengua a destiempo cuando ya lo hubo ingerido, estalló en su cerebro como una llamarada.

—¿Tienes miedo?

La pregunta de Camani lo sorprendió. Apenas veía su cara, que era una sombra tiznada que se confundía con la noche. Sólo sus ojos rasgados eran visibles, y también sus dientes, cuando abría los labios.

—Claro —tardó en contestar—. Por supuesto. Sólo los locos no temen a la muerte. ¿Qué nos espera luego? Mi Dios nos juzga por toda nuestra vida una vez que hemos muerto, pone en una balanza nuestros pecados, y en la otra, nuestras virtudes. Si pesan más tus pecados, tus malas obras, la condena es eterna, para siempre, y ardes en las llamas del infierno por los siglos de los siglos. Ningún cristiano en ese trance está seguro de que sus virtudes lleguen a pesar más que sus pecados, ni de que no haya dejado algún pecado del que arrepentirse. Por esa razón tengo miedo. No por el dolor de la muerte, sino por el misterio que me espera más allá de ella, de la que nadie ha vuelto para contarla. ¿Y tú?, ¿tienes miedo?

—Yo no tengo miedo a la muerte. Cuando muera seré tierra. Yo temo quedar vivo en sus manos. Mátame si es así. ¿Me matarás, Marín?

Había en aquel ruego un acento especial. Sólo le faltaba a Camani el gesto de coger la muñeca del vasco y mirarlo fijamente a los ojos para asegurarse de que sería su verdugo en el supuesto de que fuera apresado por la horda y destinado a engordar los estómagos de aquellas bestias. Era, sin duda, lo que más temía, y apelaba a su antigua amistad.

—Lo haré —le dijo, y le pareció al pronunciarlo tan absurdo, pues por una vez se hablaba de la muerte para evitar lo más sórdido y horrible de ella. La muerte dada por un amigo; la muerte que lo salvaría de una muerte dada por extraños.

Amaneció pero una niebla espesa envolvía todo el paisaje y hacía desaparecer el poblado entre aquel vapor fantasmagórico. La bruma entraba como un ser misterioso y vivo, se colaba por los intersticios de la madera, trepaba por lo alto de la empalizada, burlaba las puntiagudas picas, atravesaba la puerta cerrada, se extendía raudamente, con dedos helados, por entre las calles, ocultando las cabañas, borrándolas, difuminando al centenar de indios que se desperezaban, se alzaban, como fantasmas surgidos de la niebla, mudos, y se restregaban los ojos, y probaban, una vez más, sus armas sobre sus cuerpos.

—No me gusta —dijo Camani—. No veremos, en la niebla, contra quién combatimos, a quién matamos.

—¿Por qué tardan tanto? —se preguntaba Marín—. ¿Realmente están al otro lado? Si funcionaran los arcabuces...

Los habían probado, pese a la herrumbre que los recubría, por si aún servían de milagro. Había conseguido el vasco algo de pólvora, que los taínos que capturaron aquellas armas a los castellanos habían ocultado entre grandes hojas bajo tierra, creyendo que se trataba de una sustancia mágica, pero la pólvora, en contacto con la tierra, los gusanos, los trozos de pequeñas hojas que hormigas laboriosas habían sembrado en ella, mostrábase como un elemento tan inofensivo como la harina. Quizá como veneno sería de alguna utilidad.

La selva permanecía extrañamente muda, como si presintiera la amenaza y se hubiera vaciado dejando el campo de batalla en manos de los hombres para que dirimieran con sangre sus diferencias. Ni como testigos permanecían los muchos animales de sus árboles. Sólo los insectos se mostraban insidiosos, incordiantes, particularmente molestos, trepando por piernas y brazos, trepanando a picaduras las pieles ennegrecidas con aquella especie de brea. Marín pisoteaba furioso las cucarachas —la cosecha más desagradable de ese Nuevo Mundo, el negro racimo más repugnante— que lo cercaban con el pie descalzo, chascando sus caparazones y untándose las plantas con su carne pulverizada, mientras afilaba su espada con un pedernal, y lo mismo hicieron la veintena de taínos que tenían en su poder las espadas capturadas a los

españoles y sus cuchillos. Siniestro ruido preparatorio de la muerte, que parecían todos afiladores de guadañas. El resto de la tropa tensó sus arcos, comprobó las puntas de sus flechas endurecidas por el fuego, blandió las azagayas y macanas segando el aire con un silbido.

Un sordo gemido y un ruido de un cuerpo desplomándose desde mucha altura los puso en guardia y vino a romper el tenso silencio. Marín interrogó a Camani con la mirada y el indio de Guanahani señaló la copa de un árbol cuyas ramas aún se balanceaban.

—Los centinelas.

Alguno había caído herido de muerte, o puede que se hubiera desplomado al suelo tras pasar toda la noche en vela encaramado en su escondite y aletargado.

Ocultos por la niebla, invisibles gracias a ella, arrastrándose por el suelo, confundidos en él, la horda caribe se aproximaba a la empalizada sin ser vista, bajo un manto vegetal que les cubría las espaldas y les servía de camuflaje. Vistos desde lo alto era como si una gran masa de hierba se desplazara por aquellos metros que la mano del hombre había ganado a la selva, un mar ondulado y verde que progresaba con lentitud e inexorablemente hacia la empalizada que les barraba el camino. Llegaron a la primera zanja y algunos cayeron en ella. No profirieron ni un solo grito, inmunes como eran al dolor, apretaron los dientes mientras sufrían la caricia despiadada de las muchas espinas, el veneno de las plantas en su piel, las picaduras de los insectos, el asalto de serpientes que habían anidado naturalmente en aquella trampa de caos vegetal. Luego se pusieron en pie, desembarazándose de su cobertura vegetal, y pisoteándose unos a otros, los alzados a los caídos, salvó la horda el primer obstáculo, corriendo silenciosamente.

Un ave multicolor apareció como un fantasma irreal surgido de entre la niebla. Era grande, más que un guacamayo, y su plumaje, de un esplendor y un colorido vistosos como los de un cacique, aleteó en silencio, despacio, por encima de los caribes, cruzó la empalizada, pasó por encima de los defensores, que la miraron como un presagio, y fue a perderse en el otro extremo de la floresta, como un destello de fuego.

Fue entonces cuando se rompió el silencio, un silencio que ya no iba a reinar durante mucho tiempo, y un griterío ensordecedor, inhumano, una música aterradora compuesta a base de rechinar los dientes y golpearse el pecho atronó la selva y paralizó a los taínos que la escucharon. El ejército de diablos rojos, untados de bija para que nunca supiera el enemigo cuándo la sangre brotaba de su piel y si eran certeros los golpes, empezó el asalto. Sucumbieron muchos de ellos en el segundo foso, se rompieron las piernas al caer al fondo, se quebraron sus costillas cuando cayeron otros encima de ellos, pero llegaron a la empalizada y comenzaron a aporrearla con las mazas, con las manos, con los pies, y la madera temblaba toda alrededor de la aldea de forma frenética, se estremecía como la piel tensa que va a romperse en cualquier momento.

—¡Maldito ruido! ¡A qué esperan para saltar! —gritó enfurecido Marín, empuñando en la diestra la espada y en la siniestra el cuchillo.

Los taínos temblaban, aterrorizados, por el ritmo creciente de los golpes que aporreaban la empalizada, por los aullidos salvajes, por lo que no veían pero imaginaban, que era peor, y Marín y Camani, yendo de un extremo a otro de la formación, intentaban tranquilizar a los suyos con palabras de ánimo primero, enervándolos después con gestos feroces, animándolos a gritar también, a patear el suelo, a golpear con las lanzas la empalizada por el otro lado. La vieja táctica del amedrantamiento antes de la batalla, la inoculación del veneno del miedo como arma efectiva antes de que las otras armas entraran en juego.

—Así, así, así. Gritad hasta reventar. Sacad el miedo por los pulmones. Los vais a matar. No dejaremos a ninguno de ellos vivo, todos sin cabeza. Como la última vez: cien cabezas cortadas y un mar de sangre. ¡Muerte a los caribes! ¡A por ellos!

No daba abasto Camani traduciendo a voces las palabras del vasco, que se movía de un

extremo a otro de la formación, blandiendo sus armas ante enemigos fantasmas. En un momento, el centenar de taínos, con los cuerpos pintados de negro, pateaban con saña el suelo creyendo pisotear al enemigo caído, sajaban el aire con sus espadas imaginando cabezas cortadas y hacían movimientos hostiles con las lanzas, gritaban, aullaban, cantaban, tratando de superar el sórdido rumor de sus enemigos que crecía al otro lado de la empalizada, la terrible música de los dientes frotando unos con otros que les anunciaba lo hambrientos que los caribes estaban de carne humana.

Marín enmudeció de repente y presintió lo peor observando las caras de los suyos. Gritaban, pero no eran los suyos los gritos de vencedores, por mucho que se esforzaran en ello, sino de atemorizadas víctimas que trataban de paliar el horror de lo que les esperaba en cuanto la horda saltara la empalizada. Se dijo, furioso, que mejor habría sido enfrentarse con los caribes en la playa en cuanto hubieron pisado tierra, en campo abierto, como la otra vez, que sufrir el ataque frontal en el poblado en donde no tenían escapatoria. Los enemigos se movían libremente alrededor de la empalizada y ellos no sabían a ciencia cierta por dónde acabarían saltando.

Los primeros caribes que cayeron a la fosa y se habían lacerado con las púas y las hojas urticantes fueron aplastados por el resto, que empezó a presionar con fuerza contra la empalizada, mientras crecía el griterío. Los centinelas de los árboles lanzaron sus dardos con fortuna contra los atacantes por la espalda. Algunos caribes cayeron muertos al suelo con las gargantas atravesadas, pero otros les respondieron con las terribles flechas emponzoñadas, y aunque no alcanzaran a los centinelas en puntos vitales de su cuerpo, el solo contacto con la sangre los envenenaba presto. Uno a uno, los atemorizados taínos cercados en la aldea los vieron caer de lo alto de las copas y oyeron el chasquido que hacían sus cuerpos cortando las ramas en su descenso, el golpe sordo cuando finalmente se estrellaban en el suelo y el aullido salvaje de los atacantes celebrando cada nueva baja. Fueron exterminados, y sus sangrientos despojos, arrojados como escarnio al interior de la empalizada por sus ávidos devoradores de carne humana: brazos, piernas, miembros viriles, cabezas sin ojos caían ante la vista de los defensores e incrementaban su terror.

—¡Están hambrientos! —dijo Camani, estremeciéndose, mientras apartaba con el pie un muñón sangriento que había caído a pocos pasos de donde se encontraba—. Nos devorarán a todos —remató con pesimismo. El primer caribe que osó trepar por la empalizada quedó clavado como un insecto en su puntiagudo extremo e, inmóvil, con la punta del tronco clavada en su vientre, aún vivo, recibió una mortal andanada de piedras en la cabeza que pronto lo remataron. Rugió la turba taina ante el esperpento sangrante de su primera baja enemiga. Tras él fueron otros, y otros, los que quedaron ensartados como trofeos en lo alto de la empalizada, demonios rojos sin rostro que agitaban brazos y piernas y escupían espumarajos por la boca antes de irse al infierno. Pero los que los siguieron pasaron por encima de sus cadáveres, sin herirse, pisando sus espaldas, hundiendo un poco más las afiladas puntas de las ramas que formaban la empalizada en los cuerpos muertos, y saltaron dentro.

Marín dio la orden de ataque, aunque nadie en la terrible algarabía la oyó. Fue más contundente su gesto de avanzar decidido hacia dos de aquellos amenazadores caribes sin rostro que se le venían encima saltando y chillando y el golpe de espada que le dio a uno, que prácticamente lo partió por la cintura, y el certero tajo en el cuello del segundo, que le hurtó aire y sangre. Cayeron a plomo ambos, de bruces, besando el suelo, con los brazos abiertos, y regaron de rojo el campo de batalla.

Saltaban los caribes, ya sin pausa, pisoteando a sus muertos, y seguían empujando más y más la empalizada, hasta que parte de ésta se vino abajo con estrépito. Entraron entonces todos en tropel, aullando como perros rabiosos, y los primeros fueron literalmente despedazados por las espadas, los cuchillos y hachas que utilizaron en su defensa los taínos. Llovía la sangre del cielo

de tantos tajos y golpes, crujían los huesos y el suelo olía a mortandad. Pronto la tierra fue un insoportable barrizal en donde aún se agitaban miembros sin cuerpo que abrían y cerraban los dedos y gemían cabezas cercenadas antes de ser pisoteadas. Se fundieron cuerpo a cuerpo los hombres de rojo y los hombres de negro, se abrazaron letalmente. Llovieron flechas envenenadas, que causaron una gran mortandad entre un reagrupamiento de una veintena de taínos que fueron cayendo uno tras otro muertos, sin remisión, en medio de horribles convulsiones.

—¡Maldita sea! —chilló Marín a Camani, que peleaba codo con codo junto al vasco—. ¡Que se separen! ¡Que no vayan juntos! ¿No ven que así los matan como a moscas?

No había emisarios en aquella batalla para hacer pasar las órdenes de los mandos a los soldados. Reinaba el más terrible caos. Pronto el cuerpo negro de Marín se tornó rojo por la sangre de sus enemigos. Jadeaba, hendía la espada una y otra vez en los endiablados atacantes, la recuperaba de los cuerpos cuando éstos caían, segaba cuellos con limpieza, abría brechas en el pecho desnudando costillares y corazones, borracho de sangre, inmune a las muchas heridas que recibía, a los golpes, a los mordiscos rabiosos de los moribundos. Matar, matar, matar, como si toda la vida la hubiera dedicado a ello, con semejante pasión a la que utilizaba cuando amaba los cuerpos de las bellas tainas; era su espada, o su cuchillo, prolongación de sus brazos, los que hendían carnes convulsas y se barnizaban de sangre, hundiendo a veces el mismo puño en la herida que abría y sintiendo en la mano el violento vertido de la sangre.

Recibió un mazazo a traición, por la espalda, que lo hizo tambalearse; anduvo como borracho y estuvo a punto de caer encima de un cadáver al que le faltaba la cabeza y escupía sangre por el cuello cercenado; se volvió justo para abrazar a su atacante, que intentaba hundirle la maza en la frente, entre los ojos, y hacerle saltar los sesos. Detuvo con su mano el golpe, pero recibió tal dentellada en la muñeca que le abrió un abismo en la carne y perdió por él mares de sangre. Pudo su otra mano, mientras aquella fiera trataba de alcanzar su cuello con los dientes, como los lobos con las ovejas, sajar limpiamente su garganta, de oreja a oreja, con el cuchillo, y Marín se ahogó con la cascada de sangre que le inundó la boca mientras trabajosamente se sacaba de encima aquel cuerpo tembloroso al que se le iba la vida rápidamente.

—No podemos ganar —se dijo, levantándose, a sí mismo, apoyándose en la espada, mirándose la herida abierta de la muñeca, de la que le faltaba un buen bocado de carne—. No son humanos, Dios mío. Son peores que la más feroz de las alimañas.

Era difícil adivinar lo que pasaba y quién llevaba ventaja en la confusión de la contienda. Gritaban todos, víctimas y verdugos, de un modo espantoso, poniendo voz al coro del horror. El aire apeataba a sangre y a carne quemada, pues se habían desatado, provocados por los atacantes, algunos pequeños incendios. Vio pasar, sin poder hacer nada más por él, a un joven taíno con la espalda y los cabellos en llamas, corriendo, desesperado, en busca de agua que no encontraba, lo vio correr hasta que el dolor lo venció y las piernas le fallaron, caer de rodillas al suelo convertido ya en una pira humana y vencerse finalmente sobre la tierra tras sufrir inhumanamente hasta que la vida escapó de su ulcerado cuerpo y su carne quedó convertida en un irreconocible carbón. Vio hordas de caribes machacando cráneos de infortunados taínos hasta convertirlos en amasijo de huesos, sesos y pelos que se extendían por los cuerpos. Vio a uno de ellos haciendo buen uso de su espada, sajando una cabeza tras otra, hasta que una mortífera flecha paralizó todos sus miembros y la horda caníbal cayó sobre él y le arrancó la carne a trozos.

—El infierno, el infierno, Dios mío. Y yo en él.

Anduvo con su espada tintada en sangre, gritando, rabioso, pidiendo combate, mas nadie quería medirse con él. Todo era demasiado horrible para ser real, aquel escenario adquiriría las proporciones de una pesadilla y por un momento Marín de Urtubia creyó que finalmente había muerto y sus pecados pesaban más que sus virtudes y había sido condenado al averno. Si el

infierno estaba en algún lugar de la Tierra, ése era, al lado mismo del paraíso, cohabitando el mismo hermoso paisaje que ahora ya no era verde sino rojo de sangre.

Salieron de entre las brumas, saltando a zancadas, con los brazos armados por las terribles mazas descalbraduras de cráneos. Sonrió el vasco, enloquecido, esperándolos, abriendo la boca, gritando como un poseído por Lucifer. Eran cuatro diablos rojos, untados de bija o de la sangre de sus víctimas, que lo habían divisado y querían cazarlo, animados por su tamaño y los extraños cabellos que lucía, una buena cabeza con que adornar su cabaña. Aún tenía fuerzas Marín para empuñar la espada y manejar el cuchillo, aunque jadeaba de cansancio y le faltaba el aliento. Ensartó al primero, o fue la misma víctima quien se tragó su espada con su vientre al no poder detener su loca carrera, pero perdió el acero en aquel cuerpo atravesado y ya no pudo recuperarlo por mucho que tiró de la empuñadura, por mucho que agrandó el boquete que había abierto en su carne: sus huesos lo habían trabado. Utilizó el cuchillo para el segundo, apuñalándolo por la espalda al mismo tiempo que lo abrazaba con fuerza y lo sostenía pegado a su pecho, tan cerca que oía el corazón de la bestia palpitando junto al suyo, una y otra vez se hundió la afilada hoja entre las costillas, hasta sentirlo caer sin vida a sus pies; al tercero le rebanó la nariz sin quererlo, pues habría preferido asestarle un golpe más mortífero; al cuarto se limitó a abrirle la garganta con precisión de cirujano. Y al desnarigado, que buscaba su apéndice por el suelo, lo golpeó con sus puños una y otra vez; cada vez que se levantaba del suelo, volvía a derribarlo con terribles golpes, hasta que ya no se movió, y aun inmóvil, siguió ensañándose con su cadáver.

Sentía cansancio, hastío, asco. Cansado de tanto matar, de su propia violencia desatada que ya no podía frenar, de la que ya no era dueño, y gritó, rugió como una fiera salvaje. Y se asombraba de que matara con tanta facilidad, una vez que empezaba a hacerlo. Era un asesino despiadado, porque debía serlo para sobrevivir, y estrujaba entre sus brazos a aquellos caribes con la misma indiferencia que retorció el cuello de un guajolote. Sin cara, sin nombre, no eran humanos, no merecían consideración.

—Yo, que odiaba la sangre, Dios mío, que amaba la poesía —rió un enloquecido Marín de Urtubia, sorteando cadáveres de unos y de otros, resbalando sus pies descalzos por entre intestinos desparramados que nacían de vientres abiertos, chapoteando por el fangal formado por la sangre.

Ardía la empalizada por los cuatro costados, ardían las casas, pero no cesaba la matanza, que parecía que iba a durar eternamente. Miró a su alrededor: el suelo sembrado de cadáveres, cuerpos irreconocibles, horriblemente mutilados, que ni las fieras feroces habrían dejado en ese estado después de devorarlos. Andaban los perros mudos entre aquella orgía de sangre buscando su parte de carnaza. Uno arrastraba una cabeza sin dueño. Otro, un brazo sin tronco. Más allá, otro bebía la sangre que manaba de la fuente de un tronco descabezado.

Buscó con la mirada, entre la niebla y el humo, entre el hedor a carne quemada y sangre, a Camani. Se dio cuenta, entonces, de que los hombres rojos abundaban más que los negros, que casi ya no había de ellos, que los negros eran los que yacían mayoritariamente en el suelo. Y parpadeó, incrédulo. La batalla estaba perdida y no se explicaba cómo.

—Hay que salir de aquí.

Se volvió con mirada extraviada. Camani cojeaba a su lado, salido de entre la humareda, arrastrando una espada roja por el suelo cuya hoja aparecía mellada de tantos golpes contra cráneos. Arrastraba una pierna malherida en cuyo muslo se abría un boquete del que manaba con abundancia la sangre.

—Huyamos, yo intentaré seguirte.

Y no lo dudó Marín. Huyó. Comenzó a correr hacia la empalizada, a zancadas, sacando fuerzas de donde no tenía, derribando dos obstáculos que en su camino se cruzaron, a patadas y empellones. Habían perdido y el instinto lo llamaba a salvar la vida, a correr hacia el monte, a

buscar a quienes ahora eran los suyos. Se detuvo cuando a punto estaba de saltar por encima de la primera zanja y pisaba el cuerpo sin vida de un caribe, cuando hundía su pie en sus costillas quebradas por tantos pasos que habían dado los suyos sobre su cadáver para asaltar la aldea. Oyó un grito familiar y volvió al infierno, sobre las huellas de sus pies, con la misma velocidad con la que antes había huido.

Camani se debatía angustiado, rodeado por una docena de caribes que lo tenían acorralado y pretendían capturarlo. Había despachado a un par de ellos con la espada, descabezándolos, que eso espantaba mucho a sus enemigos, y hacía molinete con su arma para que el resto no se acercara. Giraba a su alrededor la turba, gritando, lanzándole las macanas que a duras penas conseguía el taíno desviar y que no le alcanzaran la cabeza. Entró en liza Marín como un torbellino, sin más arma que sus puños y su cuchillo. Se abrazó a uno, lo acuchilló una y otra vez mientras lo tenía cogido por el cuello y lo oprimía hasta asfixiarlo, por si la hoja no bastaba para matarlo; rodó abrazado a otro al que consiguió, con la presión de sus fuertes brazos, partirle la espalda, paró con el pie el ataque de otro; pero entonces fueron cinco o seis los que se abalanzaron sobre él de golpe, lo arrastraron por el suelo, lo agarraron por brazos y piernas, inmovilizándolo, mientras otro, colocándose de rodillas sobre su vientre, vomitándole sangre y esputos encima, levantaba la macana y descargaba un golpe sólido y brutal en la cabeza que lo hacía perder el mundo de vista.

Iba derecho al infierno, ya no había duda. Incluso sentía su calor, el fuego de las llamas. Había sido su última visión el rostro plano de una bestia pintada de rojo del que sobresalían, entre los labios, dientes negros, y entre los párpados, ojos de acero. Pensó, para su consuelo, que quizá fuera a encontrarse con Juan de la Plaza, que seguro que el extremeño, hábil como pocos hasta en los más extraños lugares, podría conseguirle prerrogativas extraordinarias que no disfrutaran los otros condenados. Incluso en un momento determinado sintió el balanceo de la barca de Caronte y supo con certeza que cruzaba la laguna Estigia con rumbo a su destino. Se preguntaba si Canayma estaría con él durante el resto de sus días.

Capítulo 21

Marín apenas entreabrió los ojos que volvió a bajar los párpados, asustado, sospechando que quizá no había muerto, y aquella creencia, lejos de alegrarle, le empapó de sudor frío el cuerpo desnudo. No se atrevía a mirar, como si sumiéndose voluntariamente en la oscuridad negara una realidad que, en lo que iba descubriendo, no era nada agradable. No vio, pero olió, eso sí, a la abundante humanidad de los que lo rodeaban, a cuerpos sudados de tanto esfuerzo que hedían peor que los animales, a orina concentrada que flotaba en el fondo de la canoa, puede que la suya propia, y a sangre, aunque de tanto olerla le afectara tanto como el agua. Luego sintió dolor, fue consciente de su propio cuerpo, y eso fue lo que finalmente lo hizo darse cuenta de que vivía para su desgracia. No había parte de él que no le doliera, pero quizá se llevara la palma la cabeza.

Creyó, por el balanceo constante y el ruido de una quilla cortando el agua, que se encontraba tumbado en el fondo de una canoa, y cuando a ciegas intentó algún movimiento y no pudo, se dio cuenta de que estaba atado por los brazos, espalda contra espalda, a un taíno que había corrido su misma suerte, aunque su compañero de cautiverio permaneciera quieto, apenas respirara. Olió entonces su sudor, su sangre, su propio miedo, y comenzó a dolerle la brecha que llevaba en la frente, producto del terrible golpe que lo había dejado fuera de combate. Pensó en Camani entonces y la última visión que tuvo de él antes de ser derribado y machacado a golpes. ¿Lo habrían matado? Con toda seguridad. Navegaban con rumbo desconocido, y el hecho de que los hubieran dejado con vida no hacía presagiar nada bueno en un futuro. Aún se resistió a mirar y por su cabeza pasó la idea de hacerse el muerto, no moverse cuando llegaran a su destino, idea que rechazó de inmediato cuando recordó la afición de sus apresadores a devorar carne humana.

Finalmente, el vasco se armó de valor y abrió los ojos tras muchas horas de tenerlos entornados. Vio el cielo despejado y resplandeciente y oyó el ritmo regular de los remos hundiéndose en el agua, como movidos por un único brazo de tan coordinados que iban. Vio las espaldas curvadas de los guerreros, los brazos que se movían todos a una, armoniosamente, sus plumas entre los cabellos grasientos, las heridas esculpidas en sus cuerpos cubiertos con bija roja que las disimulaban. Fue consciente de que era prisionero de ellos y maldijo no haber muerto en combate, como los otros.

¿Cuánto tiempo llevaban navegando? Imposible saberlo. Lo que sí supo Marín es que no iban solos pues, de vez en cuando, uno de los tripulantes gritaba, en una jerga ininteligible, a ocupantes de otras embarcaciones, y éstos les contestaban.

La barca había encallado en una playa y había cesado su balanceo. Habían llegado a su isla, al final del viaje. Entonces oyó a sus captores hablar entre ellos, en una lengua rápida y cortante, a gritos, un idioma muy diferente del dulce que utilizaban los taínos. Alguien lo cogió por los hombros, lo sacudió con vehemencia, soltó una risotada y lo desligó del taíno, a quien había ido unido durante todo el viaje. Supo entonces que su compañero de ligadura estaba muerto cuando entre tres lo tomaron y lo arrastraron fuera de la embarcación, como quien transporta un preciado manatí para darse un banquete con él. Otro, el que reía, el que tenía un aliento fétido de infierno, lo golpeó con el pie en la cara, metiéndole los dedos en la boca, hurtándolos de sus dientes cuando el vasco se disponía a darle un escarmiento y cerrar con violencia las mandíbulas, y con nuevas patadas y golpes en su dolorida cabeza lo instó a ponerse en pie.

La costa era hermosa, igual que la de otras islas, con su barrera de palmeras en primera fila y luego una abigarrada vegetación cuya visión asfixiaba. El agua no cubría en donde había quedado varada la canoa, en las primeras arenas de la playa. Un paraíso habitado por demonios sanguinarios, un jardín engañoso y letal que, bajo la belleza de su manto, ocultaba la más peligrosa jauría de perros hambrientos. Se dio cuenta Marín de que no era el único prisionero. Llegaban otras canoas que llevaban como distintivo la aterradora efigie de Maboya, el dios del

mal, grabado en la proa, y de ellas descendían taínos con gran agitación, con las manos atadas a la espalda. Descendió también Marín, tambaleándose, de la canoa y se derrumbó en el agua porque sus piernas, adormecidas por la duración de la travesía, no conseguían responderle. Se ahogaba, metía a propósito la cabeza bajo el mar, abría la boca y la tragaba a borbotones dispuesto a poner fin a su vida. Pero alguien lo sacó bruscamente del agua, tirando con tanta fuerza de sus cabellos que parecía que iba a arrancárselos, y lo colocó en pie.

Su maldito salvador no tenía facciones, era un hombre sin cara. Las pinturas de guerra ocultaban por completo su rostro, en el que brillaban feroces unos ojos enrojecidos, inyectados en sangre. Tomó al vasco por los brazos y lo arrastró sin miramientos hasta la playa, y en ella quedó tumbado Marín, la cara besando la arena, sin poder moverse. Aun en esa incómoda postura, pudo ver a los que eran sus compañeros de cautiverio. Los pudo mirar, puesto que estaban a su lado, formando una larga hilera, la veintena de supervivientes de los más de un centenar de defensores del poblado de Cuacanagari, la muestra cruel de su fracaso como estrategia defensivo, y se sintió responsable del desastre. Los conocía a casi todos, de verlos, de compartir comida, de golpear el *batey* con el empeine del pie, hasta de haber sufrido sus golpes y sus torturas, pese a las pinturas negras que los ocultaban y hacían difícil distinguir sus rasgos. Algunos iban muy malheridos, con las cabezas abiertas, como la suya, pero si había algo que los hacía iguales a todos, que los hermanaba, era el terror que exteriorizaban: tembleques de sus miembros, gemidos de pavor y la mirada perdida. Fueron llegando más canoas a la playa y los caribes, a medida que tocaban la arena, desembarcaban con sus prisioneros aterrorizados, de los que se burlaban mientras los amenazaban con sus azagayas simulando matarlos.

Los pusieron a todos en pie, cuando arribó la última canoa, y se internaron por la selva. Caminaron casi todo el tiempo por un terreno pantanoso en el que se hundían hasta media pierna y en el que quedaron agotados un par de taínos a los que mataron al instante a golpes de maza, y sus cuerpos transportados atados a ramas, colgados de ellas, como animales cazados. Era el calor intenso, el aire pútrido, y los mosquitos muchos, y les subían por las piernas legiones de sanguijuelas que quedaban prendidas de ellas y no se soltaban hasta que quedaban hartas de sangre. Los observaban los monos desde lo alto de las copas, riendo, y los guacamayos multicolor, desde las ramas medias, ladeando la cabeza y dirigiéndoles graznidos que eran como improperios. Murió otro de ellos al tropezar con una raíz que sobresalía del suelo y al caer después de bruces en el cenagal, al no poder levantarse porque llevaba las manos atadas con bejucos a la espalda y quedar sepultada su cabeza en el barro; murió lentamente, ante la mirada horrorizada de Marín, sin que éste pudiera hacer nada por él más que dejarlo allí y rezar para que los salvajes caribes no lo descubrieran y lo llevaran suspendido en un palo hasta la aldea para devorarlo. Al menos, de ese modo, el taíno sería pasto de los insectos y de las alimañas de la selva, pero no daría más vida y más fuerza a aquellos asesinos sin entrañas.

Ya a punto de desfallecer, llegaron al calvero en donde se encontraba la aldea caribe. Ninguna diferencia con la de un poblado taíno, salvo que en la entrada pendían macabros ornamentos de víctimas que hablaban de su apetito insaciable de carne humana: esqueletos en los más puros huesos, calaveras mondas como trofeos de guerra, y la sempiterna presencia de aquellos inmundos perros mudos.

Los recibió una turba de niños y ancianos pintarrajeados, y no podían decir los cautivos que les dieran la bienvenida. Con gritos, que seguramente eran insultos, y lanzamiento de piedras y toda clase de porquerías, celebraban los que no habían combatido en aquella fructífera captura. Saludaban al rebaño de carne fresca que iba a alimentarlos, se relamían los labios imaginando sus carnes abiertas, afilaban sus dientes. No vio Marín belleza por ninguna parte, sino odio, y algo peor, hambre. Los odiaban como prisioneros, como enemigos, pero no podían disimular las miradas de arrobó que dejaban resbalar por sus carnes. Estaban hambrientos y

quizá comieran carne humana por necesidad. Había viejos desdentados, niños a los que las costillas se les marcaban, que los siguieron correteando a su alrededor, como un juego, agitando los brazos, escupiendo el jugo acre de unas raíces que masticaban y les dejaban las encías negruzcas. Fue entonces, al llegar a la plaza del poblado, cuando Marín creyó descubrir en uno de los apresados a Camani, mas no pudo cerciorarse de ello, pues distaba bastante de él y no podía acercarse.

Los caribes enseñaban los dientes y entonaban una canción, que era la onomatopeya del ruido que hacían cuando devoraban carne humana, entrechocando las mandíbulas de forma harto desagradable, mientras los prisioneros pasaban por su lado y eran concentrados en una gran cabaña, que era como el redil en donde en su mundo se metía al ganado. No había mucha luz, pero Marín contó mentalmente a los suyos: doce. Y todos estaban aterrorizados y callados, pensando en la suerte que les esperaba.

El vasco se movió entre sus compañeros de encierro en cuanto los dejaron los guardianes, observándolos detenidamente a la cara, mientras el bejuco se hincaba ferozmente en las muñecas y le cortaba la circulación de la sangre por los brazos. Se detuvo ante uno de los prisioneros que permanecía aparte, huraño, como una bestia.

—¡Por Dios! —bramó con las pocas fuerzas que aún guardaba en la garganta—. ¿Eres Camani? Costaba descubrirlo. A la herida de la pierna había que sumar un golpe brutal que le había hundido la sien y de milagro no lo había matado. Miró el guía de Guanahaní al vasco y no dio muestras de reconocerlo. Se dio cuenta entonces Marín de su mirada perdida en la nada, de la expresión de idiocia total, que las pocas palabras que salieron de sus labios, inconexas y mal articuladas, no hicieron más que confirmar lo que sospechaba: que Camani estaba muerto en vida, que era de tal naturaleza la herida en la cabeza que le había afectado el cerebro y había quedado relegado a un estado semivegetal, con no más inteligencia que los estúpidos perros mudos o los estrambóticos guajolotes. Lloró Marín, con las pocas fuerzas que le quedaban, maldiciendo el estar atado, por no poder mostrar su afecto a aquel cuerpo desdichado que se había quedado sin alma.

Había olores desagradables, pero sin duda ninguno tanto como el que debía soportar Marín de Urtubia en el redil adonde había sido relegado por sus captores. Olía a todas las miserias humanas, a las producidas por el miedo, a ese compacto hedor de heces, orines, sudores y vómitos que son las secreciones inmundas del ser humano, y sobre ese perfume del horror, más fuerte aún, el espantoso de la muerte, el que procede de la descomposición de los cuerpos humanos expuestos al sol que maduran como las frutas, que se agrietan y expanden por las heridas de sus carnes los pútridos miasmas tras la savia acre y oscura de su sangre.

Antes de dar con sus huesos en aquella inmunda celda hundida en las penumbras, los reos habían sido paseados, atados unos a otros por las muñecas y por los tobillos —de modo que, cuando caía uno, caían todos, y eso provocaba una salvaje alegría a sus captores—, por el poblado y habían tenido ocasión de contemplar en directo la ferocidad de los caribes, su ensañamiento. Sintió en aquellos momentos Marín el horror que experimentaban los reos de la Inquisición cuando eran llevados en carromatos al quemadero con la cabeza cubierta por el capirote y recibían los insultos, los escupitajos y los golpes de la chusma que se enardecía por una matanza que ella misma era incapaz de perpetrar y delegaba en el verdugo el atávico placer de la muerte. Colgado de la rama de un árbol que presidía el asentamiento humano, una especie de gancho carnicero, que pronto advirtió Marín cuál debía de ser su utilidad, pendían los restos irreconocibles de un ser humano al que ya le habían cortado la cabeza y abierto las entrañas, y parecía pieza de res puesta al despiece. Una turba de niños, acostumbrados a los ritos del canibalismo, le sacaban con sus manos las tripas del vientre tumefacto por los gases de la putrefacción y jugaban a hincharlas con sus pulmones en un juego que a Marín de Urtubia se le antojó espantoso, sobre todo por la aparente naturalidad infantil, por la ausencia de

dramatismo que tenía la muerte en aquella zona del paraíso, convertida de golpe en el infierno. Estaba en el infierno, sin duda, en esa paradójica tierra capaz de aunar la belleza más exquisita y el más espantoso de los horrores, de dar cobijo a los seres más inocentes, dados al amor y a las delicias de la carne, y a los más crueles monstruos de la creación, expertos en todo tipo de crueldades y abominaciones. Durante el largo y tenso silencio, roto por los quejidos de los malheridos taínos que esperaban su fin y por los gemidos de espanto que brotaban sin pausa de sus bocas, Marín de Urtubia no dejaba de reflexionar una y otra vez sobre la desdicha de su suerte tras rachas que creyó de fortuna, lo horrendo de su situación presente tras haberse salvado *in extremis* del peligro de la masacre del fuerte Navidad, y se dijo lo absurdo que había sido defenderse con ahínco durante la última batalla de los caribes y lo fácil que habría sido, cuando aún empuñaba espada y cuchillo y no había sucumbido a su furia, haberse dado muerte con ellos cortándose la garganta. Le dolía su situación, le aterrorizaba imaginar su futuro, que los gritos incesantes de las turbas hambrientas que circundaban la cabaña en donde se encontraban encerrados no hacían presagiar nada bueno, pero aún le dolía más que su propio estado, el de Camani. El amigo taíno, su nexo más directo con el Nuevo Mundo, el ejemplo palpable de que más allá de culturas y colores de piel estaba la amistad que brotaba directamente de los corazones, yacía a su lado inmóvil, con la mirada perdida, mirándolo sin reconocerlo, mudo y muerto, aunque su corazón palpitará. Con gran esfuerzo, retorciendo su brazo, forzando la muñeca que las cuerdas de bejuco atenazaban con terrible fuerza y ya habían formado un anillo de llagas en la piel, alcanzó Marín de Urtubia a tomar la mano de aquel amigo entre las suyas, darle calor entre sus dedos. Vio, o imaginó, una sonrisa en el rostro de Camani, un atisbo de inteligencia y conocimiento, un temblor de emoción en su mirada que lo estremecieron de sentimiento e hizo aflorar a sus ojos las lágrimas.

—Te sacaré de aquí —le dijo, con decisión, a medida que apretaba con más fuerza aquella mano muerta y fría en un intento de transmitirle la energía que aún le quedaba.

Les dieron de comer, como cebaban al ganado, que aquella comida, pese al hambre que rugía en sus vacíos estómagos, detestaron y se negaron a ello, pero que finalmente hubieron de recibir por la actitud violenta de las mujeres que les proporcionaban alimento, les hacían abrir la boca y a la fuerza les introducían entre los dientes una pasta espesa de yuca, un inmundito engrudo, bajo la amenaza de recibir golpes sin fin o de que sus cráneos fueran machacados con las macanas. Les dieron de comer constantemente, sin tregua, un horrendo lastre que quedó varado en sus estómagos. Les metían la comida en la boca, presionando con los dedos, hacían que sus propias arcadas volvieran de nuevo al estómago y, cuando no lo conseguían, aquellas matronas alimenticias, hoscas, ceñudas, de cuerpos ajados por los partos y senos colgantes por los niños que habían amamantado con ellos, aporreaban sin piedad rostros, pechos y genitales de los inmovilizados prisioneros como los pastores que apalean el ganado cuando no es manso en la conducción al redil.

La mujer que se encargó de Marín era especialmente gruesa, y sus ademanes, quizá los más brutales de aquel insólito grupo de alimentadoras. Hedía a fuerte sudor cada vez que se movía y tenía ennegrecidos de suciedad los dedos de las manos, los cubiertos con los que introducía la harina de yuca con agua en tan grandes cantidades que ahogaban al vasco, incapaz de tragar el engrudo al endiablado ritmo que le marcaba la caribe. El vasco la miró fijamente en una ocasión, tratando de descubrir en su mirada alguna señal de humanidad. Los ojos rasgados apenas le permitieron ver las pupilas, pero lo que vio en ellas lo asustó más: no eran más humanos que los de un perro afectado por la rabia, no parecía haber en esa mirada otra inteligencia que la instintiva, ninguna señal de piedad, ningún atisbo de que pudiera haber entre él y ella algún lazo en común más que el del cazador con respecto a su caza. Si los castellanos dudaban al llegar a las islas de que sus moradores fueran personas, algo parecido debían de pensar los caribes de quienes no eran como ellos y les servían de alimento. Las

leyendas que habían llenado de pavor a los castellanos cuando se internaron por los mares desconocidos poblados por selvas acuáticas se sustanciaban en aquellos pequeños seres feroces que parecían salidos de las entrañas del averno, que hacían buenos a los cinocéfalos de la sarta de supercherías que rodeaba, como un muro de terror, todo el mundo desconocido. Aquella mujerona, pequeña y cuadrada, lo miraba como la granjera al cerdo que engordaba; no más afecto sentía por las carnes que de vez en cuando tocaban sus manos y una hiriente risa asomaba a su boca ennegrecida por la raíz que continuamente chupaba cuando, tomando los genitales del vasco, pareció medirlos entre sus manos.

Marín era consciente de que los estaban cebando y de que los sacrificarían en cuanto estuvieran lustrosos y capas de grasa cubrieran sus esqueletos, lo que sería pronto, debido a su inmovilidad y a la gran cantidad de comida que les hacían ingerir. La primera noche se le hizo larga, insoportable, y aunque el agotamiento era mucho, ninguno de la docena de recluidos en la angosta jaula pudo conciliar el sueño: el miedo prevalecía sobre el cansancio y un coro de gemidos, lamentos y suspiros se prolongó hasta el amanecer.

Marín se estremeció pensando en su muerte, en lo miserable de su fin, lo humillante de acabar triturado entre las mandíbulas de los paganos cuando a lo largo de su breve pero intensa vida podría haber acabado de muy diversas maneras, pero nunca de esa guisa. Rogó a Dios —rezando sin parar cuantas oraciones había aprendido durante su estancia en conventos— en latín, que no se le había olvidado, invocándolo de todas las formas posibles, para ser él el primero de los elegidos para el sacrificio y tomó la decisión de cebarse disciplinadamente, engordarse lo más rápidamente posible para, de ese modo, aligerar el tiempo de la agonía. De nada servía prolongar una vida que estaba destinada a la muerte.

Excepto las encargadas de alimentarlos, no había visto a otras mujeres en el seno de la tribu que pudieran ser aptas para la reproducción de aquellas fieras sanguinarias, no más muchachas jóvenes que las meras niñas tan díscolas y brutales como los niños a la hora de zaherir a los prisioneros. No las había visto entre el comité de recepción que había salido a vitorear la reserva de carne fresca que les llegaba. ¿No había otras salvo esas horrendas matronas encargadas de engordarlos? ¿Las escondían o no las había? Recordó que Camani le había dicho que una vez al año los caribes se apareaban con las mujeres de una isla cercana. Quizá ahí residía el secreto de su ferocidad, en su forzado celibato.

Al día siguiente no acudieron mujeres a alimentarlos, sino ancianos pellejudos, malolientes y sin apenas dientes, pero que los movían de forma torva entre sus labios, haciéndolos rechinar, más desagradables, si es que era posible, que las gruesas matronas. Un anciano repugnante le metió a Marín esta vez harina de mandioca en la boca hasta que la vomitó, y el vasco dirigió furioso su inmundicia al rostro de quien lo torturaba de ese modo. No rió el espantajo caribe mientras se limpiaba el vómito espeso de la cara, sino que, acumulando las pocas fuerzas que le quedaban en el cuerpo, lo golpeó con saña en la cabeza, lo arañó con sus largas uñas una y otra vez en el pecho hasta arrancarle la piel, y le mordió finalmente, con su endeble dentadura, el extremo del lóbulo de su oreja, que arrancó de cuajo.

El viejo caníbal, con el despojo entre los dientes y los labios untados de sangre, rió entonces mientras Marín, a causa de la furia que lo embargaba, estuvo a punto de romper las ligaduras de bejuco que atenazaban sus muñecas.

—¡Maldita serpiente! —le gritó con todas las fuerzas, provocando su huida—. ¡Te arrancaré la cabeza de cuajo, miserable hediondo! Fue a los tres días de cautiverio cuando comenzaron las matanzas que todos esperaban y se demoraban. Entraron en la cabaña cuatro caribes jóvenes y, amenazadores, gritando y haciendo rechinar sus puntiagudos dientes que ellos mismos se afilaban hasta convertirlos en temibles dagas, con el cuerpo cubierto de bija roja, inspeccionaron y palparon las carnes de sus prisioneros, entre risotadas, sabiendo el horror que causaba en sus víctimas aquella elección para la muerte. Estuvieron un buen rato mirándolos, y

las víctimas rehuendo sus miradas, cabizbajas, con la creencia de que si no se cruzaban las trayectorias de sus ojos más posibilidades tendrían de no ser seleccionadas, menos Marín que, decidido a aligerar su tormento, aguantó sin pestañear las miradas aviesas de aquellas fieras, se mostró altanero, desafiante, decidido a morir cuanto antes a seguir siendo cerdo bien alimentado para el banquete.

—Que cada uno de mis huesos, monstruos, se os atasquen en vuestras gargantas, que perforen vuestros inhumanos estómagos, que mi carne os envenene, que mi espíritu no os deje nunca vivir en paz y turbe vuestros sueños.

No lo escogieron a él, seguramente porque tenían instrucciones de no hacerlo, ya que era especie rara destinada a otros menesteres. Tomaron por los brazos a cuatro taínos malheridos al azar y los arrastraron hacia el exterior luchando contra sus protestas, su pataleo incesante. Dejaron aquellas primeras víctimas entre sus compañeros de encierro y tormento el eco de sus alaridos de terror, como el de los cerdos que su padre arrastraba por la campa de su Vasconia natal e intuían que el cuchillo de carnicero que colgaba de su cinto les iba a abrir pronto las entrañas, y dejaron en el suelo el rastro ignominioso y maloliente de su miedo. Eran animales, y aquéllas eran las leyes de la naturaleza antes de que el hombre intentara corregirlas con su inteligencia y sensibilidad.

Los oyeron gritar, en el exterior, durante interminable tiempo, entre el retumbar de tambores y cánticos, entre un alborozo de voces y palmas que indicaban la gran fiesta que se estaba celebrando. Luego se produjo un silencio total, como si los caribes dieran solemnidad a sus ejecuciones alimenticias.

Fue aquel silencio largo y terrible y Marín cruzó miradas con sus compañeros de encierro y con los ojos extraviados de Camani, que parecía tener la fortuna de no advertir lo que sucedía; devolvía impasible la mirada que sobre él depositaba el vasco y hasta era capaz de sonreír en aquella situación. Después, cuatro gritos espantosos, largos, desgarradores, uno tras otro, que coincidieron en un coro de dolor ante el que Marín no pudo evitar que sus hombros se estremecieran y deseara tener las manos disponibles para librar a sus oídos de semejantes lamentos. Duró poco la letanía del dolor, pero fue excesiva porque durante esos momentos la imaginación desbocada del poeta del Viejo Mundo no dejó, para su tormento, de intuir con pelos y señales las brutalidades que estarían cometiendo los torturadores sobre los cuerpos de aquellos indefensos y valerosos resistentes que habían tenido la desgracia de sobrevivir a la batalla. Luego, espeso silencio, y más tarde, el hedor inconfundible de la carne asándose que le revolvió el estómago y lo llevó de nuevo a las plazas de su viejo mundo, cuando se alzaban las llamas de las piras que devoraban los cuerpos de los herejes.

Aquella secuencia nocturna se hizo cotidiana. Cada dos días eran separados un par de taínos para alimentar al hambriento poblado y se repetía la sinfonía del horror que dejaba a los supervivientes helados. Y por mucho que Marín, cuando entraban los verdugos a escoger quién sería el próximo, se mostrara insultante y desafiante, los mirara con todo el odio del mundo y abriera y cerrara con violencia sus mandíbulas, no consiguió ser escogido para el martirio, como si no repararan en él. Llegó a alimentar el vasco la esperanza de que se hubiera vuelto invisible, de que Dios, aburrido de tanta plegaria, le hubiera concedido el don de evaporar su carne y conservar sólo su espíritu, pero se dio cuenta de que eso no era así cuando ya llevaba más de una semana inmóvil en el suelo pútrido de la cabaña, atado al infeliz Camani y a otro taíno a quien ya se había acostumbrado y con el que hablaba sin que lo comprendiera y lo escuchaba con el mismo resultado, pero eso lo distraía finalmente. Se dio cuenta de que Dios no lo había escuchado y de que seguía siendo carne cuando entraron cinco mujeres en la cabaña, bien distintas de las gruesas matronas que lo habían alimentado en un principio. Reinaba la luz del día, y aunque llevaban el cuerpo pintarrajeado, advirtió que eran jóvenes. Se detuvieron ante él y empezaron a reír, lo que le sorprendió. Reían y señalaban su bajo vientre mientras se

golpeaban las unas a las otras. Parecían cortadas por semejante patrón, parecidas como hermanas, pequeñas, con pechos cónicos en donde alumbraban generosos pezones oscuros, los muslos anchos, las piernas cortas, ojos rasgados en la cara y bocas anchas por entre cuyos labios asomaban aquellas dentaduras afiladas que caracterizaban a los de su raza, y llevaban el pelo cortado a flequillo sobre sus frentes, aros en sus cuellos, en sus tobillos, una delgada protección textil alrededor de sus cinturas que una de ellas se quitó. Intuyó, al verla avanzar, qué era lo que pretendía y si en otro momento hasta le habría parecido divertido, en aquellas circunstancias, atado, sabiéndose condenado a muerte, le pareció una afrenta más que debía padecer antes de ser despedazado. Aquellas feroces caribes, que reían nerviosas mientras lo contemplaban, querían robarle su simiente para alumbrar seres mestizos. Se sentó la primera de ellas sobre su vientre, se movió entre las piernas del vasco hasta acoplarse a aquel miembro cuyas dimensiones les causaban una enorme fascinación y que respondió debidamente a la excitación de la carne húmeda y joven de la muchacha. Se dejó cabalgar Marín, indefenso, por la primera, la segunda y la tercera mujer, que obtuvieron prestas su simiente sin que el vasco sintiera más placer en ello que si estuviera orinando. Con la cuarta, la erección ya no fue posible. Se emperró ella en que así fuera, mugió enfadada refregando su sexo contra el vencido del castellano, golpeándole el pecho con los puños cerrados, rabiosa por el desplante, y decidió el violado satisfacerla haciendo un gran esfuerzo de imaginación, entornando los párpados y pensando en las formas rotundas de la ramera italiana Mascarpone, sus lácteos pechos, sus rotundas nalgas, sus gruesos muslos que parecían columnas de mármol y el recuerdo del placer que sintiera las muchas veces que la acometiera. A la salud de las sensuales carnes de aquella maestra del lenocinio y las artes amorosas, dio satisfacción a la cuarta y a la quinta hembra. Marcharon entonces las cinco mujeres, riendo, con el tesoro húmedo del vasco entre los muslos, con el ámbar blanco de la vida que les haría tener descendencia distinta de la de las otras mujeres de la aldea, alumbrar prodigios de fuerza que nada tenían que ver con los caribes y que seguramente, por ser distintos, tendrían otra consideración. Se acostumbró Marín a ser violado, tras ser cebado, mientras a su alrededor menguaba el número de los prisioneros y se decía que mientras el resto era destinado a engrasar los vientres de aquellos despiadados caníbales, su cuerpo servía para colmar el vientre de aquellas mujeres en celo. Gemía de discreto placer, en el interior de la jaula, bajo los culos húmedos de las mujeres, mientras en el exterior gemían de dolor y horror sus compañeros de encierro, e inseminaba de vida los sexos que lo buscaban mientras en el exterior se ejecutaba el ceremonial de la muerte y le llegaba el efluvio de la carne que se asaba. Sentía luego sobre sí las miradas moribundas de sus compañeros de encierro, que sin duda envidiaban su privilegiada posición que lo preservaba, de momento, de la matanza, dando otra utilidad a su cuerpo.

Una de las noches, cuando la aldea descansaba tras haber consumado su último acto caníbal, Marín de Urtubia recibió una singular visita. Camani dormía a su lado con una tranquilidad que envidiaban todos; dormían, extenuados por el encierro, tras casi dos semanas de vigilia, los cinco supervivientes de las matanzas. El vasco se despertó por el chasquido de un hueso, el ruido de una articulación inadvertida de alguien que intentaba moverse en silencio sin conseguirlo, y fijó los ojos en la figura que se recortaba en la oscuridad de su jaula y avanzaba hacia él de puntillas. Era mujer, sin duda, pues se recortaba en la noche el perfil exuberante de su cuerpo, tan pequeño como rotundo, tan armónico como fiero, que se movía con elasticidad sorteando a los durmientes para ir a situarse junto a él. Abrió Marín los ojos, pero no pudo ver sus facciones. De lo que no le cabía duda, por lo que veía o intuía, era que aquella caribe era sin duda la más hermosa de las que lo habían frecuentado, que nunca hasta aquel momento se le había acercado y que la envolvía un furioso perfume a sexo desbocado que emergía de la sima de sus muslos cada vez que se movía. Alargó la mano la mujer para tomar su miembro, y éste creció en ella sin que pudiera evitarlo. Se sentó entonces sobre él, lo hizo suyo fácilmente

abriendo sus muslos, hincó sus rodillas en sus costados y se balanceó febrilmente una y otra vez. Marín decidió llevarse a la otra vida, como recuerdo de despedida, un pecado carnal para poder purgarlo, y con el mismo acierto con que bajo otras monturas acelerara el derrame de su simiente, luchó esta vez con denuedo para demorarlo, sin otro objetivo que el de prolongar el mucho placer que aquella salvaje le estaba dando a su cuerpo, una tardanza que a su montura debió de parecerle un desafío, por lo que lo cabalgó entonces brutalmente, gimiendo una vez que decidió prescindir del silencio. Fijó Marín sus ojos en sus pechos de escultura, que brincaban con ella, en sus hombros húmedos de esfuerzo que brillaban en la oscuridad, los dientes afilados que desnudaban labios que se abrían al placer y la sació y satisfizo de la mejor de las maneras que supo, estando ligado a Camani y al otro taíno con el que conversaba sin entenderse y que abría los ojos asombrado por lo que veía. No lo descabalgó entonces la caribe, contra lo que esperaba Marín de Urtubia, sino que venció su cuerpo húmedo contra el suyo y acarició con sus duros pechos su torso excitado e hirsuto. Deseó tocarla, enloquecido por el deseo, quizá el último, el que precede a la muerte, y puede que la caribe leyera sus pensamientos, porque sus manos buscaron sus muñecas, sus uñas atacaron el nudo de bejucos, como cuchillos, una y otra vez, hasta deshacerlo, liberando sus manos, aunque en la liberación se hubiera llevado parte de su piel y hubiera alumbrado surcos de sangre.

La rodeó el vasco, jadeante, con sus brazos, ciñó sus caderas, deslizó las palmas de las manos hasta tornear su resbaladizo culo y, excitado de nuevo, se dispuso a tomarla una vez más. Entrelazados los cuerpos, fundidos en sus sudores, se amaron con una intensidad salvaje una y otra vez, dispuestos a saciar de mil maneras los apetitos que los roces despertaron. Con manos de escultor recorrió Marín las contundentes formas del cuerpo de la mujer caribe que el mucho sudor que despedía su piel hacía huidizas, besó sus pechos, trepó luego su boca por su cuello hasta la barbilla, jadeando, mientras su vientre golpeaba el suyo, incansable, y mordió los labios con tal ferocidad que a punto estuvo de arrancarlos, mas ese gesto de brutalidad masculina no hizo sino provocar una sacudida de placer en el cuerpo de la amante. Cada vez más dentro de ella, totalmente fundido, Marín fue descubriendo los rasgos de aquel rostro alterado por el placer que la luz poco a poco desvelaba. Parpadeó ante lo que descubrió y un sexto sentido le había hecho sospechar desde un principio. Le daba un aliento de vida, le proporcionaba instantes de magnífico placer que convertían a los dela Mascarpone en inocente aprendiz salida de un convento de clausura, la sensual caribe a quien había perdonado la vida y convertido en correo del horror transportando el cargamento de cabezas de sus compañeros. Sin duda era la fiera muchacha, la feroz guerrera de cuerpo voluptuoso, ducha tanto en las artes de la guerra como en las del amor, aunque ahora su cuerpo espléndido estuviera limpio de aquella bija roja que la empapaba entonces para disimular la presencia de la propia sangre y mostrara la paleta de colores de su sensual y tersa piel, la oscuridad de los labios, que era similar a la de los grandes pezones que coronaban sus pechos, y el tono oliváceo de todo su cuerpo. ¿Lo reconocía ella? Sin duda, puesto que lo miraba fijamente a los ojos cada vez que el éxtasis la sacudía como una hoja y hacía temblar su cuerpo. Hacía el amor el vasco, a un paso de la muerte, a uno, dos, tres días, que no sería más lo que durara, con la fiera muchacha que lo había turbado por su belleza y se le entregaba ahora una y otra vez como animal en celo. Era como si su cuerpo se disociara de su alma, como si la carne, independiente, tuviera su propia vida al margen de las infelices circunstancias. Se dio a sí mismo todo el placer posible, sin límites, pensando que no le importaba morir de ese modo, cabalgado por aquella espléndida vestal. La besó, pese a sus reticencias, sujetándola con fuerza por la nuca, fundiendo su aliento con el suyo, mientras una vez más llenaba sus entrañas con el néctar de su placer.

Luego, antes de que se hiciera de día, marchó la fiera caribe, sin decir palabra, satisfecha sin duda, saltando por encima de los cuerpos de los durmientes que forzosamente habían oído el fragor de los sucesivos ayuntamientos a lo largo de la noche y no volvió a atar —o porque se

olvidó de ello o porque le daba una oportunidad— las muñecas que había desatado a su amante para que las manos le dieran placer al cuerpo acariciándolo.

—Gracias, Dios mío —exclamó Marín de Urtubia.

Y al darlas, en voz alta, se dio cuenta Marín de la gran paradoja que era que un pecado de la carne, un apasionado ayuntamiento no guiado por otra cosa que para satisfacer sus instintos más animales, que aun en aquellas circunstancias permanecían singularmente vivos y alertas, le abriera ciertas esperanzas de sobrevivir. Escondió las manos bajo su cuerpo, como si siguieran atadas a la espalda. Los caminos del Señor, sin duda, eran inescrutables y al parecer se manifestaban en el interior de aquella ardiente nativa.

Capítulo 22

Quedaban sólo cuatro hombres con vida de los doce que habían sido capturados y la ronda de mujeres caribes que pasaba por la jaula a recibir su tributo había cesado hacía un par de jornadas, por lo que todos los indicios hacían prever que los días de gracia de Marín de Urtubia habían terminado. Nadie hablaba ya entre los supervivientes, acostumbrados al hedor que se respiraba en la cabaña, al calor infernal, al venenoso aire que no se removía y a los rayos del sol que, pasando a través de los espacios que los troncos dejaban entre sí, les ulceraban la piel de los hombros, la levantaban y desprendían de la carne. Montones de desechos de todo tipo se descomponían a su vista y miríadas de insectos se movían entre ellos con el agobiante zumbido de sus alas, los que las tenían, y el rumor desagradable de sus patas, los que carecían de ellas. Habitaban con ellos las más gigantescas cucarachas, negras, brillantes, osadas, que se aproximaban a los cuerpos extenuados de los hombres y trepaban por ellos hasta que el brusco movimiento las precipitaba abajo. A veces eran ejércitos de ellas los que los asediaban, y habían optado finalmente por acostumbrarse a su repugnante presencia, a consentir que sus patas recorrieran los pechos desnudos, las piernas, treparan por las caras, recorrieran las mejillas y hasta se aventuraran en sus bocas. Parecían dispuestos a aceptarlas, puesto que pronto iban a ser todos carroña que sería pasto de las bocas insaciables de los caribes o de los gusanos sus desechos incomedibles.

El último sacrificio había sido particularmente doloroso. Un joven taíno al que Marín había cogido aprecio, un adolescente que, lejos de disfrutar de la vida, de una pareja amorosa, de tener una descendencia, era abocado a la muerte más horrenda. Lo sacaron a empellones, al anochecer, dos caribes borrachos, que primero lo sodomizaron brutalmente en la jaula, a la vista de todos, lo arrastraron sangrando al exterior luego, una vez cometido el acto nefando con él, como una piltrafa, tras golpearlo y aturcido con las macanas y arrancarle con uno de los golpes parte del cuero cabelludo, se entretuvieron en martirizarlo posteriormente, a juzgar por los muchos gritos, los espantosos alaridos que les llegaban de él, y Marín de Urtubia, al no oler esta vez el hedor de la carne quemada, intuyó, sumido en su horror, que quizá la turba sedienta de sangre y carne lo estuviera devorando vivo a mordiscos. Se decía que de ese modo pasaba el alma y todas las virtudes del que se iba a los que se lo comían. Luego se produjo el silencio y sólo se oyó el rumor terrible de la masticación, los alaridos de placer de quienes se emborrachaban con la sangre del muerto.

Fue aquel día cuando Marín de Urtubia tomó la decisión más dolorosa de su vida y en vela permaneció toda la noche mientras el mar de dudas lo atormentaba. ¿Adónde iría Camani una vez muerto? ¿Al purgatorio, junto a Juan de la Plaza y sus hombres que tanto lo detestaban o, por el contrario, al limbo de los justos, como según le habían dicho los monjes de los monasterios en donde había estado? Miró, una vez tomada la decisión irrevocable, al fiel intérprete. Dormía el taíno de Guanahaní muy cerca de él, la cabeza próxima a sus caderas, y el largo pelo, sucio, huérfano de brillo, le caía encima. Era casi la misma posición que el joven indio adoptaba cuando navegaba con los castellanos en la *Santa María* y buscaba el amparo de su protector ante la beligerancia del resto de la tripulación. Las manos que la mujer caribe había liberado para que dieran placer a su cuerpo le iban a servir ahora para dar la libertad a su amigo. No podría soportar cómo lo martirizaban, no podría oír sus alaridos de espanto, imaginar su atroz sufrimiento si le precedía en la muerte. Rápido, sigiloso, llorando, abrazó con sus manos el cuello del durmiente y apretó luego con todas sus fuerzas pidiendo a Dios que no le diera tiempo de despertarse y le ahorrara el suplicio de encontrarse con su mirada. Dios no pareció atenderlo y aún pudo abrir los ojos Camani y mirarlo sobresaltado mientras, moviendo la cabeza, trataba de liberarse de aquella doble garra de carne amiga que le daba el descanso eterno, y su mirada ida parecía reconocerlo. Mas poca resistencia hubo, sólo mansedumbre, una vez que comprendió las intenciones de su amigo. El vasco apretó con más fuerza, llorando,

evitando sus ojos, musitando una y otra vez, como una letanía, que lo perdonara, hasta que sintió que todo el aire se le iba en su último suspiro, que el alma, que sin duda tenía su fiel taíno, se escapaba de aquel cuerpo que ya llevaba días muerto, desde que lo capturaron. Aflojó Marín lentamente sus manos cuando el cuello se dobló entre sus dedos, cuando la cabeza se le venció sobre el pecho, y cerró entonces aquellos ojos heridos por la sorpresa que habían quedado abiertos, fijos en los suyos, con mirada apacible.

—¡Adiós, mi buen amigo! —le dijo entre sollozos.

No durmió en toda la noche. No pudo apartar ni un solo instante su petrificada mirada de aquel rostro muerto que, sin embargo, le transmitía una extraña placidez. No sería su propia muerte, pensó aterrizado Marín, ni tan breve ni tan poco dolorosa. Lo mantuvo a su lado, mientras sollozaba, hasta que la frialdad de su piel lo estremeció.

Se mostraron sorprendidos los viejos espantajos caribes de encontrarlo muerto al día siguiente. Lo desataron y lo arrastraron fuera, tomándolo por los pies, y luego se olió el hedor insufrible de su carne cociéndose al fuego y el rumor continuo de las mandíbulas de los caribes dando cuenta de él.

—Tú no sufriste, Camani. No sufriste.

Por fin, se dijo Marín con amargura, ya no tenía vínculos, finalmente el último de los que conocía, que lo ataba a la tierra, había desaparecido. Era más libre, se dijo, doblemente libre sin las ataduras físicas de las muñecas y sin las ataduras sentimentales, dispuesto a partir hacia el último viaje. Pensó en los mártires cristianos, los que fueron despedazados en los circos romanos por las bestias para regocijo de la plebe y murieron en santidad. Pidió perdón por todos sus pecados, que en un instante pasaron a velocidad vertiginosa por su mente: todas las mujeres con las que había fornicado, rameras de burdeles, damas e indígenas, todos los hombres a los que había matado, que ya eran un número considerable desde que había acuchillado a aquel Reynal causante de su desgracia, las veces que contestó de malos modos a ama o engañó a su padre, el deseo que tuvo de yacer con mujer ajena, las muchas veces que, en los difíciles momentos, renegó de Dios, las blasfemias que salieron de su boca, y se dijo estremecido, mientras esa caterva de pecados le ensombrecía la mente, que, pese a su breve edad, su conciencia estaba tan sucia como la del viejo pecador que no se confiesa sino una vez en su vida, cuando está pronto a entregar su alma a Dios.

Los ancianos caribes entraron de nuevo a alimentarlos con sus puñados de engrudo en las manos. Marín se negó a comer cuando le llegó su turno, cerró la boca con violencia y por mucho que el iracundo viejo trató de abrirla, extendiendo la nauseabunda pasta por sus labios, no se dio por vencido. Cuando aquella mano furiosa intentó ahogarlo con la pasta, trasladándola a las fosas nasales, Marín mordió sus dedos repugnantes, hincó sus dientes en ellos, escupió la sangre que saltó en su cara. El anciano lo golpeó una y otra vez en la cara, intentando que abriera la boca, pero Marín no hizo otra cosa que escupir la pasta de yuca en su cara, aturdiéndolo y cegándolo, para a continuación saltar sobre él, derribarlo y desgarrarle la garganta de un mordisco.

Podía hacerlo, se dijo un Marín horrorizado de sí mismo mientras aflojaba la dentadura sobre aquel cuello flácido que había partido entre sus mandíbulas como si se tratara de un lobo furioso abatiéndose sobre una oveja. Podía ser tan feroz y sanguinario como ellos, como los caribes. El anciano agonizaba en el suelo, con un gran boquete en el cuello por el que se le escapaba la sangre y el aire al mismo tiempo, y el resto de los ancianos, asustados, gritaron hasta que llegaron indios caribes jóvenes, que tomaron a Marín por los brazos, tras descargar sus mazas contra su cabeza, lo arrastraron a la fuerza por piernas y brazos y lo llevaron hasta la plaza del poblado. Marín sonrió con alivio. Finalmente todo llegaba a su fin; finalmente se iba a marchar de ese mundo al que ya nada lo ataba. Mas los indios que lo arrastraron por el suelo y lo ataron al poste de los tormentos no advirtieron esa alegría sin sentido que alumbraba su

rostro.

Era de noche, pero parecía que fuera de día por la gran luz que desprendía la gran fogata encendida. Al resplandor oscilante de las llamas, mientras lo sujetaban a un tronco con bejucos que liaban a su cintura con tal fuerza que le cortaban la circulación de la sangre por las venas, pudo ver Marín reunido a la totalidad del poblado, una horda imponente, emplumada, pintarrajeada, que al unísono cantaban una canción amenazadora mientras movían los brazos y giraban a su alrededor sin dejar de mirarlo. Brillaban los ojos de aquel famélico ejército, terrible en su hambre, que ya lo descarnaban de los huesos y mentalmente daban cuenta de sus carnes.

Por fin se iba al infierno, pensó el vasco en sus alucinaciones mientras rezaba sin parar cuantas oraciones sabía, en castellano o en latín, calibrando que cuantas más pronunciara más benigna sería su muerte. Vio, a su derecha, a los que intuía que podrían ser los caciques y prohombres de aquella comunidad caribe. Las plumas más vistosas de guacamayos, las pinturas más historiadas, los tatuajes más extravagantes, y relamiendo los huesos humanos de una anterior víctima. La muerte no es nada, se decía, la muerte no es más que un tránsito hacia la verdadera vida, se repetía por dentro una y otra vez, con enloquecida prisa, comulgando en aquellos momentos con lo que le decían los monjes en los cenobios y entonces no creía. La muerte me reunirá con mi amada Canayma, con mi amada cojita, fue el pensamiento que lo hizo sonreír pese al terrible momento. Miró hacia su izquierda y lo que vio le sacudió el estómago. Sobre lo que parecía una repisa, un estante en equilibrio sobre dos palos, se alineaban las cabezas de las víctimas de todos aquellos días, con los ojos cerrados, la piel pegada al cráneo las más antiguas, y entre ellas estaba la de su amigo Camani, a quien había librado de los horrores del tormento que él se disponía a sufrir ahora. Los otros cuatro taínos fueron sacados de la jaula, arrastrados hasta la plaza y sujetos a troncos gruesos. Intentó recordar sus nombres Marín mientras contemplaba cómo eran atados uno tras otro: Mapuco, el más locuaz y protestón, de achatada faz y corpulenta figura a pesar de su breve estatura; Juneto, el más joven de ellos, el que más terror tenía, a quien nunca había oído la voz; Yabaque, el más viejo del grupo, con escaso pelo y gran número de tatuajes en el pecho y las piernas que competían con sus cicatrices de guerra, quien más parecía aceptar que pasaría a alimentar los vientres de los insaciables caribes; y Necua, un niño que debería haber partido tras Cuacanagari pero prefirió combatir a la horda caribe que había asaltado el poblado de Cibao. Al parecer, éste era el acto final en el que iban a mandarlos a todos al infierno al mismo tiempo, con el que acabarían sus provisiones de carne.

La turba danzaba alrededor de los condenados, moviendo los brazos y agitando las cabezas, los acechaba fijando las pupilas brillantes en donde ardía el fuego central de la plaza. Hombres, las escasas mujeres, los niños, iguales en sus miradas de odio hacia los enemigos que iban a engordarlos. Buscó Marín entre aquellos ojos que lo atravesaban y ya lo devoraban antes de que lo hubieran matado la mirada incendiada de la bella mujer caribe, mas no la vio entre ellos. Un indio caribe sobresalió entre otros, armado con una maza. No era muy fuerte, ni muy joven, y las pinturas que historiaban su cuerpo denotaban cierta preeminencia. Por los movimientos que hacía, por el humo del tabaco que constantemente aspiraba, pudo intuir Marín que aquel hombre era un chamán. De pronto se plantó ante uno de los taínos atados, el adolescente Necua, y se hizo un silencio sepulcral. Alzó el brazo y descargó un terrible golpe por sorpresa que le abrió la frente y alumbró sus sesos. El cuerpo de la víctima se desplomó y quedó en suspenso entre las cuerdas por los brazos, muerto al instante. Acudió la turba, chillando, a hacerse con sus despojos. Uno le cercenó la cabeza con un cuchillo de sílex, exhibió gozoso el trofeo y lo dejó en el anaquel en donde se alineaban las cabezas de todas las víctimas de la horda salvaje. Lo mordían, le arrancaban las orejas, le hundían los dedos en el vientre hasta reventarlo y sacarle las entrañas, se peleaban por los ojos, arrastraron luego el cadáver, liberado de sus ataduras, por el suelo, medio desmembrado, hasta colocarlo sobre las brasas y

lo tostaron lentamente, por ambos lados, para luego disputarse sus carnes. Le habían abierto el vientre, le habían sacado las vísceras, el corazón palpitante entre el costillar que tomó el que parecía el cacique de aquella salvaje tribu, para que luego se lanzaran sobre los despojos el resto como una turba de perros prestos a devorar el cadáver y no dejar de él más que los huesos.

El miedo dejó paralizado a Marín de Urtubia. Se vio en aquella brasa, tostándose, y se horrorizó de su próxima muerte. Daría toda su fortuna, si la tuviera, porque un verdugo le cortara con limpio tajo la cabeza, hasta se dejaría colgar de la rama de un árbol, todo menos ser pasto de semejantes alimañas, y ser escarnecido su cuerpo una vez muerto. No eran humanos y se preguntaba por qué Dios los había creado, por qué había creado a los tiburones, a las cucarachas, de qué pesadilla surgían los caribes que con sus actos justificaban el terror que infundían en todas las islas de las Antillas. No estaban hechos sus ojos para ver tal sucesión de horrores, que los había visto, por desgracia, que hasta los había provocado, que las circunstancias lo habían empujado a un mundo tan ajeno a la poesía como el de convertirse en sanguinario capitán que acababa con los cabellos y las barbas tintos en sangre. Tras la parálisis por la barbarie que acababa de contemplar, tras invertir las náuseas que le golpeaban el estómago ante tal cúmulo de horrores, renació en él una rabia sorda y se encendió de odio. Miró a aquella tribu de salvajes inmisericordes que se emborrachaban con la sangre que aún manaba de las venas del cadáver y arrancaban a dentelladas la cabeza del tronco para ponerla en la fila, con los demás trofeos; miró a los niños que se reían de la muerte como lo más natural del mundo y se mofaban de los que, atados, vaciaban vientres y esfínteres ante lo que les esperaba. Aquello era el estrato más bajo de la condición humana, lo menos evolucionado, el nexo entre lo humano y lo animal, quizá más de lo segundo que de lo primero; aquellos salvajes no merecían habitar el bello paraíso en el que habían sido relegados. Dios se había equivocado. El chamán carnicero, una vez que del infortunado taíno sacrificado no quedó más que un esqueleto descarnado, se aproximó a Marín. Cantaba algo y lo miraba sonriendo bajo sus pinturas, con ojos alucinados por el tabaco y puede que otras drogas. Esgrimía entre las manos la macana que había utilizado para matar a la anterior víctima, que estaba tinta de sangre y con cabellos humanos y la piel de sus víctimas prendidos en ella. Hizo el gesto de descargar el golpe en su frente, mas no lo hizo, se detuvo a poca distancia, sorprendido de que el vasco ni siquiera cerrara los ojos, mientras a su alrededor la turba, saciado su apetito, esperaba quieta y expectante el desarrollo de los acontecimientos. Un nuevo gesto de acabar con su vida sólo obtuvo del vasco un gesto despectivo. No comprendía el chamán que aquel extraño gigante de ojos azules y cabellos rubios no temblara ni gritara de pavor ante lo que le esperaba, y se enfurecía por la impasible actitud de la víctima.

Hasta que Marín empezó a gritar con fuerza al espantajo pintarrajeado los más soeces insultos que había aprendido en las tabernas, con voz ronca, largas palabras plagadas de erres que debían de sonarles extrañas y mágicas a aquellas gentes. Mientras más insultos vomitaba sobre aquel rostro, más inquietud veía reflejada en él, y mientras más inquietud, él más se envalentonaba. Atisbo, bajo los párpados hinchados por los golpes que había recibido con anterioridad, la curiosidad de quien parecía el cacique y quienes lo rodeaban. Se los imaginó extrañados por el idioma en que el hombre de piel blanca, ojos azules y espeso cabello en la cara y en el cuerpo se dirigía a ellos. Siguió diciendo frases sin sentido, y cuando dejó de hablar cantó a viva voz, aturdiéndolos más. Lo escucharon. Todo callaron para oír la vieja canción de cuna que le susurraba ama en su caserío, mientras los fulminaba con la mirada y se repetía que no les tenía miedo, que no le importaba morir, puesto que nada lo ataba a ese mundo del que se despedía. Moriría matando, se dijo, bravamente, como un hombre, en pelea, antes de ser sacrificado como una bestia por la horda.

—No soy un cerdo, ni un ternero, ni una gallina. Soy un hombre.

Tenía las manos libres gracias a la providencial ayuda de la hermosa caribe; las movió, buscó el nudo que cerraba la cuerda a su cintura y lo aprisionaba al árbol, la aflojó tanto que haciendo fuerza con los brazos saltaría y se vería libre. Se tensaron todos sus músculos, fundamentalmente los del pecho y los de los brazos, se marcaron todas sus venas en el cuello y en la frente del esfuerzo, enrojeció su rostro de furia mientras seguía rugiendo como un animal salvaje. Algo debió de presumir el chamán, algo debió de intuir en los ojos brillantes y azules del vasco que lo miraban a su vez de forma hipnótica tratando de fulminarlo. Alzó la maza para descargar el golpe y el hombre blanco, liberado de sus ataduras, por sorpresa, sujetó su brazo, lo torció con la rapidez del rayo, lo partió sin miramientos, provocando el alarido de dolor del chamán, que se espantó al ver cómo su propio hueso perforaba la piel, y luego, ya sin resistencia, tomó el vasco la maza de su mano y descargó tres golpes en la frente, hasta abrírsele, y lo dejó caer.

Allí estaba, muerto, en medio de un impresionante silencio, el hombre magia de la tribu, el que nunca moría, el que sacrificaba a los prisioneros y repartía sus carnes, con la frente abierta y los sesos desparramándose por el suelo en medio de un mar de sangre que la tierra se mostraba incapaz de absorber.

Rugió Marín de Urtubia, mirando a los que lo rodeaban, amenazador. Tomó del suelo aquel despojo con un solo brazo, le arrancó de un mordisco la nariz con toda su furia, la escupió tiznándose de sangre, y arrojó el cadáver, como quien tira una piedra, a la hoguera. Allí se consumió en breve, se convirtió en carbón el prohombre caribe mientras un murmullo de espanto recorría las filas de los suyos.

Salió de entre los caribes un guerrero. No le llamó la atención a Marín el hecho de que fuera fuerte y corpulento, que sin duda lo era, el más feroz soldado de aquella turba, sino lo que empuñaba en una mano: una espada. Aquélla era la espada que le habían arrebatado cuando lo capturaron, y con su arma pretendían matarlo. Rugió Marín de Urtubia, como si fuera un león, blasfemó cuanto pudo, con mirada incendiada, mientras el caribe se le venía encima con la espada en alto pero sin saber muy bien qué hacer con ella. Falló el primer golpe, el segundo; al tercero, evitado con un quiebro de cintura, respondió Marín estrellando la maza que había arrebatado al chamán contra la nuca del caribe, que se tambaleó sangrando por la espalda, arrastrando la espada por el suelo. No lo dudó Marín. La tomó de su mano, sin resistencia, la empuñó con determinación y segó con limpio tajo su cabeza, tomándola por los cabellos para que no volara. El cuerpo sin cabeza anduvo unos pasos aún, ante los gritos de espanto de los caribes, mientras el despojo de la cabeza, colgando de la mano de Marín, abría y cerraba los ojos, movía los labios, se lamentaba, vomitaba abundante sangre por la boca. Exhibió el trofeo Marín a los aterrorizados espectadores antes de arrojarlo a los pies del cacique. Lo desafiaba. Avanzó, espada en ristre, hasta el jefe de los caribes, que no reaccionaba ante aquel súbito estallido de violencia y fuerza del hombre de cabellos rubios y ojos azules que, de víctima atada a punto de ser sacrificada, se convertía en verdugo; no se movió, paralizado por el terror, cuando el acero del castellano lo atravesó limpiamente de parte a parte y luego, con certero tajo, le abrió las entrañas.

Rugió Marín de Urtubia, las manos, las piernas, el pecho, las barbas, el cabello, la cara tinta en sangre, arrastrando el último despojo por el suelo, arrojándolo a la hoguera en la que el chamán ya no era más que un retorcido carbón, y se volvió hacia los caribes, los atravesó con su mirada, los amenazó con su espada, gritó hasta reventar, haciendo rechinar los dientes.

—¡Malditas malas bestias! —rugió, fuera de sí—. ¡Animales salvajes! ¡Pútridos seres! ¡Maldición de Dios! ¡Soy vuestro rey! ¿Me oís? ¡Soy vuestro rey!

Uno a uno, hombres, las pocas mujeres, ancianos, niños, los caribes fueron tocados por su mano, sufrieron la descarga de su energía, gritaron y lloraron sacudidos por una histeria colectiva que se apoderaba de todos. Temblaban sus miembros, se agitaban sus cabezas,

rechinaban sus dientes, se perdían sus ojos en las cuencas, se arañaban pechos y brazos, se mordían los dedos en medio de una paroxística locura general. Luego, según avanzaba Marín con la espada en ristre chorreando sangre de su filo hacia la cabaña del cacique, sus nuevos súbditos se echaron a su paso al suelo, en silencio, todos de bruces, guardando respetuoso silencio sólo roto por el crepitar de las carnes del chamán y el cacique que se consumían en la gran hoguera del poblado.

—¡Desatadlos! —urgió, señalando a los tres taínos que aún permanecían atados.

Y su orden se cumplió, todos la entendieron, aunque la pronunciara en el más perfecto castellano. El hombre blanco de descomunal fuerza y brazo que cortaba gobernaba las cabezas y los cuerpos de sus súbditos, era su cacique, su chamán y su dios.

Entró Marín de Urtubia violentamente en los aposentos del cacique presintiendo a quién iba a encontrar en ellos; y allí estaba, altiva, feroz y bella, la guerrera caribe sin duda reclamando sus derechos sobre el hombre que con un golpe del azar, otro de la suerte y su impagable ayuda se había hecho rey de aquel poblado y la había convertido en viuda. Ni una brizna de pena o dolor por tan súbita y violenta pérdida en el rostro de la mujer, sólo un deseo enloquecido de que el hombre la hiciera suya.

La tomó por los hombros Marín, hundiendo los dedos en sus carnes oleosas mientras le mordisqueaba en el cuello sin clavar del todo los dientes. Se estremecía de furia la caribe mientras la boca del hombre retozaba por su cuerpo y ambos pechos se agitaban golpeados sin duda por el bravo corazón que latía bajo ellos mientras fijaba sus ojos en el vasco y sostenía desafiante su mirada. Sin duda era el único miembro de la tribu que no le temía, lo más bravo y feroz de aquella horda sanguinaria. Le fascinaba al vasco su belleza, en la que la naturaleza había sido singularmente generosa con sus dones, y, al mismo tiempo, la ferocidad de aquellos rasgos, la violencia desatada que agitaba todo su cuerpo, la carga de sensualidad que lo acompañaba, que al tocarlo ya se presentía. Aquella mujer era una brasa y no temía quemarse en ella Marín de Urtubia, no le importaba servirse de su cuerpo para cometer todos los pecados posibles.

—Estamos en paz —le dijo, apartando su cabellera de la cara—. Yo te salvé la vida, y tú me la devuelves ahora.

La tomó con ambas manos por las caderas y la atrajo hacia sí. La estuvo mirando a los ojos por si veía asomar en ellos una expresión que los dulcificara. No la vio.

—Tu nombre.

Mas sólo gemidos surgieron de labios que el placer mantenía abiertos mientras los párpados se cerraban sobre sus rasgados ojos y sus muslos se abrían y abrazaban la cintura del hombre.

Capítulo 23

Marín de Urtubia se había convertido en el cacique de una tribu de salvajes caníbales casi sin proponérselo, cuando sin duda estaba destinado a ser su víctima. La clave de su éxito, pensó, había sido no demostrar miedo, cuando realmente lo tenía, y haber sacado valor del saberse condenado y no tener ya nada que perder. No hay hombre más valiente que el que carece de toda atadura con el mundo y a él, tras dar muerte a Camani, ya nada lo ligaba a ese reino de mortales por el que llevaba transitando dolorosamente como un vagabundo desde la debacle del fuerte Navidad. Su poder sobre aquella horda residía precisamente en el temor irracional que había conseguido inspirarles con sus actos, en mostrarse más fiero que ellos: nadie se explicaba que un hombre atado podía liberarse de las cuerdas que lo sujetaban, acabar con la vida del hombre magia y del más valeroso guerrero, y mandar al infierno a su reyezuelo. Alguien capaz de tantos portentos, tan valeroso y fuerte, ajeno al dolor, sin duda merecía regir los destinos de aquella comunidad.

Acudieron a él los tres taínos liberados, Mapuco, Juneto y Yabaque, que no acababan de creerse que vivieran y debían pellizcarse unos a otros para darse cuenta de su real existencia. Todavía temblaban, instintivamente, cuando se cruzaban con los caníbales que, lejos de enseñarles los dientes, les sonreían de forma amable sabiendo que gozaban de la especial protección de su nuevo rey. Se armaron con las espadas de los castellanos que los caribes les habían arrebatado durante el asalto al poblado y con temor devolvieron, poniéndolas a su disposición, y formó Marín con ellos la guardia que lo protegería día y noche, aunque no lo creyera necesario: nadie en su sano juicio osaría desafiar su furia después de los portentos de los que habían sido testigos sus nuevos súbditos.

Los caribes aceptaban las órdenes que Marín les dictaba sin rechistar, y era maravilloso ver cómo éstas las entendían sin necesidad de traducciones, con qué diligencia eran seguidas. Diose cuenta el vasco de que, tanto o más que su fuerza bruta —la naturaleza había fortalecido sus músculos ejercitados en su duro esfuerzo de sobrevivir en la selva— y su imponente estatura, les atemorizaba el tono imperativo de su voz, que resonaba en el interior de sus costillas y vibraba con las erres que se esforzaba en prolongar sabiendo el mucho respeto que inspiraba con esas consonantes que tan difíciles resultaban de pronunciar a todo pueblo extranjero.

Reunió a los prohombres de la aldea en su cabaña, ante la atenta mirada de la voluptuosa reina caribe, que los miraba con profundo desprecio y buscaba siempre su abrazo. Aquella pequeña venus de carne y fuego de piel cobriza y formas esculpidas por una naturaleza voluptuosa seguía sus pasos y daba a entender a los suyos el mucho poder que tenía al ser receptora de la simiente del semidiós. Ante el hombre blanco formaron los más viejos, por el pelo débil y las arrugas que ensombrecían sus rostros, los más sabios, por la inteligencia de sus miradas, los más ricos, por el oro que resplandecía sobre pechos y colgaba de las orejas y narices. Repasó Marín a su corte con sus luminosos ojos azules que los hacían temblar a todos como juncos. Uno, que osó devolverle la mirada, fue expulsado sin contemplaciones de su presencia con un formidable puntapié en el trasero que lo arrojó en medio de la plaza, entre la risotada de los súbditos reunidos en el exterior en asamblea, que también le propinaron lo suyo antes de dejar que huyera herido por la humillación. A otro simplemente lo expulsó porque no le gustaba su aliento. Así, caprichosamente, se deshizo de la mitad de sus consejeros hasta no dejar más que a tres sumisos caribes que esperaban sus instrucciones mientras las mandíbulas les temblaban de miedo. Se paseó entre ellos, altanero, observó sus pupilas y dientes, probó sus músculos, mientras mascullaba imprecaciones, soltaba blasfemias, rugía amenazas que literalmente los aterrorizaban.

Empleó el resto del día en inspeccionar su poblado. Se paseó por lo que días atrás iba a ser su tumba, acompañado por su guardia, entre quienes días antes iban a devorarlo y beber su

sangre y rehuían ahora la mirada del dios, no fuera que los fulminara como hizo con el cacique cuyo esqueleto negro carbonizado seguía humeando en la hoguera central del poblado, totalmente irreconocible ya. La divina providencia había invertido los papeles y ahora eran ellos los que sentían miedo de él, en lugar de ser él quien se aterrorizara por su presencia. Dios, del que había renegado injustamente en más de una ocasión, no lo había abandonado pese a sus muchos pecados. Contó a sus salvajes súbditos mentalmente, censándolos. Cuarenta varones en edad de combatir, una docena de ancianos, una turba de adolescentes ruidosos y escasas mujeres, que apenas llegaban a contarse con una mano. Ése fue un hecho que le llamó poderosamente la atención a Marín y que no supieron explicarle los taínos de su escolta.

—Deben de devorarlas...

—Mueren una vez han parido.

—Emigran a otra isla.

Lo llenó de curiosidad que cada uno de los taínos le respondiera una cosa distinta, y decidió sonsacar a su hermosa manceba caribe. Sentándola sobre sus rodillas, pasando su mano por sus mejillas, le preguntó una y otra vez dónde se encontraban las mujeres de la aldea, y la señalaba a ella, como representante de su género, y señalaba al exterior de la cabaña mientras abría mucho los ojos, pues aparte de ella y media docena de mujeres de escasos encantos, no había otras representantes del género femenino.

—En otra isla. En Matitinó —fue finalmente su respuesta.

—¿Todas? ¿Una isla que se llama Matitinó? Pues ¿qué hacen los hombres sin mujeres?

Era un pueblo de ritos extraños y crueles. Comían carne humana por necesidad —no había grandes mamíferos en aquellas islas que proveyeran de proteínas, y así como otros pueblos mataban a sus enemigos y los daban inútilmente a gusanos y alimañas que los devoraran, ellos eran más prácticos y se servían de sus carnes no sin cierta lógica—, por placer —era la carne humana mucho más sabrosa que la de los escualidos monos, la insípida de las iguanas o la aceitosa de los manatíes— y como ritual, pues todas las virtudes del difunto, en especial su inteligencia y fuerza, pasaban al vivo en ese momento de comunión. En cuanto a los apetitos de la carne, de los que los caribes no eran ajenos, pronto advirtió Marín cómo se satisfacían: usaban a las escasas mujeres de la aldea, poco jóvenes y menos agraciadas, como rameras para el desfogue, y eran de uso común; violaban sin cesar a sus prisioneras obteniendo de ellas placer y además carne fresca, lo que no había sido posible en esa incursión porque los taínos las habían puesto previamente a buen recaudo; o se utilizaban unos a otros, los propios varones, para tan ilícito fin. La sodomía, tan castigada, vituperada, perseguida y despreciada en su Viejo Mundo, era cosa aceptada y practicada en el Nuevo como la más normal de las actividades.

—Sigo sin saber tu nombre, maldita fiera —exclamó Marín cuando sintió los dientes de la caribe perforando su hombro en uno de los éxtasis que la dejaban transida y la aproximaban aún más a un feroz felino.

—Haina —dijo, jadeante.

Repitió el nombre. Le gustó. Lo susurró a su oído, despertó con ello por primera vez una sonrisa en su rostro que lo iluminó con resplandeciente belleza.

—Si consiguiera liberarte de la bestialidad de tus actos, Haina —le dijo Marín, bordeando con el dedo índice de su diestra su hermosa boca de labios carnosos.

Pero la aguda presión de sus dientes en su yema, un movimiento de mandíbula instintivo en cuanto sintió dentro ese dedo en su boca, y el dolor punzante de la herida le hicieron al vasco abrigar escasas esperanzas de civilizar a la salvaje caníbal. Bebió la mujer de la sangre que brotaba de la pequeña muesca en la yema del dedo que ella le había hecho, hasta pintarse sus gruesos labios de rojo y parecerse entonces, más que nunca, a una auténtica barragana.

Pensó luego Marín, mientras ella dormía apaciblemente junto a sus pies y los centinelas taínos se turnaban en la guardia nocturna en el exterior de su cabaña, cómo la vida dependía de una

concatenación de aconteceres caprichosos, como la suya propia se la debía a la buena idea que tuvo en su momento de no matar a esa muchacha para convertirla en mensajera del terror y en cómo ella, reconociéndolo, lejos de vengarse, lo había amado y le había dado la libertad y, con ella, la vida.

Venció su cuerpo sobre el de ella, apoyó su cabeza greñuda, de amplios rizos rubicundos, en el ángulo perfecto que formaban su cintura y sus caderas sudorosas, sintió el perfume vegetal de su piel mientras, inconsciente, la besaba y recorría con sus labios formas que la respiración agitaba y debía reprimirse para no morder. Con ahínco, Marín de Urtubia, poeta aficionado, literato de mesones y buscador de la belleza, la encontraba en el entorno menos proclive a ello, en una aldea de hombres y mujeres degenerados por sus ritos ancestrales en donde resplandecía como una diosa la hermosura de esa fémina cuyo cuerpo habrían esculpido con placer los artistas en mármol, cuyas formas casi alcanzaban el canon del clasicismo. Amar a aquella mujer era sin duda pecado de lujuria, pues la posesión de su cuerpo no entrañaba la dulzura de ningún sentimiento. Lo más salvaje, lo más animal de él se manifestaba cuando la abrazaba, mas luego, apagado el deseo, sus pensamientos volaban fuera de aquella cabaña y de aquel lecho aéreo y pensaba en la dulce Cuanagui, que sin duda debía de creer que había muerto. La hija del cacique de Cibao reemplazaba a Canayma, ¿aquella sensual caribe que descansaba a sus pies iba a reemplazar a Cuanagui?

—Haina —susurró mientras su cabeza trepaba por aquel cuerpo pequeño y prieto hasta situarse sobre sus costillas, bajo sus pechos, ansiando una caricia de su mano.

Puede que ella leyera su pensamiento, puede que él perforara sus sueños y le diera la orden, pero lo cierto es que el brazo de la bella muchacha caribe se desplazó y que su mano abierta rozó la cara hirsuta del vasco en un gesto que era lo más parecido a la caricia que con tanto ahínco demandara aunque por un momento el vasco temió que la mano se convirtiera en zarpa y le arrancara la piel del rostro. Durmióse entonces Marín con una extrema placidez.

Al día siguiente hizo una de las cosas que le habían estado alterando el sueño últimamente y se sacó así de su conciencia aquella espina clavada en su corazón. Salió de su cabaña cuando despuntaba el sol, se cruzó con sus nuevos súbditos, que se apartaban a su paso, no osando tocarlo, y se fue directamente hacia la tenebrosa repisa en donde se alineaban las cabezas cortadas de las últimas víctimas, una colección del horror. Algunas, las más antiguas, ya habían perdido la carne, todo vestigio humano, y por entre jirones de piel apergaminada que la putrefacción había desechado asomaba la paradójica sonrisa de la muerte. Mas los últimos de aquellos trofeos, sometidos a ahumadas, aún estaban intactos. Allí estaba la de su amigo Camani, el último vestigio de su cuerpo, una cara que nada decía, con los párpados cerrados y una expresión apacible que Marín de Urtubia deseó que fuera debida a su estancia en el limbo de los justos. Un no bautizado no podría nunca entrar en el cielo, pero tampoco iba a pasar por el purgatorio en donde sin duda estaban sus más enconados enemigos, los traicionados del fuerte Navidad, que lo atormentarían de por vida. Tomó la cabeza entre sus manos, generando un murmullo de asombro entre los que lo observaban, cruzó la aldea, salió de sus lindes y buscó un lugar cobijado y hermoso en donde darle sepultura. Cavó con sus propios brazos la zanja, se llenó las uñas de barro, no cesó hasta que hubo vaciado un hueco dos veces superior al volumen de lo que se proponía enterrar, y le dio sepultura, aplanando luego la tierra que colocó encima, hincándose de rodillas y rezando por el eterno descanso de su fiel amigo.

—Camani, vivirás siempre en mi corazón —dijo, alzándose y regresando a la aldea—. Que tus dioses te acojan en su seno; que seas árbol, hierba, río y mar, como creías. Dedicó el resto de aquella mañana a inspeccionar, protegido por sus guardias taínos y guiado por un grupo de caribes, el interior de la isla. En nada difería de las otras hermosas islas que salpicaban aquellos mares salvo en que era más inhóspita, más enlodazada, más húmeda y más poblada de malditos insectos que ninguna otra. Si la naturaleza ganaba siempre al hombre en aquellas

tierras virginales, aquí la victoria era total y el hombre no era sino un delgado brazo de su furia. Había culebras, gran cantidad de ellas, colgadas de los árboles como lianas, de las que había que guardarse, o deslizándose por el embarrado suelo, como raíces movientes, o en lo profundo de las charcas, atentas al ruido o al movimiento para surgir de su cenagoso hábitat y trenzar sus anillos sobre sus víctimas y estrangularlas; abundaban también racimos de murciélagos, demoníacos animales, que en aquellas tierras eran más grandes y colgaban de los árboles, prestos a dejarse caer sobre sus víctimas para vaciarles el cuello de sangre; y las eternas y repulsivas cucarachas, las laboriosas y feroces hormigas que al menor descuido entraban por entre las nalgas y se adueñaban de los intestinos.

Atravesaban un siniestro bosque de árboles altos y copas frondosas que no dejaban pasar la luz del sol, y llamóle la atención a Marín de Urtubia el ver cómo mano humana había excavado en algunos de los troncos cavidades que sellaban capas de barro. Preguntó a uno de los guías caribes que lo acompañaban y le pareció entender que a los niños que morían en la aldea, que debían de ser multitud, no los devoraban como hacían con el resto de los humanos, sino que los sepultaban en aquellos troncos y sus cuerpos alimentaban los árboles. Salió con celeridad de aquel bosque, que creyó poblado de fantasmas infantiles.

Mapuco, uno de los tres taínos supervivientes, se acercó a Marín de Urtubia en una de las paradas que hicieron para descansar de la marcha. Tenía el indígena una gran herida infecta en el pecho, un tajo de macana que le había arrancado gran cantidad de carne, y su aspecto era malo. Notó el vasco que quería decirle algo, por la expresión alterada de su rostro, y lo apremió a que hablara de una vez por todas.

—¿No sería mejor aprovechar el temor que les causamos para abandonar la isla en una canoa y volver a Haití?

Marín rechazó la idea de plano, pues una huida podía ser interpretada como una debilidad por su parte, una muestra de temor hacia los que ya no eran captores sino súbditos, y podría tener fatales consecuencias de no llegar a buen fin. Huirían, por supuesto, pues Marín de Urtubia no se veía acabando sus días entre aquella turba de salvajes, pero cuando llegara el momento.

Se internaron por una selva inundada por la proximidad de algún río que se desbordaba con las lluvias. Buscaban caza y había que admitir que ésa era reacia a dejarse apresar. Los monos saltarines, escasos, huían despavoridos en cuanto los oían, y las hutías se escurrían en aquella zona pantanosa. La fauna, en aquella isla maldita, no era tan abundante como en la Hispaniola, apenas existía: no había grandes lagartos, ni iguanas, ni sus ríos, pequeños, tenían manatíes, ni por sus árboles correteaban alegremente los monos como en otras partes. Marín empezó a comprender que el canibalismo de los caribes se debía más a una necesidad que a un capricho y llegó a pensar si él, de haber nacido en esas circunstancias, no sería también un terrible antropófago.

Un caribe se detuvo y le hizo un gesto a Marín de Urtubia. Del agua cenagosa, por donde avanzaban con dificultad, asomaba una cabeza triangular y torva de color gris que se confundía con el barro. Era el extremo de una gran serpiente que ocultaba su cuerpo bajo las aguas turbias. El vasco alzó la espada, cortó el aire y segó aquella cabeza con un limpio tajo que dejó leve huella de sangre en el acero. Hundieron las manos los caribes en el agua pantanosa, alborozados y chillando, haciéndose con el robusto cuerpo de la serpiente que, aun sin cabeza, se resistía a ser dominada y los golpeaba con la cola. Con tan precario botín para alimentar a la aldea emprendieron el camino de retorno.

Aquella noche comieron de la serpiente, aunque no todos. No había suficiente alimento. Comió Marín de aquella carne suave que sabía a barro, y comió también Haina por ser su esposa, prerrogativa de la que no disfrutaron las restantes mujeres de la aldea. Marín se tendió, exhausto, en la hamaca y la mujer caribe lo acompañó. Se arrebujó ella contra su pecho, entre sus brazos, y él, por primera vez, la sintió contra su cuerpo sin que ello implicara poseerla.

Permanecieron abrazados, en medio de una extraña calma, observando la pequeña fogata que ardía en el interior de la cabaña cuya llama los hipnotizaba. Aquella placidez le hizo anhelar a Marín de Urtubia otro abrazo, el de la dulce Cuanagui, pensar en ella y en sus deseos de formar una familia. ¿Se acordaría de él o lo daría ya por muerto? Pronto durmieron bajo el suave balanceo de la cama aérea, y los ronquidos recios de Marín de Urtubia se fundieron con la respiración siseante de la princesa caribe.

Capítulo 24

Había muerto un anciano de la tribu, aunque denominarlo de esa forma era relativo, dijo para sí Marín de Urtubia, que había ido a verlo a su cabaña. Aquel cuerpo delgado, en los huesos, que seguramente había perecido de inanición, no debía de tener más de treinta y pocos años, y en aquellas tierras ésa ya era una edad provecta. ¿Cuántos años tendría Haina? Quince como mucho, que equivalían a veinte de las muchachas de su Viejo Mundo.

El cadáver tenía la piel grisácea y ya correteaban por ella insectos de todo tipo que los familiares del difunto desistían de espantar, y olisqueaban sus fosas nasales y su boca entreabierta cucarachas caídas de la techumbre de la cabaña. No diferían gran cosa los ceremoniales de difuntos de aquellas tierras con los del civilizado mundo de donde procedía el vasco. Lloraban sus familiares la pérdida del ser querido con el mismo sentimiento que lo harían ellos. Lloraban, por extensión, todos los miembros del poblado que pasaban por la cabaña del difunto y expresaban a sus familiares su solidaridad con el dolor como lo hacían las plañideras contratadas en los funerales para tal fin. Pero difería el entierro, que no iba a producirse. Un pueblo que pasaba hambre no podía cometer el absurdo de dar a los gusanos aquella carne humana, y así, la muerte de uno de los miembros del poblado se convertía en fuente de vida para el resto.

Fue sacado el enjuto cuerpo del finado en parihuelas cuando ya hedía por el calor sofocante que corrompía las carnes no bien éstas dejaban de respirar. El cadáver fue llevado por los familiares llorosos, esposa e hijos hasta la plaza del poblado y depositado a muy poca distancia de la cabaña que habitaba el vasco.

—Te pintaré para la ocasión —le dijo Haina.

Con las manos, utilizando barros coloreados, sangre de animales y otras materias que no podría identificar, la princesa caribe maquilló a su hombre decorando las porciones del rostro que la barba dejaba al descubierto, trazó dibujos en su pecho de forma circular y rayas gruesas que iban de las caderas a los pies, y luego hundió en su ondulada cabellera vistosas plumas de guacamayo que completaron su aspecto regio. De esa guisa salió Marín de Urtubia a recibir el cadáver que sus súbditos le ofrecían.

—¿Qué quieren? —preguntó a sus fieles taínos sin entender mucho el ceremonial y agobiado por las miradas que los caribes dejaban caer sobre él.

Se encogieron de hombros sus guardianes, que no dejaban sus espadas, mientras arreciaban cantos que eran como un murmullo monótono y Haina, con el cuerpo pringado de bija, tomaba asiento a su lado en el improvisado tronco de un árbol derribado.

—Es un presente.

Comenzó a entender de qué se trataba y se le hizo un nudo en el estómago mientras observaba a aquel cadáver apestoso que comenzaba a descomponerse bajo el tórrido sol, sobre el que revoloteaban nubes de moscas. Los hijos del difunto, dos jóvenes guerreros, tomaron por los brazos y los pies el fétido despojo y lo dejaron sobre las brasas permanentemente encendidas de la plaza. Pronto, el insoportable hedor de carne humana quemada se expandió por la aldea y Marín vio reflejada en las caras de los caribes el ansia por aprestarse a devorar el manjar.

Un brazo fue arrancado de aquel cuerpo chamuscado, cuya piel era ya carbón y cuyas tripas habían reventado en el vientre, y luego fue troceado con violencia. Un hijo del finado, solemnemente, se acercó a Marín con tan macabro presente y permaneció ante él, expectante. Todos los miembros de la tribu parecían estar esperando a que su nuevo cacique comiera para hacer ellos lo mismo. Aguardaban atentos, fijos los ojos en él, esperando a que se decidiera, y a Marín aquel trance se le hizo más insoportable que todas las torturas que había padecido a lo largo de su vida, peor que el potro que arrancó su confesión de culpabilidad en la prisión de Sevilla, más atroz que el lento tormento a que fue sometido por los taínos. Sintió la mirada apremiante de Haina, que no comprendía que su hombre se demorara tanto en hundir los

dientes en el humeante manjar que sobre una gran hoja se le ofrecía, y también sintió las miradas horrorizadas de los taínos, que temían que desairando el ofrecimiento se acabara el período de gracia que habían conseguido. No podía decepcionar a sus nuevos súbditos con gestos de asco, debía demostrar su superior fortaleza hasta en eso, asumiendo sus repugnantes costumbres gastronómicas. Tomó finalmente Marín aquel trozo de músculo seco y quemado, lo olisqueó frunciendo el ceño, cerró los ojos, controló el vómito, imaginó que se trataba del ala chamuscada de un pollo e hincó el diente en aquella carne correosa, que se le quedó enganchada entre los dientes. Un rugido de satisfacción coreó su gesto y la turba se abalanzó sobre el cadáver para desmembrarlo, y al poco rato todo resto había desaparecido y el poblado se llenó de caribes que chupeteaban huesos huérfanos de carne o se metían en la boca puñados de intestinos, riñones, el corazón y otras vísceras del anciano.

Haina devoraba con ansia, a su lado, un trozo de muslo enjuto como si del más maravilloso manjar se tratara; hundía sus afilados dientes destrozando tendones y sorbía la espesa sangre que aún guardaban las venas de aquella pierna que el fuego no había chamuscado como al resto del cuerpo.

El vasco miró a aquellos devoradores de hombres y le horrorizó ver cómo disfrutaban con tanta naturalidad de su comida. Mientras tragaba la carne humana que se veía obligado a comer, sintió por sí mismo la sórdida repugnancia que sentía por los caribes y se despreció por haber descendido tanto en la escala humana. No podía permanecer mucho tiempo entre semejantes caníbales si no quería convertirse finalmente en uno de ellos.

Aquella noche no se vio con fuerzas de tomar a su amante; le falló el deseo y le venció la repugnancia y se decía que sólo el diablo podía hacer hermoso a un ser que se hartaba con semejante pitanza. No podía evitar imaginársela devorando aquellas piltrafas y rechazó su cuerpo cuando fue a ofrecérsela con la pasión de todos los días. La repudió con brusquedad cuando ella se arrió a él, la arrojó de su hamaca con un empujón que provocó que un sollozo de pesar aflorara por primera vez de sus labios. Haina, desconsolada, pasó toda la noche gimiendo bajo la hamaca en donde su señor se balanceaba, tumbada sobre las hojas de palma, ignorando a qué era debido semejante desprecio.

—Si algún día acepto esto como algo habitual, si deja de repugnarme devorar a alguien como yo, es que me habré convertido en una maldita fiera —decía Marín de Urtubia a Haina, que lo escuchaba sin comprender y asentía a todo lo que él decía—. Tú me comerías, serías capaz de devorarme si me vieras muerto. No tienes conciencia, no sabes lo que está bien o lo que está mal, sólo te guía el instinto. Instinto para ayuntarte con varón, instinto para matarlo, instinto para comerlo. ¡Dios nos dio inteligencia para salir de esto! ¿O quizá, a vosotros no? ¿Sois la tribu maldita de la humanidad? Di, contesta.

A pesar de que era un hábito repugnante y degradante, Marín y los taínos se convirtieron en caníbales por necesidad. No había más carne en aquella isla que la que proporcionaban los hombres, y hasta las aguas que bañaban sus costas eran particularmente pobres en pescado. Era como si la isla estuviera maldita por las terribles costumbres de sus habitantes, pues ni siquiera abundaba la fruta, y había algunas zonas que estaban desoladas, desnudas de vegetación, eran un pedregal y una tumba de barro infecto, mientras en otras la naturaleza asfixiaba por su frondosidad sin que por ello dejara de ser estéril.

El hambre crecía en aquel poblado como la peor de las epidemias. Las pocas raíces y las escasas hierbas que engullían y engañaban transitoriamente a sus estómagos se mostraban incapaces de alimentarlos. A medida que pasaban los días y las partidas de caza volvían con las manos vacías, crecía el descontento. Ya no veía Marín entre sus nuevos súbditos caras apacibles, sino expresiones hurañas debidas al hambre. Y a medida que ésta se extendía, crecía la irascibilidad de aquellos salvajes, que miraban a su nuevo señor exigiéndole una solución.

Fue el propio Marín a cazar acompañado por los suyos. Cruzó durante días la isla de parte a

parte sin apenas hallar un mínimo sustento que les permitiera coger fuerzas para seguir andando. Aquella selva era silenciosa y hostil, negaba a los hombres el alimento que cerca, en otras islas, derrochaba y no había una explicación lógica y natural para ello, por lo que habría que echar mano de las sobrenaturales, de las supersticiones. Tras días de caminatas, enfangados, exhaustos, comidos por los insectos, desangrados por las sanguijuelas y los vampiros, la partida de caza retornó a la aldea caribe tal como había salido: sin nada. Marín se dio cuenta de que la situación era ya insostenible y vio la desesperación pintada en los rostros de sus súbditos, oyó cómo rechinaban sus dientes en sus flacas caras, atisbo, por primera vez, miradas de amenaza.

Aquella noche, mientras sostenía a Haina entre sus brazos, la interrogó buscando una explicación a tamaña pobreza.

El hambre, milagrosamente, aún no había hecho mella en la belleza escultórica de la caribe. Seguía teniendo el cuerpo recio y mantenía aquella mirada desafiante y turbia que había helado la sangre al vencedor Marín de Urtubia cuando, en buena hora, la salvó de la brutalidad de los suyos. Le habló la caribe, en un idioma en el que primaban más los gestos que las palabras, de la existencia de una maldición que arrostraban los hombres de aquellas islas y había ensuciado su raza: hacía muchos años, un hombre, un cacique, dejó de cazar por comodidad y devoró uno a uno a sus doce hijos, y desde entonces los caribes se veían obligados a hacer lo mismo porque los dioses, como castigo, retiraron las frutas de los árboles, alejaron a los peces de sus costas, hicieron perecer a los mamíferos. Saturno también vivía al otro lado del mar Tenebroso. Le habló también de un extraño monstruo, que aparecía con la forma de oso hormiguero e introducía la afilada lengua en el sexo de las mujeres dormidas y se llevaba a los hijos que preñaban sus vientres como castigo por su conducta. Era aquélla una isla de escasas mujeres y estériles, al parecer. Pensó Marín que sin duda los caribes eran los descendientes de Caín, la raza maldita de aquel paraíso terrenal.

—¿Qué puedo hacer para remediar el hambre? —se preguntó Marín de Urtubia en voz alta mientras sacudía a Haina por los hombros.

Si no se producía pronto otra muerte natural, Marín se vería obligado a sacrificar a alguien para paliar el hambre. Recorría el poblado entre las humeantes fogatas en las que los caribes asaban incomedibles raíces, pequeñas ratas y los últimos perros que les quedaban, y observaba a sus súbditos con una acuciante ansia pintada en el rostro. Se detenía ante ellos, miraba en sus pupilas rojizas y enfermas con la esperanza de descubrir en alguna de ellas los síntomas de una pronta muerte. En soledad, con el estómago vacío, devorado por su propia ansia, Marín de Urtubia rezaba a Dios pidiendo en esas tierras miserables el milagro de los peces y los panes. Pero Dios ni siquiera debía de tener constancia de la existencia de aquellos miserables territorios tan alejados del mundo conocido y regidos por leyes que él no había instaurado.

No fue hasta que observó que Haina languidecía cuando decidió dar el paso que tanta repugnancia y tal grado de desasosiego le producía. La bella caribe había perdido incluso la mirada de fiera que tanta conmoción le había producido al verla por primera vez. La vio tambalearse, con los ojos extraviados, por la cabaña, tras una sesión de ahumadas de tabaco, y la tomó en sus brazos cuando, víctima de una debilidad extrema, se derrumbaba.

Convocó a su consejo. Acudieron los tres caribes que lo formaban. Nada dijeron mientras él pasaba por su lado, gritaba, rugía, se desesperaba. Les ordenó, finalmente, que reunieran al pueblo y así lo hicieron.

Era noche de tempestades que el viento, colándose por entre las miserables construcciones de la aldea, amenazaba con apagar todas las fogatas encendidas y volaban las brasas incendiadas del gran fuego central que nunca se apagaba. Allí, en la plaza, ante su cabaña regia, formaba la turbamulta hambrienta: hombres, las pocas mujeres, los niños, un ejército de espantajos que convocaba a la piedad. Separó a los infantes y a las hembras y les ordenó que se marcharan

para preservarlos del espectáculo que a continuación vendría, como si las criaturas y las féminas de aquella raza maldita no estuvieran ya acostumbradas y vieran como normales todas las barbaridades que repugnaban al ser civilizado. Luego se encaró con los varones caribes, paseó entre ellos, temblando él mismo de la debilidad que le causaba el hambre mientras otra clase de temblor azoraba los cuerpos de sus súbditos. Cuarenta hombres, algunos, viejos, de menguados cuerpos en los que los esqueletos se marcaban como rosarios bajo pieles macilentas que la luz zigzagueante del fuego otorgaba un aspecto aún más fantasmagórico. Nadie levantaba los ojos del suelo, todos permanecían quietos, singularmente mansos en su aterrorizado estado mientras el extraño cacique blanco de la barba rubia y los ojos azules deambulaba entre ellos murmurando raras palabras rituales en las que abundaban roncós sonidos: las erres.

El fuego relampagueó en el cielo negro y poco más tarde se oyó el estallido del trueno, seco, como si segara todo un bosque de árboles. No tardó en llover. El agua corría por los entecos cuerpos de aquella formación, que permanecían inhiestas como estatuas, ajenos a los elementos, pegaba los largos cabellos a sus cabezas y sepultaba en barro sus pies. No había nada de terrible en sus facciones, nada de diferente en aquellos hombres desesperados que los distinguiese de los de otras islas, más que su infinita penuria, el castigo divino que arrostraban por crímenes del pasado y los condenaba a su condición de antropófagos.

Lo escogió a ciegas. No quiso ver su rostro, puesto que no lo tendría para él, borró su aspecto humano, puesto que, si no, no sería capaz de hacerlo. Joven, sí, y fuerte, con masa muscular en donde el hambre aún no había hecho mella; un cordero, un ternero, carne para sobrevivir, la misma insensibilidad que mueve la mano del matarife ajena a los chillidos de horror de la bestia y a sus ojos desorbitados. La misma determinación del león sujetando con sus zarpas su presa mientras sus colmillos le desgarran el cuello. Un preciso tajo de su cuchillo en su garganta, un estallido de sangre sobre su brazo que el agua de la lluvia borró pronto y un rugido de brutal alegría de los que vivían, abalanzándose sobre el moribundo. Matarían el hambre durante unos días, luego, Dios diría.

El antiguo escribano de Cristóbal Colón, por necesidad, se había convertido en dueño y señor de sus vidas, también en un bárbaro sin escrúpulos que renegaba de su civilización. ¿Qué le quedaba ya por hacer? Marín de Urtubia, el vasco del valle de Leizarán, reinaba en aquella apartada isla como el más temible de los tiranos, ostentaba el poder ilimitado que sólo consigue el miedo. Los caribes, con espanto, repetían su nombre, que habían aprendido y pronunciaban como si toda la vida estuvieran en ello, y el coro lo acompañaba siempre que se aventuraba fuera de la cabaña y merodeaba por las infectas calles de aquella población sumida en la miseria: «Marín, Marín, Marín», como si decirlo una y otra vez les proporcionara algunas de las virtudes que ornaban a su nuevo cacique y semidiós.

No hubo de aprender su idioma, no le hizo falta al vasco. Una palabra suya, cualquiera, y una docena de caribes lo rodeaban y se afanaban en encontrar su sentido, en interpretarla, y había que reconocer que la mayor parte de las veces acertaban. No se comunicaba con sus súbditos con el lenguaje hablado, el que salía de su boca, sino con el que manaba directamente de su mente y de la suya iba a sus interlocutores. Y ya era un poco como ellos, después de haber comulgado también con la carne humana, como también lo eran aquellos tres fieles taínos que siempre iban a donde iba su amo, con las cortantes espadas en las manos que tan diestramente manejaban tras haberse empeñado el vasco en ello. Clases prácticas de esgrima habían conseguido hacer hábiles espadachines a indígenas sólo duchos en el arte de descalabrar al enemigo.

—Siempre por la empuñadura, trazando un círculo de muerte a vuestro alrededor, de derecha a izquierda, así nada ni nadie saldrá indemne si osa acercarse. Al cuello de vuestro enemigo, con tenacidad, que un solo corte ya lo manda al infierno. —Los instruía ante la mirada curiosa

de la chiquillería, que se asombraba cuando el vasco, con la espada, la emprendía a golpes contra un árbol y desgarraba, como si nada, sus ramas.

La necesidad de carne seguía siendo imperiosa tras haber pasado por una etapa de escasos días en que la naturaleza, tras abundantes lluvias, pareció apiadarse de ellos. Fue cazado un orondo manatí, que en las aguas escasas de los ríos de la isla era presa excepcional, y se hizo un gran festejo a costa de su carne y su grasa, que adobó los cuerpos de los famélicos caribes. Los ojos de los nativos, de los hombres, ancianos, niños y sus escasas mujeres, brillaban ante aquellas carnes que se chamuscaban a fuego lento como los ojos de los castellanos cuando descubrían oro en las orejas o las narices de los taínos. Esa transitoria época de bonanza cubrió de nuevo los huesos de la hermosa princesa caribe, que fue nuevamente receptora del deseo imperioso del vasco.

Llevaba haciéndola suya casi a diario más de un mes, o quizá fueran dos, pues no había calendarios y Marín había omitido señalar los días, y se maravillaba el vasco que la mucha simiente vertida en el sexo de la india no diera aún su fruto. Tocaba el vientre con su mano tras acariciar aquella hendidura que se abría entre sus piernas y tanto placer le proporcionaba, y maravillábase de sentirlo tan plano bajo su palma, tan sin vida. Había oído que algunas desgraciadas mujeres de su mundo eran estériles, que Dios, por sus pecados y faltas, les secaba el vientre y les negaba el don sagrado de la maternidad, y se preguntaba en voz alta qué pecado, aparte de los que ya conocía, era capaz de haber cometido Haina para no poder engendrar descendencia.

Un día, tras poseerla, la interrogó. La cabeza de la caribe reposaba entre sus piernas y osaba mirarlo al rostro después de haberlo saciado con su entrega. Ella era la única que resistía su mirada y él le permitía semejante insolencia como una prerrogativa de su condición de reina de aquel poblado. Miró el vasco su cara y ya no descubrió tanta sorda violencia en ella, aquel grado de animalidad que le había seducido, y sí algo de pacificadora dulzura que quizá vendría del trato carnal que le daba.

Lo que intuyó de sus palabras y sus gestos lo turbó tanto que quiso no haberlo oído. Quizá se equivocara al interpretarla. Quizá aquella comunicación que establecía entre mente y mente fallara. Salían de los labios oscuros de la hermosa caribe historias infamantes que lo avergonzaban y llenaban de escándalo, una larga sucesión de incestos que se remontaba a varias generaciones pretéritas, cruces entre hermanos, amores prohibidos de padres sobre hijas, todos los tabús posibles que aquellas gentes sin moral ni vergüenza infringían con alevosía, cruces consanguíneos y contra natura que explicaban la esterilidad de su cuerpo. Se fue separando de ella a medida que comprendía lo que de su boca salía y lo que sus ojos expresaban. Hija de hermanos, fue luego amante de su padre a una edad en que al otro lado de ese mar confuso los niños jugaban, y su esterilidad la habían convertido precisamente en un preciado objeto de desahogo sexual de la tribu, ya que amarla no tenía otras consecuencias que el ilimitado placer que proporcionaba. La odió y sintió repugnancia por aquel ser que se le antojaba demoníaco y se maldijo por haber sucumbido a sus encantos y haber sido infiel en sus brazos a Cuanagui y a la difunta Canayma. No volvió a tratarla con dignidad de ahí en adelante, dejó de ser delicado y amoroso con ella, tornáronse sus hábitos brutales, como si con su actitud tratara de castigar los pecados de aquella pagana, a la que comenzó a despreciar al mismo tiempo que moría su deseo por ella.

A las pocas semanas, el hambre seguía siendo una necesidad imperiosa. Había acabado aquella bonanza primaveral que había dado escasos frutos y de nuevo la isla mostraba su faz yerma. Ni los cocos tenían carne, ni más agua dulce en su interior que escasas gotas. Se imponía una razia, pero Marín se resistía a llevarla a cabo contra sus antiguos amigos taínos. Reunió a su consejo, les habló y los escuchó. Uno de sus miembros, que se llamaba Camagagui, el más anciano de la aldea, sugirió una guerra pactada contra una tribu rival que se disputaba el

dominio de la isla y cuyo territorio ocupaba la parte norte. Marín escuchó, asombrado, la explicación lógica de ese encuentro brutal en el que los dos pueblos, acuciados por el hambre, aceptaban desafiarse, causarse la máxima mortandad en combate y alimentarse con los caídos. No actuaban los hombres en aquellas tierras de diferente modo que los animales; la naturaleza seleccionaba sabiamente a los más fuertes y les daba como alimento a los más débiles; una lógica implacable que sólo las sociedades civilizadas rechazaban a medida que alejaban sus costumbres del reinado de la selva.

Envió Marín un emisario a la tribu del cacique Guaguanqué. El caribe regresó dos días más tarde con la propuesta del enfrentamiento pactado. Se citaron ambos grupos en una explanada junto al monte sagrado, un cono volcánico apagado que presidía el centro de la isla, un terreno yermo de vegetación cubierto por la endurecida lava de la última erupción que la naturaleza no había tenido tiempo ni fuerza para esculpir a su manera ni tampoco fragmentar. Dentro de dos jornadas, a la salida del sol, tendría lugar el encuentro.

Corrió la noticia por el poblado y los caribes se prepararon para la contienda con una alegría salvaje pese a saber que muchos de ellos no regresarían y servirían de alimento a sus feroces enemigos. Durante aquellos dos días y sus noches, la horda aspiró humo de tabaco, se emborrachó con los poderosos alcoholes frutales y simularon entre ellos fieros combates en donde ejercitaron toda clase de golpes y artimañas. Estaban excitados, listos para el combate. Se tiznaron las caras, se untaron de pies a cabeza con la bija roja, pasaron las yemas de los dedos por las puntas de las lanzas, tensaron sus arcos, untaron las puntas de las flechas con la venenosísima ponzoña que extraían de las glándulas de hermosas culebras verdes, delgadas como bastones, capaces de matar a un hombre en un instante tras dolorosos estremecimientos, afilaron los bordes de las contundentes macanas, y hasta se limaron con piedras los dientes, el arma final que tendrían cuando las perdieran todas. De nuevo aquella horda era un grupo temible, se dijo Marín de Urtubia, no sin cierto orgullo, repasando la formación el mismo día de la partida.

Marcharon en hilera por la selva. Era un día desapacible y el dios sol se negaba a hacer acto de presencia. Flotaba una densa niebla entre los árboles que no se alzaba e impedía la visión. Andaban en silencio, sin pronunciar palabra, sin cantar, concentrados en sí mismos, saltando flexiblemente sobre el terreno, como una gigantesca partida de caza que no quisiera ser oída por sus presas. Llegaron los primeros a la explanada del combate. Era un lugar mágico que se utilizaba para dirimir las diferencias entre las dos tribus que compartían la isla. Aquellos encuentros periódicos entre guerreros tenían la ventaja de preservar la vida de niños, ancianos y mujeres, que no se veían inmersos en la lucha. Esperaron en silencio, alineados, cubriendo una amplia franja de la explanada, junto a los primeros árboles del bosque que se espesaba y del que acababan de salir, hasta que hizo su aparición el grupo rival. Difícil sería distinguir a unos y otros en el fragor de la batalla. Desnudos y emplumados, sólo variaba el tono de la bija roja que cubría los cuerpos de los recién llegados, más apagado, no tan luminoso, y unos aros plateados que rodeaban sus tobillos. Los contó rápidamente Marín mientras formaban enfrente de ellos, unos cincuenta, diez hombres más que los suyos, tan bien armados, tan ágiles y tan feroces en apariencia.

Pronto se rompió el silencio. Empezaron a gritar los caribes de Marín de Urtubia una sarta de insultos y sangrientas amenazas que salían de sus bocas amenazadoras, y respondió al desafío la horda rival. De los gritos y canciones pasaron a las danzas rituales. Los guerreros se movieron con extrañas cadencias, como si estuvieran ebrios, agitaban brazos y piernas, se golpeaban el pecho, se mordían los labios y hacían rechinar los dientes mientras alardeaban de su armamento. Marín buscó con la mirada al cacique rival. Lo distinguió rezagado, rodeado por sus guardias, un indio emplumado que permanecía impassible observando los preparativos de la batalla.

—Yo no voy a luchar por ellos —le dijo Mapuco a Marín de Urtubia—. Que se maten. Aprovechemos la confusión para huir.

—No es el momento. Tú vas a luchar como voy a luchar yo. Ésta es una guerra que he declarado y que vamos a vencer. Y no me hagas repetir dos veces lo dicho o te descabezaré —lo amenazó. Dio la orden de atacar Marín. La hilera avanzó a la carrera y llovió sobre ellos una infernal lluvia de flechas. Vio el vasco a cuatro de los suyos retorcerse con llanto y dolor por el suelo árido antes de quedar muertos. Dispararon entonces sus arcos contra el enemigo. Acertaron a un número similar. Ya por entonces, ambos grupos corrían y acortaban las distancias, azagaya en ristre, macana en mano, en medio de un griterío infernal, y acabaron fundiéndose en sangrienta amalgama.

Durante tiempo breve e intenso, los cráneos reventaron, los pechos se abrieron, las espadas cortaron manos y cuellos y decenas de cuerpos besaron el suelo, que lentamente se cubría con un manto de sangre. No tenía por entonces aquella violencia el sentido épico de las primeras batallas que había guiado Marín de Urtubia. No había épica en los golpes traicioneros que unos a otros se daban tratando de abatir al enemigo para arrastrar luego su cadáver. Mató sin ganas, mató fríamente, más con la cabeza que con el brazo, a quien más fácil resultaba. Resolvía peleas que veía igualadas y se inmiscuía en ellas sin ningún honor. Degollaba por la espalda, hundía el acero en los riñones, remataba al indefenso sin ninguna piedad. No se trataba de vencer limpiamente en una guerra, sino de una operación de caza, y como presas se trataba al enemigo para el que no existía cuartel. Pintados de rojo, sin rostro, las víctimas de Marín de Urtubia perdían su condición humana y pasaban a ser meras piezas que colgarse del cinto. Cuando hubo descabezado y abierto las entrañas al último de sus enemigos, se detuvo a descansar apoyándose en la espada tinta en sangre. Los supervivientes, entre ellos el cacique, que no había intervenido en la batalla, se retiraban dejando su estela de cadáveres. Los contaron: quince muertos y siete heridos. Aunque casi la mitad fueran de su bando, era una cantidad considerable y suponía llenar las despensas de la depauperada aldea. Se alzó del suelo al oír gritos de horror y dolor. Los suyos remataban, aplastando la cabeza con grandes piedras, a los escasos heridos de la tribu rival. Gritó el vasco para que terminara la matanza y golpeó con contundencia a uno que fue sordo a sus advertencias y continuó usando aquel pedrusco asesino.

—¡Maldito espantajo falto de inteligencia! —rugió Marín, retorciendo el brazo que esgrimía la piedra en la que había prendidos piel y cabellos de las víctimas—. ¿Vas a arrastrarlos tú hasta el poblado? ¿No es más inteligente dejar vivos a los heridos y prisioneros para que sean ellos mismos los que vayan por su propio pie?

Regresaron triunfales a la aldea y aquella noche se hizo un gran banquete con los muertos, los propios y los ajenos. Ardían los cuerpos en las piras ante las miradas ávidas de los comensales, que se relamían los labios. Saltaron sobre ellos no bien quedaron chamuscados y la horda hambrienta se peleó por sus restos.

—Toma.

Marín contemplaba aquel atroz festín con honda repugnancia. Estaba sentado, a la entrada de su cabaña, como un verdadero rey, con la espada entre las manos, y de rodillas Haina le hacía la ofrenda de un presente que llevaba en sus manos. Miró y trató de averiguar qué era. Un despojo rojo y grande que sangraba, un corazón gigante de uno de aquellos guerreros que habían derrotado y del que no debían de quedar ni los huesos. Lo tomó, lo atacó a dentelladas, se ahogó con su sangre, como un animal.

Por encima del chillido de júbilo de los hambrientos que se atracaban con la carne humana se oía el lamento sordo y continuado de los heridos y prisioneros enjaulados que esperaban su turno a ser sacrificados; cinco varones, algunos malheridos, que Marín de Urtubia había respetado para que proveyeran de carne fresca cuando se hubiera dado cuenta de los

cadáveres.

Pidió perdón a Dios por todo lo que hacía, pero tuvo la sospecha de que el Hacedor no lo comprendía. Con ese sentimiento de pecado y maldad se fue a dormir durante tres largas noches en las que el sueño huyó y la lascivia de Haina no fue capaz de sosegarlo. Se juzgaba en aquellas vigiliias nocturnas y encontraba su comportamiento repugnante. Convivir con semejantes bestias no las civilizaba a ellas, sino que lo degradaban a él. Creyó, con temor, la parte de su mente reacia a sucumbir definitivamente en la bestialidad, que de demorar mucho su partida ya no habría marcha atrás. En una de esas noches en vela, apesadumbrado, salió de su cabaña y se acercó a la jaula en la que permanecían atados como bestias los que habían sobrevivido al combate.

Los miró a través de los palos que les impedían la huida. No dormían, se revolviéron al verlo, quizá temiendo que les había llegado el momento de ser sacrificados. No había en sus rostros, de los que la bija ya había huido, ni el más leve rastro de ferocidad, eran sus expresiones de extrema mansedumbre, pintadas por el infinito terror de saber a qué iban a ser destinados. Obró Marín contra su cerebro. Abrió aquella jaula y, uno a uno, con su cuchillo, cortó las ataduras de bejuco que mantenían a aquellos seres inmóviles. No eran animales, eran humanos, no podía consentir que fueran exterminados como meras bestias, a sangre fría, sin darles la más mínima oportunidad de salvarse. Permanecieron libres, en la jaula, sin decidirse a huir. Quizá le seguían temiendo, quizá pensaran que aquello era un engaño para llevarlos más fácilmente a la muerte. Hubo de empujarlos uno a uno Marín de Urtubia hacia el exterior, gruñirles, enseñarles los dientes, para que finalmente se decidieran a huir de la aldea y perderse en la noche.

Volvió a su hamaca y concilio el sueño. Siguió sumido en él cuando a la mañana siguiente un griterío furioso y ensordecedor y carreras arriba y abajo le indicaron que sus caribes habían advertido la fuga de sus prisioneros.

A todo se acostumbraba el ser humano, pensaba Marín aquel atardecer singularmente bello en el que el sol se había detenido en el cielo y se mostraba reacio a echarse a dormir y quien era capaz de adaptarse a las leyes naturales que gobernaban aquel espacio del mundo era quien finalmente sobrevivía. Todo se reducía, en definitiva, a una cuestión de resistencia, a las ganas de vivir que, pese a todo, lo dominaban, y razones había tenido durante aquella larga travesía por mares y tierras para dejarse abrazar por la muerte, y muy cercano estuvo de él su helado aliento.

Paseaba entre sus indios caribes que reposaban en hamacas suspendidas entre los árboles, miraba a los niños que jugueteaban cerca del arroyo y a los ancianos que consumían sus horas al sol, ociosamente, charlando entre ellos, y aspiraban el humo de los canutos de tabaco. Sin sus pinturas de guerra, no viéndolos dedicados a la tan terrible como repugnante afición gastronómica de devoradores de carne humana, no parecían más peligrosos que los taínos o los propios castellanos. Viviendo entre ellos, conociéndolos, tratándolos, siendo en definitiva uno más, no resultaban ni mucho menos tan terribles, aunque objetivamente lo fueran. Recordaba haberlos temido, mucho antes de verlos, por los relatos que los taínos hacían de sus tropelías, y cómo ese mito terrorífico, que era quizá su mejor arma para dejar inermes a sus vecinos, se hizo pedazos cuando los derrotó en aquella playa haitiana, cercenó sus cabezas y llenó con aquel macabro cargamento la canoa que luego tripuló Haina. Ahora que había conseguido sobrevivir entre ellos y hasta proclamarse su jefe, no le parecían tan terribles, y lo peligroso para él, en cualquier caso, era llegar a comprenderlos, convertirse en uno más de ellos y aceptar como normales las aberraciones de su comportamiento. Sin duda todo aquello se debía a que había cambiado su punto de vista; ya no estaba frente a ellos, sino con ellos, ya no eran extraños, sino conocidos, hasta familiares, sus rostros y sus nombres. La turbadora caribe cuya salvaje belleza le había alterado los sueños dejó de hacerlo en cuanto la hizo suya y tuvo un

nombre: Haina. Estaban constituidos aquellos indios como los demás hombres y, a pesar de su ferocidad, tenían sus terrores: lo temían a él.

La antropofagia era una necesidad en aquella isla yerma, castigada a la esterilidad por mandato divino, y no eran más salvajes aquellos indígenas que mataban para subsistir que las tropas castellanas que mataban para conseguir poder, adueñarse de territorios y riquezas. Aquellos indios pintarrajeados como demonios descuartizaban a los hombres para devorarlos; pero también descuartizaban, sin otra razón que la de infligir un ejemplar castigo, los castellanos a según qué reos en las plazas públicas de los pueblos, y los pedazos de aquellos torturados hasta la muerte permanecían hasta la podredumbre exhibidos en las entradas de las murallas, un muestrario de cabezas, piernas, brazos, sin que los castellanos dejaran de considerarse a sí mismos civilizados. ¿Qué diferenciaba el salvajismo de unos del de otros? Que unos mataban por el placer de matar, por castigar a ladrones, traidores, blasfemos, sodomitas o herejes, y otros sencillamente lo hacían por la necesidad de comer.

Sin abandonar la espada, que se balanceaba de su talabarte, la exigua prenda que ceñía su cintura, y golpeaba su muslo desnudo, se paseaba el vasco entre toda aquella gente que lo reverenciaba como a un verdadero rey, y lo seguían, como mastines adiestrados en su defensa, los tres supervivientes taínos, que no ocultaban mirar con prevención a sus naturales enemigos. —¿Cuándo volveremos a Haití, Marín?

Era la enésima vez que Mapuco le hacía aquella pregunta, y Juneto y Yabaque, aunque callaban, no podían ocultar su deseo de marchar de aquella tierra maldita. El locuaz taíno detestaba a los caribes y no se fiaba de ellos. Marín dejó resbalar sobre él su mirada severa. Ni era tan inteligente, ni tan hermoso como el fallecido Camani. Ancho y robusto, Mapuco jugueteaba con su espada evitando cortarse.

—No nos iremos todavía. Yo soy su dios y no voy a dar ningún síntoma de debilidad ante ellos. Ningún caribe me sostiene la mirada. Yo diré cuándo debemos regresar a Haití. Mientras, manteneos unidos y en alerta.

Lo estaban. Se echaban en la entrada de la cabaña mientras Marín de Urtubia descansaba. Tumbados en el suelo, como perros de guardia, nunca dormían del todo y no había noche que no abrieran en algún momento los ojos. No acababan de creerse que sus mortales enemigos, tras estar a punto de devorarlos, se mostraran tan afables con ellos.

—No hay mujeres aquí, Marín, aparte de la que tienes —le espetó un día Mapuco mientras su mirada lúbrica resbalaba por el cuerpo de Haina, que se balanceaba indolentemente en la hamaca.

¿Deseaban a la suya? Estaba presto a cedérsela. No la amaba más que a las rameras con las que había tenido trato carnal. Y se detestaba a sí mismo por la debilidad de su carne, por la infidelidad a Cuanagui, la dulce esposa dejada en la isla de Haití, y a Canayma, la amante que ya no podría borrar de su mente.

Capítulo 25

Un día Camagagui, el nuevo chamán de la tribu, acudió presa de excitación a la cabaña de Marín para hablar con él. Parloteó con rapidez y señaló el cielo ante la impávida mirada del vasco, que buscó la ayuda de Haina y ésta le explicó con visible desagrado lo que quería decirle. Habían brotado, rojas como la sangre, las flores de los flamboyanes, unos árboles de frondosas copas que proporcionaban buena sombra y eran de una gran belleza. Flotaba en la atmósfera de la isla un intenso perfume a polen que fuertes vientos se encargaban de esparcir. Bajaban de las florestas las simientes voladizas, muchas de las cuales cruzarían los brazos de mar que separaban las islas para fecundarlas. En aquellas latitudes, los hombres no eran distintos de las plantas, y parecían regirse por el ritmo de las estaciones.

—Todos los hombres de la aldea deben ir a la isla de Matitinó —le anunció la caribe.

Comprendió Marín, y también la furia que embargaba a su estéril compañera. Los caribes se regían por unos extraños ritos de fecundación que los relacionaban con las hembras que poblaban la llamada isla de las Mujeres o Matitinó, cuya existencia tanto había intrigado a don Cristóbal Colón como excitado a sus acompañantes. Una vez al año, aquellos salvajes caníbales se olvidaban de sus costumbres carnívoras y se dedicaban a desfogar sus instintos carnales. De aquellos ayuntamientos anuales salía una nueva generación que, si era hembra, se quedaba en aquella isla íntegramente femenina, y si varón, era devuelto a los terribles guerreros. La aldea hervía literalmente de excitación mientras se hacían los preparativos para la marcha. Sólo los ancianos, las mujeres y algunos niños quedarían en ella, bajo el cuidado de una decena de guerreros, mientras el resto se disponía a partir. Los hombres se untaban el cuerpo con una sustancia oleosa que hacía más bellas y escurridizas sus pieles y los harían más aptos y atractivos para el amor. Hablaban a gritos, como si fueran en expedición guerrera, bailaban, se ornaban unos a otros los cabellos con las más espectaculares plumas de guacamayos, con una coquetería que a Marín de Urtubia le llamó poderosamente la atención. No obraban de distinta manera que el varón cristiano, que se perfumaba y afeitaba en la primera cita con su amada para causarle agradable impresión, aunque para lo que se preparaban no era para una cita de amor sino para unas jornadas de desenfreno en las que iban a dar rienda suelta al deseo guardado durante tantos meses. ¿No era aquello como el celo que guiaba la conducta sexual de los irracionales?, se preguntó Marín, entre excitado y confuso.

Notó el vasco, al despedirse de Haina, su mirada herida. Nunca los brazos de la caribe le habían ceñido con tanta determinación la cintura ni toda ella se había apretado tanto contra su pecho. Por primera vez, Marín distinguió en sus ojos el fantasma de unos celos monstruosos y la desesperación de verse postergada por el encanto de otras mujeres. Quizá, a su manera, aquélla era su forma de decirle al hombre blanco cuánto lo amaba y lo necesitaba. Le costó al vasco desprenderse de ella, aflojar esos brazos fuertemente trenzados a su cintura y separarse de esos pechos robustos que tantas veces había acariciado y se aplastaban con tesón a su torso. La oyó gimotear, corriendo detrás de él, mientras encabezaba la partida caribe con sus fieles taínos al frente y se dirigía a la costa. Luego la oyó gritar, con todos sus pulmones, rabiosa, espantosos alaridos que le hirieron el alma y daban cuenta de su sufrimiento mientras la canoa entraba en el agua, se separaba de la playa y la distancia la empequeñecía. Ignoraba la temperamental caribe que aquélla sería la última vez que vería a Marín de Urtubia. Había malísima mar, pero eso no los descorazonó. Iban en tres grandes embarcaciones la cuarentena de hombres, remaban briosamente haciendo frente a las olas que de nuevo querían llevarlos a la costa, y se separaron finalmente con esfuerzo titánico de la isla, que poco a poco fue perdiendo sus contornos. En mar abierto, las olas eran aún mayores y un golpe traicionero arrebató de una de las embarcaciones a dos de los indios, que nada pudieron hacer por salvarse, y fueron abandonados en la inmensidad de aquel mar por tripulaciones ansiosas por llegar a aquella isla en donde reinaba el amor, con la que soñaban durante todo el año.

No dejaba de excitarle a Marín hacer realidad aquel sueño de promiscuidad con el que soñaba siempre el varón, pisar las arenas de esa tierra mítica y fundirse en abrazos con múltiples mujeres. La fantasía de aparejarse a ciegas, de hacerlo como animales con muchachas desconocidas a las que nunca más vería y con las que no existiría el más leve lazo afectivo sino el que nace del instante de placer, lo enervó durante la infernal travesía.

Brillaba un sol radiante que cegaba, y los remeros no desfallecían pese al calor, bogaban con rapidez, atacando de frente las olas, al ritmo de sus cantos monótonos. El viaje se hizo larguísimo, pues no se veía nada en el horizonte, ni la más leve señal de tierra, y creyó Marín, con descorazonamiento, que se habían perdido en la inmensidad del mar. Hasta que el sol dejó de cegarles los ojos, porque se situó sobre sus cabezas, y se recortaron en el horizonte los contornos de una hermosa isla bañada por un mar blanco que la arropaba, tan manso como enfurecido era por el que navegaban, cuyo perfil, dominado por promontorios gemelos, dos inmensos senos femeninos cubiertos de vegetación, parecía una premonición de lo que albergaba. Bogaron hasta que los remos tocaron la arena, atracaron las canoas en la misma playa, bajaron todos y, no bien pusieron los pies en la arena, comenzaron a salir de entre las palmeras una multitud de muchachas, cientos de ellas, armadas con arcos y flechas que no tenían intención de dispararles, que gritaban con alborozo y los miraban provocativamente como si los estuvieran esperando desde hacía muchos días. Formaron ambos grupos humanos, uno frente al otro, separados por trescientos pasos, como si se dispusieran a entablar una batalla, y realmente a ello se aprestaban, a enlazar unos cuerpos con otros, a combatir sobre el suelo, a hincar lanzas masculinas endurecidas por el deseo en vientres femeninos que se ablandarían con ellas. Las miró Marín sorprendido por aquella agradable aparición de mujeres en celo que hacía ridícula cualquier fantasía. Las había de todos los tamaños, de todas las formas posibles, gráciles y no tanto, esbeltas y de formas pesadas, jóvenes y candorosas, pero también maduras y expertas, de pieles tan morenas que parecían negras y otras de tono oliváceo, mas todas arropadas con largas y hermosísimas cabelleras que les llegaban a las nalgas y eran su único vestido. Corrieron ellos hacia ellas, como perros que persiguen a un grupo de ciervos, y corrieron también ellas, mas en dirección contraria. No se iban a dar con facilidad y en eso precisamente residía el mayor placer, en la caza de aquellas fuertes y ágiles mujeres cuyas piernas hollaban la arena y luego las tierras del interior de la isla, que no iban a entregarse sin lucha, sin esfuerzo. Se desperdigaron los caribes, aullando, siguiendo el rastro femenino por la floresta, cada uno por su lado, sin orden, y de pronto, sin darse cuenta, quedaron solos en aquella playa de los deseos masculinos Marín de Urtubia y sus fieles taínos, ajenos a aquellos cantos de sirenas que habían enloquecido a sus enemigos.

Se miraron en silencio y había en sus ojos, a partes iguales, recelo e incredulidad. Por fin se les presentaba la ocasión de huir, que no iban a desaprovechar. Los ayuntamientos rituales durarían días y nadie iba a echarlos en falta, pues iban a estar todos muy ocupados en dar rienda suelta a su lubricidad con aquellas amazonas insaciables. Las tres canoas de la expedición permanecían varadas en la arena, sin vigilantes que las protegieran. Miraron una vez más a la espesa floresta que se había tragado a sus ancestrales enemigos y escucharon aquella extraña calma que irradiaba la isla y que parecía irreal.

—Nos vamos. Corrieron hacia la mayor de las canoas, la empujaron, la metieron en el mar, se subieron a bordo, empuñaron los remos y bogaron con inusitado brío bajo el sol que los quemaba. Pronto abandonaron aquella bahía, con celeridad desapareció de sus ojos el tono blanco del agua que les indicaba su poca profundidad y salieron a alta mar. Nadie era consciente de su fuga. Los caribes estaban sumamente entretenidos para advertirla. Pero siguieron remando sin pausa, aumentando la distancia que los separaba de la isla, hasta que la playa en la que habían desembarcado se difuminó y la isla empequeñeció.

Remaban sin rumbo. El agua estaba mansa. La quilla de la canoa rompía la tersa superficie con

un leve siseo abriendo un surco en el agua azul. Cuando el sol alcanzaba su cénit dejaron de ver la isla. Y entonces sólo el mar, mar por ambos lados, ni un rastro de tierra a su alrededor que les sirviera de referencia. ¿Hacia dónde ir?, se preguntaba un angustiado Marín de Urtubia que lamentaba no haber aprendido nada de los conocimientos de navegación del almirante Colón. ¿Hacia dónde debía encontrarse la Hispaniola? Se detuvieron a descansar, agotados, tras horas de remar, y entonces pudo comprobar el vasco que una corriente invisible guiaba la barca. Mas ¿hacia dónde?

Pronto atardeció y las aguas tomaron el color rojizo del cielo. Siguieron remando a ciegas, hasta que la noche los envolvió por completo. Marín miró a sus compañeros de fuga. No habían hablado en todo el rato, se mantenían en un prudente silencio, mas palpaba su inquietud, como ellos debían de presentir la suya. Se habían perdido, no cabía duda, estaban de nuevo, como cuando llevaban navegando semanas, en mitad de la nada, al principio de aquel viaje a bordo de las carabelas que los llevaron al Nuevo Mundo.

La noche fue eterna. El balanceo de la embarcación, que consiguió rendir en el sueño a sus acompañantes, no pudo con Marín de Urtubia. Mientras los taínos roncaban, echados sobre el fondo de la canoa, agotados por el esfuerzo, el vasco empuñaba el remo y bogaba desesperadamente no sabiendo si avanzaba o bien estaba dando vueltas y más vueltas sobre el mismo punto. Pensó en su Castilla, pensó en su amada Canayma y en si quizá no habría llegado el momento, tantas veces demorado, de reunirse de una vez por todas con ella, mas la visión de la hermosa Cuanagui lo forzaba a seguir luchando. Viviría, aunque fuera más duro hacerlo que bajar de aquella barca y dejarse llevar al fondo por el océano, viviría hasta ver llegar al Almirante a aquellas tierras con los suyos.

El mar estaba negro y se poblaba de fantasmas que el remo huérfano de Marín de Urtubia trataba de espantar. Flotaban en aquel océano de su imaginación los muchos cadáveres que habían fertilizado aquellas tierras desde que arribaron los castellanos. El sueño le vencía por momentos, y dentro de él se sucedían las más horribles pesadillas. El mar era una balsa de agua en donde flotaban, descompuestos, todos los resistentes del fuerte Navidad a los que había traicionado. El mar era la tumba de todos aquellos restos humanos que él mismo había devorado y le reprochaban su conducta. Flotaban manos, piernas, torsos descarnados. Por el mar caminaba una espectral Canayma, sin hundirse en sus aguas, flotando en ellas, vestida de arriba abajo con una túnica blanca de virgen, sin cojera, como una princesa, y llevaba en sus brazos al niño que él dejó morir. Hundió las manos en el agua, se refrescó la cara, remó de nuevo. No se oía otro ruido que su remo, no había más luz que la de las estrellas que tachonaban el firmamento y brillaban de forma más intensa ante la huida de la luna, y era tan limpia la atmósfera que, fijando la vista un rato, el cielo se tornaba blanco, lechoso.

Amaneció después de una eternidad en la que habló con vivos y difuntos. Tuvo entonces frío. Una ligera brisa se levantaba de las aguas, agitaba sus barbas y sus cabellos y aliviaba su espalda quemada por el sol. Marín zarandeó a sus dormidos compañeros de viaje hasta despertarlos.

—Mapuco, Yabaque, Juneto.

A regañadientes, silenciosos, tomaron sus remos y bogaron. La luz del día no mejoró sus expectativas. La canoa era una diminuta isla de madera perdida en la inmensidad del mar. Ni rastro de tierra, ni otra cosa que alterara aquel desierto marino que ligeras nubes algodonosas que se elevaban del horizonte y filtraban los primeros rayos del sol. Remaron hasta el mediodía, sin tregua, con un ritmo endiablado en su viaje a ninguna parte. Muchas veces, a lo largo del día, cuando el sol les calentaba las cabezas y les quemaba los hombros, se arrepintió Marín de la loca idea que tuvo de huir y se preguntó si no habría sido mejor permanecer con los caribes y aparearse en aquella isla, y regresar con ellos, y asumir su destino. Al mediodía ya estaban extenuados. Marín dejó de remar y recostó su espalda contra el suelo de la canoa en un intento

de hurtarse a los rayos del sol. Ya por entonces la sed comenzaba a hacer estragos y resultaba terrible extender la mirada por aquella infinita superficie del mar que no podían beber. Miró a sus compañeros de cautiverio y vio en sus rostros pintado el desánimo. Dejaron los remos durante las horas abrasadoras del sol. Se refugiaron en el interior de la canoa, se cubrieron las cabezas con las manos, permanecieron quietos mientras el mar los balanceaba y el sol ulceraba sus espaldas. Durante horas se dejaron llevar por la corriente marina. Luego, cuando tomaron los remos, ya apenas tenían fuerzas para hundirlos en el agua. Marín tenía la visión borrosa de las cosas, se tambaleaba cuando se ponía de pie en la canoa y oteaba el horizonte sacudido por la emoción de ver una isla que no era más que una nube baja que flotaba a pocos metros de la superficie del mar. Llegó de nuevo la noche y con ella la desesperación. La tierra no aparecía por ninguna parte, ni la de la Hispaniola ni la de ninguna otra isla. Permaneció de nuevo en vela Marín mientras sus forzados compañeros de travesía dormitaban y se agitaban en pesadillas nocturnas. El vasco estuvo toda la noche ahuyentando a los fantasmas con sus rezos, y lo hacía lentamente, uno tras otro, tumbado en el fondo de la canoa, con la vista fija en el cielo estrellado, demandando a su término el deseo de pisar tierra.

Se despertó estremecido por el frío. Se había dormido sin darse cuenta. Su cuerpo no había soportado el cansancio y se había rendido finalmente al sueño. Le sorprendieron, al abrir los ojos, las piernas próximas de uno de los taínos. Alzó los ojos mientras trataba de incorporarse. Se trataba de Mapuco; estaba en pie, situado en la proa de la embarcación, que se deslizaba impulsada por una corriente con suavidad. No se veía nada, pese a que el sol ya había salido. La bruma lo envolvía todo y les hundía su humedad en las carnes. Poco a poco los restantes tripulantes se fueron despertando y colocándose a su lado. Callaban, aunque Marín los veía mover en silencio los labios, como si estuvieran musitando alguna oración a sus divinidades. Entonces, en el silencio tenso de aquel amanecer, les llegó un rumor rítmico que no podía ser otra cosa que el mar lamiendo los perfiles de alguna costa y luego, casi al mismo tiempo, el sol consiguió desgajar una porción de aquella bruma y desvelar el paisaje de una isla.

—¡Haití, Haití, Haití, Haití! —gritaron, todos a una, los taínos, transidos por la emoción, abrazándose entre sí.

La bordearon durante toda aquella mañana, remando sin descanso, ahora que el ánimo de ver su isla les había infundido nuevas fuerzas. No fue hasta la tarde cuando dieron finalmente con la bahía en donde reposaban los restos de la nao *Santa María*, una ruina batida por las olas en donde anidaban infinidad de pájaros marinos y las algas y los musgos tapizaban los pocos restos que sobresalían del agua. Pasaron por delante de aquel esqueleto en silencio, encallaron la canoa en la playa, desembarcaron, cruzaron también, sin abrir la boca, por delante de la ruina carbonizada del fuerte Navidad, cuya fantasmal presencia resistía a los elementos y ante la que Marín de Urtubia no pudo rehuir los pensamientos culpables que siempre lo habían acompañado y seguían atormentándolo, y se asomaron por fin, tras encontrar el camino, a la aldea taina que Cuacanagari había reconstruido tras ser asolada por los caribes.

La habían alzado en el mismo lugar donde estuvo la antigua. Habían sepultado sus cenizas y el centenar de nuevas cabañas se extendían por la planicie sin la más mínima defensa, que a la postre se había demostrado lo inútil que era. Llegó a ella Marín como quien regresa a casa después de un azaroso viaje, como Ulises en la *Odisea*, y diose cuenta de que nadie esperaba verlo con vida, pues todos se apartaban espantados mientras recorría las calles del poblado, como si de una aparición se tratara. Los miraban, a él y a los que lo acompañaban, como fantasmas llegados del otro lado de la vida, y no fue hasta que un niño alargó la mano y osó tocarlo cuando el resto de los habitantes de la aldea dieron por cierto que eran personas de carne y hueso y no espíritus, y tímidamente lo saludaron. Fueron recibidos entonces, él y los taínos que lo acompañaban, con un gran alborozo, tocados por los pobladores, mujeres, niños y ancianos, supervivientes de la última razia porque huyeron al monte, mas ¡qué pocos varones

había!

No pareció alegrarse Cuacanagari de su presencia. Seguramente lo daba ya por muerto y encontró inoportuno ver vivo a quien había sido testigo de su indudable cobardía. Mas no le importó a Marín la frialdad de su recibimiento, la ignoró como ignoró al cacique.

—¿Cuanagui? ¿Dónde está ella?

A fin de cuentas, si regresaba lo hacía por ella. El vasco salió de la cabaña del obeso cacique justo cuando la hermosa taina con la que se había desposado entraba en ella, avisada de su llegada. Tropezaron el uno con el otro, se miraron, se entrelazaron sus brazos, Marín la apretó con fuerza entre los suyos, mas ella lo separó suavemente y le hizo mirar su vientre.

Un hermoso vientre desnudo cuya curvatura ocultaba su sexo, un sexo cubierto púdicamente por la nagua de algodón. Un seno materno de perfecto semicírculo que alimentaba a un nuevo vástago mestizo que heredaría la fortaleza de Marín y la belleza y feminidad de la taina. Pasó el vasco el brazo por su hombro mientras la muchacha sollozaba de alegría y se refugiaba en él, lloraba de gozo de verlo con vida cuando todos ya lo daban por muerto. Lo cubrió de besos, sabedora de lo feliz que le hacía semejante muestra de cariño, lo acarició con sus manos trémulas para cerciorarse de que aquel bello y corpulento hombre era el mismo cuyo recuerdo la había desvelado noche tras noche y la había sumido en la desesperación por el temor de no verlo ya jamás, de saberlo preso de aquellas fieras de las que resultaba increíble verlo regresar sano y salvo. Buscaron luego techado en donde guarecerse mientras la lluvia, con la llegada de la noche, caía copiosamente para regar aquel jardín del edén; una cabaña vacía, seca, de la que colgaba una hamaca, iluminada con infinidad de cocuyos que trepaban por las paredes e infundían un aspecto mágico al modesto aposento, un hogar que al vasco le pareció un verdadero lujo.

Le contó Marín sus avatares. La taina puso cara de espanto mientras el vasco narraba cómo consiguió salvar la vida, cómo se hizo luego cacique de aquellas bestias sedientas de sangre, cómo fue a la isla de las Mujeres, en la que los caribes saciaban el hambre de aquella extraña comunidad femenina, cómo, finalmente, escapó sin que nadie lo advirtiera. No le habló de Haina, ¿para qué? Aunque dudaba que aquellas mujeres de tan libérrimo comportamiento sexual fueran aquejadas por el veneno de los celos.

Y durmió Marín con la palma de la mano puesta sobre aquel universo de carne tersa y sedosa piel bajo el que latía su propia vida. En realidad, aquél era su mundo, allí dentro anidaba lo único que le importaba, lo que llevaba tanto tiempo persiguiendo y lo acercaba a la felicidad completa. Ya no se separaría jamás de la hermosa Cuanagui ni del que era ya su hogar definitivo. Por fin se encontraba en casa.

Aquella noche durmió el vasco profundamente, con el cuerpo de su amada entre sus brazos, acunado por el balanceo de la hamaca. Ni una pesadilla turbó su descanso.

Capítulo 26

Marín oteaba el horizonte desde el promontorio de la playa del fuerte Navidad. Todas las tardes se acercaba a aquel montículo y permanecía en él, con la vista perdida en la lejanía, mientras el sol se ocultaba en el mar y entonces, al oscurecer, a ciegas, retornaba al poblado de Cibao sabiendo de memoria la vereda aunque no la viera. Ese rito lo realizaba, a la vez, con una mezcla de temor y esperanza. Desde la privilegiada atalaya natural, un lugar que le era querido porque le permitía contemplar a vista de pájaro la belleza de aquel rincón de la isla de Haití, veía el pecio de la *Santa María*, las ruinas del fuerte Navidad y el horizonte marino. Un paisaje siempre idéntico que algo en su fuero interno deseaba algún día ver alterado.

Soplaba viento aquel día y procedía del mar. La atmósfera olía a sal mientras las ramas de las palmeras cercanas se agitaban y se revolvía sobre su cabeza la larga cabellera.

Miraba fijamente el horizonte, pero nada miraba realmente. Tenía la vista perdida en aquella raya que formaba el cielo y el mar al juntarse, como hacía todos los días, con una rutina que le recordaba la de los oficios religiosos cuando estuvo a un paso de abrazar los hábitos. Permanecía impávido mientras el aire jugueteaba con sus barbas y su enmarañado cabello. Oteaba aquel mar que el viento, cada vez más fuerte, cubría de espuma y blanqueaba esperando algo, y como todas las tardes se disponía a bajar de nuevo, tras su infructuosa búsqueda, a reunirse con Cuanagui y a echarse en la hamaca a dormir entre sus brazos. Tiempo hacía que no se sentía tan plácidamente y pensaba que por fin había encontrado la felicidad, que a fin de cuentas se reducía a pequeñas cosas tan simples como el que una mujer hermosa y joven lo esperara en su modesta cabaña gestando en su vientre el fruto de sus abrazos amorosos.

Rememoraba Marín las últimas semanas en el poblado de Cibao, tras su regreso, la serenidad y la madurez que había adquirido su vida al lado de Cuanagui, la armonía que finalmente había alcanzado tras fundirse con la naturaleza, la conquista de ese bello edén tras una travesía por el infierno en que podía convertirse ese mismo paraíso si no se controlaba. Amaba ya esas tierras como si fueran suyas, sus selvas, sus ríos, sus poblados, sus gentes, como si le pertenecieran, y en cierto modo así era, después de haber conseguido sobrevivir en ellas; eran ya tan familiares como los paisajes de infancia de su Vasconia natal.

Iba a descender de la montaña cuando se detuvo. Algo había visto en el horizonte el vasco, algo que, día tras día, de forma compleja, ansiaba y temía a la vez, algo que había sentido desde que había llegado de nuevo a Cibao y preñaba sus sueños de inquietud, de lo que alegrarse o entristecerse, ante lo que no sabía cómo iba a reaccionar finalmente cuando se produjera, porque un extraño presentimiento le decía que un día u otro tendría que enfrentarse a ello irremisiblemente. Las nubes que flotaban en el cielo, bajas, le impedían distinguir con claridad lo que intuía o imaginaba, ¿o es que realmente sus ojos veían a través de ellas? Fijó la vista, cubriéndose con la mano la frente para que el sol no lo cegara, y aguzó la mirada. Lo que vieron sus ojos azules lo sacudió de pies a cabeza, como un latigazo, lo embargó de extraña inquietud y de felicidad, lo hizo gemir a su pesar, llorar, tambalearse, mientras debía pellizcarse una y otra vez para cerciorarse de que no era de nuevo su imaginación causándole un espejismo. Esperó pacientemente, tragando saliva, secándose los ojos con el dorso de la mano de lágrimas que brotaban de ellos sin freno, de las que, en otras circunstancias, se avergonzaría. Ya no existía ninguna duda. Despuntó una vela en el horizonte, y luego otra, y más tarde otra y otra, así hasta diecisiete, toda una flota que hizo que los ojos de Marín de Urtubia se empañaran con una cortina acuosa y que la voz huyera de su garganta. Y avanzaban hacia la isla, sin pérdida, bien guiados por mano firme. Lo que ya creía que nunca iba a ver, pero siempre soñó, se producía ahora después de tantos meses de ausencia, el milagro en el que nunca confiaron sus compañeros de penalidades tenía lugar ahora que ya nadie, salvo él, podía ser su testigo. Miraba Marín el portento de naves que se agigantaban merced a la velocidad con que el viento

las hacía avanzar.

—El Almirante cumplió su promesa —dijo Marín con voz truncada por la emoción, fijos los ojos en la aparición—. ¡Dios mío! —sollozó.

Mas luego paseó su mirada por las ruinas del fuerte Navidad, estremeciéndose por la culpa, y después, una vez más, miró las carabelas que ya se divisaban perfectamente y avanzaban hacia la Hispaniola con todo el velamen desplegado enfilando sus proas para entrar en la bahía.

Inició el descenso, apesadumbrado, por el otro lado de la montaña, trotando, huyendo como presa de los cazadores. Apretó la marcha, jadeante, excitado y nervioso, ya a la carrera, mientras silencioso llanto corría por las mejillas que la barba no cubría. Pisoteaba la hierba feraz que crecía bajo sus pies con furia mientras gritaba, aullaba, rugía, se tiraba de barbas y cabellos y buscaba en vano su cuchillo que había dejado en su cabaña de la aldea de Cibao. Se sentía proscrito una vez más, errante, como una condena. ¡Adiós a su mujer, de la que no se despediría, adiós a su hijo, al que nunca vería! Era su eterna penitencia que no iba a dejarlo. No miró ya atrás cuando alcanzó el llano, nunca más lo haría, ninguna mirada más hacia su pasado, sino adelante, aunque su futuro fuera hartamente confuso, mientras el monte verde, que tantas veces le había servido de vigía, quedaba a su espalda y entraba en la selva, perdiéndose en su espesura, engullido por su silencio, fundiéndose en ella. Atardecía y *bagua* mansa se teñía de rojo gracias a las artes de Atabey, herido en un costado, que se desangraba todos los días para alumbrar el prodigio. Yucahuguamá, el dios de dioses, se encargó de extender el halo protector de la noche estrellada sobre el hombre que huía y se fundía para siempre en aquel paraíso que ya era suyo.

Capítulo 27

Pisó nuevamente tierra americana Cristóbal Colón en noviembre de 1493 y, tras un recorrido que lo llevó a islas desconocidas que bautizó con los nombres de San Juan Bautista, Santa María de Guadalupe, Santa María de Montserrat, San Jorge, Santa Cruz, y las Once Mil Vírgenes, fondeó finalmente en la Hispaniola. Desembarcaron las tripulaciones de aquellas diecisiete naves, capitaneadas por una nueva *Santa María* —en recuerdo de la que tan infaustamente perdieron en las costas de Haití y dio lugar al fuerte Navidad—, tan distintas de las que habían ido en el primer viaje, con todas sus pertenencias en aquella playa tras casi un año de ausencia. Ya no iban a la aventura, sino a una tierra conocida; ya no eran un grupo reducido ni inerme, sino un verdadero ejército de conquista formado por veinte caballeros con sus caballos, que habían sobrevivido a la larga e incómoda travesía, cañones, arcabuces, cinco clérigos, encabezados por el benedictino catalán fray Buil, para adoctrinar y convertir a los nativos paganos en probos cristianos, un ejército de mineros que iban a trabajar en los hipotéticos yacimientos auríferos que encontrarán, labradores que iban a cultivar las nuevas tierras feraces, albañiles que iban a alzar las plantas de las nuevas ciudades que iban a surgir en aquel Nuevo Mundo, toda una tropa de mil doscientos hombres azuzados por las promesas de tesoros, tierras vírgenes y poblaciones sumisas bien distintas de las que habían avistado aquellas tierras hacía más de un año y habían ido a ciegas y a la aventura.

Nadie salió a recibirlos cuando las docenas de bateles de las naves ancladas en la ensenada, próximas al pecio de la desafortunada *Santa María*, se hicieron a la mar y arribaron a la playa. Ni indios ni cristianos. Un tenso silencio que les hizo temer lo peor mientras los caballeros castellanos, a lomos de sus impetuosos caballos negros que relinchaban y piafaban sin cesar, recorrieron en un santiamén el trecho de playa que los separaba del fuerte Navidad. No entraron, sino que regresaron galopando a donde estaba el Almirante, cuyo rostro preocupado ya presagiaba la desgracia que aquéllos iban a anunciarle.

—El fuerte está quemado, en ruinas, Almirante, y no parece haber nadie dentro.

Marcharon todos en formación, capitaneados por el genovés, en cuyo rostro la preocupación era bien patente. Salvaron la distancia de aquel retazo de playa en breve tiempo mientras continuaban desembarcando hombres con azadas sobre la espalda y religiosos con historiadadas cruces de plata que se arremangaban los faldones para no mojárselos con el agua del mar. Quedaron todos impávidos y silenciosos ante la ruina del fuerte Navidad, helados por el silencio de muerte que aquella puerta carbonizada, movida por el viento, gimiendo sobre sus goznes, expandía, como las campanas que tocan a difuntos. Entró Colón y los suyos con prevención en el interior mientras la tropa formaba alrededor de la desarbolada fortaleza y se izaban en el mástil ennegrecido las enseñas reales que reemplazaban a los destrozados trapos que el viento no había conseguido arrancar, y los caballos piafaban sobrecogidos por el espanto porque aquel recinto convertido en camposanto continuaba oliendo a muerte. Se miraban entre sí los hombres, entre temerosos y encolerizados, mientras dirigían la vista con desconfianza hacia los lindes de una selva amenazadora con la que la mayoría no se habían familiarizado todavía y de la que les llegaba el rumor de las fieras, de los pájaros y de los insectos mezclado en una extraña melodía.

—¡Dios santo! ¡Qué horrible mortandad! —exclamó, sobrecogido, el enteco benedictino catalán fray Buil, mientras deambulaba por aquel museo del horror en el que se apiñaban los cadáveres petrificados e irreconocibles de los que habían sido los primeros colonos de aquel Nuevo Mundo.

—No puede quedar esto sin castigo —dijo don Luis de Corvalán, noble castellano, descabalgando de su montura y llevándose la mano a la espada.

Paseó el Almirante con el ánimo alicaído y cierto sentimiento de culpa entre aquellos esqueletos descarnados de quienes habían sido sus hombres y había dejado allí como garantes

de la civilización cristiana. Imposible saber quién era quién después de tanto tiempo; ya ni siquiera tenían vestiduras aquellos cadáveres carcomidos por el fuego y las alimañas, sólo guardaban, incrustadas entre sus costillas, las señas de una terrible violencia, de una muerte espantosa que hizo elucubrar al genovés qué infamias habían cometido aquellos hombres para generar sobre ellos tamaña venganza de los pacíficos taínos. Mandó contar los esqueletos, hacer un censo: treinta y tantos restos mortales, un número ambiguo, pues faltaban cabezas y algunos habían sido desmembrados. De lo que no había ninguna duda era de que nadie había salido con vida de aquel recinto, de que la lucha había sido encarnizada hasta la muerte. Avanzaba por aquel museo del horror el Almirante en silencio, con el ánimo sobrecogido, desprendiéndose del bonete y mostrando una cabeza en la que el cabello ya comenzaba a huir en desbandada, recorría con ojos exentos de brillo lo que antaño habían sido aposentos de aquella fortificación y ahora no eran más que maderos renegridos, puro carbón, que se deshacía al tocarlo. Todos los muertos eran iguales, se repetía para sus adentros, imposible reconocerlos, en nada difieren las calaveras de los más delgados de los más gruesos, de los más atractivos de los más feos, de los gentileshombres y de los parias; la misma sonrisa espantosa de la muerte en aquellas dentaduras descarnadas que asomaban entre los jirones de carne que un día habían sido labios.

—Almirante, he encontrado esto.

Diego de Salcedo, el sirviente de Colón al que le empezaba a brotar la barba en las mejillas, traía en las manos unos pliegos de pergaminos medio carbonizados. Los tomó de ellas el Almirante y los hojeó con un involuntario estremecimiento, con mano temblorosa, mientras tomaba asiento al margen de todos sobre los restos de una puerta abatida. Allí, salvadas de las llamas como por un milagro, estaban las crónicas que el genovés había mandado escribir al poeta Marín de Urtubia, caligrafiadas con la pulcra letra que le era conocida. Comenzó a leer con dificultad lo que decía aquel texto sobre los muchos tesoros vegetales que habían descubierto, disciplinadamente reseñados con sus nombres taínos y con las características de los mismos, de los yacimientos de oro, con indicación precisa de su ubicación, calidad de los filones y cantidad del metal precioso extraído; iba luego una reseña minuciosa y ordenada de plantas y otros cultivos que podían serle de utilidad al hombre para su sustento, de animales domésticos y salvajes para mantener en granjas o ser cazados, de usos y costumbres de los taínos y caribes, incluidos ceremoniales de fertilidad, juegos de pelota con una esfera llamada *batey*... Frunció el ceño involuntariamente cuando llegó a las páginas que hablaban de los horrorosos e infamantes acontecimientos que tuvieron lugar en el fuerte Navidad y que mejor sería silenciar para la posteridad. El Almirante estuvo un buen rato leyendo aquellos documentos mientras la mano le temblaba y la visión se le nublaba, y entretanto, la tropa se encargaba de amontonar en la plaza de armas todo vestigio humano que encontraban entre las ruinas y fray Buil rezaba e impartía bendiciones sobre aquella necrópolis anónima. Colón miró con ojos acuosos, mientras los pergaminos se agitaban en sus manos, la lejana floresta entrevista por encima de los calcinados muros del fuerte Navidad, el monte cercano de redondeada cima que se alzaba a poca distancia del lugar, e imaginóse por un momento en ella al poeta y escribano, su buen y leal amigo, a quien había dejado en aquella tierra para dar testimonio de lo sucedido.

—Marín de Urtubia, Marín de Urtubia —repitió con voz grave, sin soltar los pergaminos, bollándole los ojos—. ¿Dónde estáis, poeta? El mundo, finalmente, os ha perdido para siempre, amigo.

Levantó la mirada abatida cuando vio los zapatos de don Luis de Corvalán. Alzó la cabeza, que comenzaba a despoblarse de cabello, y fijó su mirada cansada en el aguerrido castellano.

—Imagino, Almirante, que daréis órdenes para escarmentar a los paganos que se han alzado en armas contra los castellanos del fuerte.

—Leed esto, don Luis, y comprenderéis. —Agitó con furia los pergaminos fruncidos entre sus dedos.

Y dio orden, a continuación, de que se quemaran los manuscritos.

Pasó toda la tarde, hasta el anochecer, don Cristóbal Colón mirando entre aquella montaña de restos humanos que se amontonaban en desorden, con las picas, las espadas y los cuchillos incrustados entre los huesos descarnados, a la espera de que se les diera finalmente cristiana sepultura. Buscó, inútilmente, los que pudieran pertenecer a Marín de Urtubia.

Nuevas expediciones extendieron el dominio de los españoles por aquellas islas del Caribe, las Antillas, mientras sus antiguos pobladores, taínos y caribes, fueron disminuyendo vertiginosamente, hasta su total extinción, a causa de las muchas tropelías que cometieron con ellos los nuevos colonizadores y, sobre todo, de las nuevas enfermedades, el ejército más letal y silencioso, que los diezmó. Mientras, por el Viejo Mundo, una enfermedad venérea, la sífilis, llamada la peste española, por quienes la importaron, hacía estragos en los burdeles de media Europa.

Cristóbal Colón, tras años de mala gobernación, fue desposeído de todos sus cargos por Francisco de Bobadilla y llevado encadenado a Castilla. Posteriormente murió en la miseria, sin honor ni gloria, creyendo todavía que aquel continente que acababa de descubrir, y que, por crueldad del destino, no recibiría su nombre sino el de un navegante italiano llamado Américo Vespucio, eran las Indias.

Perdidos en las selvas impenetrables de aquella América misteriosa, bella y fascinante, marinos portugueses y españoles, como Marín de Urtubia, se olvidaron de su viejo mundo para abrazar el nuevo. En América se fundieron, como en ningún otro lugar del mundo, esas dos civilizaciones y sus hijos mestizos llevan en sus venas la sangre de ambas.

Sant Cugat del Valles, setiembre de 2002.



JOSÉ LUIS MUÑOZ nació en Salamanca en 1951 pero ha vivido siempre en Cataluña. Su carrera literaria se inició en 1985 y, desde entonces, ha publicado veinticinco libros, tres de relatos y el resto novelas, buen número de ellas de género negro.

Sus libros publicados son *El cadáver bajo el jardín* (1987), *Barcelona negra* (1987), *Los ojos ajenos* (1988), *El Barroco* (1988), *Serás gaviota* (1989), *La casa del sueño* (1989), *La lanzadora de cuchillos* (1989), *Pubis de vello rojo* (1990), *Mala hierba* (1992), *El final feliz* (1993), *La malformación de R. Melic* (1994), *La precipitación* (1999), *Una historia china* (2000), *Lifting* (2001), *Guanahani* (2001), *fuerte Navidad* (2002), *Caribe* (2002), *El sabor de su piel* (2004), *Lluvia de níquel* (2004), *Los ritos ajenos* (2005), *Último caso del inspector Rodríguez Pachón* (2005), *Viajeros de sí mismos* (2006), *La caraqueña del Maní* (2007), *El mal absoluto* (2008), *El corazón de Yacaré* (2009) y *La mujer ígnea y otros relatos oscuros*.

Está en posesión de algunos de los premios más prestigiosos del panorama literario español como son el Tigre Juan, Azorín, Café Gijón, La Sonrisa Vertical y Camilo José Cela, entre otros, y ha publicado numerosos artículos de opinión y reportajes en los diarios *El Sol*, *El Observador*, *El Independiente*, *El Periódico* y en las revistas *Interviú*, *Playboy*, *Penthouse*, *GQ*, *Cinemanía*, *DT*, *Viajes National Geographic*, *Nómadas* y *Traveler*. Tiene un blog en la red que se llama *La soledad del corredor de fondo*.